UN REINO TATUADO



ELA VALDECÁN

Un Reino Tatuado

Ela Valdecán

Este libro es para quienes saben que amar, a veces,
es el acto más valiente de todos.

1. Confidencias en Maredur

—Según yo lo veo, tenéis tres problemas.

El invernadero, construido sobre una explanada desértica junto a la fortaleza de piedra, respira como una bestia dormida. Las láminas de vidrio sudan por dentro y el vaho se condensa en gotas gruesas que caen sobre mesas de madera vieja, charcos donde asomaban raíces negras y alfombras de hojarasca.

Fuera, la nieve del norte cae inmisericorde, cubriendo toda superficie de un manto gris ceniciento que apaga los colores y amortigua el sonido de la vida. Sin duda, Maredur es una tierra hostil, y solo quienes poseen un carácter rudo y hosco pueden llamar a aquel sitio hogar.

Un perfume húmedo —tierra recién removida, resina amarga, pétalos fermentados— lo cubre todo. Bajo la luz lechosa de la mañana gris, las plantas se giran para observarme: hojas grandes con bordes de aguja, tallos curvados como espinas dorsales, coloras que insinúan dientes… A pesar de todo, no me siento extraña en su presencia. Mantienen una especie de distancia reverencial hacia su soberana.

Maireen está de espaldas, inclinada sobre una mesa donde reposaban morteros de piedra y frascos con etiquetas de caligrafía precisa y angulosa. Lleva los brazos descubiertos. Piel pálida moteada de cicatrices finísimas y tatuajes de trazo intrincado. Su cabello rojo está recogido en un moño que deja a la vista la nuca. Un hilo de humo azulado sube desde una esponja vegetal que arde con fuego azulado.

—¿Solo tres? —Suelto una risa que suena a burla.

He dejado en Lirien los vestidos, los adornos y el protocolo. En los próximos meses, quizás años, ser reina no me servirá de nada. Me he presentado en Maredur con una cota de malla bajo el jubón de cuero, mallas oscuras y botas altas.

El cabello ha comenzado a crecer, y me cuesta mantenerlo apartado para evitar que se me meta en los ojos. Llevo una diadema de metal para sujetarlo. Tiene un complicado diseño con espinas que simulan las zarzas del escudo de mi Casa. No hay rastro de luna… Ya no queda Luna en mí, solo la hostilidad y la crudeza de las zarzas.

Maireen sigue sin darse la vuelta e ignora mi comentario.

—El primer problema es que no tenéis ejército. —Con un pequeño gesto de muñeca, apaga la brasa. El humo se hace hebra y desaparece. Entonces se da la vuelta—. No encontraréis a nadie tan loco para seguiros hacia las Tierras Baldías. Además, necesitáis a vuestros hombres en sus posiciones de defensa, o Gorath podría reanudar su campaña desde el Norte si se entera que habéis dejado el reino desprotegido.

Tiene esa mirada a la que no logro acostumbrarme. Sus ojos blancos me recorren de arriba abajo, percibiendo ese tipo de cosas que solo ella ve: sombras, fantasmas del pasado, vestigios de un futuro próximo…

Enjuaga un cuchillo de hoja estrecha en un cuenco de agua y se dirige a una pared donde cuelgan todo tipo de plantas en macetas de colores. Con el cuchillo, corta varias ramas y las guarda en el mandil, lleno de tierra, que lleva puesto.

—El segundo problema es que no sabéis de Alquimia ni Conjuráis con materia. No podéis entrar en las Tierras Baldías solo a base de espada y escudo. El poder que allí habita podría desintegraros en segundos si no contáis con protección alquímica.

Una sombra me oscurece el ánimo. La Alquimia fue siempre un tema tabú en mi educación. El rey Aldemar se negó a que recibiera formación al respecto y, por supuesto, a que consumiera materia. Nunca hubo una explicación al respecto, pero intuyo que algo se esconde tras esa férrea negativa.

—El tercero lo adivino. —Cambio el peso de un pie al otro. Noto el cansancio acumulado del viaje, de las últimas semanas sin dormir preguntándome si estoy haciendo lo correcto, si no me estaré enrolando en una campaña sinsentido—. No se puede atravesar las Montañas Rocosas.

Maireen asiente mientras enjuaga de nuevo el cuchillo y lo guarda en un cajón de la mesa.

—Tendríais que aprender la Alquimia de los Ancestrales Antiguos si queréis derribar esa barrera del mismo modo que ellos la construyeron… y asumir las consecuencias. —Su tono se vuelve peligroso—. Estaríais abriendo una brecha en las Montañas para que la Maldición y la Sombra que antaño contuvieron volviera a campar por el continente. ¿De verdad creéis que merece la pena?

Nos sostenemos la mirada. Mide mi determinación y, durante unos segundos, siento que flaquea. He procurado no pensar demasiado en las dificultades del viaje; dejar que guíe mis pasos solo la imagen de él, del Heraldo de ojos rojos que sacrificó su cordura por salvar mi vida. Pero ahora que estoy frente a Maireen, que por fin alguien ha puesto palabras, no solo a los inconvenientes, sino también a las consecuencias, noto que mi fortaleza se diluye entre imposibles.

Luego recuerdo las palabras que pronunció mi madre, la reina viuda Alisée, tras mi coronación: *Una reina que se consume en el dolor no es reina de nada.* Y entiendo que, si quiero ser una buena líder, si quiero que mi gobierno inspire al pueblo, no puedo vivir con esta duda que me encoge el pecho. No puedo hundirme en la incertidumbre de saber si Akhir está bien o si ha sucumbido a la locura y necesita que esta vez lo rescate yo a él.

La duquesa de Maredur es consciente de mi conflicto interior y no espera a mi respuesta.

—Entiendo que el Consejo desconoce vuestros planes. —Ha perdido el interés en sus frascos y ungüentos y ahora me presta toda su atención. Preferiría no tener sus ojos níveos tan fijos en mí.

—Mi madre está ahora al frente del Reino —respondo con seguridad. Confío plenamente en ella—. Sabrá gobernar mientras estoy fuera.

—No os he preguntado eso. —Pese a la rudeza del comentario, sigue habiendo cortesía en sus gestos. No sabe hacerlo de otro modo—. Os pregunto si pretendéis irrumpir en las Tierras Baldías como reina, para invadir; o sólo como mujer, para rescatar.

—¿Cambiaría en algo eso?

Maireen sonríe de medio lado.

—Cambiarían vuestros aliados.

Enarco la ceja. No comprendo lo que quiere decir. Ella se quita el mandil y avanza hacia mí.

—Camina conmigo.

Recorremos el invernadero en sentido contrario al que hemos entrado, atravesando un corredor de sombra. Pasamos junto a un árbol diminuto que gotea resina negra; junto a flores con forma de campana que sueltan un polvillo pálido; junto a una enorme estantería con frascos llenos de semillas rojas. Al final, una puerta estrecha conduce a una galería de piedra. El aire cambia. Un latigazo salino y húmedo me golpea la cara y me encrespa el pelo al momento.

Sigo a Maireen por un tramo de escaleras abiertas que nos conducen a la garganta de un acantilado.

Los terrenos de Maredur se extienden hasta el océano que rodea el Viejo Continente, y la fortaleza de Maireen se ha excavado en la roca que muerde el mar. Las olas golpean con un rugido que trepa por los huesos. El viento tira del cabello y de la ropa.

Maireen se detiene en el borde, protegido por una balaustrada de roca. Cierra los ojos y aspira el aroma del mar. El viento revuelve su cabello rojo y parece reavivar una hoguera.

—Me gusta venir aquí y sentir su bravura —dice sin abrir los ojos —. Pienso que es un rebaño de bestias salvajes y lomos brillantes que no obedecen a nadie.

El cielo oscuro, que amenaza tormenta, se confunde con el mar revuelto en el horizonte. La sensación es inhóspita, desapacible.

—¿Me has traído aquí para asustarme? —le pregunto.

—Os he traído para que entendáis que la verdadera naturaleza no se puede esconder. —Se gira y abre los ojos para mirarme—. Las dos sabemos que no nacisteis para reinar. Tenéis otras inquietudes

más elevadas que pasar la vida sentada en un trono y debatir asuntos de estado. Dejar atrás la corona y mostrar vuestra verdadera intención será lo que os abra las puertas que ahora están cerradas.

Me vuelvo yo también hacia ella.

El rugido del mar me obliga a alzar la voz para hacerme oír.

—¿Con quién he de hablar, Maireen? ¿Quién escuchará a la mujer y se olvidará de la corona? ¿Quién tiene tanto poder como para dar solución a los tres problemas que hemos planteado?

Maireen se acerca hasta que su proximidad me resulta incómoda, intimidante. Entrecierra los ojos antes de darme un nombre.

—Faerín —pronuncia la palabra con una especie de veneración, de respeto antiguo.

—¿Faerín? —Soy incapaz de contener la sorpresa—. ¿El lugar de la perdición de mi padre?

—Y el de vuestra salvación.

Maireen regresa la vista al mar.

—La historia de los Reyes del Oeste está marcada por sus errores —dice—. Vuestro padre, igual que vos, intentó sacrificar aquello que más amaba para mantener el trono; pero se acabó arrepintiendo… igual que vos. ¿Qué os hace pensar que encontraréis la solución en otro lugar diferente al de él?

—Pero Faerín es traicionero —me quejo—. Mi padre consiguió lo que quería, sí, pero un inocente acabó pagando. El hijo de lady Mirla y Lord Andric nació enfermo por su culpa. No pienso permitir que nadie más pague por mi decisión.

Una ola rompe tan fuerte que pequeñas agujas de agua nos salpican la cara. Me lamo la sal del labio inferior. Maireen no se inmuta.

—Ahora jugáis con ventaja, Genoveva. Ya sabéis que los líderes de Faerín se mueven en la sombra y hacen trampas. Id con cuidado. Sed más lista que vuestro padre.

Estudio su perfil un momento: la inclinación del mentón hacia el mar, las sombras bajo sus ojos, los restos de materia en la comisura de la boca… Valoro mucho sus palabras y confío en lo acertado de sus propuestas. Al fin y al cabo, estoy convencida de que ella es

capaz de ver más allá de lo que cualquiera alcanza a percibir; por eso he acudido a Maredur en primer lugar buscando consejo… igual que mi padre. Sin embargo, en esta ocasión, albergo dudas sobre su juicio y me pregunto si esta vez no estará equivocada.

—¿Por qué creéis que Faerín es la clave? —Quiero entender antes de decidir.

—Porque tiene ejército y porque conoce los caminos de la Alquimia antigua.

—Pero no sé atravesar los bosques —admito—. No sé quién manda ni llegar a sus líderes. Mi padre intentó negociar con ellos en numerosas ocasiones, y siempre fueron reacios a seguir sus leyes.

—Habéis de recordar que ya no acudís a ellos como reina, sino como alguien afín a su causa. Llevan siglos luchando contra el mal de las Tierras del Sur, y vosotros portáis un arma mucho más poderosa que cualquiera que ellos puedan poseer.

Frunzo el ceño.

—¿Cuál?

Ella se gira de nuevo hacia mí. Su gesto es sombrío, pero está lleno de determinación.

—Vuestra sangre.

Entonces lo comprendo. La sangre real es veneno para los Heraldos Oscuros, los súbditos del Señor Oscuro. Rompe su Velo de Vacío y los hace enloquecer… Eso es lo que le ocurrió a Akhir.

Asiento sin alcanzar a entender todavía la magnitud de este descubrimiento.

—¿Y cómo atravieso los bosques? —Empiezo a creer que su propuesta tiene sentido—. ¿Cómo llego ante sus líderes?

—Lady Myrla —dice con la naturalidad de quien da una respuesta evidente. En realidad, lo es.

El eco mental es inmediato. Taurenhold. El único territorio del Reino que no se doblega a mi mandato. El lugar donde Camila está cautiva por la obligación de un matrimonio pactado con el duque Rhogar. El maldito bastardo que a punto estuvo de despojarme de la corona. Su hermana, lady Myrla, tiene la llave de acceso a Faerín.

Mi mano se cierra con fuerza sobre la piedra, fría y áspera, de la balaustrada.

—Allí no me reciben con flores precisamente. —No me importa mostrar mi debilidad en este tema. Es de sobra conocido por todos.

—No os reciben, a secas —me dice sin contemplaciones. Me hace gracia su descaro, su falta de contención pese a hallarse frente a la reina. No tengo dudas de que esto era lo que más valoraba mi padre en ella.

Un ave costera corta el aire y lanza un chillido. Me reconforta sentir la naturaleza moverse mientras discutimos de posibles e imposibles. Me recuerda que el mundo sigue ahí, que aún queda terreno firme sobre el que caminar. Que existen cosas tangibles a las que poder agarrarme.

—¿Cómo consigo convencer a Myrla para que me guíe a través de Faerín?

La duquesa de Maredur se encoge de hombros por primera vez.

—Eso es algo para lo que no tengo respuesta.

Guardamos silencio durante unos instantes, contemplando el golpe del mar contra la base del acantilado.

Pienso en él. No en su figura de sombra, ni tampoco por la manera en la que su voz se me coló bajo la piel desde la primera vez que la oí. Pienso en su ausencia como un ruido que no cesa, como un frío interno que penetra en los huesos.

—Volvamos al invernadero —dice Maireen mientras se yergue—. Te prepararé algo que sepa a hierbabuena y te salve de algún apuro.

Emprendemos el regreso. El rugido del océano se va a atenuando a medida que ascendemos por las escaleras y los ecos de la conversación que acabamos de tener se van aposentando en mí, van ganando peso y claridad.

El invernadero nos recibe con su calor vegetal y el susurro de las hojas rozando el vidrio.

Maireen se mueve de un lugar a otro como una bailarina ejecutando su pieza favorita. Hay una belleza oscura en sus gestos, en la manera con la que mezcla los ingredientes untuosos y opacos, y les da nueva vida a través de conjuros menores de alquimia y consumo de materia. Nuevos trazos se enredan en sus ya de por sí enredados tatuajes.

Cuando termina, elige un frasco para verter el contenido de la mezcla y me lo tiende mientras se restriega los últimos restos de materia de los dientes.

—¿Cuándo he de usarlo? —Lo guardo en la pequeña bolsa de arpillera que cuelga de mi hombro, donde llevo todo cuanto necesito.

—En un momento desesperado. —Se vuelve hacia otra de sus estanterías y corta algunos tallos de varias plantas. Me los tiende—. Son medicinales. Te curarán las heridas.

Espero alguna indicación más, pero no llega. Sin embargo, me pide un favor a cambio.

—Cuando regreséis de las Tierras Baldías —dice—, venid y contadme. Quiero oír cómo laten las Llanuras Abisales por dentro. Quiero su olor, su tormento, su modo de quebrar las almas—. Sus ojos relampaguean de expectación.

—Lo haré —le prometo.

Asiente complacida.

—¿Cuándo os marcháis?

—Al anochecer —respondo.

—Entonces tenéis tiempo para comer —replica con una autoridad que no puedo discutir—. Y os daré unas raíces para que os crezca más rápido el pelo. Os queda horrible esa melena desgreñada.

Suelto una carcajada sin poder evitarlo.

—Te lo agradezco.

Maireen me mira con un gesto que podría interpretarse como ternura si no viniera de ella y no nos encontráramos en Maredur.

2. Taurenhold

La distancia entre la fortaleza de piedra de Maredur y el castillo de Taurenhold no es excesiva. La dificultad del viaje reside en la aspereza del terreno y en el peligro de derrumbe de los riscos afilados que se alzan a ambos lados del camino.

Lo recorro con una especie de expectación latente que me adormece la punta de los dedos. Sé que no es buena idea acercarme a lady Myrla, tiene mucho por lo que odiarme: su hijo, su amante… pero también sé que no existe otro camino hacia Faerín.

Llego al atardecer. La luz naranja me envuelve como un metal candente.

Desmonto del caballo frente a los muros que rodean el castillo principal de la Casa Taurenhold. Torres negras, almenas estrechas y altas, estandartes grises se alzan detrás de la muralla defensiva. El viento helado corta más que en Maredur.

Alrededor del castillo hay un pequeño núcleo de población que he atravesado sin que nadie se gire dos veces para mirarme. Sin séquito y sin vestidos ni adornos suntuosos no me reconocen, pero eso es lo que quiero: pasar inadvertida. Una reina que abandona el trono por perseguir una sombra no merece la confianza de su

pueblo. Sin duda, mi madre gobernará mucho mejor que yo en mi ausencia.

La pequeña población está formada por las casas de los sirvientes del castillo y por los oficiales de cuyos servicios requieren: herreros, panaderos, ebanistas…

Me detengo frente al portón del castillo, envuelta en pieles en espera de que alguien tenga a bien abrirme. La nieve del suelo perfora mis botas y las calzas con su frío gélido y, en pocos segundos, siento entumecerse los dedos de los pies.

Por un instante, creo que voy a sentir sus pasos a mi espalda. Que emergerá de las sombras, como siempre sin avisar, para decirme que me he equivocado al presentarme ante estas puertas. Pero es solo una fantasma. El viento es lo único que arrecia en mis oídos; y yo echo de menos su calor.

El portón se abre al fin, con un gemido lento, y el olor a piedra húmeda me recibe sin pleitesías.

Cojo las riendas del caballo y cruzo el umbral del castillo.

Tras una antesala vacía, sin más adornos que el estandarte de la Casa Taurenhold colgando del techo, accedo a un pequeño patio cubierto con una cúpula de cristal que lo protege del frío y de la nieve. La luz naranja del ocaso se posa con suavidad sobre las rosas rojas que crecen ajenas a las inclemencias del tiempo.

Ato las riendas de mi caballo a una posta vacía y me dispongo a atravesar el patio, pero un soldado me detiene. Lleva una armadura negra y, por instante, el corazón se me detiene. Pero luego veo sus ojos, azules, fríos, y comprendo que sigo viendo fantasmas. La densa barba negra le oculta casi por completo el rostro.

Por su ruda manera de interceptarme, deduzco que tampoco me ha reconocido. Me presento antes de que cometa cualquier estupidez de la que pueda arrepentirse.

—Soy Genoveva, de la Casa Velaryan. Soberana del Oeste.

Noto que su cara se demuda y su cuerpo se tensa. La mano que había erigido frente a mí se esconde tras su espalda y me permite el paso.

—Mi señora —su voz tiembla—, nadie nos avisó de vuestra visita.

—Eso es porque no vengo en visita oficial, soldado. Solo quiero ver a mi hermana.

Él inclina la cabeza con obediencia. La espada de su cinto tintinea contra la armadura.

—Informaré al duque.

—No —le detengo antes de que inicie el movimiento—. Infórmale a ella.

Lo veo titubear y entiendo su tribulación. Se debate entre seguir las órdenes de su señor o contradecirlas para hacer caso a su reina. Me dispongo a ayudarlo en su decisión.

—Diré que fue una orden.

Inclina la cabeza y sale raudo del patio por un corredor aledaño. Yo me detengo un rato más a sentir el ambiente de Taurenhold. Respiro su aire: humo de leña, hierro, grasa, pan agrio… El norte alimenta primero el cuerpo y, si queda tiempo, el corazón después.

El murmullo de la vida cotidiana en el castillo se hace más patente: el golpeteo lejano de los martillos, el rumor de voces entremezcladas, el silbido de las ollas en las cocinas preparando la cena. Permanezco unos segundos en silencio, absorbiendo sus contrastes; el frío duro de la piedra y el calor del esfuerzo humano.

Camila aparece al fin en el umbral del mismo corredor por el que desapareció el soldado. Lleva un vestido de lana densa, azul celeste como el hielo que nos rodea. Sencillo, sin bordados. El cabello recogido con una cinta del mismo azul celeste. En sus mejillas hay un rubor nuevo, como el de una flor que florece. Siento que el pecho me estalla de dolor por obligarla a madurar de aquella manera y, a la vez, de orgullo por el coraje que demuestra.

Camina hacia mí con prisa mal contenida y, a mitad de camino, echa a correr con el vestido golpeando sus piernas. Nos fundimos en un abrazo que me calienta el alma. Su olor es el mismo de siempre. El norte le habrá arrebatado muchas cosas, pero su esencia permanece. Durante unos instantes, el frío y la dureza de Taurenhold desaparecen y los sustituye el calor sincero del amor fraternal. Camila se aferra a mí con una fuerza propia de quien ha aprendido a sobreponerse a la adversidad.

Al separarnos, sus ojos brillan y su boca exhibe una amplia sonrisa.

—¿Qué haces aquí?

—¡Sorpresa!

Nos reímos juntas y me doy cuenta de cuánto lo necesitaba. No recuerdo cuándo fue la última vez que reí a carcajadas, la última vez que olvidé todas las tragedias que cargo sobre los hombros.

Le aparto un mechón de la frente. La piel le ha cambiado. Está más curtida, más firme. La veo más mujer y, al mismo tiempo, igual de niña que siempre.

Le hago la pregunta que llevo queriendo hacerle desde que se fue.

—¿Cómo estás?

Ella se encoje de hombros y desvía la mirada. Aun así, no parece desdichada. No en la manera en la que lo había imaginado.

—Temía que Rhogar te tratara como un trofeo —confieso.

Endurece el rostro con un gesto que nunca le había visto.

—No soy un trofeo de nadie. —Hay rebeldía en su tono. Nuevos matices que dormían en el interior de mi hermana y que el norte, con sus rudos modales, ha despertado.

—No merecías esto —digo, con la voz quebrada.

—Nadie merece ser moneda de cambio —responde con calma. No hay reproche—. Pero lo entiendo. Hiciste lo que tenías que hacer para salvar el Reino. Si no me hubieras enviado, quizás estarías muerta. Tal vez todos lo estaríamos.

—Eso no me consuela. —Tomo sus manos. Están frías, como todo lo que nos rodea.

—Pues debería hacerlo.

Le paso una mano por la mejilla. Siento que quiero retroceder en el tiempo, cambiar todas las malas decisiones que tomé y arrastrarla conmigo a cualquier destino que no la haga prisionera del invierno. Pero luego recuerdo que, si hubiera huido con ella en cuanto el Consejo la señaló para el compromiso con Rhogar, nunca hubiera invocado a Akhir, y mi pecho no ardería ahora con esta fuerza capaz de derribar montañas.

Nunca he sentido determinación igual. Nunca he estado tan viva y, a la vez, tan encadenada al destino de alguien.

—¿Eres feliz? —pregunto al fin, buscando la verdad en sus ojos.

Camila dibuja una sonrisa triste.

—Feliz es una palabra demasiado grande para Taurenhold, pero no estoy mal. Tengo mi cuarto, puedo caminar por los jardines sin que nadie me siga, tengo mis propios sirvientes…

—¿Y Rhogar?

Veo su labio temblar un instante, pero logra esconderlo muy bien. Entiendo que no es oro todo lo que reluce, pero se está esforzando en que no me dé cuenta.

—Te sacaré de aquí en cuanto pueda. —Lo he repetido tantas veces, y tantas veces le he fallado, que yo misma siento que esas palabras ya no significan nada.

—Estoy bien. —Aprieta mis manos con las suyas—. De verdad.

Intuyo cierto grado de sinceridad y el alivio me llega a medias, tibio, insuficiente. Pero por ahora es todo lo que tengo.

Levanto la vista hacia las torres, que se alzan furiosas por encima de la cúpula de cristal que cubre el patio. El humo de las cocinas serpentea hacia el cielo y se disuelve en el aire helado. Tengo que explicarle el motivo de mi visita, pero no sé ni por dónde empezar.

—Necesito ver a lady Myrla —digo al fin, y veo cómo su cuerpo se tensa de inmediato.

—Esa mujer nos odia. —La voz de mi hermana se convierte en un susurro—. ¿Por qué quieres verla?

—Es la única que puede ayudarme con la empresa que tengo entre manos.

—Oscura empresa, hermana.

—Lo es. Te daré más detalles en cuanto haya hablado con ella. He de darme prisa, cuando Rhogar se entere de que estoy aquí, querrá echarme.

Camila asiente con rapidez, entendiendo la urgencia.

—Entonces vamos. —Agarra mi mano y tira de mí hacia el corredor que penetra en el castillo.

Recorremos varios pasillos, unos enlazados con otros, con estancias sombrías a un lado y al otro. Las ventanas son altas y estrechas, al estilo del norte, para evitar que el calor de las chimeneas se disipe por ellas.

Camila se desenvuelve por el castillo con soltura. Se nota que recorre sus estancias a menudo, y eso me consuela. En la oscuridad

de mi alcoba, la imaginaba aislada, recluida en un rincón de su habitación, temblando ante la proximidad de unos pasos que resuenan junto a su puerta. Celebro que mis temores sean infundados.

Al final de una escalinata enmoquetada de verde oliva, unas puertas dobles bajo un arco de piedra dan acceso a una biblioteca en penumbra, con mesas bajas, bancos de madera y pequeñas lámparas de aceite que alumbran lo imprescindible.

Lady Myrla está sentada en una butaca de piel y tiene un libro sobre el regazo. A su lado, hay una pequeña lámpara que ilumina su perfil. El cabello negro, adornado con gemas verdes, cae en cascada sobre hombros y pecho. No levanta la cabeza cuando entramos, a pesar de que nuestro paso no es silencioso.

Cuando estamos a pocos pasos de ella, el convencimiento de que esa visita ha sido un error me aprisiona. Soy la culpable de la enfermedad de su hijo; por salvarme, Akhir le rebanó la cabeza a su amante, Lord Andric. ¿Qué razones podría tener para ayudarme?

—Mi Lady —Camila se arrodilla a su lado, pero guarda las distancias—, mi hermana, la reina Genoveva, desea hablar con vos.

Myrla no se inmuta. Si mi nombre le causa alguna impresión, lo esconde detrás de una máscara inexpresiva. Su mano pálida se desliza por el libro y pasa una página. Parece que lo que está leyendo es mucho más interesante que el mundo de su alrededor. Y no lo pongo en duda.

Me despojo de la capa de viaje y la doblo sobre mi brazo. Después me acerco a Camila y la aparto con suavidad del hombro para que me deje pasar.

—Lady Myrla —me detengo de pie frente a ella—, he venido a pediros un favor.

Silencio. A excepción de la lámpara de aceite, que chisporrotea con un ruido mínimo.

Trago saliva.

—Sé que no soy bienvenida ante vuestra presencia, que porto vuestro sufrimiento como un estandarte que ondea al viento. Cruel. Salvaje. Que, ante vuestros ojos, el simple hecho de que siga respirando es una afrenta de los dioses; pero yo también soy una

mujer herida, Myrla. Yo también arrastro tras de mí el reguero caliente de una herida.

Uno de sus dedos titubea sobre el papel. Lleva demasiado tiempo mirando la misma página, es obvio que no la está leyendo. A pesar de su desprecio, me escucha.

Me inclino hacia su oído, aun a riesgo de que me ataque. Quiero que entienda cuán desesperada estoy por su ayuda.

—Necesito entrar en Faerín —susurro.

Detrás de mí, Camila contiene un gemido.

Lady Myrla por fin reacciona. El nombre de los Bosques Indómitos hace que levante la cabeza y deje el libro sobre la mesa. *Los doce crímenes de Árogar, el Rey Loco*, dice su portada.

Me contempla con unos ojos marrones que no brillan.

—Faerín no es una fortaleza con portón que podáis atravesar a vuestra conveniencia.

El tono de su voz es neutro. No hay rencor, no hay rechazo. Me pregunto si, después de todo, su cabeza sigue funcionando como debiera. ¿Puede ser que no me haya reconocido?

—Lo sé —respondo con un entusiasmo mal contenido por su reacción comedida—, por eso acudo a vos, para implorar vuestra ayuda.

—Ninguna ayuda os hará encontrar a sus gentes ni tener audiencia ante los Sienval. —Pasa los dedos por su pelo a modo de peine—. Solo se mostrarán si ellos quieren. Dime, Genoveva de la Casa Velaryan, Destructora de Sueños, ¿tenéis algo que ellos quieran?

Ahora sí capto el tono: la ira, el deprecio.

Sí tengo algo que ellos quieren. Maireen me lo mostró. Mi sangre es el arma más poderosa que encontrarán en su campaña contra el Señor Oscuro.

Me dispongo a hacérselo saber, pero entonces el sonido de unas bastas pisadas, que parecen provenir de un oso calzado con botas, irrumpe en la biblioteca. Me giro para ver entrar a Rhogar. Puedo sentir la fuerza de su ira aplastándome desde la distancia.

Lleva una capa pesada, aún con nieve fresca; se la arranca de los hombros como quien desecha un objeto que ya no le interesa y la arroja sobre uno de los bancos de madera.

—No recuerdo haber solicitado ninguna visita de la reina del Oeste. —Los libros de las estanterías tiemblan bajo su bramido—. Taurenhold no os da la bienvenida.

—¿No puede la reina visitar a su hermana cuando le plazca? —No me dejo intimidar.

Camila aprieta mi brazo; noto el temblor que intenta esconder y eso me da más fuerza para hacerle frente a aquella bestia; aunque sé que podría destrozarme de un zarpazo. El filo de su espada brilla al tenue resplandor de las lámparas de aceite. Y yo estoy desarmada.

—Ella ahora es mía. —Da un paso hacia Camila y la cubre con enorme sombra.

—No recuerdo que firmáramos ningún contrato de pertenencia —me revuelvo—, solo de matrimonio.

—Lo mismo es.

Veo que mi hermana da un paso hacia él y posa con delicadeza una mano sobre su brazo. La diferencia de tamaños se me antoja ridícula. El contacto parece actuar como un bálsamo sobre Rhogar, y la tensión de su cuerpo desaparece entre los dedos de Camila.

—¿Por qué habéis venido a importunar a mi hermana? —pregunta el duque, aún molesto, pero más relajado.

Myrla no interviene. Mira la escena con atención, sin pestañear, como si todo le fuera ajeno.

—Solo quería saludar —respondo.

Rhogar suelta una carcajada que me retumba en el pecho.

—Sois una horrible mentirosa —espeta con acritud—. Aún no entiendo cómo pudisteis salir victoriosa del escrutinio de los Altos Jueces. Marchaos de Taurenhold. No os quiero en mis tierras.

Me enfurezco por su manera de hablarme. Puede que haya acudido hasta allí sin joyas ni vestidos de corte, pero sigo siendo la reina. Su reina.

—¿Tengo que recordaros que si estas tierras aún son vuestras es porque yo así lo quiero? —le pregunto—. Bastaría una orden mía para que pasaran a formar parte de los dominios de Maredur.

En sus ojos se enciende un fuego salvaje capaz de hacer arder el castillo. Da un paso hacia mí y me reta con su postura.

—Y entonces Taurenhold se alzaría en armas para defender lo que es suyo…

—Ya basta —Camila se interpone entre los dos con una autoridad que me sorprende. Vuelve una mirada suplicante hacia su futuro marido—. Rhogar, ella es mi hermana y me gusta verla.

El oso gruñe, pero no protesta.

—Está anocheciendo —continúa Camila—, es tarde. Permitid que pase aquí la noche. Se irá en cuanto amanezca y no volverá a importunar a lady Myrla. Tenéis mi palabra.

Él la mira. La mira de verdad, no como a un objeto frágil que podría quebrar de un manotazo, sino con un respeto que yo nunca he conseguido de él. La línea de su mandíbula se afloja.

—Taurenhold no es posada —gruñe—, pero tampoco somos perros. —Me señala con la barbilla—. Al amanecer, os marcharéis.

Asiento con desgana. No me gusta mendigar favores, y menos en el norte, pero salir de Taurenhold a esas horas, con el frío azotando como un látigo, sería poco menos que un suicidio.

—Ahora dejad a mi hermana en paz. —Nos señala la puerta, y su tono no admite réplicas—. No se pronuncia el nombre de Faerín en mis salones.

Camila pide que nos sirvan la cena en una pequeña estancia aledaña a su dormitorio. Se nota que le han permitido decorarla a su gusto, pues la estética no tiene nada que ver con la austeridad que se respira en el resto del castillo.

Hay pedestales con jarrones de cerámica en los rincones y flores frescas en bandejas doradas sobre la larga mesa. Las paredes están adornadas con tapices florales y alfombras de lana gruesa dan calidez al suelo. Sobre las ventanas, cuelgan delicadas cortinas de seda azul.

Por un momento, casi tengo la sensación de estar en Lirien, pero luego vislumbro tras el cristal la desolación del desierto blanco que nos rodea y recuerdo donde estoy y el motivo de mi viaje.

Me centro en la pequeña estancia, en la compañía y en el olor agradable que nos envuelve, mezcla de leña caliente, guiso sabroso y flores recién cortadas.

—Este lugar es un oasis.

Camila sonríe. Coge un cuenco de la mesa, lleno de caldo aromático, y se sienta en la alfombra junto a la chimenea. Me hace un gesto para que la acompañe. Tomo una copa de vino tinto y obedezco.

—¿Qué tal es? —pregunto.

Se encoge de hombros mientras aproxima sus labios al cuenco para dar un sorbo del caldo.

—Taurenhold no es Lirien, eso es evidente —responde—. Aquí las cosechas no se celebran, ni hay altas recepciones en los salones. El clima es frío y no puedo dar paseos por la campiña sin morir congelada. Pero se duerme sin sobresaltos. Nadie entra a mi cuarto si no quiero, ni me obligan a participar en sus costumbres más salvajes. —Se limpia el caldo de la comisura de los labios—. El jardín cubierto que has visto está bajo mi cuidado. Me llena de orgullo ver crecer las flores en pleno corazón del invierno.

Le paso una mano con cariño por el pelo. Me resulta fascinante como ha conseguido mantener su espíritu frágil, su candidez, pese a exponerse a esa tierra hostil. La admiro y, a la vez, la envidio.

—¿Y Rhogar? ¿Te trata con respeto?

Ella sonríe con picardía.

—He aprendido a engatusarlo.

—Ya he visto. —Doy un sorbo a la copa de vino para que no entrevea mi gesto de preocupación—. ¿Te has enamorado de él?

De la sorpresa, casi deja caer el cuenco de caldo sobre la alfombra.

—¡Estás loca! ¡No! —Se ríe como si hubiera dicho una estupidez—. ¿Qué te hace pensar semejante barbaridad?

—El brillo que veo en tus ojos.

Ella baja la vista al cuenco y entiendo que tengo razón. Desde que la vi aparecer en el patio acristalado, supe que su corazón albergaba algún tipo de ilusión. No hay otra manera de sonreír en un destino como aquel, en una circunstancia como la suya.

—¿Qué sabes tú de brillos en los ojos? —Trata de desviar mi atención, pero yo ya soy perro viejo en eso.

—No estamos hablando de mí ahora.

Camila se esconde tras el cuenco antes de responder. Las mejillas le arden de vergüenza. Es la primera conversación que tenemos de este tipo y doy gracias a la diosa Mae por haberlo permitido. Hubo un tiempo en el que pensé que no volvería a verla.

—Me has descubierto —reconoce. Su voz suena amortiguada por las paredes del cuenco—. Hay alguien.

—Ah. ¿Y quién es?

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué?

—Se rompería la magia si lo digo en voz alta. —Baja el cuenco y descubro el fuego que arde en su mirada. Podría no haberla tomado en serio si no hubiera visto ese mismo fuego antes… en mis propios ojos.

—¿Lo sabe Rhogar?

—¡No! —Abre los ojos escandalizada—. Si no es nada. No sé por qué te lo he contado. Es algo solo mío. Ni siquiera sé si es correspondido… —Habla de forma atropellada, nerviosa—, bueno, sé seguro que no es correspondido. —Toma aire y se relaja—. No te preocupes, Genoveva. No es un escándalo. Es algo que guardo para pasar este invierno interminable.

Dejo la copa de vino a un lado y envuelvo sus manos con las mías. Están más frías de lo que me gustaría. Es como si el frío de Taurenhold la estuviera transformando desde dentro, convirtiéndola en parte de su historia.

—Ten cuidado, ¿vale? —Busco su mirada para asegurarme de que entiende lo que le estoy diciendo—. No se puede jugar con un sentimiento tan poderoso como el amor. Perderás seguro. Olvídate de esa otra persona mientras sigas comprometida con Rhogar, o vuestra vida correrá peligro. La de los dos. He visto como Rhogar te mira; puede que él sí se haya enamorado.

Camila asiente. Sé que lo ha entendido, pero no tengo tan seguro que sea capaz de seguir mis recomendaciones.

Me levanto a por un plato de guiso y comemos un rato en silencio. El chisporroteo de la leña hace de música.

—Esa diadema que llevas —dice al cabo de un rato—, ¿no es la de la abuela?

Me sorprende que la haya reconocido. Era muy pequeña la última vez que la vimos en manos de nuestro abuelo Harval.

Asiento.

—Estaba entre las cosas que papá guardaba en su despacho.

—¿Y por qué te la has puesto?

La pregunta parece inocente, pero no lo es si conoces todo el oscurantismo y el velo de silencio que nuestro padre levantó sobre la figura de nuestra abuela.

—Entre todas las joyas y reliquias que había en el castillo, esta es la única que solo lleva las Zarzas de nuestro escudo.

—¿Y qué hay de malo en la Luna? —dice mientras se mete una uva en la boca.

—Nada, solo que ahora mismo siento que no me representa esa claridad.

Nos quedamos un rato en silencio. Ella rumia mis palabras y yo pienso en el largo y oscuro camino que tengo por delante.

—¿Por qué quieres ir a Faerín? —me pregunta finalmente.

Suspiro. Me ha llegado el turno de enseñarle las heridas.

—Son ellos quienes tienen el conocimiento y el ejército que necesito para atravesar las Montañas Rocosas.

Ahora sí, el cuenco cae de sus manos. Por fortuna, el caldo que quedaba era poco y apenas se extiende por la alfombra. El cuenco tampoco se rompe, amortiguada su caída sobre la densa lana.

—¿Por qué querrías entrar allí? —pregunta. El miedo se lee en cada sílaba que pronuncia—. ¿Es que has perdido el juicio?

Ahora soy yo quien esconde su vergüenza detrás de una máscara inexpresiva.

—Hay alguien sufriendo un tormento inimaginable por haberme salvado la vida. Tengo que sacarlo de allí. Se lo debo.

—En las Tierras Baldías solo hay criaturas demenciales y Heraldos Oscuros. Nada por lo que merezca la pena morir. Si te salvó la vida, gracias y hasta luego.

No puedo evitar sonreír. Ojalá fuera tan sencillo.

Camila entrecierra los ojos. Busca más allá de mis palabras igual que hice con ella.

—¡Oh, diosa! Te has enamorado.

La palabra es tan grande que, por un instante, me deja sin respiración.

—No lo sé —admito—. No quiero pararme a pensarlo.

—No hace falta que lo medites mucho, Genoveva. Nadie en su sano juicio se adentraría en las Tierras Baldías sin un motivo poderoso detrás. ¿Y qué me dijiste antes del amor? Ah, sí, que era un sentimiento poderoso. El más poderoso, quizás.

Pese al vacío que se ha abierto en mi interior al recordar a Akhir, no puedo evitar volver a sonreír.

—Aprendes rápido, hermana —le digo.

—Tengo a la mejor maestra.

Apuramos el vino mientras hablamos de otras cosas que no importan: de los últimos cotilleos de la corte de Lirien, de las recientes manías de nuestra madre, de lo tieso que sigue Theodemir pese a los años… Cuando el fuego se reduce a brasas y el frío comienza a adueñarse de los muros, nos levantamos.

—Intentaré hablar con lady Myrla mañana temprano —me promete Camila—. Quizás pueda sacarle alguna confesión sobre Faerín a última hora.

—Gracias, Camila. —Le aparto un cabello de la frente con ternura —. Por todo. Este encuentro de hermanas me ha sanado un poco el alma.

—Vuelve todas las veces que quieras. Por favor.

Nos abrazamos otra vez. Quiero exprimir ese instante para que dure eternamente, pero el tiempo apremia y necesito descansar.

—Buenas noches, hermana.

—Buenas noches, Camila.

La habitación que me han preparado para dormir es circular y ocupa la planta alta de una torre. El viento silba fuera y la sensación de frío se amplifica. La estancia es mínima: un somier de tablas con un colchón y unas pieles encima, una mesa con una solitaria vela encendida, una jarra con agua y una ventana pequeña desde la que el viento mete su cuchillo.

Me lavo las manos y me despojo de jubón, calzas y mallas. Me siento sobre el colchón.

El tatuaje de invocación, aunque invisible por el conjuro de Seldrin, sigue latiendo bajo mi piel. Reclama un diálogo interior que llevo posponiendo desde que Akhir se marchó y su ausencia quedó clavada en mi pecho. Quisiera creer que el cuerpo se acostumbra al vacío igual que al frío, pero por más que pasan los días, la costumbre no se asienta.

Cierro los ojos. Veo, sin querer, el borde de su perfil en la penumbra. La manera en la que sus ojos dorados me escrutaban en silencio cuando no podía —o no quería— hablar. Un suspiro se escapa de mis labios sin poder evitarlo, y su nombre queda suspendido en el aire. No me atrevo a pronunciarlo todavía por temor a romperme.

Escucho un golpe leve en la puerta. No estoy segura de haberlo escuchado bien. Me mantengo alerta, y entonces vuelvo a escucharlo. Hay alguien al otro lado.

Me levanto con cuidado. La mano en la empuñadura invisible de una espada que no llevo.

Abro. El corredor está vacío. Bajo el umbral, una pequeña caja de madera oscura, sin adornos. Sobre la tapa, un papel doblado. Lo cojo despacio y lo abro.

Para que guíe tus pasos a través de Faerín.

Dentro de la caja, sobre una pequeña almohadilla roja, reposa una brújula. Pero no parece un instrumento común. El aro es negro, sin marcas. En el interior, no hay puntos cardinales. Solo una flecha labrada con el símbolo de la Rosa y el Lobo. El emblema de los Bosques. Su punta no tiembla. Señala algo que no es el norte.

Miro de nuevo hacia el final del corredor. Nadie. Un susurro de pasos sobre la piedra, quizás. Una sombra detrás de una sombra.

Cierro la caja y la aprisiono con mis dedos, protegiéndola. Sé que el obsequio es de Myrla, no me cabe duda. Nadie más que ella guardaría entre sus pertenencias un objeto como aquel. Sin embargo, desconozco el motivo de su ayuda. Quizás crea que, como a ella, alguna maldición me aguarda entre la oscura frondosidad de sus árboles. Quizás tenga razón.

Apago la vela y me tumbo bajo las pieles. Guardo la brújula junto a mi pecho, sintiendo el latido de una nueva esperanza.

Afuera, Taurenhold cruje.

3. El Paso hacia Faerín

Llevo varias horas bordeando los bosques, siguiendo las indicaciones de la brújula. A ratos, creo que se ha estropeado y, a ratos, que aquel trasto no es más que una burla de lady Myrla para entorpecer mi camino, para volverme loca.

La masa boscosa se alza a mi derecha como la muralla de una fortaleza. Alta. Imponente. Podría atravesarla por cualquier punto, después de todo, no hay un camino oficial para internarse en Faerín. Todas las sendas se interrumpen a varios kilómetros de distancia. Nadie fuera de Faerín se ha interesado en trazar un camino hacia un lugar que no desea recibir visitas. Sin embargo, la brújula me indica que siga avanzando hacia el sur, que continúe evitando la espesura.

Hace dos días que partí de Taurenhold y, durante todo este tiempo, el trote del caballo ha sido cuanto me ha acompañado en el camino. Mi montura es un purasangre de piel negra y crines azabache. Tiene un carácter bravo, pero es muy noble. Y, a pesar de que valoro su compañía y la protección de su cuerpo por las noches, empiezo a necesitar con urgencia entablar algún tipo de conversación con otro ser humano.

Me doy unas horas de margen. Si al atardecer la brújula sigue marcando hacia el Sur, cruzaré la frontera de Faerín por el primer paso entre árboles que encuentre.

Camila me ha regalado un espada corta antes de salir de Taurenhold. Su funda golpea contra los estribos del caballo y emite un sonido metálico. Tiene la hoja tallada con arabescos y motivos florales. Me dijo que fue el regalo de bienvenida de Rhogar, pero que ella no sabe usarla y no quiere aprender. La dulce Camila… confío en que sepa esconder sus verdaderos sentimientos mientras permanezca en el castillo de Taurenhold.

Sobre mi cabeza, el cielo azul y limpio invita a permanecer bajo el sol, a olvidarse de penumbras, peligros y campañas imposibles. Sin embargo, mi corazón grita otra cosa. La presión constante que siento estrujando mi pecho solo se alivia mínimamente cuando pienso que estoy recorriendo el camino hacia él, que cada paso que doy me acerca un poco más a su presencia, a las brasas en las que deseo consumirme.

Un cuervo grazna sobre la rama de un árbol y me saca de mis pensamientos.

Me doy cuenta de que la aguja de la brújula titubea. Detengo el trote del caballo para mirar mejor.

Sin duda, la aguja tiembla.

Desmonto y agarro las riendas del caballo para continuar a pie. A los pocos pasos, el temblor de la flecha se convierte en movimiento. Por fin señala hacia el bosque.

Alzo la vista y contemplo el Paso de Faerín.

Quien dijo que los bosques no tenían puerta se equivocó. Tal vez no una puerta como la que acostumbramos a ver, pero sin duda lo que tengo delante es un umbral hacia la espesura.

Dos árboles nudosos se alzan a cada lado de un sinuoso sendero de hojas secas. Son tan viejos que la corteza se ha abierto en grietas profundas, como arrugas de un rostro que lo ha visto todo. Sus raíces se entrelazan bajo la tierra, abultando el camino, obligándote a medir cada paso. Arriba, las ramas se buscan y se encuentran, formando un arco irregular que casi toca el cielo, un umbral de madera oscura y musgo antiguo.

Entre las ramificaciones penden hebras de líquenes plateados, como hilos de telaraña bendecidos por una luna que nunca llegó a entrar. Más allá de ese arco, la luz cambia, y delante solo queda un

verde denso, húmedo, que huele a tierra recién removida y a secretos mal enterrados.

Estoy segura de que Faerín no muestra esa entrada a cualquiera. Ahora solo tengo que averiguar por qué la ha abierto para mí.

Hago acopio de toda mi determinación y paso bajo el arco que forman los árboles.

Los Bosques Indómitos no son como los describían los viejos libros de Lirien. No hay senderos trazados en el suelo. No hay luz natural. El cielo queda atrapado entre ramas tan tupidas que parece que el bosque se lo ha tragado. Alumbran mis pasos el centenar de bichos de luz que ondean en el aire del bosque. La humedad asfixia. Huele a savia reciente, a raíces abiertas, a algo que flota bajo la tierra como una bestia inquieta.

Cada paso hunde mis botas en una mezcla de barro y hojas podridas.

Hay algo en el ambiente que me grita para que mantenga la espada desenvainada. Mi caballo también lo nota. A pesar de su noble obediencia, tira de vez en cuando de las riendas, resistiéndose a dar otro paso.

El tatuaje de invocación late más fuerte a medida que la aguja de la brújula me conduce hacia las profundidades del bosque. La energía que bulle de cada gramo de arena, de cada ápice de madera es fuerte y parece reclamar la misma energía de mí.

Pierdo la noción del tiempo siguiendo la dirección de la aguja, poniendo cuidado de no tropezar con las raíces que se levantan del suelo. No veo el cielo, no sé qué hora es ni cuánto tiempo llevo caminando, pero siento las piernas cansadas. Me gritan que pare.

Encuentro un árbol con la corteza abierta en su base. La oquedad ofrece resguardo del frío y de los animales salvajes que puedan rondar el lugar. Me parece un buen sitio donde establecer el campamento.

Recojo ramas y hojas secas para montar una pequeña hoguera. Por un instante, temo que estén demasiado húmedas para prender, pero al cabo de varios intentos de frotar una rama sobre otra, consigo que el calor de la fricción prenda las hojas secas.

Lo celebro como una victoria. Hay que ver cómo cambia la perspectiva de los triunfos cuando abandonas la civilización y hasta algo tan nimio como acceder al fuego se convierte en un privilegio.

Una vez el fuego ha alcanzado la consistencia necesaria, me distancio varios metros, hasta que el resplandor es tan solo un tenue reflejo y trenzo algunas ramas para tender trampas. No pretendo atrapar nada más grande que algún conejo o algún pequeño roedor, lo necesario para llenar el estómago y reponer fuerzas para continuar las jornadas que hagan faltan hasta encontrar algún poblado.

Abro el zurrón que cuelga de la silla del caballo y saco la cantimplora llena de vino especiado que me preparó Camila. Me sirvo un vaso y lo dejo calentar un rato al fuego.

El caballo ha encontrado su cena en los brotes tiernos de un viejo sauce.

—Debería ponerte un nombre —digo mientras extiendo una manta dentro de la oquedad del árbol—. Me parece que vamos a pasar mucho tiempo juntos.

El caballo relincha como si me hubiera entendido, pero sigue con la cabeza baja entre los arbustos.

—¿Qué tal Melisandre? Es bonito, ¿no?

El corcel no se inmuta. Creo que no le gusta.

—¿Y Ébano? Como tu color.

El caballo relincha y menea la cabeza. Tampoco.

—Está bien. Entonces algo que suene opuesto. Luminoso, para contrarrestar la oscuridad que nos rodea… ¿qué tal Lux? Disipador de sombras del camino, porque necesito algo que no sucumba a esta penumbra.

El caballo relincha entonces con entusiasmo y, por un instante, levanta la cabeza para posar en mí sus ojos negros, que brillan al resplandor del fuego.

—Lux, pues. —Me encajo en la oquedad y me abrigo con la manta —. Buenas noches, compañero.

Me bebo de un trago el vino caliente y dejo que el líquido me temple por dentro.

Entonces el bosque exhala algo que no es viento, algo que huele a memoria y a fuego, y siento que una mano invisible me cierra los ojos.

Escucho un leve murmullo, casi un roce, que serpentea por la piel allí donde late el tatuaje invisible de invocación. Lo masajeo con los dedos sin abrir los ojos. Confío en volver a quedarme dormida. Todavía me pesan las piernas. Sin embargo, algo me incomoda. Esa sensación permanente de peligro.

Abro los ojos con la esperanza de ver lo mismo que al acostarme. Pero no es así.

La sombra de Akhir emerge del laberinto de árboles que se extiende delante de mí.

No lleva armadura, solo una fina camisa de lino negro, desabrochada hasta mitad del pecho, y unas mallas. Sus ojos —dorados, febriles, ardientes— me atraen como un faro en mitad de la tempestad.

Mi respiración se entrecorta.

Él no debería estar aquí. No así. No con un aspecto tan vívido.

—Genoveva —dice moviendo despacio los labios, saboreando cada sílaba de mi nombre.

Su voz llega a mis oídos y me penetra hasta el alma.

—No eres real —murmuro con las lágrimas a punto de quemarme los ojos.

Akhir se aproxima. A cada paso, las hojas bajo sus pies se incendian sin consumirse. La tierra respira, y yo siendo que me deshago por dentro ante la promesa de su cercanía.

Cuando llega a mi lado, se agacha junto a mí, que sigo cobijada entre las pieles y la oquedad del árbol. No habla. Solo apoya su frente contra la mía.

El contacto es un estallido.

El recuerdo del deseo, salvaje y furioso, me sacude como un terremoto y hace desaparecer el suelo bajo mi cuerpo. El vértigo de un abismo de vacío me deja sin respiración.

El tatuaje bajo la piel se ilumina con una quemazón dulce cuando él pasa un dedo de forma suave por su contorno. Oigo el latido del

bosque, que se confunde con el suyo… y con el mío. Nuestras respiraciones se acompasan y fijo mis ojos en la tormenta dorada que ruge en los suyos.

Mi cuerpo arde.

Mi alma arde.

—No vengas a por mí —susurra con esa voz ominosa que me persigue desde que se marchó.

—Ya es tarde. Voy a buscarte —respondo aun sabiendo que le hablo a un sueño.

—No podré protegerte de Él. —La voz se oscurece, se llena de temor.

Sus labios rozan los míos, apenas un soplo, pero lo suficiente para que ese toque mínimo me recorra como un rayo. Mi sangre reacciona con una fuerza que no es humana. Quiere reclamarlo, atraparlo para que no se vaya.

El tatuaje palpita. Un latido. Dos. Tres.

El sueño se vuelve líquido, viscoso. Su rostro se desdibuja, sus dedos se convierten en sombras y se alargan, sus ojos se tiñen de rojo y se apagan.

—Akhir… —Intento retenerlo, desesperada, pero solo abrazo una enorme voluta de humo y ceniza roja.

Ya no es él quien está allí.

Es Faerín.

Es el bosque.

Es la magia primitiva que vive bajo la tierra.

Una voz femenina, antigua, se filtra a través de los árboles.

—Lo que deseas, lo que perdiste, lo que buscas… aquí todo te persigue.

Me despierto con el pecho ardiendo. El bosque entero está cubierto de una bruma densa que huele a humedad y a fuego.

No hay ni rastro de Akhir. Solo me queda la certeza de que no ha sido un sueño cualquiera. Sé que Faerín me ha visto y ha adivinado lo que persigo. Ha sido su magia la que ha traído a Akhir hasta mí de una forma tan cruda, tan real.

Salgo de la oquedad y me estiro. Pese a todo, he logrado descansar, y siento el cuerpo recuperado, activo y lleno de energía.

—Buenos días, Lux.

El caballo está tendido al otro lado del fuego extinto. Se incorpora con un relincho en cuanto oye su nombre.

—Vamos a ver si hay algo para desayunar.

Me alejo hacia la zona donde coloqué las trampas. Las dos primeras están vacías; pero, en la tercera, encuentro una zarigüeya atrapada. Tuerzo un poco el gesto. Ese animal desagradable, de dientes afilados y malos humos, tiene mucha fibra y poca carne. Invertiría mucho tiempo en despellejarlo para apenas probar bocado.

Agarro mi espada y corto el lazo de la trampa para liberarlo. Se marcha con un bufido, enseñándome los dientes.

—Desagradecida —le grito—. Acabo de salvarte la vida.

Me dispongo a regresar junto a Lux cuando escucho un gemido seco.

No es humano. Parece tratarse de un animal pequeño.

¿Puse otra trampa en otro lugar?

Sigo el sonido hasta que me topo con ella.

Un águila.

Pero no una común. Sus alas son mucho más grandes que las que suelen planear por los cielos de Lirien. Están moteadas de gris oscuro; y sus ojos, de un amarillo ambarino, parecen contener una inteligencia asombrosa. Está atrapada bajo una raíz caída con una de las alas doblada en un ángulo incorrecto.

Se abalanza contra mí cuando me acerco, queriendo desgarrarme la mano con el pico.

—Tranquila —le arrullo—. No voy a hacerte daño.

Ni por un segundo se me ha pasado por la cabeza que aquel noble de animal, con esa inteligencia rabiosa que veo brillar en sus ojos, pudiera servirme de desayuno.

Introduzco la punta de la espada bajo la raíz y hago palanca para levantarla. La madera cede con un crujido y el animal queda libre, aunque con el ala torcida. Chilla con una desesperación casi humana. Un sonido que hiere.

No tengo práctica ni formación en el cuidado de animales, pero siento que no puedo dejarla allí tirada a merced de los depredadores. Voy a por el zurrón, que espera atado en la silla de Lux, y regreso con agua, vendas y algunas de las hierbas que Maireen me dio antes de partir de Maredur.

Para que no dude de mis intenciones, le ofrezco un poco de agua en la tapadera de la cantimplora. El ave bebe con avidez. Cuando termina, me observa, y me parece intuir que está más calmada. Me acerco un poco más y la acaricio. Se retuerce un poco al principio, pero finalmente se deja hacer.

Formo una plasta con el agua y las hierbas machacadas, y le embadurno el ala. Las propiedades curativas de la planta penetrarán por los poros de su piel y harán sanar el hueso. Le inmovilizo el ala con las vendas y le acaricio el cuello con el dorso de los dedos.

—Suerte, amiga —le digo.

La dejo reposar al abrigo de la raíz que minutos antes era su cárcel. Espero que la proteja de los depredadores el tiempo suficiente para que el hueso suelde y pueda volver a volar.

Regreso al campamento y, a falta de carne fresca con la que llenar el estómago, me conformo con la reserva de cecina que llevo en el zurrón. Tras peinar mi pelo enrejado, que, gracias a las raíces de Maireen, ya me roza la espalda, me lo trenzo sobre la nuca para evitar que me moleste.

Saco la brújula, que guardé en el bolsillo interior del jubón la noche anterior, y veo que la aguja sigue marcando el camino. Cojo las riendas de Lux y continúo.

La bruma que inundaba el bosque al despertar se ha disipado. Los árboles se alzan ante mí con toda su magnificencia. Altos, nudosos. Sus troncos rezuman savia que huele a vida.

Me resulta imposible saber el tiempo que transcurre entre un paso y otro. El escenario no cambia a mi alrededor. Los árboles se suceden uno tras otro, rama tras rama, hoja tras hoja.

Una sombra se mueve detrás de mí, me sigue. El águila corre, salta, trepa entre rocas, tierra y raíces. Me acompaña. Confío en que en algún momento se cansará, pero parece obstinada. Me cae bien.

Me detengo cuando siento que los músculos no me sostienen más. Dormito. Sueño. Me levanto y continúo. Caballo, águila, humana.

Cazar se vuelve una necesidad. No quiero agotar la reserva de cecina, pero la bolsa del zurrón cada vez está más vacía.

Faerín no ofrece animales incautos. Mis trampas no consiguen atrapar conejos, ni siquiera roedores pequeños.

Tras horas de rastreo, logro pillar algo parecido a un zorro, pero con muchos más colmillos. No ha caído en ninguna de mis trampas, se ha quedado enredado en un arbusto gigante. Por un instante, sospecho que es el bosque el que me ofrece aquel animal. De alguna manera, se apiada de mí.

Agradezco la pequeña concesión y lo remato con la espada de Camila.

Lo despellejo y preparo un pequeño fuego para cocinarlo. El olor a carne a la brasa hace que mi estómago gruña de alegría. Casi duele cuando los primeros bocados caen entre sus paredes vacías. Hace mucho que no me miro en un espejo, pero estoy segura de haber adelgazado varios kilos. Mi aspecto no debe distar mucho del de cualquier mendigo demacrado.

Él águila come a mi lado la carne sin cocinar. Su ala sigue vendada, pero el resto del cuerpo está firme y vivo. Se acurruca a mi lado. Él también está cansado de caminar.

—No pienso buscar otro nombre para ti.

Lux regruñe desde el otro lado de la hoguera.

—No —le respondo—. Es un animal salvaje, Lux, se marchará en cuanto se recupere su ala.

El caballo insiste en su queja y golpea varias veces el suelo con uno de sus cascos delanteros.

—Está bien, está bien —cedo—. Lo llamaremos Águila mientras siga con nosotros, ¿te parece?

Lux agita la cabeza. Está de acuerdo.

—Mientras todos sigamos vivos…

Un temor ha comenzado a crecer en mi interior. No es un temor nuevo. Apareció en el mismo momento en el que Maireen pronunció el nombre de Faerín. Sin embargo, en las últimas horas, jornadas,

días, ese miedo ha aumentado de tamaño y lo está devorando todo como un tumor.

¿Y si no salgo de allí? ¿Y si me quedo sin energía, sin alimento o sin agua antes de encontrar las tribus del bosque? Mi tumba será la dura corteza de un árbol, donde sus raíces me abrazarán para guiarme hacia la oscuridad. Nadie encontrará mi cuerpo, y mi hermana y mi madre se consumirán en la incertidumbre de no saber cuál ha sido mi destino.

Es el temor de haber emprendido una causa demasiado grande, de no estar preparada para sobrevivir más allá de los muros de palacio. Me educaron para gobernar, para pactar, para hacer política, como mucho, para combatir; pero no para subsistir en estas condiciones… temo ser más reina de lo que me gustaría reconocer.

Agito la cabeza para intentar apartar aquellas funestas ideas, pero es demasiado tarde. Ya han arraigado con fuerza en mi interior.

Me tumbo para descansar un rato. Hace rato que los árboles han dejado de formar un entramado tan espeso y, en algunas zonas se ve el cielo. Por su tono anaranjado, deduzco que está atardeciendo. Me pregunto si no habré terminado de atravesar el bosque de extremo a extremo y pronto me toparé con los riscos que dan al mar Cáusico, la frontera occidental del continente.

Antes de que el sueño me venza, acaricio la brújula como si fuera un objeto vivo.

—¿Voy en la dirección correcta? —pregunto.

La brújula no responde.

A mi alrededor, un soplo de viento procedente del cielo agita las hojas y ensancha mis pulmones. Signifique lo que signifique, celebro que el bosque abra esos pequeños claros hacia el mundo exterior.

Duermo. Sueño. Como a veces. Camino.

La niebla llega sin aviso.

Primero es un velo fino que me hace dudar de mi visión.

Luego, una manta pesada.

Y, por último, una muralla opaca que engulle los árboles a dos pasos de distancia. Los sentidos se me anulan. No veo, no oigo más que sonidos amortiguados que no distingo, no huelo otra cosa que sea la humedad de la niebla…

La brújula vibra entre mis dedos y su flecha se agita en círculos. Deja de marcar el camino.

Águila emite un chillido agudo y trata de levantar el vuelo. Eso es lo que realmente me alerta porque esa criatura no teme a nada, ni siquiera a mí.

El sonido llega después.

Un jadeo húmedo. Una respiración ruidosa que hace temblar la niebla a nuestro alrededor. Algo se agita en su interior.

Desenvaino la espada corta. El metal se me antoja extraño en mi mano y temo haber perdido costumbre.

—Muéstrate —le grito a la niebla, como si las bestias del bosque obedecieran la voz humana.

La respuesta es un rugido que hace temblar el suelo. Un eco respondió desde los árboles, como si el mismo bosque rugiera a la vez.

Lux se encabrita y se aleja al galope. Traidor. Sin embargo, Águila se mantiene junto a mis botas, sin cesar en su empeño de levantar el vuelo. Casi lo tiene.

La criatura emerge de la niebla como si la hubiese parido. Un cuerpo felino de pelaje blanco, demasiado grande, demasiado largo. Parece envuelta en cuero mojado. No tiene ojos, por lo que intuyo que se mueve por olores o quizás por algún tipo de ultrasonido. Su boca ocupa media cabeza, llena de dientes curvos hacia adentro, diseñada para no soltar jamás lo que muerde.

Me lanza un zarpazo de garras tan largas como mi espada. Lo esquivo por poco y caigo sobre hojas húmedas. Me golpeo el costado. La brújula rueda por el suelo, pero estoy demasiado preocupada por salvar mi vida como para que me importe perderla.

Águila se abalanza sobre la criatura. Es demasiado pequeña y rápida para que los detectores de la bestia consigan identificarla, y logra herirla en una pata con su pico afilado. Una especie de líquido amarillo brota de la herida, pero la bestia no parece inmutarse.

Me incorporo y levanto la espada. La criatura enviste, pero me hago a un lado y le clavo la hoja afilada en el costado cuando su ataque impacta en el aire. La bestia aúlla, y el calor que se escapa de su garganta hace condensar la niebla sobre mi cara.

Saco la espada y la hundo de nuevo en lo que imagino que es su garganta.

Una cascada de líquido amarillo golpea el suelo con un sonido acuoso.

Sus piernas se doblan, pero, antes de caer, consigue reunir fuerzas para empujarme con su costado y dejarme atrapada entre su enorme cuerpo y el tronco de un árbol. Me aplasta. No puedo respirar.

Águila ha conseguido deshacerse de las vendas y se ha elevado por fin sobre los árboles. Se lanza en picado y ataca de forma despiadada las partes bajas del animal. Pero ya es tarde. Siento el último estertor de la criatura mientras sus fluidos vitales encharcan mis botas.

El entumecimiento empieza a hacerse dueño de mis piernas. El peso del animal impide que la sangre llegue a todas partes y el riego se ve interrumpido. Un extraño sopor me invade, no me llega el oxígeno… siento que me apago.

Si este es mi último atardecer, no quiero que sea Faerín quien me lo arrebate. Quiero pensar en él.

En la forma en la que mi nombre sonaba en sus labios.

En el brillo de sus ojos dorados cuando me anhelaba mientras intentaba ocultarlo.

En cómo me sostuvo cuando nuestros mundos se rompían. El mío entre sangre y el suyo entre vetas escarlata en su iris.

—Akhir…

Mi susurro se mezcla con la niebla mientras la conciencia me abandona. Su nombre es lo último que guardo. Lo único que deseo llevar conmigo.

La oscuridad me abraza entonces.

Fría.

Silenciosa.

Absoluta.

Y me dejo caer dentro de ella.

4. Sélû vaen, Faerín

La primera sensación que percibo es el olor.

No es el mismo que lleva acompañándome los últimos días. No hay regusto a podredumbre ni a esa humedad pastosa que se adhería como pegamento a las fosas nasales. Huele a resina verde, a humo dulce y a savia viva, como si el mismo bosque me hubiera engullido y yaciera en su estómago junto a sus jugos.

Abro los ojos con esfuerzo; la luz me arde en la retina.

El mundo se recompone despacio, fragmento a fragmento. Emerjo de un sueño demasiado profundo. Uno que ha estado a punto de dejarme dormida para siempre.

Estoy tumbada sobre un lecho de hojas frescas y piel curtida y me han puesto una especie de camisón de lino verde. Mi ropa yace a los pies del lecho, doblada con cuidado.

El techo es una arquitectura viva: ramas entrelazadas, musgo colgante, raíces que serpentean y pequeñas luciérnagas encerradas en burbujas de savia, que iluminan el interior de la caseta con un parpadeo pálido. El suelo es de tierra virgen. Una cortina de tela áspera de cáñamo cubre la puerta y da privacidad al interior.

Me encuentro en el interior de una pequeña cabaña que el bosque ha formulado para contenerme.

A mi derecha, hay un poste clavado en el suelo.

En la parte superior, se encuentra Águila.

Lo han cubierto con una capucha de cuero claro que le oculta los ojos y, aun así, percibo su tensión. Está erguido, casi temblando, con las garras clavadas con rabia en la madera, como si quisiera desgarrarla para venir hacia mí. Su presencia me supone un alivio. Ha sobrevivido. No me ha abandonado ni siquiera cuando mi cuerpo se quebraba bajo la bestia de la niebla.

Intento incorporarme, pero se me escapa un gemido. Un latigazo atraviesa mi costado izquierdo, ahí donde me golpeé al caer, tras esquivar la primera embestida.

Tomo aire despacio mientras todas mis costillas aplastadas se quejan.

Hay una figura inclinada junto a mí.

Una chica joven, de manos curtidas, piel del color de la arena y ojos marrones sostiene un cuenco con un ungüento espeso. Cuando despego los párpados por completo, me mira con una mezcla de sorpresa e incredulidad. Parece no creerse que haya despertado.

—Hola —saludo con suavidad.

No quiero asustarla más, pero me temo que provoco en ella el efecto contrario. Se incorpora de golpe y, sin decir una palabra, sale corriendo de la cabaña, dejando tras de sí el sonido leve de pies descalzos sobre la tierra.

Me quedo sola en el interior de la cabaña. Intento incorporarme más, pero el dolor de todas las articulaciones me deja sin respiración.

Me tumbo de nuevo, resignada a no moverme. Y lo que debería haber sido silencio, no lo es tanto: el refugio respira; el aire vibra; las raíces parecen moverse muy despacio, ajustándose, observándome.

Soy más consciente que nunca de que el bosque es un ente vivo.

Me llevo una mano al costado y noto el vendaje. Cuando la levanto, está impregnada de la sustancia espesa que llevaba la mujer en el cuenco. Huele a hierba verde machacada y exprimida.

Me doy cuenta de que he estado a punto de morir… otra vez. Tengo dos cicatrices más, en el pecho y en el costado, que me recuerdan lo afortunada que soy. Una superviviente, como dijo la reina viuda Alisée en una ocasión.

Águila chilla bajo la capucha, furioso por no poder verme.

—Estoy bien —le susurro para que sepa que no me he marchado.

El animal se calma un poco. Supongo que entre supervivientes nos entendemos. Su presencia me reconforta más que cualquier presencia humana desde que entré en Faerín.

Dejo que mi mente divague un poco mientras espero no sé muy bien a qué.

Enseguida su recuerdo me abruma, y rememoro la petición que me lanzó durante el sueño: *No vengas a por mí.* ¿De verdad es eso lo que quiere? ¿Es la magia de Faerín tan poderosa como para traerme su mensaje desde la Tierras Baldías? ¿O tan solo fue la voz de mi subconsciente más racional, gritándome para que detenga esta campaña suicida? No creo que pueda saberlo con seguridad.

Un crujido resuena detrás de la cortina de cáñamo. Pasos lentos y medidos.

Una mano arenosa agarra la tela y la aparta con decisión.

La mujer que entra es alta, poderosa. El color de su piel hace juego con la tierra seca del suelo. El cabello castaño está recogido en trenzas menudas donde se enredan astillas de hueso, hojas secas y anillos de cuarzo rosa que atrapan la luz. Lleva una túnica verde que deja a la vista sus pies descalzos.

Su presencia impone respeto.

Cuando me mira, siento sus ojos verdes penetrar en mi interior sin pedir permiso, como una raíz que solo busca horadar en lo más profundo de la tierra.

—Sélû vaen, Noérin. —Su voz es profunda y áspera, como el roce de piedra contra piedra.

«Te saludo, extrajera.»

Inclina apenas la cabeza, no por respeto, sino como parte de un saludo que pretende mantener una mínima cortesía. Sin embargo, esa leve cortesía contradice la indiscreción de su mirada, que me

somete a un escrutinio desagradable, como de quien ha encontrado algo defectuoso en su territorio.

—Mi nombre es Sálverin, Mano del Bosque y guía de esta tribu. —Se toca el pecho con dos dedos en un gesto ritual.

—¿Dónde estoy? —le pregunto con intención de interrumpir el minucioso examen de sus ojos.

Ella se acerca al lecho despacio, sin prisas ni temor. Sin duda, se sabe en una posición dominante.

—Estás en Faerín —responde al llegar a mi lado—. En los territorios de la tribu de Lúm Vairë, donde mis exploradores encontraron vuestro cuerpo a punto de extinguirse bajo un Khevir.

Un escalofrío me recorre al pensar la suerte que he tenido.

Miro a Águila.

—Intentó atacar a todos los que se acercaban —dice sin apartar la vista de mí—. No había visto una lealtad así desde hacía muchas estaciones. Domar a un Evrún es imposible, pero parecéis haberlo hecho sin látigo, ni cadenas, ni magia. —Podría aparentar que me muestra admiración, pero su tono esconde cierta alerta—. ¿Quién sois?

Me incorporo en el catre a pesar del dolor. No quiero estar en una posición inferior cuando me presente. Puede que me encuentre en un lugar que presume de vivir aislado del resto del mundo, pero, quieran o no, soy su reina.

—Soy Genoveva —me alzo, pero sigue siendo mucho más alta que yo—, Reina del Oeste.

Si mi nombre la sorprende, controla bien la reacción. Tan solo noto que su mirada se afila.

—¿Del Oeste…? ¿Del linaje de los Velaryan?

Asiento despacio, con cuidado de no avivar el dolor del costado.

Un gruñido se escapa de su garganta. Un sonido que no sé si es desprecio o disgusto.

—Sois la hija de Aldemar —sentencia—. El que cerró un pacto oscuro para salvaros la vida. El que marcó con su soberbia el destino de nuestros Ancestrales.

Me ofende que se refiera así a mi padre, después de todo, él hizo todo cuanto estuvo en su mano para rescatarme de ese Mal que él

mismo había provocado. No sabía que, a cambio de mi salvación, condenaría al hijo de Myrla y Lord Andric a un destino tan aciago.

—El que fue engañado por la magia de Faerín —le respondo, altiva. No voy a permitir que se ponga en cuestión la honorabilidad de mi linaje.

—Engañado… —Sálverin se ríe sin humor—. Faerín no engaña. Vuestro padre y la mujer que lo acompañaba, en faerí la llaman Aënora, sabían que la sanación que pedían exigiría un sacrificio. Vuestro padre estuvo de acuerdo.

—Mi padre no sabía que el sacrificio no lo pagaría él. Fue tramposo. Desprovisto de honor.

—Honor es una palabra muy grande, Noérin, y admite muchas acepciones; pero puede que tengáis razón. Faerín no se caracteriza por ser una tierra de honor. Lo que me lleva a preguntarme qué trae a la hija de Aldemar hasta aquí y cómo habéis llegado tan lejos en el bosque.

Extiende una mano y veo brillar en ella era aro negro de la brújula. Lo sostiene ante mis ojos como si fuera un cuchillo ritual.

—Entiendo que esto os ha ayudado —continúa—. Estaba junto a vuestro cuerpo cuando os encontraron. Es un objeto de Faerín, hecho con nuestras manos. No pertenece al mundo exterior. —Lo agarra con fuerza entre sus dedos, como si se tratara de una reliquia perdida—. Es el único motivo por el que los exploradores no os remataron cuando se dieron cuenta de que permanecíais con vida. ¿Quién os la ha dado?

—Creo que la has llamado Aënora. —Podría haber optado por callar la verdad, pero me da la sensación de que Faerín no es un lugar que tolere demasiado bien las mentiras o las verdades a medias.

Sálverin asiente, pero su gesto se mantiene inmutable. No sé si la mención a lady Myrla me ayudará o, por el contrario, levantará más suspicacias contra mí.

—Si Aënora os la ha prestado es porque el motivo de visita es demasiado grande o demasiado suicida.

Intento mantener su mirada, pero titubeo. Soy consciente de que lo que voy a pedir suena a desvaríos de una mente enferma.

—Busco ayuda para atravesar las Montañas Rocosas y acceder a las Tierras Baldía con un ejército numeroso.

Ahora sí, Sálverin reacciona. Abre los ojos con sorpresa a la vez que su brillo se apaga.

—Demasiado suicida entonces —dictamina—. Pero no soy yo quien debe juzgarlo.

Se da la vuelta y me ofrece su espalda sin ningún tipo de deferencia.

—He de informar a los Sienval.

La palabra vibra en el aire como si agitaran campanillas.

—¿Quiénes son? —pregunto.

Sálverin se detiene, apoyando una mano en el marco hecho de raíces vivas.

—Nuestros líderes Sagrados. Custodios de la magia profunda y de los saberes Ancestrales. Ella os verá por dentro y él juzgará vuestra fortaleza. Juntos decidirán si no sois más que una loca osada… o la respuesta a nuestras plegarias.

Y sale, dejándome sola con Águila y el murmullo del bosque respirando a mi alrededor.

Me dejo caer, exhausta, contra el respaldo de hojas trenzadas. El costado vuelve a palpitar al ritmo de un tambor lejano. La conversación con Sálverin me ha supuesto más tensión de la que habría esperado. Por supuesto, sabía que Faerín no me recibiría con los brazos abiertos ni esperaría que yo los abriera para abrazarle a él, después de lo que sucedió con mi padre, pero sí esperaba que mostraran, al menos, algo más de respeto y deferencia hacia su reina.

Ya he comprobado que no es así.

Águila mueve las alas bajo la capucha, inquieto. Emito un susurro para tranquilizarlo, aunque en realidad a quien trato de tranquilizar es a mí.

Entonces escucho otra vez pasos tras la tela que hace de cortina, pero esta vez son más suaves. Si no fuera porque tengo el oído entrenado, no lo habría escuchado.

La tela se aparta y la chica joven que estaba a mi lado cuando desperté vuelve a entrar.

Trae consigo un nuevo ungüento de hojas machacadas cuyo olor denso, pegajoso, llega hasta mí.

Ahora la veo con más claridad. Su piel arena está salpicada de pecas, como una constelación de diminutas estrellas, y lleva collares de piedras pequeñas y brillantes colgando de su cuello. Realiza movimientos precisos, algo temerosos, pero firmes. La sonrisa que intenta esbozar se deshace en cuanto sus ojos se encuentran con los míos.

—Perdonad… —murmura con voz cantarina—. No debí marcharme así antes, sin decir nada, pero tenía órdenes de avisar… —traga saliva—. De avisar si os despertabais.

Me sorprende su honestidad.

—No lo tengo en cuenta —le respondo, agradecida por su leve muestra de empatía humana.

Sus ojos marrones, grandes como los de un cervatillo asustado, se iluminan un poco, y se acerca con más determinación.

—Permitid que os ayude. —Se agacha a mi lado y me ofrece el brazo—. Tengo que terminar de curaros el hematoma. Hay alguna costilla al borde de la fisura.

No protesto. Agradezco de nuevo la suavidad con la que me guía para que me incorpore sobre el lecho. Me acomoda despacio, como si temiera romper las costillas dañadas por un mal movimiento, y comienza a quitarme las vendas con manos delicadas.

Al sentir el aire sobre la contusión, un gemido se me escapa sin querer.

—Lo siento… —susurra—. Aún tardará un par de días en mejorar. El Khevir es una de las mayores amenazas de este bosque. Es admirable que hayáis sobrevivido a su ataque. —Me mira de reojo.

La mezcla de sorpresa y alivio con la que pronuncia la frase hace que me sienta humana otra vez. Es agradable volver a compartir una charla con otro ser humano sin tener que medir las palabras o demostrar algo. Celebro ser solo Genoveva otra vez.

La chica aplica el ungüento de hojas sobre el hematoma. Al principio está fría, pero, según penetra en mi piel, arde bajo los tejidos hasta llegar al hueso.

—Los rumores son más raudos que el viento, pero a veces disfrazan la verdad —dice al cabo de unos segundos, en voz muy baja, como si temiera estar extralimitándose—. ¿Es verdad que sois… la Reina Genoveva del Oeste?

Sus ojos se encuentran con los míos. No hay maldad en ellos, solo una tremenda curiosidad y algo de temor reverencial.

—Los rumores son ciertos esta vez —respondo.

La sanadora abre un poco los labios, a punto de decir algo más, pero se contiene. Continúa trabajando en mi costado, con movimientos delicados y un respeto que no había recibido desde que partí de Lirien.

—¿Cómo es… vivir fuera? —pregunta por fin, mientras me enrolla alrededor una nueva venda hecha de fibras vegetales—. En un castillo. En un lugar que no respira ni escucha.

La pregunta me pilla un poco desprevenida y no sé qué responder al principio. Nunca me había planteado que la gente de los bosques anhelara conocer los detalles de una vida fuera de sus fronteras.

Hace tanto tiempo que los muros de Lirien son para mí más prisión que hogar, que respondo con demasiada pesadumbre.

—Es frío —admito—. Aunque calentemos los muros con fuego y velas, aunque los techos estén recubiertos de madera y las paredes de tapices… siempre es frío. No como aquí, que poseéis el abrigo de los árboles y calor de su savia fluyendo.

Ella ladea la cabeza, sorprendida.

—Faerín no es cálido, Noérin —dice con la boca torcida—. Puede que los árboles lo sean, pero no sus gentes. Faerín es salvaje. Cruel, a veces. No entendemos de empatía y, la mayoría de las veces prima la ley del más fuerte. Es supervivencia en estado puro.

—No es eso lo que veo en ti.

Ella baja la mirada, como si mis palabras la hubieran avergonzado.

—Eso es porque soy una Vael'shath, una sangre impura —. Hay dolor en sus palabras—. Mi padre proviene del exterior.

—¿Te sientes apartada por eso?

La chica se encoje de hombros sin levantar la mirada. Sigue colocando el vendaje, aunque hace rato que la tela está bien sujeta en su sitio.

—Nadie lo dice abiertamente, pero sus gestos los delatan. —Se incorpora y da por finalizada la curación. Se sienta un instante a mi lado, sobre el lecho de ramas trenzadas—. Siempre quise ver un castillo, reina Genoveva —confiesa, muy bajito—. Pero Sálverin dice que más allá del bosque solo hay mentiras.

—Más allá del bosque hay de todo —respondo—. Mentiras, sí; pero también amor, lealtad, dolor… —Mi voz se quiebra un segundo—. Y razones para cruzar Faerín aun sabiendo que podrías no salir jamás.

Ella me mira sin esconder su curiosidad.

—Debéis anhelar algo con mucha intensidad.

No es algo. Es *alguien*.

—Así es —respondo simplemente.

No quiero que el recuerdo de Akhir vuelva a desestabilizarme. Necesito estar concentrada en aquel lugar, atenta a sus movimientos, a sus palabras pronunciadas en la sombra. Tengo que prepararme para el escrutinio de los Sienval, ahí me lo juego todo, y eso solo puedo hacerlo si he aprendido antes las costumbres de estas gentes y sé qué debo responder y cómo. Sin embargo, pese a que intente resistirme, sé que su sombra volverá a mí una y otra vez mientras respire, que el beso de su despedida aún quema en mis labios y que seguirá ardiendo mientras la memoria me alcance.

Solo me pido paciencia, ser capaz de pensar con la cabeza fría e ignorar al corazón cuando sea necesario.

—Mi nombre es Lërian —dice la sanadora, interrumpiendo mis pensamientos. Me ofrece una sonrisa tímida mientras se toca el pecho con dos dedos como hizo Sálverin—. Pertenezco a la tribu de Lúm Vairë y estoy aprendiendo las artes curativas. Y… —vacila como si no se atreviera a continuar— si vos vivís, aprenderé mucho más, puesto que me han asignado vuestros cuidados.

Me sorprendo ilusionada por la noticia. Me ha caído bien. Quizás sea por esa mezcla de sangre con el exterior que la siento más cercana a mí.

—Gracias por tus cuidados, Lërian —respondo—. Significan más de lo que puedes imaginar.

Ella vuelve a bajar la mirada, contenta pero algo ruborizada.

—Yo… puedo quedarme un rato más si queréis compañía —propone—. A veces, cuando las raíces están sanando, sienten menos dolor si alguien está cerca.

La frase es rara, pero poética.

—Claro —y lo digo con sinceridad.

Lërian se acomoda en el suelo y apoya la espalda contras las ramas y los troncos de la cabaña. Cierra los ojos un instante y entona una canción que mece el alma.

Elarîn shaë, lúm vae theral,
Naelin varuë, silûn a daral.
Shaelira ven, enarë mirhal,
Vaerion kael, lorai ven theral.

Serelis naë, faelûn i vae,
Rhovar elûn, shaë naralae.
Noérin rhal, daerûn valei,
Miren thaelûn, lúm vae ralei.

Elarîn shaë… elarîn shaë…
Laenor vhalai, lúm vae theral.

«Donde nace el paso, la sombra se inclina,
el bosque respira, la luna te mira.
Shaelira llama, te ve por dentro,
Vaerion aguarda, guardián del viento.

El canto despierta lo que duerme en raíces,
las sombras antiguas se alzan sin prisa.
Extranjera errante, marcada por sangre,
si buscas al perdido, entra y no falles.

Donde nace el paso… donde nace el paso…
el bosque decide a quién abre caminos.»

Y por primera vez desde que entré en Faerín, no sé si este alivio es un regalo… o el primer movimiento de una trampa.

5. Bajo las raíces de Lúm Vairë

Los dos días siguientes se suceden atrapada en el interior de la cabaña.

Sin relojes ni campanas que marquen el paso del tiempo, lo único en lo que puedo fijarme es en el cambio de luz que se filtra por las brechas del techo. Los minutos pasan lentos, se ahogan en la amargura de estar retenida por el dolor en el interior de aquella estructura viviente.

Mi mundo se limita al lecho de ramas trenzadas, al poste donde Águila regresa al anochecer, después de haber pasado el día cazando y disfrutando del aire libre, y al rincón donde Lërian prepara sus ungüentos.

Sálverin no ha vuelto a aparecer.

Los únicos que cruzan la cortina de cáñamo son Águila y Lërian.

La sanadora entra siempre con las manos manchadas de sustancias viscosas. Parece pasar el resto del día cortando plantas y machacando sus jugos. Los collares son nuevos en cada visita, y tintinean sobre su clavícula de forma alegre. Tararea trozos de canciones que se le escapan sin darse cuenta.

Me cambia las vendas, inspecciona la contusión del costado, me obliga a comer más de lo que comería por mí misma: caldos

espesos, trozos de carne ahumada, pan oscuro de corteza dura.

—Tenéis que recuperar vuestra fuerza —insiste—. No podéis presentaros ante los Sienval como un saco de huesos. No os tomarán en serio por mucha reina del Oeste que seáis.

—¿Los conocéis? —pregunto con interés. Estaría bien saber de antemano cómo son los que van a juzgar la viabilidad de mi objetivo y, en última instancia, dar luz verde para que me lleve sus ejércitos a las tierras malditas.

—¿Yo? —Abre los ojos como si hubiera dicho una barbaridad—. Pero cómo me iban a recibir a mí los Sienval, si no soy nadie. Ellos no pierden el tiempo en asuntos mundanos. Su misión es asegurar la persistencia del linaje de Faerín, una con la magia y el otro con la guerra.

Por las noches, cuando el bosque se apaga y las luciérnagas atrapadas en las burbujas de savia bajan el pulso de su luz, Lërian se queda conmigo un rato más, sentada a los pies de mi lecho y con la espalda apoyada en las paredes de la cabaña.

—Cuando era niña —me confiesa una de esas noches—, soñaba con salir de Faerín. Creía que, si cruzaba el límite de la fronda, el mundo sería… distinto. Más amplio. Que no se me juzgaría por la procedencia de mi sangre.

—¿Lo sigues soñando? —pregunto mientras los ojos se me cierran, cediendo al sueño.

Águila hace rato que hundió su pico entre las plumas del pecho.

Se lo piensa un instante.

—Ahora tengo miedo de que mi sangre no pertenezca a ningún sitio —responde al final—. Ni del todo al bosque, ni del todo al exterior.

No sé qué decirle, esa sensación de no encajar en ningún lugar me resulta demasiado familiar.

—Pese a lo que pueda parecer, la posición de reina es bastante solitaria. En ocasiones, hay que tomar decisiones que no gustan a nadie, que van contra tu propia naturaleza —digo recordando todos los sacrificios que hice por mantener el trono—. Dejas de pertenecerte a ti misma.

Ella me mira con sus ojos grandes, atentos.

—¿Y a quién perteneces ahora? —pregunta.

No le he hablado de Akhir en ningún momento, pero es muy intuitiva. Sabe que la niebla que empaña mis ojos tiene nombre de hombre. De Heraldo Oscuro en concreto.

El tatuaje de invocación, invisible bajo la piel, tira de mi brazo como si tratara de convocarlo ante mi presencia; pero el grimorio se quemó, ya no tengo ese poder sobre él.

Al tercer amanecer, Lërian entra en la cabaña con una sonrisa que no intenta disimular.

—Estás preparada para salir de la cabaña —anuncia—. Le he comunicado a Sálverin tus progresos y está de acuerdo conmigo. El reposo absoluto ya no es necesario.

—¿Puedo levantarme por fin? —Casi no me lo creo.

Lërian asiente y se acerca hasta mí para ayudarme. Pasa mi brazo por detrás de sus hombros y me sirve de apoyo. Me incorporo con cuidado. El costado sigue doliendo, pero es algo que ya puedo tolerar.

—Te he traído algo de ropa —. Señala una bolsa de tela que ha dejado en la entrada de la cabaña.

—¿Qué pasa con la mía? —pregunto, señalando los pies del camastro, donde yace desde que desperté.

—Si quieres ser el centro de atención aún más, adelante —me reta con cierto tono de burla.

Entiendo enseguida lo que quiere decir. Solo he visto a dos personas desde que encontré las tribus —más bien, desde que me encontraron ellas a mí— y su vestimenta es muy diferente a todo lo que he acostumbrado a ver. Sus telas son ligeras, casi transparentes, holgadas y de colores que imitan los del bosque. Si me pusiera el jubón negro y las mallas del viaje, sería como una oveja negra en mitad de un rebaño blanco.

—A ver qué me has traído.

Lërian me ayuda a vestirme. Dentro de la bolsa hay unos pantalones bombacho del color de la tierra mojada y una camisa del mismo tono, con las mangas traslúcidas y un corsé para ceñir el pecho y la cintura.

—Sabía que te quedaría bien —Lërian echa un vistazo al resultado.

—Necesito algo para los pies.

Lërian me señala los suyos, descalzos, igual que los de Sálverin cuando entró ese primer día en la cabaña.

—Dame esta concesión al menos —le pido. No estoy acostumbrada a caminar sin calzado, y temo pasar los siguientes días cojeando, con las plantas de los pies llenas de heridas.

—Está bien —cede—. Solo esto.

Recupero las botas del montón donde yace mi ropa y me siento preparada para afrontar los nuevos retos. Y, hablando de retos…

—¿Sabes algo de los Sienval? —le pregunto a Lërian mientras me ofrece una especie de bolso de cuero para colgar cruzado sobre el pecho.

—Escuché a Sálverin decir que les había informado, pero tendréis que esperar a ser llamada a su presencia en Calendra.

—¿Calendra?

—Es la capital de los bosques. La ciudad más importarte de Faerín y el corazón del bosque —explica con brillo en los ojos—. Es allí donde se encuentra su palacio.

Después menea la cabeza, como si se obligara a sí misma a dejar de fantasear, me tiende la mano.

—Vamos. Te enseñaré Lúm Vairë hoy.

Agarro la mano que me ofrece y cruzo por primera vez la cortina de cáñamo.

Fuera se respira un aire fresco, limpio. La luz penetra tamizada por las altas copas de los árboles. Desconozco de qué tipo son, es la primera vez que veo esa especie. Sus troncos son delgados y sus copas verdes y frondosas, y se elevan decenas de metros hacia el cielo contradiciendo todas las leyes de la física.

El campamento de la tribu se establece en varias terrazas de tierra unidas por pasarelas de madera y cuerdas. No hay casas de piedra. Todo está edificado a base de cortezas de árbol, ramas y fibras vegetales.

En la parte occidental del campamento, un arroyo estrecho serpentea entre rocas cubiertas de musgo. El agua es tan clara que se pueden observar pequeños peces plateados nadando a

contracorriente. El arroyo fluye hasta un estanque ubicado a los pies de un árbol retorcido: sus raíces se hunden en el agua y emiten un brillo blanco, luminoso.

—Ese es el lugar al que acudimos para bañarnos y purificar el cuerpo —me explica Lërian, que sigue mi mirada—. Los más pudorosos lo hacemos por la noche, pero hay a quien no le importa exhibirse —contiene una risa nerviosa y señala a un par chicos que acaban de desnudarse por completo antes de meterse en el estanque.

Tomamos un camino señalizado con balizas amarillas que nos conduce hacia las terrazas. Antes de ascender, observo varios árboles ancestrales que se alzan como columnas de un templo sin techo. En sus troncos hay runas talladas y símbolos que no he visto en toda mi vida. De las ramas cuelgan talismanes hechos con plumas, pequeñas piedras y tiras de cuero.

No puedo evitar detenerme a observarlos.

—Son Silvar'eth —me explica Lërian—. Árboles vigilantes. Los más ancianos aseguran que tienen la capacidad de protegerte si te ganas su favor, por eso la gente cuelga de sus ramas collares, amuletos y diversas creaciones. Pero hasta la fecha no he visto a ninguno moverse para ayudar a nadie.

—Igual es que nadie se ganó su favor todavía. —Sonrío.

Ella se encoje de hombros.

—Quizás sea eso.

En los distintos niveles del asentamiento, veo faerís en sus quehaceres diarios: un grupo jóvenes practica con lanzas cortas, cuyas puntas brilla con un fulgor verdoso; otros, más mayores, remueven calderos donde hierven líquidos de distintos olores. En el extremo de una de las terrazas, hay un círculo de varios hombres sentados en torno a un montículo de tierra y piedras. Sus manos se mueven despacio sobre la superficie y, a cada gesto, la forma del montículo cambia.

—¿Qué hacen? —pregunto.

—Es Alquimia de Trazos —responde—. Se utiliza la *materia* para modelar elementos naturales: rocas, madera, tejidos… Así podemos

dar forma a nuestras cabañas, a nuestras sendas, a nuestra tierra sin necesidad de dañar el bosque.

Señala discretamente otros grupos a lo largo de las terrazas. Todos están usando sus manos para dar forma a diferentes materiales.

—Cada tribu se especializa en algo —continúa—. Nosotros, en Lúm Vairë, somos buenos construyendo caminos, viviendas… moldeando la naturaleza para darnos cobijo.

—¿Cuántas tribus hay?

—No lo sé con exactitud. —Se agacha para apartar la rama de un arbusto que ha quedado en mitad del sendero y está expuesta a las pisadas de los transeúntes—. Sé que hay tribus especializadas en domar el fuego, otros en fomentar el cultivo, otros en sanación… pero todas tienen algo en común: cada tribu es gobernada por un líder y todos obedecen a los Sienval.

Atravesamos una pasarela de cuerdas y tomamos un camino que serpentea y asciende entre los árboles, alejándose del asentamiento.

—Cuéntame más sobre ellos —le pido.

Lërian guarda unos instantes de silencio antes de empezar a hablar. Me da la sensación de que no se siente cómoda con este tema de conversación.

—Los Sienval son los Antiguos más longevos de Faerín —dice al fin —. Se cuenta que fueron ellos los que engañaron al Rey Loco para hacer lo que hizo. Ella es experta en conjurar. Domina con maestría los cuatro tipos de conjuros y dicen que podría destruir el mundo solo con un movimiento de su mano. Él es el mejor guerrero que han visto las generaciones pasadas y las que vendrán. Hace eones que nadie consigue herirlo en una batalla. Ambos estuvieron presentes en la lucha contra el Señor Oscuro, y ayudaron a encerrarlo tras las Montañas Rocosas, en las tierras del Sur.

Se detiene y recoge una flor de caléndula que ha caído al suelo desde un arbusto. Se la arrima a la nariz y aspira su aroma. Luego juega con ella entre los dedos.

—Ella se llama Shaelira, la Rosa —Baja la voz, como si temiera que pudieran escucharnos—. Y es hermosa y delicada como una flor. No permitas que sujete tu mirada durante mucho tiempo, o leerá hasta el último pensamiento que cruce por tu mente.

—¿Y él? —mi pregunta surge antes de que la piense.

—Él es Vaerion, el Lobo —responde con un tono sutilmente distinto. Algo se mueve en mi pecho al escuchar ese nombre—. Su cuerpo parece esculpido por la mismísima diosa Mae. Alto, fuerte, valiente. Dicen que, cuando camina por Calendra, hasta los Silvar'eth se inclinan un poco.

—¿Les teméis? —No he podido evitar darme cuenta de las miradas furtivas que lanza a un lado y a otro mientras habla de ellos.

—Les veneramos —me corrige—. No es lo mismo, aunque a veces se parece mucho.

Continuamos el paseo y llegamos a una zona donde los troncos de los árboles se han moldeado para formar pequeños bancos o lugares de descanso. Al fondo se escuchar el rugir del agua al atravesar una pared de rocas y caer desde varios metros de altura.

Nos cruzamos con varios faerís, que abandonan el lugar a nuestra llegada. Algunos se limitan a observar, otros cuchichean entre ellos. Sus ojos se detienen en mi cabello, en mis botas, en mi diadema de zarzas.

—¿Siempre miran así a los forasteros? —le pregunto a Lërian en voz alta para que me oigan.

—No eres una forastera cualquiera —susurra ella.

—Pero me miran con recelo —apunto.

—Porque tu padre quiso hacer de Faerín un puerto con aduanas —explica—. Quiso cerrar nuestros caminos, obligar a pagar tributos en las fronteras a nuestras salidas, vigilar quién entraba y quién salía. No permitió que algunos de los nuestros cruzaran la frontera cuando había necesidad de adquirir los alimentos que no nos proporcionaba nuestra tierra. Para muchos aquí, Aldemar es el hombre que intentó encadenar el bosque desde una silla de piedra. Se preguntan si pretendéis hacer lo mismo.

El regusto de mi boca se vuelve amargo.

—Siempre creí que solo quería controlar la circulación de materia —murmuro.

—No creo que fuera eso —Lërian se acerca al límite de la tierra, donde un acantilado cae en picado hasta el cauce del arroyo—. En el bosque se oyen otro tipo de rumores. Se dice que, después de lo

que ocurrió con Aënora, vuestro padre temió que los susurros viajaran con nuestras gentes, y quiso contener la historia dentro del bosque.

Entonces entiendo: el pago de tributos, las restricciones, las discusiones con lady Virelle por controlar las fronteras del bosque. No era la materia, era miedo y culpa.

Me invade un extraño desasosiego. No sé si me molesta más lo que hizo Aldemar o el hecho de haberlo descubierto tan tarde.

Ha anochecido.

El comedor común de la tribu es un espacio abierto bajo las ramas de un árbol colosal. Han construido plataformas de madera alrededor del tronco, con cuerdas y raíces que hacen las veces de barandillas. Rodeando las plataformas, sobre bases de piedra lisa, arden diversas hogueras de llamas verdes donde se cocinan los alimentos e iluminan la noche. El humo asciende en espirales lentas que se deshacen antes de tocar las ramas.

Nos sentamos en una de las mesas y Lërian se coloca a mi derecha. La madera está pulida por años de manos apoyadas, de vasos golpeando su superficie. Alguien deja frente a nosotras un cuenco con un caldo espeso y trozos de pan en su interior.

No necesito alzar la vista para notar cómo las miradas se clavan en mí.

Hablan en faérico entre ellos. No entiendo todo lo que dicen, pero el tono es universal. El recelo suena igual en cualquier idioma.

—La gente aquí es… encantadora a la par que hospitalaria —murmullo entre dientes.

Lërian oculta una sonrisa.

—Ya os advertí de que Faerín no era un lugar que destacase por su calidez.

Un niño se acerca corriendo y se detiene junto a mi asiento. Me mira sin pudor. Los niños no entienden de eso. Tiene el cabello enmarañado y los pantalones llenos de arbustos.

—¿Es verdad que tu padre quiso rompernos las piernas? —pregunta muy serio.

—Cielos. —El comentario del niño me atraviesa como un dardo. No debería dolerme la opinión de un crío… pero lo hace.

Lërian lo agarra con suavidad del brazo y lo devuelve con su familia.

—No quiso romperos las piernas. —Alzo la voz para que me oigan —. Solo quiso controlar algo que había hecho mal, y no supo hacerlo de la manera adecuada.

No sé si mis palabras cambiarán algo, no sé ni tan siquiera si todos entienden el lenguaje común, pero me niego a resignarme y a que sigan creyendo que mi padre era un monstruo.

A medida que avanza la noche, la tensión se va disolviendo. Primero son los niños, que corren entre las mesas. Luego, algún adulto se permite una carcajada. Las hogueras cambian de color: del verde al ámbar, del ámbar al dorado. Los instrumentos aparecen: tambores de piel, flautas de caña, cuerdas tensadas sobre un arco.

Lërian se relaja a mi lado.

—Las noches en Lúm Vairë siempre terminan así —me cuenta—, aunque el día sea terrible. Es nuestra forma de decirle al bosque que seguimos aquí, de agradecer a la diosa Mae su compañía y protección.

Las gentes de la tribu empiezan a levantarse. Algunos bailan alrededor de las hogueras, otros marcan el ritmo con sus pies descalzos sobre las plataformas de madera. Veo gestos cómplices entre ellos, sonrisas.

Y me sorprendo sonriendo yo también.

Una parte de mí desea abandonar la tensión del mundo exterior, disolverme entre las risas y la música… pero otra parte se rebela. No debo permitir que Faerín me seduzca. No puedo permitirme olvidar.

Algo en mi interior se quiebra al pensar que él no bailará esta noche. No habrá música a su alrededor, ni risas. Solo el aullido feroz de las Llanuras Abisales, el castigo del Señor Oscuro y la locura escalando por sus huesos.

¿Cómo puedo permitirme sentir un instante de alivio cuando él muere un poco más cada segundo que pasa?

El tatuaje late, dolido, como si me acusara.

Lërian se da cuenta de la forma en la que me encojo.

—¿Te duele? —Piensa en la herida del costado.

—Sí, pero no lo que crees —respondo con la mirada perdida en el fuego—. Es algo que no puedes vendar.

Ella guarda silencio. Me respeta.

—¿Dónde están los ancianos? —pregunto mirando alrededor.

—¿Cómo? —Lërian parece sorprendida por mi pregunta.

—Sí, la gente mayor —aclaro—. No he visto a nadie que aparente más de cincuenta años.

Lërian se dispone a responderme, pero un faerí se acerca y tira de su mano para arrastrarla hacia la zona de baile.

—Ven, Vael'shath. Siempre te quedas sentada —se queja.

—Hoy tengo excusa. —Me señala—. He de acompañar a Noérin.

—Ve —le digo al percibir el brillo de ganas en sus ojos—. No necesito vigilancia esta noche.

Ella duda un segundo, pero luego asiente y se deja llevar. La veo mezclarse en la danza, con sus collares de piedras pequeñas tintineando al ritmo de los tambores. Aunque ella crea que no pertenece a esta tierra, yo creo que es su esencia misma.

Me quedo allí sentada, observando.

Una chispa del fuego se eleva, dorada, y por un instante juro que veo, en la columna de humo, el contorno de unos ojos enrojecidos mirándome desde otro lugar. Cierro los párpados con fuerza y creo sentir su respiración en mi nuca… como cuando me susurraba en la oscuridad.

—Ten cuidado con él, reina sin corona… No es de fiar.

Abro los ojos con un sobresalto, pero enfrente solo queda la hoguera y las siluetas de los faerís bailando.

Sus risas me saben dulces y amargas a la vez.

Soy una extranjera en mi propio reino. Una mujer que intenta aprender a convivir con la culpa y el deseo sin que ninguna de las dos la consuma.

Alguien pronuncia el nombre de Vaerion cerca de mí, en mitad de una conversación. No entiendo el resto de la frase, pero la forma en la que lo dicen —mezcla de temor y fascinación— me eriza la piel.

Miro el fuego de nuevo.

Pienso en Akhir.

Pienso en el nombre de un guerrero al que aún no conozco y que, sin embargo, parece estar al cargo de mi destino.

Cierro los ojos y aspiro el aroma del fuego. Las cenizas. Las brasas… El eco de un beso que todavía arde en mis labios.

6. Los Sienval

El amanecer apenas ha teñido de añil los colores del cielo cuando salgo de la cabaña a contemplar el despertar del bosque. A pesar de que todo ha sido recogido, los ecos de la celebración pasada siguen en el aire. Las risas y los bailes se han adherido a mi piel para atormentarme, para hacerme ver que estoy perdiendo el tiempo mientras Akhir se ahoga en un pozo de locura.

No he podido dormir en toda la noche. La angustia ha atrapado mi pecho con mano de hierro y no quiere soltarlo. Cuando cierro los ojos, lo único que veo es el cuerpo de Akhir sujeto a los más terribles tormentos que nadie pueda imaginar.

Necesito partir ya. Movilizarme. Recodar el objetivo por el que me adentré en Faerín.

Escucho pasos a mi espalda. Firmes, decididos.

Me vuelvo y veo a Sálverin caminando hacia mí. Su aura poderosa me sobrecoge como la primera vez: alta, severa, con el gesto imperturbable. Las trenzas de su pelo castaño parecen cantar con cada uno de sus pasos.

—Aprecio que me hayáis evitado la incomodidad de despertaros —saluda con voz áspera y los dos dedos sobre el pecho.

—Buenos días, Sálverin. Y yo aprecio vuestra visita. —Hay un leve tono irónico en mi frase que no estoy segura de que haya captado.

Mejor así.

—Los Sienval han respondido —me informa sin rodeos—. Han decidido veros.

Mi corazón salta en el pecho al comprender que el momento ha llegado. Por fin he conseguido la audiencia que decidirá el futuro de mi campaña. El temor de no estar preparada me acecha como un lobo hambriento, pero luego recuerdo que soy la maldita reina del Oeste y que esta gente, lo quiera o no, me debe obediencia.

—Partiréis en una hora hacia Calendra. Espero que tengáis suerte en vuestro viaje.

Casi parece sincera, pero luego se da la vuelta y se aleja sin más, con la misma frialdad con la que llegó, y comprendo que tan solo está manteniendo las formas.

En lo alto, sobre las copas de los árboles, reconozco el chillido de Águila. Ha regresado de cazar. Envuelvo mi brazo en una gruesa tela de arpillera, que me he acostumbrado a llevar enganchada al bolso de cuero, y lo alzo al aire. Águila cae en picado y planea hasta clavar sus garras sobre la tela de mi brazo. Le acaricio el suave plumaje del pecho con los dedos.

—Nos vamos, amiga —le digo—. Por fin tenemos audiencia con Los Sienval.

Entro en la cabaña y la dejo sobre el poste mientras recupero mis ropas y me visto.

Lërian aparece al cabo de un rato. Por su manera abrupta de ladear la cortina e irrumpir en la cabaña, deduzco que está nerviosa y entusiasmada a la vez. Lleva una bolsa de viaje al hombro.

—¡Noérin, Noérin! —me llama con voz clara—. Están preparando la comitiva. Sálveris me ha encargado que os acompañe a Calendra para asegurar vuestro bienestar.

La emoción de su voz podría iluminar todo el bosque.

—No puedo decir otra cosa más que me alegro de que sea así. —Yo también sonrío. Es un alivio contar con la cercanía de una cara conocida, de alguien a quien puedo preguntar con libertad sobre sus costumbres para no quedar en mal lugar.

—¿Vas a llevar esa ropa? —me pregunta, cambiando su gesto alegre por una mueca de desagrado.

—No pienso entrar disfrazada de faerí a la corte de los Sienval. Soy Genoveva, Reina del Oeste. Que a nadie se le olvide.

Lërian asiente y, por primera vez, creo traslucir de su postura un amago de reverencia. Esa es la reacción que busco, no precisamente de ella, sino de todos los demás.

Se acerca y, sin decir palabra, me quita la diadema que llevo en la cabeza. Después, coge una de las pequeñas piedras de su collar y se la lleva a la boca para chuparla, como si se tratara de un caramelo. Cierra los ojos, respira profundo, y utiliza sus manos para dar una nueva forma a la diadema. Moldea el metal como si fuese arcilla. Cuando termina y la coloca de nuevo sobre mi cabello, siento que se eleva sobre la cabeza. Como una corona.

—Majestad —realiza una leve inclinación.

—¿Son piedras de materia? —le pregunto, señalando el collar.

—Así es —admite—. No hay Alquimia de Trazos ni de ningún otro tipo sin el consumo de materia.

Agarro de nuevo a Águila y salimos de la cabaña. Hay un grupo de faerís esperando. Pero quien llama mi atención es el corcel negro que aguarda su jinete. Lux relincha al verme, con los ojos brillantes y alerta.

Me acerco a él para abrazarlo.

—Amigo, creí haberte perdido.

—Lo encontraron cerca del límite oriental de nuestros territorios —me cuenta Lërian—. Estaba a punto de servir de cena a un Shyvar.

Me vuelvo hacia ella con un gesto interrogante.

—Es una especie de oso gigante con mala leche y hambre voraz.

Lux golpea mi hombro con el hocico y yo le acaricio la frente.

Lërian me ayuda a montar. Todavía me molesta un poco el costado.

Cuando agito las riendas y la comitiva se pone en movimiento, mis manos tiemblan ante la mezcla de expectación e incertidumbre que nos aguarda.

Atravesamos pasarelas y senderos que se retuercen y se entretejen en el interior del bosque como las ramas nudosas de los árboles que vigilan nuestro paso. Las hojas susurran a nuestro paso y nos

arrullan el oído. Los líquenes que cuelgan de los troncos brillan con luces tenues azuladas, anaranjadas, rosadas…

Águila ha emprendido el vuelo y planea sobre nuestras cabezas, aprovechando las corrientes de aire. Su sombra atraviesa el camino en ráfagas largas, imponentes.

—Es increíble la lealtad de ese Evrún —dice Lërian, que camina a mi lado. Mientras que yo voy a caballo, ella prefiere hacer la senda a pie. Dice que los corceles son animales demasiado nobles para verse obligados a soportar el peso de un humano—. Sin duda, te ha escogido para recorrer el camino.

Es una frase simple, pero su eco retumba más lejos de lo que me gustaría. Vibra más allá de las Montañas Rocosas, en un abismo de sombras y sangre, donde late un corazón que yo también he escogido, a final de un tortuoso camino que recorro más lento de lo que me gustaría.

La caminata es larga, pero no por eso aburrida.

Pasamos junto a especies arbóreas que no he visto nunca, con cortezas que respiran y exhalan esporas doradas que perfuman el camino de aromas dulces y embriagadores. El correr del agua suena diferente en Faerín. Es melódico, como campanas sumergidas. Y las flores se abren a nuestro paso, nos dan la bienvenida y nos muestran su gama de vivos colores.

Lërian me explica todo con entusiasmo infantil.

—Esa es la Senda de Ronvur, conduce a la Ciudad Espejo.

—Ten cuidado con ese musgo rojizo, es venenoso al tacto.

—Esa enredadera se usa como anestésico frente al dolor.

Tengo que reconocer que todo a mi alrededor me resulta hermoso, fascinante… pero también peligroso.

Calendra aparece sin avisar.

Un claro gigantesco se abre ante nosotros y la luz cae en forma de cascada sobre un conjunto de estructuras imposibles, unidas por puentes naturales y plataformas suspendidas. Palacetes construidos con Alquimia de Trazos a partir de la corteza viva de los árboles; igual que las torres trenzadas con ramas y raíces que asciendes hasta perderse entre las copas de los árboles que circundan el claro.

Todo vibra bajo una magia antigua, intimidante.

A mi lado, Lërian deja escapar un murmullo de asombro.

—Así que esto es Calendra —dice con devoción.

Desmonto a Lux, imitando al resto de la comitiva. Me rodean, no sé si para protegerme o para evitar que me salga del camino marcado. Me inclino más por lo segundo. A pesar de que forman una barrera visual a mi alrededor, no me libro de las miradas indiscretas. La curiosidad se mezcla con una pizca de rechazo.

Me pregunto si saben quién soy.

Cruzamos el claro hasta la base de una de las plataformas más adornadas: líquenes, campanillas de colores, musgo de tonos verdes vivos y diversos frutos cuelgan por doquier de la construcción, dando la sensación de que la propia naturaleza quiere agasajar a sus huéspedes. Entiendo que se trata del palacio principal de Calendra, hospedaje de los Sienval.

La escalera que da acceso a la plataforma se eleva entre dos arbustos de ramas blancas que brillan como una luna llena. En cada uno de los peldaños está grabado el escudo de Faerín: la Rosa y el Lobo.

Al pie del primer escalón, una mujer se alza imperturbable, como si estuviera esculpida en mármol.

Es la primera de los Sienval. La Rosa.

Su belleza, sin duda, es un arma. Mirarla es ceder parte de la voluntad.

La piel compite en palidez con los arbustos blancos que la encuadran. El cabello rubio, casi blanco, cae en ondas largas y definidas hasta su cintura. Lleva dos pasadores de plumas negras a ambos lados de la cabeza que contrastan de forma feroz con la blancura de todo lo demás. Los ojos claros, limpios y transparentes, como si estuviera hechos de agua pura.

El rostro es de una finura perfecta. De líneas delicadas, femeninas. Sin mácula.

Sin tatuajes.

Sin embargo, el cuerpo…

Cada porción de piel que asoma bajo la túnica blanca: brazos, cuello, clavículas, manos, pies… están cubiertos de trazos negros.

Las runas, los dibujos, los símbolos se aglutinan sin control en cada milímetro de su dermis. Es el caos dentro de la perfección.

La comitiva se detiene delante de ella y se apartan para que quedemos frente a frente. Subida al primer peldaño de la escalera, me mira desde arriba con un gesto que no sé interpretar.

—Sélu vaen, Reina Genoveva —saluda con voz suave. Su sonido mece y abraza como una nana.

Inclina la cabeza, mostrando un respeto que me pilla desprevenida.

—Mi nombre es Shaelira, pero supongo que ya lo habrás adivinado. Soy la Ancestral más antigua, junto a mi hermano mellizo Vaerion.

Sus ojos me recorren, pero no con la intención de juzgarme como me ha ocurrido hasta ese momento. Ella me mira con ojos de vidente, como me miraría Maireen. Intentando averiguar lo que bulle en mi alma.

—Sélu vaen, Shaelira, Ancestral más antigua —saludo—. Acudo a vos en mis tiempos oscuros en busca de ayuda.

—Lo sé. —Sus labios se curvan en algo que parece una sonrisa—. Hemos sido informados de vuestras pretensiones. Si os parece adecuado, subid y acompañadme al salón principal.

La comitiva queda atrás, en estricta formación. Y Lërian me ve ascender por la escalera blanca, detrás de Shaelira, con los ojos brillantes y una sonrisa que no le cabe en el rostro.

Subimos tres escalones y giramos a la derecha para acceder a una gran plataforma elevada apenas medio metro del suelo. Me precede mientas nos acercamos al centro. Una suave brisa mece las cuerdas que actúan de barandillas alrededor de la plataforma y me trae su aroma en leves ráfagas. Huele a savia fresca a hierba recién cortada.

En un extremo hay dos asientos de respaldos que se elevan al cielo. Uno tiene un aspecto delicado, construido con ramas delgadas y flexibles de color blanco y plumas negras. El otro es más basto. Las ramas son ásperas, rugosas, agrietadas, y algunas presentan espinas. Los esqueletos de varias serpientes se entretejen entre las ramas.

Shaelira, en lugar de sentarse en uno de los tronos, cruza las piernas y toma asiento en el suelo, sobre uno de los varios cojines

repartidos por la plataforma.

La miro sorprendida.

—¿Preferís sentaros en el trono? —me pregunta al darse cuenta de mi gesto.

Niego con la cabeza.

—Aquí está bien.

El hecho de que me haya ofrecido su trono es toda una declaración de intenciones que no me esperaba en un lugar como aquel.

Escucho el revoloteo de Águila a mi espalda, al posarse sobre una de las cuerdas que delimitan la plataforma.

—Os sigue —. Parece divertida.

—Le salvé la vida en el bosque.

Ella hace un gesto de aceptación.

—Eso dice mucho de vos —. Se queda un buen rato mirándome en silencio y me hace sentir incómoda—. Puedo leer en vos como en un libro abierto —dice al cabo de un rato—. Sois transparente como el agua de un riachuelo, pero brava como las olas del mar. Admiro ambas cosas.

Yo no sé qué decir. Ojalá pudiera evaluarla con la misma facilidad y sacar conclusiones, pero me temo que soy incapaz de ver más allá del color claro de sus ojos.

Me quedo en silencio y aguardo sus preguntas. Llegan enseguida, cuando cree haber terminado de leerme.

—¿Qué queréis de nosotros, Arvëna? —«La que gobierna bajo la luz»—. ¿Por qué habéis acudido a Faerín? La experiencia de los Reyes del Oeste que han atravesado nuestras fronteras no es halagüeña.

Paso mi mano por el suelo, en busca de alguna pequeña piedra con la que distraer los dedos y conseguir contener su temblor, pero no encuentro ni tan siquiera restos de arenilla.

—Necesito aprender a conjurar. Y necesito un ejército —digo como si no estuviera pidiendo dos imposibles.

Shaelira abre los ojos con sorpresa. A pesar de todo, su gesto irradia delicadeza. Las plumas de su cabeza se agitan con el movimiento de su cabeza.

—¿Y para qué queréis ambas cosas?

—Necesito atravesar las Montañas Rocosas y llegar a las Llanuras Abisales. Hay alguien que me espera allí.

Ella entrecierra los ojos, como si aún quedara algo que no ha sido capaz de ver en mí.

—¿Por qué estáis tan segura de que os espera?

La pregunta forma un agujero en mi estómago. El vértigo me obliga a poner las manos en el suelo para buscar sujeción.

—No lo sé —reconozco. A ella no puedo mentirle—. Pero lo siento en la piel, en cada respiración, en lo que veo cada vez que cierro los ojos. Es un dolor dulce, una herida abierta que no deja de sangrar. Eso debería bastar.

Shaelira asiente.

—A mí me basta —. Su sonrisa es amplia y parece sincera, pero no quiero pecar de ingenua, todos nos movemos por intereses y Faerín no es distinto en eso. No confiaré del todo hasta que no conozca los suyos — . Yo puedo enseñarte a conjurar siempre que tu naturaleza sea receptiva para ello. Ya sabes que no todos estamos preparados para canalizar la materia de la misma manera. Hay quien incluso es incapaz de hacerlo… pero algo me dice que tú ya eres consciente de tus posibilidades.

Recuerdo la primera conversación que tuve con Maireen… han pasado tantas cosas desde entonces que parece otra vida. En esa ocasión, la duquesa de Maredur me dio a beber Licor de Augurio. Contenía materia, y se sorprendió de lo bien que lo había tolerado mi cuerpo.

—Creo que, con vuestra ayuda, sería capaz de conjurar.

Ella asiente. Después alza la vista por encima de mi cabeza, hacia un camino que se adentra en la espesura. Parece presentir algo.

—Para el ejército —dice sin apartar los ojos de la senda—, tendréis que convencer a mi hermano.

Entonces yo también lo percibo. Es un rumor de pasos pesados, de metales entrechocando, de voces gruesas. De un batallón que marcha.

Me giro para seguir la mirada de Shaelira, la dirección de donde provienen los sonidos.

Un grupo de guerreros irrumpe en el claro. Van cubiertos de sangre negra, espesa. Sangre ajena.

Al frente marcha el hombre más alto y fornido que he visto jamás. Su armadura plateada permite hacerse una idea de su potente musculatura. La forma de su rostro es igual de armónica que la de su hermana, pero de líneas más angulosas, más masculinas.

El cabello rubio anudado sobre la nuca. La mirada… transparente, como la de ella, con vetas plateadas.

Su aspecto es el de un poderoso guerrero. De un Lobo. Y… por algún motivo que no entiendo, pienso en Ceryán.

Carga sobre los hombros un cadáver envuelto con una sábana.

Sube a la plataforma en la que nos encontramos, mientras el resto del batallón se detiene en el centro del claro y comienzan a despojarse de las armaduras.

Se detiene frente a Shaelira y deja el cadáver en el suelo con una reverencia que parece una burla.

—Otro valiente guerrero menos, Shai'thar —«Raíz compartida, sangre gemela»—, ¿cuántos más han de morir por tu capricho?

Su voz es de hierro.

Ella posa una mano con delicadeza sobre su antebrazo y me señala con la mirada.

Él repara entonces en mi presencia y sus ojos me atraviesan. Siento el calor de un rubor encenderme las mejillas. Me incomoda su descaro tanto como el escrutinio de su hermana.

—Es la Arvëna —anuncia Shaelira.

Un gesto desagradable curva sus labios.

—Para mí no hay más reina de estos bosques que tú, hermana.

—Quiere marchar con tus ejércitos hacia las Montañas Rocosas.

El corazón me da un vuelco. Hubiera preferido ser yo quien formulara la petición. La habría envuelto con algún agasajo para asegurarme su favor. Dicha así, suena ridícula y demasiado osada.

Vaerion ríe. Oscuro, sórdido.

—¿De verdad habéis venido hasta aquí para esto? —El desprecio de su voz hiere—. ¿Pero acaso os pensáis que tengo tan pocos

escrúpulos como para mandar a mis hombres a una misión suicida por la petición de un linaje que nunca ha movido un dedo por nuestra causa?

Me levanto. Sigue siendo varios palmos más alto que yo, pero no voy a negociar este trato sentada a sus pies.

—Sé que vuestro pueblo lleva siglos pendiente del Señor Oscuro, que fueron vuestros conjuros y vuestra sangre la que lo encerró tras las Montañas Rocosas. Y yo os traigo un arma poderosa para acabar con él.

Me mira escéptico, con un gesto de burla que tengo que contenerme para no borrar de un bofetón.

—Mi sangre —digo—. La sangre real es el punto débil de sus Heraldos Oscuros. Los hará enloquecer.

Vaerion vuelve a reír. Se burla.

—¿Creéis que los Heraldos son lo más peligroso que hallaréis en las Vael'Sharûn? —«Tierras corrompidas por la magia torcida»—. No lo son. Allí hay criaturas que ni vuestra sangre ni nuestras espadas pueden herir. Solo se detienen ante Conjuros Mayores. Marchaos de nuestros bosques, Noérin. No financiamos con vidas faerís empresas suicidas.

Su rechazo, teñido de un desprecio falto de modales, enciende una llama de furia en mi interior.

Shaelira se levanta y vuelve a posar su mano sobre el antebrazo de su hermano. Se inclina sobre su oído y entiendo a medias el mensaje que le susurra.

—Shaen vëlin shaerë ven norhal, Vaerion —. «No te olvides de que es la marcada, Vaerion.»

Él entrecierra los ojos y me mira de nuevo, pero hay algo diferente en su mirada. Bajo las capas de desprecio y desagrado, percibo una chispa de curiosidad. El latido se me acelera de forma involuntaria.

—¿Vaelë sareth? —«¿Crees que importa?»

Shaelira asiente y él gruñe como un oso molesto.

—Antes de cederos mis ejércitos —me concede—, tendréis que demostrarme vuestra valía.

No me puedo creer que se esté atreviendo a ponerme a prueba.

—¿Y qué proponéis?

Vaerion sonríe, depredador.

—Mañana —responde—. Al alba.

Luego realiza un gesto de cabeza hacia el cadáver.

—Bajaréis con nosotros al Corazón de la Tierra —añade—. Y veremos si sois digna de que Faerín os preste un solo soldado.

7. Bajo la mirada del Guerrero

Una sirvienta del palacio nos guía a Lërian y a mí a nuestros aposentos después de la audiencia con los Sienval. No habla durante todo el trayecto. Sus pasos son ligeros y precisos pese al recorrido por las alturas de Calendra. En mi caso, me muevo de forma más torpe; no puedo dejar de mirar hacia abajo mientras trepamos por plataformas elevadas sin apenas cuerdas para sujetarnos.

Subimos por una escalera que no parece hecha para humanos. Más que una estructura de madera es una sucesión de cortezas, ramas y raíces endurecidas que se elevan en espiral alrededor del tronco de un árbol monumental. No hay barandilla, salvo algunas cuerdas vegetales trenzadas sin demasiada tensión.

El viento sopla entre las copas de los árboles y me despeina el cabello. A cada peldaño, soy más consciente del vacío que se abre bajo mis pies.

—No mires abajo —susurra Lërian a mi espalda, y percibo su risa contenida—. Concéntrate en lo que tienes delante.

La espalda de la faerí que nos guía es lo menos interesante que recuerdo haber visto en los últimos años, pero el consejo funciona. El sudor frío de mis manos y mi frente desaparece. Me fijo en que tiene las manos llenas de pequeñas cicatrices, como si tuviera que

vérselas todos los días con un gato malhumorado, y lleva una cinta de hojas secas rodeándole la cabeza.

—Ya no queda nada para llegar —dice como si nos hubiera escuchado—. Es una de las mejores plataformas del palacio.

—Sin duda, hubiera apreciado más una menos elevada.

Un pequeño paso en falso y la caída al vacío está asegurada.

Con cada escalón subido, el rumor de Calendra se vuelve más tenue. Las voces y ruidos de las actividades cotidianas del claro se diluyen hasta convertirse en un murmullo lejano. A cambio, lo reemplaza otro sonido más agradable: el susurro constante de las hojas, el gemido leve de las ramas mientras se balancean, el crujido de la corteza al dilatarse y contraerse con los leves cambios de temperatura.

Después de lo que me parece un ascenso interminable, llegamos al fin.

Nuestro lugar privado está ubicado en una plataforma circular suspendida en el aire y sostenida por ramas y cuerdas que se abren en abanico desde el tronco del árbol. Parece que hubiera extendido una mano para sujetarnos. No hay paredes ni techos, solo una fina seda translúcida, que forma una ligera cúpula, sujeta por varas de madera flexible. La tela se ondula con la brisa y tiñe la luz de un tono violáceo, suave, que apacigua el interior.

Me adentro sobre la plataforma y cede apenas un milímetro bajo mi peso, como si se acoplara a mi cuerpo.

El corazón me da un vuelco, pero luego siento que la madera bajo mis pies se afianza y no tiembla. Y yo también respiro.

Más allá del borde de la plataforma, no hay nada. O, mejor dicho, hay demasiado. Un océano de copas verdes, ramas entrelazadas, vacíos que caen hasta quien sabe cuántos metros de profundidad. La sensación es de estar suspendida entre el cielo y la tierra.

—Es… —trago saliva y me esfuerzo por suavizar el tono—. Muy alto.

Lërian entra detrás de mí y da una vuelta completa, girando sobre sus pies descalzos con los brazos abiertos.

—Es perfecta —suspira—. Estar tan cerca de las ramas más altas nos permite escuchar el susurro de los árboles, y los consejos de la

diosa Mae.

La sirvienta deja un par de sacos de tela en un rincón. En su interior hay ropas y mantas. A su lado, un par de jarras con flores flotando en su interior.

Después de eso, la chica se lleva dos dedos al pecho y realiza una leve inclinación de cabeza.

—Si necesitan algo más, llamad con esto —. Nos ofrece un pequeño colgante de madera en forma circular—. Si lo agitáis al aire, emite un silbido.

Asiento, aunque no estoy del todo segura de cómo funciona. Confío en que Lërian lo haya visto antes en caso de que necesitemos utilizarlo.

Cuando se marcha, el silencio se instala entre nosotras unos instantes mientras Lërian y yo tomamos consciencia del lugar. Sin embargo, no es un silencio completo. Como en todo Faerín, el bosque rellena los huecos: un insecto que golpea la seda y resbala; un pájaro que se posa un segundo en el borde de la plataforma y alza el vuelo; el quejido de la madera bajo nuestros pies.

Hay dos lechos simples formados por pieles gruesas pero suaves, teñidas en marrones y verdes. Entre ambos, un pequeño cuenco lleno de piedras lisas que emiten un brillo tenue a la luz del día, pero que relucirán con más potencia al anochecer. En el otro extremo de la plataforma, hay una mesa redonda con bandejas de fruta fresca y algunos vegetales asados.

Huele a resina y a algo muy parecido a la paz.

Me da miedo esta falsa sensación de tranquilidad, porque resulta una invitación demasiado peligrosa a relajarme.

—Todo esto es precioso —admito—. Da vértigo, pero es precioso.

Me acerco al borde. La seda vibra un poco al paso del viento. Veo, a través de ella, el mundo entero reducido a verdes y luces filtradas. No hay murallas, no hay torres grises de piedra, no hay salones llenos de consejeros discutiendo.

Hay dos tronos que no se usan.

Por primera vez en mucho tiempo, siento el peso de la corona muy lejos.

Quizás demasiado.

—¿Os gusta? —Lërian me observa con una pequeña sonrisa.

—Sí —confieso—. No sé si debería, pero me gusta.

No puedo permitirme disfrutar de esa tranquilidad cuando Akhir está en las Tierras Malditas, luchando contra una locura que amenaza con devorar todo lo que recuerdo de él. No debería respirar el aire limpio de estas alturas cuando las Tierras Baldías apestan a tormento.

Me aparto del borde y me dejo caer en uno de los lechos. Es cálido y confortable. Águila se posa en una de las cuerdas que sujetan la plataforma al árbol. Callado. Observando.

—No me puedo creer que haya visto a los Sienval —Lërian no esconde su euforia—. Y Vaerion… es el ser más perfecto que he conocido.

La forma en la que pronuncia su nombre denota admiración, fervor… y algo más.

—Te encanta —. No es una pregunta, es una evidencia.

Lërian baja la vista hacia el suelo y juguetea con una de las piedras de su collar.

—¿A quién no? —Se encoge de hombros como si fuera algo natural —. Es Vaerion. No encontraréis nadie en Faerín que no lo admire. Él nos protege, lucha por nosotros. Se asegura de que la paz nunca abandone nuestras fronteras.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Descansad —me aconseja Lërian, y se acomoda en el otro lecho —. Mañana será un día difícil.

—¿Y ella? —pregunto antes de que mi compañera se duerma. El cansancio del viaje pesa.

—¿Shaelira? Ella es traicionera.

—No me ha dado esa impresión…

—Con más razón para tener cuidado —Bosteza y se gira para darme la espalda—. Dormiros, Noérin. Mañana podremos seguir hablando.

Cierro los ojos, pero el sueño no llega de inmediato. Mi cuerpo está cansado, pero a mis ojos acuden imágenes que no puedo controlar: las vetas rojas en los ojos de Akhir, la forma en la que Vaerion

cargaba el cadáver, la piel tatuada de Shaelira. La promesa de una lucha. Las consecuencias de fallar.

Ruedo sobre un costado y miro hacia la seda translúcida, hacia ese cielo filtrado. Si me esfuerzo, casi puedo imaginar que al otro lado no hay árboles, sino estrellas. Entonces, durante un breve instante, me siento suspendida entre dos mundos: el que dejé atrás y el que todavía no me he ganado.

No sé cuándo me vence el sueño.

Me despierta una mano firme agitándome el hombro.

Abro los ojos de golpe y, por un momento, no recuerdo dónde estoy. Luego, el olor a savia y la brisa de altura me devuelven a Calendra.

Encima de mí, recortada contra la luz grisácea del alba, hay una silueta.

Una mujer.

No es demasiado alta, pero sus músculos están definidos. Lleva el cabello recogido en una trenza enroscada alrededor de su cabeza, como una corona. Viste una especie de chaleco de cuero corto, y rodilleras a juego sobre unos pantalones de lino. En la cadera, dos espadas cortas, idénticas, descansan en sus vainas.

—Levantad, Noérin —ordena con voz clara—. Vengo de parte de Vaerion. Es hora de escoger armas y ponerte a prueba en la Arena.

Me incorporo entre parpadeos. Mi cuerpo se queja, aún no he descansado todo lo que necesitaba.

—Apenas amanece —me quejo.

—Hace rato que Sáelor despuntó en el horizonte. —Sus ojos me recorren de arriba abajo, con el mismo descaro con el que todos me miran en esta tierra—. No hay tiempo que perder.

Lërian se despereza en el otro lecho, frotándose los ojos.

—¿Qué ocurre?

—Tú también vienes, Vael'shath —responde la recién llegada sin apartar la vista de mí—. Cuando Noérin sangre, alguien tendrá que sanarle las heridas.

Muestra una sonrisa de superioridad que me pincha el orgullo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

Se lleva dos dedos al pecho, con gesto brusco.

—Soy Maevriel, capitana de la Guardia personal de los Sienval. —Su mentón se alza un poco—. Y seré quien os entrene esta mañana… si conseguís despegar el cuerpo de esas pieles.

La manera en la que pronuncia la palabra *entrene* suena más a advertencia que a favor.

—Vestíos. —Se vuelve hacia la seda que cubre la entrada—. Os espero abajo.

El aire de la mañana es frío y afilado. La luz del alba se filtra entre las ramas y las hojas como hilos dorados y blancos. Lërian me ayuda a colocarme el jubón de cuero, diadema convertida en corona y mi vieja espada en el cinto. Me niego a renunciar a ella. Es el único recuerdo que conservo de Camila y me da mucha fuerza.

El tatuaje de invocación late con menos fuerza hoy. Como si se estuviera apagando… y solo el pensarlo me produce una tristeza que me arrasa el alma. Me llevo su huella invisible a mis labios y lo rozo con un beso. Desearía que ese gesto atravesara la distancia que nos separa y ardiera en su boca, para que sepa que no lo he olvidado.

Bajamos por las escaleras imposibles que giran alrededor el árbol. Maevriel nos espera al pie de la estructura, equipada y lista. Nos hace un gesto seco.

—Venid.

Nos conduce por una serie de pasarelas hacia una zona más baja de Calendra. El verde intenso deja paso a tonos más oscuros; la arena fina y las alfombras de hierba se reemplazan por una tierra más gruesa y oscura. Al cabo de un rato, el ambiente cambia. Huele a polvo, a piedra húmeda y a algo metálico y dulce.

Antes de llegar a la Arena, que supongo es una especie de zona de entrenamiento, necesito preguntar algo a Maevriel.

—Ayer Vaerion habló de bajar al Corazón de la Tierra —digo—. ¿Qué es?

Ella camina delante, pero su voz potente viaja hacia atrás sin esfuerzo.

—Creo que en el exterior lo llamáis minas —responde—. Son galerías horadadas en las entrañas del mundo para extraer la

materia que alimenta los conjuros y la alquimia de Faerín y del resto del continente.

La lengua me cosquillea al recordar el Licor de Augurio de Maireen; las visiones del Señor Oscuro que siguieron, y de mí misma tan cambiada…

—¿Por qué se necesitan guerreros allí abajo? —insisto.

Maevriel se detiene un instante al llegar a unas escaleras de piedra que descienden hacia una especie de foso. Varios faerís están reunidos abajo. Todos portan armas.

—Allí abajo no estamos solos —dice—. El ruido de nuestras herramientas al sacar la materia atrae a cosas. La más común y peligrosa son los Zhaerûn.

El propio nombre despierta en mí un sentimiento de alarma.

—¿Qué son? —Necesito saber a lo que me voy a enfrentar antes de acabar el día.

—La mayoría los describe como gusanos gigantes, pero no lo son. Son Hambre de materia. Se alimentan de ella y ella los hace engordar y volverse agresivos y feroces. —Me mira por encima del hombro—. Algunos son pequeños, como troncos de árbol. Otros… —mueve la mano, como si barriera una imagen enorme, excesiva—. Otros son tan grandes que podrían tragarse un Silvar'eth.

Oigo a Lërian tragar saliva con dificultad a mi lado.

—¿Y el de hoy? —pregunto.

Maevriel resopla.

—El de hoy ya ha matado a cuatro de nuestros hombres y mutilado a otros cuatro —responde—. Esta es tu prueba, Noérin. —Se gira del todo hacia mí—. Vaerion quiere ver de qué estáis hecha antes de plantearse siquiera vuestra petición.

Comprendo que el día de hoy solo tiene dos finales posibles: o muero, o doy el primer paso hacia la obtención de un ejército. Y no pienso morir, así que puedo asegurar que ya estoy un poco más cerca del objetivo de mi viaje. Un poco más cerca de ti, Akhir.

—Pero antes de bajar al Corazón de la Tierra, quiero ver cómo lucháis en la Arena —añade Maevriel—. No quiero arriesgarme a llevar un lastre entre mis hombres.

Bajamos por las escaleras de piedra hasta el fondo del foso. Se trata de un espacio despejado, sin árboles ni matorrales, oscuro y al borde de un acantilado donde ruge un torrente de agua. La humedad está suspendida en el aire. Muchos de los faerís que vi al llegar ya están allí en medio practicando.

Hay un círculo central de tierra compacta, rodeado de estantes de madera donde descansan todo tipo de armas: lanzas, espadas curvas, arcos, mazas de madera…

Maevriel se planta en mitad del círculo y me señala las estanterías.

—Escoge.

Me acerco y deslizo mi mano por los mangos y las fundas de todos aquellos utensilios para matar. Algunas brillas con un ligero resplandor blanco: materia integrada en el metal. Sin embargo, hay algo en todas ellas que no me termina de llamar. Demasiado oscuras, demasiado ajenas.

Desenvaino mi espada corta. El regalo de Camila.

—Me quedo con la mía.

Maevriel asiente y desenvaina sus dos gemelas. Relucen con un tono plateado y sus hojas, estrechas y curvas, parecen fabricadas para cortar rápido y sin esfuerzo.

Se coloca frente a mí, en guardia.

—Primero quiero ver cómo os movéis —dice—. Sin florituras. Solo tú y el filo.

Lërian se ha quedado fuera del círculo de tierra con las manos entrelazadas sobre el pecho. Sus ojos van de Maevriel a mí y de mí a Maevriel, nerviosa.

Me agacho y toco la tierra, dura, inmisericorde. Inhalo hondo. Siento el peso de la espada. Recuerdo los entrenamientos con mi maestro de armas en el patio del castillo de Lirien, sus correcciones, sus chasquidos de lengua cuando cometía un error, los castigos corriendo hasta desfallecer… Sus palabras: «estudia a tu contrincante antes de lanzar la primera estocada.»

Eso es lo que Maevriel hace ahora conmigo.

Avanza.

Sus movimientos son elegantes, precisos. Las espadas dibujan trayectorias defensivas en sus manos. Es como ver bailar una hoja

en mitad del viento. Tengo que obligarme a recordar que no estoy allí para admirarla.

Ataca con una de sus espadas y yo me defiendo con la mía. El choque de los metales me hace retroceder un paso. Tiene más fuerza de la que su apariencia deja ver. Me separo y respondo con un tajo diagonal que ella repele sin esfuerzo con la hoja secundaria.

—Demasiado frontal —me dice—. Te expones.

Vuelve a atacar. Esta vez me desplazo hacia la izquierda para deslizarme fuera de su alcance. Prefiero esquivar que placar el ímpetu de su golpe.

El combate se vuelve entonces un intercambio constante: atacar, bloquear, esquivar. Sudor en la frente, respiración acelerada. El costado aún se resiente un poco, pero no cedo.

Pasan varios minutos. O quizás más. El tiempo transcurre rápido cuando te estás divirtiendo.

Maevriel no sonríe, pero sus ojos brillan con algo parecido al respeto.

—No está mal para alguien que aprendió fuera de Faerín —dice—. Pero te falta pulir el estilo. Te mueves de manera tosca, sin clase para ser una reina. No alineas los movimientos con la respiración ni eres consciente del entorno.

Señala con la cabeza y entonces me doy cuenta de que he ido retrocediendo hasta el borde del círculo. Maevriel me ha arrinconado sin que me diera cuenta.

—En una batalla contra un Zhaerûn, estarías muerta —apunta.

—Tengo más recursos que la espada.

Abro la mano libre y soplo hacia su cara un puñado de tierra que he recogido del suelo cuando me agaché antes de la batalla. Maevriel lanza un improperio y se lleva el dorso de la mano a los ojos para limpiarse.

Vuelvo al centro del círculo mientras se recompone y, cuando paso por su lado, le susurro al oído.

—Si estuvieras peleando en el exterior, ya estarías muerta.

Cuando me pongo en guardia de nuevo frente a ella, siento que algo ha cambiado en el aire, como si hubieran añadido hierro a la

humedad existente. No necesito girarme para saber quién nos observa desde lo alto del foso.

Vaerion.

Su voz cae en la Arena como una avalancha de piedras.

—¿Y bien, Maevriel?

Ella endereza la espalda mientras termina de limpiarse la arena de los ojos. Sus dedos se cierran con más fuerza sobre las empuñaduras.

—Juega sucio —responde.

—Me sorprende que esperaras otra cosa —le reprende.

Lo veo por el rabillo del ojo cuando empieza a bajar las escaleras hacia el círculo de tierra. Lleva una armadura diferente a la de ayer: menos placas y más cuero reforzado. Sin duda, facilitará sus movimientos.

Llega hasta el círculo y se cruza de brazos, expectante. Está a pocos pasos de Lërian, que lo mira como si estuviera contemplando a un dios.

Maevriel respira hondo y su mandíbula se tensa.

Cuando ataca, parece olvidar que solo me está evaluando. Sus movimientos se vuelven veloces, agresivos, como si el comentario de Vaerion hubiera encendido una llama bajo sus pies. Arremete con furia. Sus espadas trazan círculos brillantes. Tengo que retroceder, bloquear, ladear la cabeza para esquivar un tajo que habría podido arrancarme la oreja.

—¿Qué haces? —le espeto entre choque y choque.

No responde, y enseguida comprendo que está dolida. No por mí, sino por él. Porque siente su supervisión como una falta de confianza, por su comentario despectivo. Por la necesidad de destacar ante sus ojos.

Y, ahora mismo, derrotarme en la Arena es la única forma de demostrarle su valía. Sin embargo, yo no estoy dispuesta a dejarme vencer. La Arena también es mi única opción de seguir viva en esta partida.

Lo miro de reojo y lo odio por lo que ha conseguido: que dos mujeres fuertes y valientes compitan con ferocidad por su favor. Él lo

sabe. Puedo intuir su sonrisa de superioridad bajo la máscara de falsa serenidad.

El siguiente movimiento de Maevriel me pilla desprevenida. Se agacha y lanza un barrido bajo con una de las espadas. Salto justo a tiempo para no sufrir ninguna herida, pero pierdo el equilibrio y, al caer, una de mis rodillas se hunde en la tierra. Ella alza el filo y lo descarga sobre mi hombro. Yo consigo levantar a duras penas mi hoja y desvío el tajo en un gesto que es puro instinto.

A nuestro alrededor, todos los faerís han dejado de entrenar y nos observan con muda admiración.

Maevriel da un paso atrás y me concede la oportunidad de levantarme.

—Arriba —espeta—. Aún no hemos terminado.

Su cara es una máscara de piedra. Ya no me está evaluando, me está atacando. Y algo en mí despierta. Algo que llevaba dormido desde Derlham. La criatura que soy cuando el peligro es real, la que no piensa en movimientos perfectos ni pasos medidos, sino solo en sobrevivir.

Me levanto sin decir nada.

Ataca de nuevo y yo respondo.

En lugar de retroceder, avanzo. Dejo que una de sus espadas roce mi brazo —un corte superficial— para poder penetrar en su defensa. Siento el calor de la sangre deslizarse por mi piel, pero ignoro el dolor.

Lanzo mi peso hacia adelante aún más y pego mi cuerpo al suyo. Estamos demasiado cerca para que pueda utilizar bien las dos armas. Demasiado cerca para que su estilo, elegante y controlado, resulte cómodo.

El mío sí.

Golpeo con el pomo de mi espada su muñeca. Gime con sorpresa y suelta una de las armas. Giro. Piso con la bota su pie delantero y empujo con el hombro.

Se le escapa un gruñido.

Aprovecho su desconcierto. Abrazo su pierna con la mía y, con un giro de cadera, la derribo. Maevriel cae de espaldas al suelo y el aire se le escapa del pecho con un jadeo.

Clavo la punta de la hoja en la tierra, a un palmo escaso de su cuello.

Silencio.

Solo se oye el golpeteo de mi corazón. Y el de ella.

Aprieta los dientes. Sus ojos arden, llenos de rabia herida, no tanto por la derrota en sí, sino por haber caído delante de Vaerion.

—Retírate —escupe.

Alejo la espada y le tiendo la mano, pero ella la rechaza. Se levanta sola, orgullosa incluso en su humillación. Recoge el arma del suelo.

—Otra vez —exige, blandiéndola—. No ha sido…

—No —. La voz de Vaerion se impone sobre la suya. Retumba en el foso.

Todos se giran hacia él y contienen la respiración.

—Ha sido suficiente.

Maevriel aprieta la mandíbula.

—Mi señor, puedo…

—He dicho que no —repite sin mirarla—. No voy a desperdiciar tu tiempo ni tus formas en alguien incapaz de entenderlas.

Se refiere a mí.

—Luchas como un animal acorralado —dictamina, frío—. Golpes sucios, sin elegancia, sin armonía. Eso podrá servir en una taberna, no en el Corazón de la Tierra.

La humillación sube caliente por mi pecho y trepa por mi garganta. No por la crítica en sí, sé bien dónde están mis carencias, sino por el desprecio. He tenido que sacar la fiera que llevo dentro para ganar y, en lugar de reconocer que puedo sobrevivir, él lo reduce a algo vulgar.

—Sin embargo, mis golpes matan —respondo sin poder contenerme.

Sus cejas se alzan con sorpresa.

—¿Qué has dicho?

Doy un paso hacia él. Siento las miradas clavadas en mi nuca, pero no me importa. Solo pienso en su tono desagradable, en la facilidad con la que desecha mis esfuerzos.

—He dicho que mato —repito, desafiante—. Mis golpes serán sucios, toscos, sin armonía o como quieras llamarlos, pero matan; y a la muerte le da igual cómo la invoques, Sienval. —Mi tono se endurece—. No cuenta la belleza de las estocadas, cuenta los cuerpos que caen.

La Arena guarda un silencio sepulcral. Nadie osa siquiera moverse.

Vaerion me sostiene la mirada.

Sus ojos claros se vuelven opacos. Dura un instante, y luego un destello que no sé interpretar se asoma entre las vetas plateadas.

—Tendrás la oportunidad de hacer valer tus palabras en unas horas, cuando bajemos a las galerías. —Se gira hace Maevriel—. Lleva a Noérin a equiparse. Y reza a Mae para que su espada sea tan afilada como sus palabras.

Luego se da la vuelta y se marcha sin mirar atrás.

Mientras se aleja, me doy cuenta de que no es solo mi vida la que pondré en juego allí abajo. También mi orgullo. Y la imagen que de mí se ha forjado.

8. El Corazón de la Tierra

Me sorprende lo liviana que resulta la coraza pese a su apariencia aparatosa. Me muevo adelante y atrás con la armadura puesta para comprobar si entorpece mucho mis movimientos, pero lo cierto es que apenas molesta. No más que un grueso jersey de lana o unas botas duras. He llevado zapatos de hebilla más incómodos. Deduzco que hay Alquimia de Trazos en sus formas.

Además de Maevriel, nos acompañan tres guerreros más equipándose en la cabaña. Todos distintos entre sí, pero con un aire común: musculatura, fuerza, miradas alerta y pieles cubiertas de cicatrices de diferentes formas y tamaños.

Uno de ellos lleva dos hachas colgadas a la espalda y un collar de dientes de alguna bestia a modo de trofeo. Me mira como si me estuviera perdonando la vida.

Noto la tensión de sus cuerpos. El ambiente cargado de ansiedad, contención y recelo por lo que nos aguarda. El miedo se filtra desde la tierra, aunque nadie quiera reconocerlo.

Vaerion entra en la cabaña cuando hemos terminado de equiparnos. Lleva una armadura ligera, oscura, trenzada con fibras naturales y placas de metal. La luz de la mañana dibuja contornos afilados en su cuerpo. Sus ojos, pálidos y metálicos, recorren mi figura con una mezcla de escrutinio y desdén.

—¿Estáis listos? —pregunta a sus guerreros.

Ellos responden con un grito de guerra que no consigo entender.

Vaerion hace un gesto con la cabeza y la comitiva se pone en marcha.

Caminamos por un sendero estrecho que serpentea hasta perderse entre dos paredes naturales de roca negra y brillante. Los árboles escasean, y me pregunto si seguimos dentro de los límites de Faerín o nos dirigimos hacia zonas que ni siquiera figuran en los mapas.

El silencio de la marcha me sobrecoge. Los guerreros no hablan. Sus rostros son de concentración.

Camino detrás de Maevriel que, a su vez, lo hace detrás de Vaerion. Sus pasos son firmes sobre la tierra oscura. Pese a que avanzan hacia la posibilidad de una muerte real, no titubean, no vacilan. Y me pregunto qué motivación tan poderosa ha de haber detrás para que se dirijan con tanta determinación hacia un destino tan poco halagüeño.

Al cabo de lo que me parece una marcha interminable, Vaerion se detiene. Cuando se aparta, observo un enorme agujero en el suelo, rodeado de pilares de madera que emergen desde la tierra y se inclinan hacia el abismo como dedos gigantes. Entre los pilares, cuelgan poleas de cuerdas gruesas, conectadas a una plataforma grande con barandillas ridículas que está suspendida sobre el vacío negro del agujero.

Se trata de un ascensor.

Es la primera vez que veo uno al natural, pero conozco su funcionamiento. Como parte de mi educación, me enseñaron los principios básicos de la ingeniería de máquinas.

—Bienvenida al Corazón de la Tierra, Noérin. —El guerrero del collar de dientes me da una palmada en la espalda.

No sé si tomarme el gesto como muestra de camaradería o como desprecio. Nadie en el exterior golpearía así a una reina.

—Mi nombre es Trash, por cierto.

Asiento y lo dejo correr. No es el momento ni el lugar para dejar clara mi jerarquía.

Vaerion sube a la plataforma con un gesto grácil y los demás lo siguen. Sin embargo, Maevriel se queda esperando a que yo lo haga, como si temiera que fuera a huir en el último momento. No sabe que mi orgullo puede más que cualquier otro sentimiento, incluso el miedo. Y eso es lo que me salva y me condena a partes iguales.

Me acerco al borde y miro abajo. La oscuridad me devuelve la mirada. Es un pozo que devora la luz.

Doy un paso sobre la plataforma y la madera bajo mis pies exhala un susurro. Es una boca enorme cerrándose sobre mí.

Maevriel sube por fin a mi lado. El mecanismo tiembla. Algo cruje y las poleas se tensan. Uno de los guerreros acciona una palanca metálica y la plataforma de madera comienza a descender.

Al principio es lento, como un barco meciéndose a merced de un mar oscuro, pero en calma.

Pasados unos minutos, la caída se acelera. La luz se aleja arriba como un cielo que se apaga y una negrura absoluta nos rodea.

Una corriente de aire húmedo asciende desde abajo y se cuela entre los pliegues de mi armadura. Percibo un leve aroma a la esencia misma de la materia. Ácida, picante. Se incrementa con cada centímetro que descendemos.

—Respira por la boca —me aconseja Maevriel sin mirarme—. Al principio, cuesta acostumbrarse al olor. Es desagradable.

Lo es.

La garganta empieza a arderme.

Me aferro a una de las barandillas de la plataforma para evitar caer al vacío. Estoy mareada. Vaerion me observa de reojo. Sé que es consciente de mi malestar y su silencio es una seña más de su falta de empatía.

La oscuridad aumenta hasta convertirse en algo que casi puedo tocar. En una presencia más dentro de ese agujero hacia las entrañas de la tierra. El sonido mecánico de los engranajes golpea mis oídos como un tambor en una danza mortuoria. Todo vibra.

De pronto, algo se ilumina.

Trash enciende una antorcha, pero su luz no es normal. Las llamas son blancas, casi translúcidas, alimentadas por fragmentos brillantes

incrustados en el mango: esquirlas de materia ardiendo sin consumirse.

La luz incide en las paredes. Rocas húmedas, raíces gigantes entretejiendo la tierra como serpientes fosilizadas y grietas que exhalan el hedor ardiente de la materia. Faerín se eleva sobre el mayor asentamiento de materia del continente. Ahora entiendo todas las leyendas acerca de los monstruos que habitan estas tierras. La materia riega cada porción de suelo, cada átomo de agua, y da vida a criaturas demenciales. Si quieres acceder a su poder, tendrás que aprender a convivir con sus monstruos… y sobrevivir.

El ascensor se detiene con un golpe seco. Hemos alcanzado el final del pozo.

Vaerion baja primero.

—Noérin. —Su dedo acusador me señala—. No os quedéis atrás y no levantéis la voz. Los Zhaerûn son sensibles a las vibraciones, y con uno tenemos suficiente.

Asiento sin decir nada y me dispongo a seguirles.

Avanzamos por un túnel estrecho. El suelo es irregular y resbaladizo. La antorcha brilla en las manos de Trash, que abre la marcha. La luz blanca crea sombras deformadas en las paredes, criaturas abominables que siguen nuestros pasos.

Camino detrás de Vaerion.

Quizás demasiado cerca.

La luz de la antorcha se desliza sobre su armadura ligera y marca la línea de sus hombros, la firmeza de su espalda. Se mueve con una seguridad que me resulta… irritante. ¿Quién camina así al filo de la muerte? Quizá ese es el motivo por el que sus guerreros lo miran con un respeto que roza la devoción y eso me molesta, porque yo no veo en él nada que admirar.

Intento apartar la vista, pero mi mirada vuelve a él sin permiso. A la curva poderosa de su cuello. Al movimiento exacto con el que aparta una raíz del camino para que los demás no tropecemos… me hierve por dentro.

Y justo en ese momento, cuando su figura ocupa demasiado espacio en mis pensamientos, la sensación llega.

Un roce cercano. Una presencia cálida, conocida.

—No confíes en él —susurra una voz que late en lo más profundo de mi ser.

Dentro del pecho, de la sangre.

Akhir.

Miro a ambos lados tratando de encontrar su rostro, de cruzarme con el destello dorado de sus ojos, pero solo encuentro oscuridad. Un vacío que respira.

El tatuaje de mi muñeca arde como si quisiera decirme que no me lo estoy imaginando, que Akhir está aquí de verdad… o lo que queda de él, porque su voz tiene un filo peligroso, un matiz propio del que lucha contra el tormento y está perdiendo.

—No confíes en él… Genoveva…

Parpadeo y la sensación de su presencia se desvanece como el humo.

Vaerion se detiene.

—Está aquí —dice en un murmullo que se clava en mi espina dorsal.

La galería se ensancha un poco más adelante y un rugido surca la piedra.

Accedemos a una sala enorme. El techo es tan alto que parece no tener final y, en el centro, hay maquinaria de extracción que ahora está parada y sin operarios. En el suelo, una grieta gigantesca brilla como si la sangre del mundo se derramara a través de ella. Fragmentos cristalinos emergen de la tierra pulsando con luz blanca, azul, violeta.

Es la primera vez que veo materia en estado puro, y quedo fascinada por su resplandor, por la armonía de sus formas perfectas.

Los guerreros se disponen en formación de medialuna. Tensos.

Y entonces lo veo. O más bien lo intuyo.

Una sombra gigante se inclina sobre los fragmentos de materia. Piel segmentada y oscura. Una boca circular que rodea los cristales y se alimenta de su resplandor.

—El Zhaerûn —murmura Maevriel a mi lado.

La criatura se eleva hacia el cielo de la caverna como si nos hubiese escuchado. Su boca está llena de dientes serrados que giran

en una rueda demoníaca. La materia incrustada en los bordes brilla. Su aspecto es demencial. Terrorífico.

Nos mira y emite un chillido que hace arder mis oídos. El techo de la cavidad se agrieta y algunas rocas se desprenden y caen a nuestro alrededor.

Todo estalla.

Los guerreros se lanzan hacia el monstruo, que nos triplica en tamaño y exhala materia por cada poro de su piel.

Yo corro detrás de Maevriel mientras el Zhaerûn se abalanza sobre nosotros. La tierra salta por los aires allí donde sus dientes chocan contra la roca, partiéndola en mil pedazos. Debido a su tamaño, es muy lento, y eso nos da la oportunidad de evitar con facilidad las mordidas de su letal dentadura.

Maevriel esquiva la última por la izquierda y yo me lanzo por la derecha.

Mi corazón late con tanta fuerza dentro del pecho que creo que va a colapsar. Desde la batalla en el desfiladero de Aarán no me sentía tan viva.

La espada corta es una prolongación más de mi mano. La siento vibrar al mismo ritmo que mis pulsaciones.

Me acerco por uno de sus flancos y clavo la espada. El acero se hunde en la piel dura del monstruo, pero apenas le arranca una pequeña escama. Aun así, la bestia ruge, furiosa, y se gira hacia mí. Su boca se abre y me muestra las múltiples capas de dientes girando como cuchillas.

Escucho la voz de Akhir en mi cabeza.

—¡Va a tragarte! ¡Muévete!

Ruedo hacia un lado justo cuando el Zhaerûn se lanza a por mí. La tierra donde segundos antes estaban mis pies, se hunde convertida en un cráter.

Me levanto justo a tiempo para ver su enorme cola dibujar un arco para golpearme. Me encojo para protegerme del golpe, pero Vaerion se interpone y repele el impacto con su espada larga. Le corta un fragmento, pero la criatura apenas lo siente.

Ha ingerido tanta materia que su cuerpo se ha vuelto casi indestructible.

Trash, con ayuda de otro de los guerreros, consigue subirse a la espalda del monstruo y escalar por su lomo. Hunde el filo de su arma entre dos segmentos del gusano gigante. La bestia se agita con violencia y lo lanza lejos.

—¡Trash! —grita Maevriel.

Veo que el guerrero se reincorpora. Está sangrando, pero no ha soltado su espada, lista para seguir usándose.

La cueva retumba mientras Vaerion da gritos para que sus órdenes se escuchen.

—¡Buscad los huecos entre los anillos! Es la única manera de herirlo.

Pero yo ya he visto otro punto débil. La última vez que se ha lanzado a por mí, he visto una membrana latir en el cielo de su paladar. Si consigo clavarle ahí la espada, estoy segura de que el filo podría alcanzarle el cerebro.

Me planto frente a él con la espada aferrada con fuerza dentro del puño. Llamo su atención con un silbido.

El tatuaje de invocación me quema. Siento la respiración de Akhir solapada con la mía.

La criatura abre la boca y yo corro hacia ella. Si alguno de esos dientes en movimiento me roza, me amputará lo que sea que caiga a su alcance.

Salto con la espada por delante, hundiéndome en la oscuridad que él tanto teme que enfrente sola.

Veo la membrana.

Clavo la punta con toda mi rabia.

La cueva estalla en una luz blanca y violeta que me ciega. La materia lo baña todo con su fulgor.

El Zhaerûn ruge tan fuerte que mis huesos vibran. Se desmorona y cae.

Pero la caverna también. El suelo tiembla y rocas enormes se desprenden del techo.

—¡Cuidado! —advierte Vaerion.

Intento regresar a la galería de acceso, pero la caída de la bestia ha fragmentado el suelo. Un abismo se abre. Salto como única alternativa, pero la tierra se hunde bajo mis pies.

Caigo.

Una mano me atrapa en el último segundo. Un brazo tenso, fuerte, que me sujeta con una ferocidad inesperada.

Vaerion.

Sin embargo, su rostro es una tormenta de furia contenida.

Tira de mí hacia arriba, salvándome de una muerte segura.

La cueva sigue derrumbándose.

Veo que los demás guerreros consiguen alcanzar la galería de salida y huyen, pero para nosotros es tarde. No conseguiríamos llegar antes de que el techo de la gruta cayese sobre nosotros.

Vaerion me sujeta del antebrazo y me arrastra hacia un túnel lateral justo antes de una roca gigantesca sepulte la entrada principal.

Oscuridad.

Silencio.

El temblor se apaga al fin.

Estamos vivos, pero atrapados.

Vaerion me suelta del brazo como si mi contacto le quemara. Ejecuta un conjuro menor y enciende una pequeña llama en su mano que ilumina la pequeña oquedad en la que nos encontramos.

Su pecho sube y baja con violencia. La sangre del Zhaerûn le salpica la armadura.

—¿Estás loca? —ruge.

El eco de su voz sacude el túnel.

—¿Loca por qué? Lo he logrado. —No entiendo nada.

—¿Lograr el qué? ¿Matarnos a todos?

La furia impregna cada una de sus palabras.

—He matado al Zhaerûn. ¿No era eso lo que queríais?

—¡No a costa de enterrarnos vivos!

Lo dice con dolor, con rabia… no por mí, sino por sus guerreros.

—Eres una suicida —escupe—. No piensas, no evalúas. Te lanzas de cabeza como si tu vida fuera lo único en juego.

—No sabía que estallaría de esa manera —me defiendo.

—¿Y quieres que me crea que, de haberlo sabido, habrías actuado de otra forma? —Su voz retumba tanto que la tierra vuelve a temblar

—. Te veo luchar, Noérin, y no es así como se hace. Así no se lidera, así se muere.

Aprieto los dientes, humillada. Las mieles del triunfo se han vuelto hiel en mis labios.

Él continúa, implacable.

—Nunca confiaré un ejército a alguien que no sabe cuidar de los que luchan por ella.

Aprieto los puños hasta que siento las uñas abrir heridas en mis palmas. No puedo replicarle nada porque tiene razón. Por primera vez, pienso en lo que implica estar al mando de un ejército y comprendo que llevo toda mi vida pensando solo en mí, preocupándome solo de mis objetivos.

Vaerion respira con dificultad, furioso. Su aliento agita mi pelo, sudoroso y pegado a mi rostro. La humedad se ha vuelto insoportable en ese túnel tan estrecho. Parece esperar mi respuesta, pero yo no tengo nada que decir.

Me retiro un paso, evidenciando mi derrota, pero me niego a bajar la cabeza. He vencido a la criatura y eso debería importar. Sus ojos pálidos bajan un segundo a mis labios antes de volver a subir. Su mirada es fría e impasible.

Akhir susurra en mi mente.

—Aléjate…

Pero no puedo moverme. Y Vaerion tampoco.

—¿A qué estás esperando? —le increpo—. ¿A qué me arrodille y pida perdón?

Él agarra mi brazo con la fuerza de una abrazadera metálica, lo levanta por encima de mi cabeza y me empuja hasta que mi espalda choca contra la pared de la galería. Estoy atrapada entre su cuerpo y la roca. Su alarde de fuerza bruta debería indignarme, pero hay algo más que no quiero pensar.

Nuestras respiraciones se rozan mientras sus ojos recorren cada milímetro de los míos.

—Jamás osaría enjaular a un animal salvaje —susurra, muy serio —. Pero eso no significa que le exima de mostrar el respeto que mi tierra merece.

La tensión de sus palabras se transmite a cada uno de los dedos que sujetan mi muñeca sobre mi cabeza. Mi pulso late bajo ellos mientras contengo la respiración. No sé qué va a pasar… no sé qué pretende. Estoy congelada por el frío plateado de su mirada.

Entonces, la roca que bloqueaba la galería de acceso cruje y se parte. Al otro lado aparece el cuerpo de Trash, con sus manos extendidas sobre la piedra. Alquimia de Trazos.

Deduzco que Vaerion también podría haberla usado, pero ha preferido mantener aquella reprimenda en privado… lo que me lleva a preguntarme qué motivo habrá tenido para hacerlo.

Me suelta y se aleja de mí, dejándome el cuerpo dolorido por la fuerza con la que me ha aprisionado contra la roca y la tenacidad con la que ha sujetado mi muñeca.

9. La noche de las Dos Sombras

El regreso a Calendra tiene un sabor extraño, a derrota, y no debería ser así. El aire debería saber a triunfo, pero en mi lengua permanece el sabor amargo de la desaprobación. Y no es justo, no después de haber sobrevivido al Corazón de la Tierra y haber conseguido matar al Zhaerûn que llevaba semanas aterrorizando a la excavación.

Y, sin embargo, es lo que siento.

Una sensación de fracaso adherida a cada poro de mi piel, como si hubiéramos perdido, como si medio batallón de soldados hubiera muerto por mi culpa. No entiendo por qué su desaprobación actúa en mí de esta manera. Punzante. Molesta. La misma sensación que he arrastrado toda mi vida al pensar en el peso de la corona. El temor de hacer las cosas mal pese a esforzarme al máximo. De no llegar. De no ser suficiente.

Él camina delante de mí. Vaerion.

No ha dicho una sola palabra desde que Trash partió en dos la roca que bloqueaba el túnel de salida. Se ha limitado a marchar rígido, con una mueca de desagrado curvándole los labios. Sé que sigue furioso, y su silencio es el arma que usa para que no lo olvide.

El resto de la compañía marcha detrás. Están cansados y heridos, pero su ánimo es victorioso. Ninguno de ellos ha presenciado la reprimenda de su líder, por lo que solo tienen motivos para celebrar; aunque intuyen que algo ha sucedido. Maevriel ha intentado iniciar una conversación conmigo un par de veces, quizás para tratar de enterarse, pero Vaerion lo ha cortado todo de raíz con una sola mirada.

Un chillido sobre mi cabeza me advierte de que Águila ha presentido mi regreso. Me cubro el brazo con la tela de arpillera y el ave rapaz cae en picado para posarse sobre él. Agradezco su compañía y su apoyo en este momento en el que me siento tan incomprendida. Tan sola. El animal me mira con sus ojos dorados y, por un instante, siento que es Akhir quien está detrás de esa mirada.

Chilla.

—Estoy bien —le susurro como lo haría con él, aunque no sea del todo cierto.

Vaerion ni siquiera se vuelve para comprobar lo que sucede. Su espalda y su cabello rubio anudado en la nuca es cuánto me ofrece.

Y ahí está el problema.

Porque duele. Me enfada. Y me duele otra vez.

Cuando llegamos al claro, la luz ámbar de sol —Sáelor— se filtra en haces suaves a través de las copas, anunciando que la tarde cae. El bosque nos escupe agotados, magullados y llenos de barro. Pero nuestro cansancio poco parece importarle a Calendra.

Todos sus habitantes se han congregado en el centro del claro, a los pies de las escaleras que conducen a las plataformas. Hay una mesa gigante que rebosa frutas brillantes, carnes especiadas, caldos espesos que huelen a miel y a hierbas.

La costumbre de los faerís de celebrar el final de cada día.

Sin embargo, al ver cómo Trash y los otros dos guerreros enarbolan los puños victoriosos al llegar, el festejo por acabar el día se transforma en un jolgorio triunfal por la derrota del Zhaerûn. Una explosión de júbilo que golpea mi ánimo ensombrecido.

Varios jóvenes se acercan a nosotros y lanzan exclamaciones que no alcanzo a comprender muy bien. Nos rodean, nos tocan los

brazos, tiran de nuestras ropas, nos ofrecen cuencos de néctar…

Me siento abrumada.

Y entonces, como si el bosque hubiera entendido mi incomodidad, Lërian se abre paso entre la multitud y me rescata, llevándome a un lado. Me conduce a un extremo de la larga mesa, donde la música suena menos y los faerís permanecen tranquilos.

—¡Lo habéis conseguido! —Sus ojos brillan—. No albergaba ninguna duda de que lo haríais.

—No ha sido… fácil.

Veo a Vaerion cruzar el claro sin detenerse. Los faerís se apartan de su camino con una veneración que roza el temor. Sus ojos transparentes, helados, pasan sobre mí apenas un instante, sin detenerse, y, aunque intenta que sea una mirada casual, yo sé que no lo ha sido. Quiere asegurarse de que vea que se marcha, que no tiene nada que celebrar.

Por mí perfecto. Que se lleve sus gestos de desagrado y sus reproches a otro sitio. Y la forma en la que consigue que todo lo que hago parezca incorrecto. Yo sí quiero celebrar, porque creo que me lo he ganado, y su presencia solo consigue ensombrecer mi ánimo. No debería permitir que me afectara así y, sin embargo, lo hace.

La noticia de que ha sido mi espada la que ha derribado al Zhaerûn corre como la pólvora entre los faerís. Ninguno se atreve a acercarse, pero sus miradas y sus comentarios me incomodan más que si me rodearan y corearan mi nombre.

—Te has ganado su admiración —dice Lërian con una sonrisa en la cara mientras me sirve un poco de carne en el plato.

Sonrío al pensar en la cara que pondría Vaerion si viera todo aquello. Si se diera cuenta de que sus críticas a mi manera de luchar, a mi individualismo, de poco sirven frente a la evidencia del resultado. He derrotado al Zhaerûn, y a nadie le importa la manera en la que lo he hecho.

—¿Tienes alguna herida que tengamos que revisar luego? —Lërian habla con la boca llena.

—Nada que me duela en exceso —respondo.

Me llevo un trozo de carne a la boca y degusto los matices, tan diferentes a los que estoy acostumbrada. La mezcla de especias le

aporta un sabor vibrante, casi como si saltara entre mis papilas gustativas: dulce, salado, ácido… Estoy tan concentrada en el deleite de mi paladar que apenas percibo que el murmullo de alrededor se apaga.

De pronto, se forma un silencio extraño.

Levanto la vista del plato y la veo acercándose desde el otro extremo de la mesa. Su presencia acalla conversaciones y se acompañaba de inclinación reverencial de cabezas. Su cabello rubio cae liso hasta la cintura y está adornado con lágrimas brillantes que parecen gotas de rocío. La Ancestral se acerca hacia mí rodeada de un aura que la vuelve irreal.

—Sélu vaen, Arvëna —saluda—. Vuestra gesta pronto será canción en los labios de la tribu Lúm Vairë.

Me tiende la mano y me invita a caminar con ella. La tomo a regañadientes por tener que abandonar la mesa y el suculento plato de carne. Su contacto es frío como una corriente de aire norteño.

Nos adentramos unos pasos en el bosque, pero caminamos rodeando el claro.

—Aunque no lo creáis —dice—, matar a un Zhaerûn es una gran hazaña. Más en concreto a este, que llevaba tanto tiempo resistiéndose a morir. Personalmente, os estoy muy agradecida.

—Vuestro hermano no piensa igual —no me resisto a comentar.

Shaelira esboza una sonrisa cansada.

—Vaerion es muy arrogante —reconoce—. Nunca concederá mérito a nadie que no sea él mismo.

—Va más allá de eso, Shaelira. Vuestro hermano no solo no reconoce méritos ajenos, sino que desprestigia y humilla cualquier acción que sobresalga de los demás. Presume de ser un líder que se preocupa por su gente, pero ningún buen líder pisotea de esa manera.

El viento se cuela entre las hojas y arrastra olores frescos que me traen a la memoria los días de primavera en Lirien, cuando las ventanas se abren y dejan entrar los aromas de los jardines en floración. Un recuerdo que debería ser hermoso se tiñe de una nostalgia por el hogar que duele.

—Eso es porque Vaerion no soporta aquello que no puede controlar —me mira mientras camina—. Y vos, Arvëna, sois un incendio. Hermoso, pero impredecible.

Siento una ligera turbación que lucho por controlar para que no se evidencie.

—No hay nada impredecible en mí —me defiendo—. He sido clara con mis pretensiones y me he limitado a obedecer vuestras instrucciones…

Shaelira me interrumpe, negando con la cabeza.

—No hablo de vos. Hablo de él, de sus sentimientos.

No lo entiendo. ¿Qué sentimientos puede albergar alguien a quien acabo de conocer? ¿Alguien con quien apenas he cruzado dos frases?

La Ancestral percibe mi duda y la escucho sonreír. Sin duda, ve más de lo que expresa con palabras.

—No tratéis de entender cosas que aún escapan a vuestra comprensión —dice—. ¿Teméis no ser suficiente para él?

Su pregunta es inesperada y hurga en una herida antigua, de cuando la corona todavía pendía sin posarse sobre mi cabeza. Una herida que creía cerrada, pero que empieza a sangrar de nuevo. La duda se me atraganta.

—Debéis confiar más en vos misma. —Shaelira responde por mí—, Yo he visto lo que sois: una mujer que ama más allá de lo que dicta la razón. Y, como ya os he dicho, esa motivación valida cualquier petición. Para mí sí es suficiente. Buscadme mañana, os enseñaré las bases de la conjuración con materia.

—Os lo agradezco. —Doy una patada a una pequeña piedra para expresar mi frustración—. Pero sigo necesitando un ejército.

—Nadie que quiera rescatar a un Heraldo de las Tierras Baldías tendrá jamás la aprobación de Vaerion, pero vos no buscáis su aprobación, ¿no es cierto? —Me mira para observar mi reacción, pero yo me mantengo imperturbable, aunque por dentro mi orgullo se revele—. No deberíais aspirar a ello. Estoy segura de que encontraréis la manera de os preste su ejército.

Quisiera preguntarle más, pero hemos completado el círculo alrededor del claro y entiendo por su postura que el paseo ha

concluido. Se despide con una reverencia leve y se retira hacia los escalones de las plataformas. La noche pesa con más fuerza en cuanto su aura blanca se marcha.

Lërian aparece a mi lado, animada por la música y los acordes alegres que comienzan a sonar.

La celebración tras la cena arranca. El claro entero se convierte en una espiral danzante.

—Ven. —Lërian me toma de la mano—. Baila conmigo.

Y lo hago, porque necesito no pensar, porque necesito olvidar la mirada fría de Vaerion tanto como necesito olvidar el grito desgarrado de Akhir.

Giramos entre los faerís al ritmo de una música que no he escuchado nunca y que me hace sentir extraña. Me río un instante —solo un instante— cuando Lërian tropieza con un niño que corre. Ella sonríe como si la luz del Sáelor la llenara desde dentro.

Quisiera sentir su alegría, pero me invaden dos dolores: uno me arranca el alma; el otro me araña la piel.

Akhir.

Vaerion.

Una herida y una inquietud.

Los tambores marcan un ritmo frenético. Los cuerpos se entrelazan, se sueltan, se elevan. Me mezclo entre la multitud, simulando que soy uno de ellos, pero no es verdad. Ni mi mente está allí, ni mi cuerpo reacciona como debería.

Tengo los ojos en un punto vacío del claro. En el lugar por el que él desapareció, y aunque me obligo a apartar la mirada, aunque giro, aunque bailo, aunque río por obligación… esa punzada sigue ahí.

No soporto más tiempo el jolgorio, las risas, la energía positiva del bosque que contrasta de forma tan cruel con la mía. Necesito silencio.

Me despido de Lërian y emprendo el camino hacia las plataformas. Siento los ojos de los faerís clavarse en mi espalda mientras abandono el claro. No sé si estoy faltando el respeto a alguna tradición ancestral o a algún dios vengativo del bosque, pero en este momento es lo que menos me importa.

La humedad de la noche se aferra a las hojas. Camino siguiendo los pasos aprendidos por las pasarelas, que se entrelazan entre ellas hasta perderse en las alturas. Cada vez me molesta menos la sensación de vértigo y más la distancia a mi casa, la seguridad de lo conocido. Cada paso que doy no está a doscientos metros del suelo, sino a kilómetros de distancia. A pesar de la victoria de hoy, el recelo en las miradas de los faerís, que no se han atrevido a acercarse, hace que el sentimiento de extrajera crezca y cada vez veo más lejos las Tierras Baldías… el brillo dorado de sus ojos.

Antes de tomar las escaleras hacia la plataforma donde se ubican mis aposentos, lo veo.

Vaerion.

Desprende una energía densa, fría, como el filo de un cuchillo apoyado en mi cuello.

Está de pie, apoyado en una de las vigas que sostiene la plataforma de mi dormitorio. Lleva el cabello húmedo, recogido hacia atrás, como si hubiese estado entrenando. La armadura ligera que viste está abierta por la parte del cuello, revelando parte de su clavícula y una línea de tatuajes que ascienden hacia la mandíbula como raíces negras.

Se gira como si me hubiera presentido y su mirada profunda se clava en la mía. Mi corazón tropieza y me quedo sin aliento.

No dice nada. Su mirada recorre mi rostro con un detenimiento que me paraliza. Algo en él busca, analiza, descubre…

Se separa de la viga y avanza hacia mí. La pasarela cruje y el bosque entero contiene conmigo la respiración. Se detiene a mi lado. Su corpulencia me intimida, pero no voy a permitir que se note.

Levantó la vista para enfrentar su mirada. Estoy tan cerca de sus ojos pálidos y hermosos, que soy capaz de recorrer todas y cada una de sus vetas plateadas. Siento que un frío ardiente escala por mi pecho y me agita la respiración. Intento detenerlo, pero mi cuerpo reacciona sin contemplar órdenes.

Entonces él desvía la mirada, como si no soportara más mi cercanía, y pasa de largo. Sigue su camino por las plataformas como si fuera un fantasma.

Un viento frío arremete contra mi cuerpo tensionado, levantando mechones de mi cabello. Me devuelve al momento y aleja de mí el recuerdo ardiente de Vaerion. Agito la cabeza para alejar de mí esa sensación que no debería existir.

Subo por fin a la plataforma de mi dormitorio. Me desvisto y me dejo caer en el lecho solo con la prenda interior de lino.

La seda translúcida baila sobre mi cabeza con la brisa nocturna. Maelith, la Luna, brilla entre las ramas altas.

Hundo la cabeza en la almohada y cierro los ojos. Trato de olvidar lo que ha ocurrido hace un momento para no sentir culpabilidad por la reacción de mi cuerpo.

Estoy en un claro que no existe, bajo un cielo teñido de sombras violetas. Su calor envuelve mi cuerpo como un refugio oscuro. Su olor, a tormenta y fuego, me rodea. Sus dedos recorren mi piel bajo la ropa con ansiedad y hambre. Mis suspiros se mezclan con los suyos. Su boca baja por mi garganta. Su voz ronca vibra en mi oído:

—No dejes que él te toque…

—¿Quién? —pregunto, temblando.

Sus labios rozan los míos, ardientes, desesperados.

—Ese sentimiento no es real.

—¿Y tú sí? —respondo.

Su sonrisa es sarcástica, tal y como la recuerdo.

—Yo soy lo único que te hace sentir viva. Soy la razón por la que caminas.

Su mano en mi cintura.

Su cuerpo pegado al mío.

Su aliento en mi clavícula.

Mi nombre, quebrado en su boca y la sensación —esa sensación— de que le pertenezco, de que siempre le pertenecí.

Sus dedos suben por mi muslo y buscan mi sexo. Me arqueo bajo él y gimo cuando el calor de sus dedos me acaricia.

—Akhir… —susurro.

Él me sostiene la cara con una mano.

—Encuéntrame.

—Dime dónde.

—Encuéntrame, Genoveva… —insiste, su voz quebrándose como si fuera su último deseo.
Las sombras violetas detrás de él empiezan a devorarlo. Alargo las manos. Grito. Lo pierdo entre mis dedos.

Me incorporo de golpe.

Estoy ardiendo y empapada de sudor. El corazón me retumba en las costillas.

El aire sabe a él, mi piel huele a su infierno y mi boca… mi boca aún siente la suya.

—Noérin… —susurra Lërian, despertando a mi lado—. Noérin, ¿qué ha pasado? Estás temblando.

Me tapo la boca con la mano, incapaz de decirlo.

Ella se incorpora, asustada.

—¿Un sueño?

Asiento. No puedo negarlo.

Lërian se levanta para tomarme de las manos.

—Era tan real —musito—. Como si él estuviera aquí. Como si hubiera sido de verdad…

Ella respira hondo y aprieta mis manos.

—Aquí, en Faerín, la materia es tan poderosa que a veces… abre caminos. Caminos entre almas, entre mentes, entre destinos. Y entre tierras ricas en materia. —Su voz se vuelve un susurro tembloroso—. Noérin… es posible que él también lo haya soñado. Has gritado su nombre.

Mi corazón se agita con una esperanza que creía perdida.

La brisa mueve la seda alrededor de la plataforma. Maelith brilla. El bosque canta y, dentro de mí, un solo nombre ruge como un incendio.

Akhir.

Akhir.

Akhir.

Y sé que, pase lo que pase con Vaerion, con Faerín, con los Sienval… aunque mi cuerpo empiece a contradecirme, nada podrá detener lo que arde dentro de mí.

Nada.

10. La Sangre y la Materia

Me despierto antes de que Sáelor termine de despuntar, con la garganta seca y el cuerpo aún tibio por el sueño anterior.

La seda translúcida que cubre nuestra plataforma se infla y se desinfla con la brisa como un pulmón. A través de ella, las copas de los árboles son un océano verde, salpicado por luces tempranas que se filtran como agujas de oro. Todo parece quieto y, sin embargo, dentro de mí sigue rugiendo la tormenta.

Me incorporo despacio. Apoyado en la barandilla, Águila aún descansa con el pico hundido en las plumas del pecho. Procuro no hacer demasiado ruido.

La camisa de lino se pega a mi espalda y siento que el corazón late con una insistencia extraña tras una noche de descanso. El problema es que no ha sido descanso. Ha sido una certeza —cruel y dulce— de que Akhir no está solo en mis sueños… y quizá yo no esté sola en los suyos.

Lërian duerme de lado en su cama, enroscada como una criatura del bosque en su madriguera; los collares desparramados sobre las sábanas y una mano aferrada al pico de una manta. Su respiración es tranquila. Me sorprende esa calma suya, esa facilidad para

reconocer y disfrutar los pequeños regalos de la vida, como dormir en la ciudad de los Ancestrales pese a tener decenas de metros de caída bajo su cuerpo.

Yo, en cambio, solo pienso en las dificultades de caminar entre estos árboles ajenos, en lo diferente que me siento respecto a todo lo que me rodea… en la manera de convertir la desaprobación en confianza.

Un aroma agradable me da una bofetada de realidad. Fruta madura, miel, cítricos… Me giro hacia la mesa redonda y veo una bandeja que alguien ha dejado antes de amanecer. En su interior, un cuenco de barro con trozos de fruta que brillan como gemas húmedas, panes pequeños de corteza oscura, una jarra de líquido dorado con hojas verdes flotando dentro, y un plato de semillas tostadas mezcladas con pétalos.

Está todo colocado con tanto esmero que me da pena tocarlo.

Cojo una fruta desconocida para mí y siendo su jugosidad entre mis dedos. Me llevo un trozo a la boca y el sabor explota en oleadas: dulce primero, luego ácido, un fondo picante que me enciende la lengua.

Cierro los ojos un segundo, de forma involuntaria.

Disfruto.

Qué sensación tan peligrosa.

—¿Ya estáis despierta?

La voz de Lërian llega entumecida, atrapada aún en el sueño. Abro los ojos y la veo incorporarse, despeinada y con la mirada todavía nublada.

—Acabo de levantarme.

Se levanta y se acerca a la mesa para tomar un mollete de pan. Lo parte con las manos y el interior humea como si lo hubieran horneado hace un momento. Se lo acerca a la nariz y sonríe.

—Es de raíz de jengibre. Se cocina a ras de suelo, en zonas protegidas del aire, para mantener su humedad. —Da un bocado y mastica con placer—. Tengo que miraros esa herida del brazo.

—¿Qué herida? —Me obligo a mirar mi brazo, donde ayer Maevriel me hizo un corte superficial en la Arena. Apenas lo recordaba ya. He tenido heridas mucho peores—. Hay cosas que me duelen más.

Lërian me mira un segundo, tratando de averiguar a qué puedo referirme. Se vuelve hacia la cama con el cuenco de fruta en las manos y se sienta en ella frente a mí.

—¿Te refieres a Vaerion o… —se arma de valor— al sueño que tuviste anoche?

El recuerdo me atraviesa como una espada salvaje. La piel aún siente la presión de sus dedos en mi muslo, el calor de su boca, el peso de su cuerpo contra el mío…

Me cuesta tragar.

Lërian comprende que me refiero al sueño.

—¿Quién es él, Genoveva? —pregunta—. ¿Quién puede ser merecedor de tan enorme gesta?

Me gusta que me haya llamado por mi nombre. No Noérin ni Arvëna. Solo Genoveva. Suena íntimo, humano. Y me sorprendo de lo rápido que se ha convertido en una cuerda de salvación a la que agarrarme.

Respiro y miro la fruta brillante, a medio comer en mi mano. Levanto la vista hacia el borde la plataforma y hacia el vacío que se abre detrás.

Si quiero sobrevivir a Faerín, necesito una aliada, y Lërian es lo más parecido a un hogar que he encontrado desde que crucé el arco de los árboles nudosos.

—Se trata de un Heraldo Oscuro —confieso al fin.

Lërian se queda inmóvil, como si se hubiera vuelto de piedra.

—¿Un… Heraldo? —Su voz tiembla—. ¿De las Tierras Baldías?

Asiento. El recuerdo de aquel infierno en el que vaga Akhir pesa como una losa sobre mi ánimo.

—¿Quieres salvar a un Heraldo? —La incomprensión se palpa en cada una de sus palabras y me araña por dentro porque, hasta hace unos meses, yo habría reaccionado igual.

—Sé que no tiene sentido…

—No lo tiene —me interrumpe como si no quisiera seguir escuchando locuras—. Los propios Heraldos han elegido su destino; han preferido olvidar, dejar de sentir, antes que ser libres. ¿Qué razón podría existir para sacar a un Heraldo de allí?

—La única posible. —Lleno un vaso con el líquido dorado de la jarra y me lo llevo a la boca. Sabe a miel y a hierba fresca, y deja un regusto agradable en la garganta—. Él sacrificó su Velo y quebró su lealtad para salvarme.

Lërian parpadea despacio y se inclina un poco hacia mí, como si temiera perderse una sola palabra.

—¿Cómo hizo tal cosa? —pregunta.

—Desobedeció al Señor Oscuro —digo—. Él ordenó que se llevara mi alma cuando el pacto se hubiera cumplido, pero él decidió regresar sin ella.

—Eso es… imposible. Un Heraldo no desobedece. No tiene motivos para hacerlo.

—Los tiene… si su Velo de Vacío ha desaparecido. —Hago una pausa para reponerme de los recuerdos que acuden a mi cabeza—. Fui herida de muerte y… Akhir me socorrió. Se manchó con mi sangre y su Velo de Vacío se disolvió. Vuelve a sentir.

Lërian suelta un gemido muy bajo y se lleva las manos a la boca para contenerlo.

—Es decir, no solo vuelve a sentir —continúo—, sino que además está desterrado en las Llanuras Abisales sufriendo todo tipo de tormentos inimaginables.

—Ha de amaros mucho. Nadie se sometería de forma voluntaria a ese sufrimiento si no es por alguien a quien ama más que a su propia vida.

Sus palabras me asolan por dentro, me dejan vacía. Él ha apostado su vida por mí y yo estoy aquí, sufriendo porque no tengo la aceptación de un Ancestral al que solo le preocupa demostrar cuán grandioso es. A la mierda Vaerion y su ejército… si es necesario, entraré sola, a golpe de espada, en las Tierras Baldías.

—Así que por eso estás aquí. Por él.

—Porque se lo debo. — Las palabras me salen con una violencia contenida—. Porque él se arrojó a la oscuridad por mí, y yo no voy a quedarme en un castillo mientras él se pudre en las Llanuras Abisales.

Mi garganta quema, y mis ojos también.

—Y porque… —me obligo a decirlo en voz alta— su recuerdo arde en mi pecho con un fuego que no mengua, y no puedo respirar sin pensar en él. Cada segundo que pasa, temo que sea demasiado tarde.

Me siento vulnerable. Hablar así de mis sentimientos me descubre, evidencia mi punto débil; y eso es algo que toda mi vida me han enseñado a ocultar. Estoy adiestrada para no mostrar fragilidad, y abrirme de esta manera me vuelve insegura.

Lërian se levanta de la cama y se acerca a mí con cuidado. Me coge la mano y me toca la muñeca donde se oculta el tatuaje invisible de invocación.

—¿El tatuaje de invocación…?

Asiento

—¿Late cuando piensas en él? ¿Cuándo lo presientes?

—Siempre.

Lërian aprieta mi mano entre las suyas.

—Entonces sigue vivo —dice con una convicción que no admite réplica—. Si la marca aún responde es porque él sigue caminando en algún lugar.

Un resquicio de esperanza se abre paso en mi pecho, y me doy cuenta de cuánto lo necesitaba para sentir que mi lucha sigue mereciendo la pena.

Nos quedamos en silencio un instante, pero a nuestro alrededor el bosque habla: un pájaro canta en alguna rama, la seda vibra… El mundo parece demasiado normal para contener la oscura gesta que me propongo conseguir.

Lërian carraspea y vuelve al cuenco. Parece necesitar regresar a algo tangible.

—Bueno, deja que te cure el brazo. —Su tono se vuelve práctico, firme—. Si se infecta, será un problema.

Me saco la manga de la camisa de lino. Lërian busca un pequeño frasco entre sus pertenencias a los pies de la cama. Cuando lo abre, el ungüento de su interior huele a resina y a algo lácteo. Cuando me lo aplica sobre el corte, la piel se tensa y la herida se oscurece, protegida por la capa de ungüento.

—Le diste una buena lección a la estirada esa de Maevriel —dice, divertida.

Se me escapa una risa breve, extraña por lo inusual. Casi feliz.

Lërian trabaja con precisión, ya no se muestra temerosa. Cada vez que me toca, lo hace con la confianza de quien trata a un igual, a alguien cercano. A la familia. Y eso me da calma y me llena el corazón.

Cuando termina, me venda con fibras finas que se ajustan rápido a mi piel.

—Listo. —Vuelve a guarda el frasco entre sus pertenencias—. Estás curada.

—Solo por fuera —murmuro.

Lërian abre la boca para replicar, pero un sonido de pisadas la interrumpe. Ambas nos giramos hacia la entrada de la plataforma, por donde entra una faerí con túnica clara y el cabello recogido en un moño.

—Arvëna —saluda con una inclinación de cabeza—. Shaelira os espera en sus estancias privadas.

El estómago se me encoje ante la expectativa de lo que viene. Aprender a conjurar. Si todo va como debe, daré un paso importante hacia Akhir. Uno de los problemas que enumeró Maireen quedará resuelto.

Me coloco la diadema convertida en corona por Lërian. Me visto con el jubón y las mallas, y me cuelgo la espada corta de Camila del cinturón. No es por necesidad, hoy no le toca el turno a las armas, sino por identidad. La espada me recuerda que soy hermana de alguien que aún espera que la rescaten.

La sirvienta me conduce fuera de la plataforma y empezamos a caminar por las pasarelas que se internan en la zona más noble de Calendra.

La diferencia se siente antes de verse.

El aire huele perfumado. Lirios y camelias cuelgan de los árboles a modo de lianas de colores, y se trenzan sobre las barandillas de plataformas y puentes. La madera allí brilla con un barniz especial que refleja las motas doradas del sol. Hay pequeñas cascadas donde el agua cae con un susurro que calma y adormece.

Se respira paz.

Mientras caminamos, mi mirada se escapa hacia un lateral, hacia una plataforma un poco más elevada que el resto. No necesito que nadie me lo indique para saberlo. La presencia de Vaerion se siente incluso cuando no está presente.

La madera de su estancia es más áspera, más oscura. Los adornos están trenzados con ramas de espinas y huesos, como si se tratara de un aviso. Y en el centro, cubierto por pesadas pieles, distingo la forma de un lecho.

Grande. Demasiado grande para una sola persona.

No puedo evitar imaginar la presión de su cuerpo enorme hundiendo esas pieles. La fuerza de sus manos, la tibieza de su aliento… Me enfurece la manera en la que esa imagen me atraviesa, sin poder controlarla, sin poder evitar que se me erice el vello de la nuca.

La sirvienta no se vuelve, pero su voz me llega, neutra.

—No miréis demasiado.

Me enderezo como si algo me hubiera golpeado.

—No miraba —miento.

Ella no responde y yo la sigo con la cara ardiendo mientras maldigo a Vaerion por su sola existencia, por la manera tan agresiva de meterse en mi cabeza cuando no lo he permitido. La culpa por Akhir me muerde en la nuca como un insecto voraz.

Llegamos a una plataforma donde la madera es blanca. No es cosa del barniz ni de ninguna pintura. El árbol de donde procede ha de ser de ese color. La entrada está custodiada por dos arbustos de ramas pálidas que le confieren privacidad al interior, más que cualquier otra plataforma en todo Calendra, donde exponerse parece lo habitual.

La sirvienta se detiene.

—Es aquí.

Se hace a un lado para dejarme pasar.

Me cuelo entre los arbustos, que me arañan la ropa al pasar, y accedo a un interior amplio, circular, con una luz suave que procede de piedras luminosas dispersas por el suelo como lunares brillantes. Hay cojines por doquier, cuencos, estantes con objetos de cristal,

recipientes con ungüentos de color pastel. El sol cae a través de un agujero horadado en el follaje y calienta el lugar de manera natural.

Shaelira está sentada en el suelo con los ojos cerrados, en el centro de la plataforma. Parece meditar. Su pelo rubio está trenzado a un lado con delicadeza. Tiene las piernas entrelazadas y viste una túnica blanca de brazales que deja a la vista sus numerosos tatuajes negros, escalando por los brazos como enredaderas oscuras.

Abre los ojos en cuanto me escucha llegar. Su iris transparente me atraviesa una vez más y siento cómo lee dentro de mí.

—Sélu vaen —saluda, llevándose los dos dedos al pecho—. Percibo la turbación de vuestros sueños. Lamento que Faerín no os esté dando descanso.

—No vine aquí por el descanso —respondo sin titubear.

Shaelira inclina la cabeza en un gesto que dice "lo sé".

—Venid. —Y alarga una mano de dedos largos y delgados para invitarme a acercarme.

Obedezco y ella me guía hacia una mesa baja donde hay una palangana de agua clara, un paño blanco y un frasco con un polvo brillante que parece azúcar, pero que identifico enseguida como materia. Puedo olerla y sentir su cosquilleo sobre mi piel.

Shaelira se sienta en un cojín junto a la mesa y me señala otro frente a ella.

—Sentaos —dice—. Os voy a enseñar lo básico, y entenderéis que conjurar no es gratis, como casi nada en este mundo.

Obedezco de nuevo y ella coloca el frasco de materia entre nosotras.

—Es materia refinada —explica—. No está en estado puro como la que se extrae directamente del Corazón de la Tierra. Esta ha sido filtrada, pulverizada y rebajada un poco para mejorar la asimilación del cuerpo. Aun así, es más pura que la que encontraréis fuera de Faerín.

Abre el frasco y vuelca un pequeño montón sobre la mano. El polvo brilla como pequeñas gemas a la luz del sol. Parece flotar un instante en el aire, ignorando las leyes de la gravedad.

—La materia es la sustancia que permite cambiar las propiedades de todo lo que existe en el universo —dice la Ancestral—. En el

exterior, creéis que conjurar es hacer magia, pero está muy lejos de eso. Conjurar solo es transformar algo que ya existe en otra cosa diferente gracias a las propiedades de esta sustancia.

Shaelira deja caer el polvo en el frasco y se limpia la mano con el paño, humedecido en el agua de la palangana.

—Se puede emplear la materia de dos maneras: Alquimia de Trazos o Conjuración.

Asiento. Lërian me explicó lo suficiente en Lúm Vairë para comprender que existía esa diferencia.

Shaelira me mira a los ojos para asegurar que le estoy prestando toda mi atención.

—La Alquimia de Trazos es práctica, casi cotidiana. No exige ninguna habilidad especial. —Señala con el dedo el estante lleno de frascos de cristal y comprendo que todos están llenos de materia—. Se consume un poco y, a la vez, se esparce sobre otro elemento: piedra, metal, madera, agua, piel… La materia que has ingerido reconoce la materia extendida sobre el elemento y, mediante esa atracción, se puede modificar.

Sus ojos brillan de excitación mientras explica.

—Es como tirar de una cuerda invisible. La materia en tu sangre y la materia en el mundo se buscan. Tú solo eres el nudo.

Se me eriza la piel al recordar las palabras de Lërian de la noche anterior. Las tierras ricas en materia se llaman. Me pregunto qué ocurriría si consumiera materia y pensara en Akhir, si podría sentirlo aún más cerca, si podría llegar a invocarlo… La sola expectativa hace bailar mariposas en mi estómago.

—En la alquimia básica —continúa Shaelira—, se moldean formas, posiciones, estructuras. Se puede desplazar objetos pequeños, curar heridas superficiales, levantar estructuras sencillas. La esencia del elemento, no se cambia.

—Pero a mí no me vale con eso —me adelanto antes de que ella me lo diga.

Si quiero abrir una puerta en las Montañas Rocosas, si quiero derribar a un Heraldo o a cualquier criatura que viva en las Tierras Baldías, sean las que sean, la Alquimia de Trazos no me sirve.

—No. —Shaelira se inclina un poco y algunos mechones sueltos de su cabello se desparraman como serpientes doradas sobre la mesa —. Pero la alquimia avanzada, conjurar, exige conocimiento; y para alcanzar ese conocimiento hace falta estudiar durante un tiempo que no tenéis.

La seguridad con la que lo dice me causa un impacto demoledor. Tiempo, la única cosa que necesito, la única cosa que no puedo conseguir.

—Conjurar es usar la materia para transformar elementos sin necesidad de impregnar nada más. La sangre reacciona con la materia e impone voluntad sobre el mundo.

Mi pulso se acelera.

—No cualquier persona puede conjurar —continúa la Ancestral—. Todos podemos hacer Alquimia de Trazos, con algo de práctica, pero conjurar requiere que la sangre sea receptiva. Ser descendiente de los Linajes Primigenios, los que usaron la materia para crear el mundo. La materia no solo ha de pasar por ti, sino que tiene que *abrirte*.

—¿Y cómo sé si pertenezco a alguno de esos linajes? —Tengo miedo de la respuesta, de no ser receptiva a la materia.

Shaelira sonríe. En su gesto hay certeza.

—Percibo la vibración de vuestra sangre cuando se acerca a la materia.

Me pregunto de dónde procede esta herencia. De todo mi linaje, de quién desciende este poder. ¿Tendrá algo que ver con la prohibición de mi padre de estudiar alquimia?

—¿Qué hay de esa leyenda que habla sobre un linaje especial que no necesita usar materia para conjurar? —Una vez leí sobre ello en un libro que mi padre tenía bajo llave en la Torre de los Archivos.

Shaelira sonríe.

—Sí, los Hijos de la Sangre Primera. El linaje de Aethryon.

El nombre retumba en mi pecho como si hubiera estallado una tormenta eléctrica.

—No es más que una leyenda —dice, condescendiente—. Si alguna vez existió ese linaje, hace siglos que se extinguió.

Asiento mientras me pregunto por qué mi padre tendría ese libro guardado en el Archivo con tanto celo.

—Antes de daros materia y comprobar si vuestra sangre es receptiva —continúa—, debéis conocer y entender los diferentes tipos de conjuros. —Alza cuatro dedos y señala el primero—. Menor: nimio. Un corte, calentar agua, encender una chispa. Si lo haces bien, te deja un cansancio leve. Si lo haces mal, te destrozará la cabeza.

Señala el segundo dedo.

—Mayor: requiere conocimiento. Puedes levantar una ciudad, sí, pero si no entiendes cómo se sostiene una viga o se cimenta una estructura, la ciudad caerá y matará a quienes viven en ella. La imaginación ha de ir acompañada de sabiduría.

Tercer dedo. Su voz se convierte en murmullo.

—Perpetuo: perdura aunque el conjurador ya no esté. Necesita experiencia, y exige un precio a quien lo lanza.

—¿Qué tipo de precio?

—Depende de la magnitud del conjuro.

Por último, se alza el cuarto dedo.

—Creciente: el más peligroso. Un conjuro cuyo efecto aumenta con el tiempo, y no siempre de forma previsible. Nadie puede saber cómo terminará. —Su gesto se oscurece—. Fueron dos crecientes los que provocaron el Gran Cataclismo en la guerra pasada. Y ya sabéis que acabó con la prohibición de usar materia en conflictos bélicos.

—Conozco la teoría. —No pretendo sonar descortés, pero siento que el tiempo se me escapa y necesito pasar a la práctica.

—Está bien. —No parece ofenderse—. Veamos cómo reacciona vuestra sangre.

Toma el frasco de cristal y lo desliza hacia mí.

—Consumid.

Noto un hormigueo de excitación en las yemas de los dedos.

—¿Así, sin más?

Shaelira asiente.

—Ya sabéis que sois receptiva. No es la primera vez que probáis la materia. —Señala el frasco—. Hoy la tomareis más pura de lo que lo haréis jamás.

Miro el frasco un instante y, sin darme tiempo a pensarlo demasiado, lo abro y vuelco un montoncito sobre la palma de mi mano. Me lo llevo a la lengua.

Al principio no sabe a nada. Luego, un calor despierta en mi garganta. No es calor de fuego, es calor de sangre. Me baja por el pecho, se enrosca en mis costillas, se derrama por el vientre como un tsunami salvaje. Mi cuerpo entero vibra como si alguien estuviera haciendo resonar una campana dentro de mí.

Y, de pronto, lo siento. Es como si el mundo entero me hablara: las piedras luminosas del suelo laten, el aire tiene textura, el agua de la palangana tiembla…

Me sofoco. Hay algo indecente en esta experiencia, algo parecido al deseo; como si la materia me acariciara por dentro, como si me penetrara con dedos de luz.

Me muerdo la lengua para no gemir.

Shaelira me observa con curiosidad. Parece disfrutar con mi excitación.

—No os avergoncéis —dice—. La materia despierta todo lo que lleváis enterrado: hambre, ira, placer, dolor… Es un amplificador de sensaciones.

Me tiembla todo el cuerpo, agitado por oleadas de placer.

—¿Qué… hago con esto? —pregunto, reprimiendo el jadeo.

—No tratéis de luchar contra ello. —Shaelira me susurra—. Canalizadlo.

Cierro los ojos y me abandono a la sensación ardiente que me domina. Oigo la voz de Shaelira de fondo, como un guía que me conduce de forma sensible pero inflexible.

—El calor que sentís no está solo en vuestro cuerpo, también en vuestra mente. Debéis darle forma, decidir lo que queréis que sea.

Respiro.

Calienta el agua de la palangana.

Es algo simple. Un conjuro menor.

Me aferro a la imagen que se forma en mi mente: agua tibia, vapor suave, calidez. Abro los ojos y miro la palangana. Mi mano se alza casi sin darme cuenta, como si la materia se hubiera adueñado de mi cuerpo y decidiera por mí. El calor de mi sangre se concentra en

el brazo. Noto que fluye… que emana de mí… que sale y se proyecta.

Y entonces, el agua cambia.

La imagen que tenía en la cabeza se materializa frente a mí. Un vapor tenue asciende de su superficie y siento su calidez en mi piel.

Entre mis dedos, algo arde. Es una sensación conocida. No es el primer tatuaje que marca mi piel, pero sí el primero que lo hace tras haberlo conjurado yo. En mi dedo anular se han dibujado unas líneas ondeantes con tinta negra. Un trazo fino, oscuro.

—Cada conjuro deja marca —dice Shaelira—. La materia no presta poder sin recordarte que lo usaste.

Me quedo mirando el tatuaje mientras trato de descifrar lo que me remueve por dentro. Una parte de mí está asustada por aquella marca. La voz de mi padre prohibiendo toda lección sobre alquimia todavía resuena en mi cabeza. Pero, otra parte, salta exultante de triunfo y orgullo. He logrado conjurar. Mi sangre ha respondido. Y eso significa que estoy un paso más cerca de mi objetivo, de Akhir.

—Es de admirar lo fácil que os ha resultado, casi natural —dice la Ancestral, y en su tono hay algo más que asombro, algo que se acerca a la envidia—. Probemos algo más difícil.

Se levanta y se dirige al estante con frascos. Toma uno con un líquido oscuro en su interior y lo deposita sobre la mesa, entre nosotras.

—Quiero que lo purifiquéis —dice—. No vale que lo convirtáis en agua por ilusión. Haced que su esencia cambie, que la impureza se separe.

Me concentro. Pienso en los alquimistas del castillo y en las pocas veces que logré colarme en sus instalaciones, a escondidas de mi padre. Filtros, carbón, instrumentos de medida… La materia vibra dentro de mí, impaciente por que visualice la siguiente orden, el siguiente objetivo.

Cierro los ojos y miro con los de la mente. Imagino la suciedad como un hilo oscuro que se desprende de un tejido dorado.

Siento el calor subir a la cabeza y me mareo. Abro los ojos contemplo cómo el agua del frasco comienza a agitarse. Una franja

negra se separa, como si un animal viscoso se contonease dentro, y luego, con un movimiento suave, cae al fondo.

Arriba, el agua queda clara, transparente.

Shaelira contempla el frasco, fascinada. Su sonrisa le ilumina el rostro.

—También lo habéis conseguido.

Noto que mi respiración se vuelve irregular. Algo me agita el pecho.

—No sé muy bien cómo…

—Sí lo sabéis —me corrige—. Vuestra mente le dio forma y vuestra sangre obedeció. Eso es conjurar.

Bajo la manga del jubón, otro trazo se dibuja. Siento el calor del nuevo tatuaje.

—¿Cuántas marcas…?

—Las que estéis dispuesta a llevar. —Sus ojos brillan con un fuego helado cuando se cruzan con los míos. Parece retarme a soportar el peso de todas ellas, a medirme por cuántas consiga acumular.

Pienso en Akhir y en su doble sacrificio para salvarme la vida y *todas* me parecen insuficientes.

—Hazme lanzar un perpetuo —digo de golpe, antes de pensarlo.

Shaelira parpadea.

—No.

—Sí. —Mi voz sale quebrada, pero firme—. Si voy a atravesar las Montañas Rocosas… necesito saber hasta dónde puedo llegar.

Shaelira me observa durante varios segundos. Sus ojos son claros, pero en ellos hay un abismo de oscuridad que es difícil percibir a simple vista. También ella guarda secretos dolorosos en su interior.

—Un perpetuo no es un juego —me advierte.

—Nada de esto lo es.

Shaelira abandona el otro extremo de la mesa y se acerca. Se arrodilla a mi lado y toma mi muñeca. Su dedo roza el tatuaje invisible de invocación, y el contacto me atraviesa como una descarga.

—¿Sabéis lo que podrías hacer si te pidiera un perpetuo? —susurra.

Trago saliva.

—Sí.

—Dilo.

Mi boca se seca.

—Podría… —me cuesta— podría acallar la llamada de esta marca.

Shaelira no pestañea.

—Podríais intentar borrar el vínculo con un Heraldo Oscuro.

Me atraviesa una punzada de pánico ante lo que implica esa posibilidad. Dejar de sentir a Akhir, olvidarme de su existencia, abandonar aquella empresa suicida…

—No quiero borrarlo —me reafirmo.

—Entonces, ¿por qué queréis conjurar un perpetuo?

Respiro hondo. Porque si lo consigo, si mi cuerpo soporta esa marca, quizá soporte la travesía, la locura, el rescate. Porque si soy capaz de dejar una huella eterna en el mundo… quizá pueda arrancar a Akhir de su condena.

—Quiero saber si puedo —digo al fin—. Quiero saber si mi sangre está preparada.

Shaelira me mira como si, por un segundo, me viera como algo más que una extranjera.

—Sois peligrosa, Genoveva.

No lo dice como insulto, sino como una virtud.

Toma una de las pulseras de cuero que adornan su muñeca y la deja sobre la mesa.

—Quiero que esta cinta se vuelva fría —dice—, pero no como una sensación pasajera, sino como parte de su naturaleza. Que, aunque pasen días, no recupere su temperatura original. ¿Comprendéis el alcance de lo que significa?

Más o menos. Pero asiento.

—Consumid un poco más de materia —me aconseja—. La vais a necesitar.

Obedezco y, después, cierro los ojos.

Siento la materia arder en mí con energías renovadas.

La imagino fluyendo hacia la pulsera, pero no enfriándola, sino convirtiéndola en frío. Como si fuese parte del invierno.

Abro los ojos y tomo la pulsera entre mis dedos. El calor de la sangre se concentra en mi mano y, con un latido, el frío se instala.

Mis dedos se entumecen; el brazo me tiembla; el pecho se me hunde.

El mundo se vuelve pesado.

Caigo hacia atrás, exhausta, como si hubiera corrido kilómetros.

Shaelira me quita la pulsera con cuidado. La toca. Su expresión se vuelve extraña.

—Lo habéis hecho también.

Siento, en el brazo, cómo un nuevo tatuaje se dibuja. Más profundo. Más doloroso. La piel arde como un hierro al rojo.

Ha sido fácil. Demasiado fácil. El poder de la materia responde como si me hubiera estado esperando toda la vida.

Y eso es lo verdaderamente peligroso.

Shaelira me toma por los hombros y me guía hacia su lecho. Una cama blanca, amplia, cubierta por pieles suaves que parecen nieve.

Me recuesta con una delicadeza que contrasta con la brutalidad de la materia.

—Descansad —ordena.

Intento incorporarme.

—No… he terminado.

Shaelira me empuja el hombro con firmeza.

—Has terminado por hoy.

Sus ojos, claros, se hunden en mí.

—La materia os llamará después de esto. Os susurrará que podéis hacer más, consumir más. Os ofrecerá alivio, placer, poder. Os hará creer que, si tomáis más, el dolor desaparece.

Trago saliva.

—¿Y no es así?

Shaelira niega con la cabeza.

—Consumir más solo os hace más dependiente, os esclaviza hasta que llega un punto en el que ya no hay "tú". Solo hay hambre de materia.

Hace una pausa y levanta la vista al cielo. Más allá de los árboles.

—El Señor Oscuro fue un Ancestral de Faerín —dice Shaelira, y su voz se vuelve pesada. Arrastra un recuerdo doloroso—. Uno de los nuestros. Uno que se dejó dominar por la llamada de la materia. Quiso más poder, y terminó convertido en un monstruo.

Mi corazón late con fuerza.

—¿Entonces… las leyendas son ciertas? —susurro—. ¿Él era de aquí?

Shaelira asiente, y en su rostro perfecto se asoma una sombra antigua.

—Fue el Ancestral más brillante y el más amado… hasta que se convirtió en un monstruo.

Mi mente intenta encajar la información como piezas de un rompecabezas.

Si el Señor Oscuro fue de Faerín… entonces el vínculo entre Faerín y las Tierras Baldías no es solo la materia. Es historia.

—¿Y las Montañas Rocosas…? —mi voz es un hilo. Me quedo dormida—. ¿Fuisteis vosotros quienes levantasteis la barrera?

Shaelira me mira. En sus ojos, veo el reflejo de un pasado que le cuesta recordar; no por antiguo, sino por doloroso.

—Sí.

La palabra le pesa.

—Lo hice con un conjuro perpetuo que, a día de hoy, me sigue restando vitalidad. —Su voz baja—. No fue para salvar al mundo exterior, ni tampoco por bondad. Lo hice para encerrar nuestro error, para que no saliera ni destruyera lo que quedaba de nosotros.

El cansancio me arrastra. La materia ha consumido toda mi vitalidad y siento que mi consciencia se afloja, como un nudo que por fin cede.

Shaelira se inclina y aparta un mechón de mi cabello de la frente.

—Podéis dormir aquí. —Su voz es suave—. Cuando despertéis, hablaremos de lo que Faerín exige a cambio de seguir siendo eterno.

La frase se me clava, aunque mi mente ya se está hundiendo.

"Lo que Faerín exige."

Cierro los ojos.

Antes de caer del todo, una última imagen se abre paso: Akhir, de rodillas en un páramo de sombra, alzando la cara hacia mí con ojos dorados quebrados.

"*Encuéntrame*."

La palabra se enrosca en mi alma.

Y me duermo con la certeza de que, por primera vez, tengo un poder real entre las manos… pero con la advertencia de que ese poder también puede devorarme.

Como devoró a un Ancestral.

Como devora a los Heraldos.

Como devora todo lo que se atreve a utilizarlo.

Y, aun así, si el precio de rescatar a Akhir es marcar mi piel hasta quedarme sin espacio para ser yo… con gusto lo pagaré.

No puedo negarme cuando su nombre arde así dentro de mí.

Akhir.

11. El hambre que llama

Me despierto con la certeza de que no estoy sola.

Siento la cercanía de una presencia. Los restos de materia que aún circulan por mi sangre tiran de mí.

La habitación de Shaelira está sumida en una penumbra azulada, apenas iluminada por las piedras de luz dispersas por el suelo. El aire está quieto, pero es demasiado denso bajo la seda que cubre la plataforma. No recuerdo que costara tanto respirar aquí dentro.

Me incorporo con cuidado. Mi cuerpo aún pesa por el agotamiento de la conjuración.

Entonces siento *su* calor y me levanto de golpe. Miro alrededor.

—Akhir… —susurro sin darme cuenta.

La sombra se recorta junto al extremo de la plataforma que se abre a la noche. No se trata de un sueño. Estoy despierta, lo sé con total certeza. Lo estoy viendo de verdad.

A unos metros de mí, el suelo blanco de la plataforma se transforma, se vuelve oscuro, agrietado, cubierto de ceniza y materia corrompida. Él está de rodillas con la cabeza hundida sobre el pecho. Cadenas negras emergen de la tierra y se enroscan

alrededor de sus muñecas, de su cuello, de su torso desnudo y marcado por heridas antiguas y recientes.

El color de sus ojos es igual que el de la sangre. Veo un universo de locura contenido en ellos.

Abre la boca en busca de un oxígeno que no le llega.

—…Genoveva…

Mi nombre surge de su garganta como una plegaria desesperada.

Avanzo hacia él, ignorando el mareo y el temblor que me recorre las piernas.

—Estoy aquí —le digo—. Estoy aquí.

Él alza la cabeza, despacio. Su mirada vaga, imprecisa, como si me buscara a través de una neblina espesa.

—Te siento… —murmura—, pero ¿cómo?

Por un instante, percibo que el gesto de dolor de su rostro se atenúa. Las arrugas de su frente se relajan, su cuerpo deja de temblar de agonía. Mi presencia lo calma.

La certeza de que soy el ancla que lo mantiene aferrado a la cordura me golpea como una fuerza devastadora.

Sin apartar los ojos de él, me acerco hasta la mesa baja y busco los restos del frasco de materia que Shaelira dejó allí. Lo encuentro y no lo dudo ni un segundo. Vacío lo que queda sobre mi mano y la consumo.

El calor despierta dentro de mí al instante, más violento que nunca. La sangre me hierve, me empuja hacia él con una fuerza incontenible. La distancia entre mundos adelgaza hasta casi desaparecer.

—Akhir… —me acerco de nuevo.

Esta vez puedo tocarlo.

Mis dedos atraviesan el velo que nos separa y se cierran sobre su mejilla ardiente, febril. Él se estremece. Una descarga lo recorre.

—Genoveva… —gime—. ¿Eres tú de verdad?

—Resiste. Ya voy a por ti.

Me aferro a su rostro, a su cuello, a la piel marcada por el tormento de las Tierras Baldías. Durante un latido efímero, el infierno que lo rodea parece retroceder. Y entiendo de golpe que ya no voy a poder conformarme con menos.

Pero la materia se consume más rápido de lo que desearía. El calor se apaga y siento su cuerpo escurrirse entre mis brazos. La conexión se deshilacha.

—¡No! —grito—. ¡Akhir!

Su presencia se desvanece sin que pueda hacer nada por retenerla.

La habitación vuelve a estar solo en Faerín. No quedan vestigios de las Tierras Baldías. Solo estoy yo, jadeando, con las manos vacías y el pecho en llamas.

No pienso. Me levanto de un salto y cruzo la plataforma hacia la estantería de Shaelira, donde reposan multitud de frascos rebosantes de materia. Puedo olerla y sentir cómo vibra mi sangre antes de tocarla. Es la promesa de volver a sentirlo, de volver a tenerlo.

Extiendo la mano.

—No.

La voz retumba detrás de mí con una potencia que me paraliza.

Me giro de golpe.

Vaerion está en el umbral, recortado contra la penumbra, con el cuerpo tenso y los ojos claros encendidos por algo que está muy lejos de la calma. Parece que acabara de levantarse, o que se dispusiera a acostarse. No lleva armadura. La camisa blanca está abierta en el cuello, y el tatuaje que asciende por su clavícula parece latir, vivo.

—Déjame en paz —le digo, con la ansiedad devorándome las entrañas.

No se mueve.

—¿Es que no te advirtió Shaelira de los peligros de la materia? —pregunta con el mismo tono arrogante de siempre.

—No me importan las consecuencias —escupo—. Solo quiero volver a estar cerca de él. Darle consuelo…

Vuelvo a levantar la mano y mis dedos rozan el cristal de uno de los frascos, pero Vaerion se mueve veloz y consigue interponerse. Su cuerpo es un muro imponente, sólido. El calor de los restos de materia que circulan por mi cuerpo se reaviva, reaccionando a su

proximidad. Ahora mismo soy incapaz de distinguir entre poder, peligro y deseo.

—Apártate —le exijo.

—No.

Intento rodearlo, pero él me sujeta del brazo. El contacto prende fuego dentro de mí. No debería reaccionar así, pero no puedo evitarlo, me siento a merced de los últimos resquicios de materia de mi sangre que amplifican cada estímulo.

Su mano es firme, grande, se cierra alrededor de mi muñeca como una argolla que presiona fuerte. Su pulso me golpea con violencia y, por un instante vergonzoso, mi cuerpo reacciona sin obedecer a la mente.

—Suéltame —jadeo y siento la culpa arañarme el alma.

—Mírame, Genoveva.

No quiero, pero su voz pronunciando mi nombre surte un efecto inesperado. Me atrapa y me empuja a alzar la mirada. Sus ojos no reflejan el desprecio al que estoy acostumbrada, sino una tensión oscura que no comprendo.

—¿Por qué lo haces? —me pregunta, como si de verdad le importara.

—Porque necesito salvarlo. —El dolor que llevo meses sujetando se desborda al fin, me desgarra.

El llanto inunda mis ojos. Tiro de mi brazo para liberarlo, pero Vaerion no cede.

—¿Necesitas salvarlo a él… o a ti?

La furia me desborda. ¿Qué cree que está haciendo? ¿Sembrando dudas en mí? ¿Desvirtuando la nobleza de mi causa?

Le empujo con la mano libre, liberando la rabia, el ansia, el eco del tacto de Akhir aún impreso en mi piel. Vaerion retrocede un paso hasta golpear la estantería. Los frascos de cristal entrechocan y se tambalean, pero ninguno cae.

Luego me atrapa también la otra mano y me arrastra de vuelta a la cama. Me empuja contra ella. La estructura cruje bajo el impacto cuando su cuerpo se cierne sobre el mío y bloquea toda huida. No me duele, me quema.

Sus antebrazos quedan a ambos lados de mi cabeza y sus manos siguen rodeando mis muñecas, alzadas sobre mí. Su respiración se mezcla con la mía y su calor invade el espacio mínimo que nos separa.

—¿Por qué te molesta tanto? —Apenas consigo retener el aire dentro de mí.

Sus dedos se tensan apenas un instante en mis muñecas. Lo suficiente para que lo note.

—Me vuelve loco que pongas en juego tu vida por alguien que no lo merece…

Las vetas plateadas de sus ojos se encienden como si un millar de minúsculos gusanos de luz las estuvieran recorriendo. Descubro una pasión ardiente en ellas que no consigo descifrar, pero me asusta.

—¿Por qué… por qué te importa?

Vaerion me suelta de golpe y se aparta. Parece que, de pronto, mi piel le quemara.

—Por nada —escupe con rabia—. Por nada.

Me da la espalda y se dirige a la salida de la plataforma.

—Si de verdad quieres salvarlo —dice—, olvídate de esos frascos y vístete. Ha llegado el momento de convencerme de que mereces comandar mi ejército.

Partimos antes del alba.

Con nosotros viajan Maevriel, Trash y los otros dos faerís con los que descendí al Corazón de la Tierra. Descubro que se llaman Kael y Eryndal. Son los hombres de confianza de Vaerion.

Cabalgo a lomos de Lux, y Águila sobrevuela nuestro camino. No puedo llevarme a Lërian allí donde vamos, pero ellos traen el hogar consigo.

El consumo de materia ha dejado mi cuerpo a merced de un frío que no había sentido nunca. A pesar de las capas de pieles, de lo mucho que me refugie bajo ellas, esa ausencia de calor está dentro de mí, pegada a los huesos, y me hace tiritar sin parar.

El bosque aún duerme mientras avanzamos hacia el sur. Nos dirigimos a los territorios de una tribu cuyo nombre suena algo así

como Kalden Kal. Una criatura lleva meses hostigándolos y matando a sus gentes. Nuestra misión es dar con ella y derribarla.

La luz aún es baja, filtrada por las copas altas, y el aire huele a tierra mojada y a hojas aplastadas por la humedad y el tránsito de animales invisibles. Lux avanza con paso firme, acostumbrado a internarse en zonas de maleza espesa.

Durante un rato, nadie habla.

Vaerion encabeza la marcha. Su espalda ancha, corpulenta, es un punto fijo dentro del bosque. Maevriel camina a su derecha, atenta a cada sonido; Trash lo hace a la izquierda, con las hachas cruzadas a la espalda y esa expresión de quien espera que algo salte desde los arbustos en cualquier momento.

Detrás de mí, Kael y Eryndal cierran la formación, custodiando un pequeño cargamento de materia. Nadie me ha dicho lo que es, va cubierto con una manta blanca, pero siento que mi sangre tira de mi cuerpo hacia allí con una fuerza que duele. Supongo que aprovechan el viaje para suministrar a los territorios del sur. En Faerín, parece que nada funciona sin ese polvo blanco.

Soy consciente de sus miradas ocasionales hacia mí. No es desconfianza, sino una curiosidad contenida. Una expectación silenciosa que me molesta más que el rechazo abierto. Sé que se preguntan por qué camino de nuevo entre ellos, qué es lo que quiero y por qué no vuelvo a Lirien a sentarme en el trono que me corresponde. No les culpo… a veces yo también me hago esas mismas preguntas.

¿Necesitas salvarlo a él o a ti?

Las palabras de Vaerion resuenan en mi cabeza. ¿Me he marchado de Lirien para rescatar a Akhir porque de verdad lo amo, o solo persigo una sombra, la promesa de olvidarme de ese trono que repudio y que no me ha dado nada más que tormento y dolor?

La duda y la culpa me corroen el pensamiento. Y el frío interior los amplifica.

Trash rompe el silencio.

—¿Sabéis? Esta misión me recuerda a la del Paso de Ruun.

Maevriel resopla.

—No compares —replica—. Aquello fue una carnicería. Los malditos *eskrambles* no triplicaban en número.

—Por eso mismo —insiste Trash—. Ninguno apostábamos por salir vivos de ahí.

Kael sonríe de lado.

—Yo sí apuesto por salir vivo de esta. No sabemos de qué bestia se trata, pero dudo que sea más mortífera que aquellos malnacidos *eskrambles.*

—¿Qué ocurrió en el Paso de Ruun? —Procuro que mi voz suene casual.

Eryndal gira la cabeza hacia mí. Tiene el cabello oscuro y la piel pálida. Los ojos son de color avellana.

—Fue una emboscada —me explica—. Los *eskrambles* son criaturas pequeñas, pero de dientes afilados y de escama ósea muy difícil de atravesar. Salieron de entre las rocas y nos atacaron como si llevaran meses sin comer.

—Nos cortaron la retirada —añade Kael—, y nos dejaron con dos opciones: huir desordenados y vulnerables o resistir.

—Vaerion eligió una tercera —interviene Maevriel con cierto orgullo en la voz—: avanzar.

—¿Y funcionó?

—Siempre funciona —dice Eryndal con sencillez—. Si Vaerion entra primero, la perspectiva de la pelea cambia. Los ánimos se encienden, y los imposibles se vuelven posibles.

Miro de nuevo la espalda de Vaerion. No se ha girado ni una sola vez, pero sé que ha escuchado todo lo que hemos dicho. Quizás es a esto a lo que se refiere cuando habla de liderar. Veo el respeto y la devoción con la que sus guerreros hablan de él, de sus gestas, y no puedo evitar una punzada de envidia.

El frío me va abandonando a medida que el bosque cambia, de forma sutil, pero constante. Los árboles se vuelven más gruesos, las raíces ya no se notan en la superficie, la luz adquiere un matiz más cálido. Excepto algún claro, donde la vegetación parece arrancada con violencia y no se escucha el canto de ningún pájaro, percibo que el sur de Faerín es más amigable, menos hostil.

Cuando por fin divisamos los límites de Kalden Kal, al caer la tarde, su arquitectura me resulta menos llamativa que las ciudades anteriores. Quizás me haya acostumbrado, o quizás sea porque las plataformas están más bajas, más integradas en los árboles. Han levantado empalizadas de madera oscura, adornadas con talismanes de hueso y fibras trenzadas. Supongo que sirven para evitar que la criatura que los hostiga acceda con facilidad a la ciudad.

Nos reciben con cautela.

Un grupo de faerís armados se adelanta. Intercambian algunas palabras con Vaerion y echan un vistazo al cargamento bajo la manta. Intercambian una mirada contrariada.

—Hay menos sacos que los solicitados —dice uno de ellos—. Igual que la última vez.

Vaerion se yergue, digno, sobre su montura.

—Las quejas a mi hermana —dice—. Yo no controlo los suministros.

Se vuelven a mirar entre ellos, esta vez con gesto molesto, pero nos permiten el paso.

Nos reciben con comida caliente y bebida espesa que huele a las habituales mezclas de hierbas. Sin embargo, mi estómago se niega tomar nada. Cada vez que una porción de comida pasa por delante de mí, se contrae y amenaza con provocarme el vómito. Está en rebelión. Solo quiere materia… Y yo también. Necesito volver a ver a Akhir, darle mi consuelo, que sepa que no está solo, que sigo pensando en él.

Nos han sentado en la mesa principal, junto a la líder de la tribu. Su mirada inquisitiva descubre nuestro cansancio.

—Descansad —nos dice con voz comprensiva—. Mañana hablaremos de la bestia.

Asiento y me levanto con una disculpa. No estoy para celebraciones ni conversaciones largas. Necesito pasar en silencio la abstinencia de materia.

Vaerion se levanta detrás de mí sin mediar más palabras.

Un faerí nos acompaña raudo a nuestras plataformas. Ambas se encuentras tan cerca que apenas las separa el ancho de la pasarela que discurre entre ambas.

Me instalo en la mía y me siento en el borde del lecho. Trato de calmar el temblor al que ha dado paso la ausencia de frío. Me sujeto las manos, una con la otra, y lucho por controlar los movimientos de mi cuerpo. Si consumir un poco de materia me ha hecho esto, ¿qué me ocurrirá cuando la convierta en mi alimento al atravesar las Montañas Rocosas?

Una visión interrumpe mis pensamientos.

Vaerion está de espaldas, desabrochándose la camisa.

No debería mirar. Agacho la cabeza, pero no puedo apartar la vista.

La tela cae y deja al descubierto su espalda ancha, sus músculos tensos, sus cicatrices antiguas y el centenar de tatuajes que me descubren que sabe de lo que habla cuando se refiere a los efectos nocivos de la materia.

Baja las manos hasta la cintura y se desprende de los pantalones. Bajo la ropa interior, su miembro se perfila con una contundencia que me obliga a tragar saliva. No es obsceno… es innegable.

Y luego mi vista viaja hacia el apósito pegado en el lado izquierdo del pecho, justo donde late el corazón. La venda está manchada de sangre oscura.

—¿Te has herido? —se me escapa.

Vaerion se gira de inmediato y lo oculta tras su amplia espalda.

—Es viejo —dice al fin—, pero se niega a cicatrizar.

—¿Quién te lo hizo?

Me mira por encima del hombro. Su expresión es neutra, pero también hay cansancio en su gesto.

—Yo —responde—. Es el tatuaje de un conjuro perpetuo. El único que he lanzado.

—¿Y sigues pagando el precio?

Asiente.

—Cada día.

Se sienta en el borde de su cama y, por un momento, nuestras respiraciones se sincronizan a través del espacio mínimo que nos separa.

—¿Sigues sin consumir? —me pregunta.

Su interés me descoloca. Desconozco lo que pretende averiguar.

—Sí —respondo con rotundidad—, pero estoy helada y tiemblo.

Los ojos de Vaerion se giran hacia mí y los veo brillar en la penumbra del bosque.

—Es el síndrome de abstinencia, pronto pasará. Duerme —añade —, mañana te juegas un ejército.

Nos tumbamos casi al mismo tiempo. Las plataformas crujen al unísono.

Puedo oír su respiración. Grave, constante.

Él puede oír la mía.

Y así, con una extraña tensión suspendida entre ambos y el peligro aguardando fuera, el sueño acaba por reclamarnos.

12. El único perpetuo

El grito atraviesa la noche con una crudeza desgarradora.

No parece humano, pero tampoco animal. Es un sonido gutural, vasto. El rugido de la tierra al partirse en dos.

Me incorporo de golpe.

Durante un instante, no sé dónde estoy. Luego el mundo regresa veloz: la humedad del rocío nocturno, el olor a vegetación, la plataforma baja de Kalden Kal… y, justo después, el estruendo.

La empalizada cruje.

Un segundo grito, esta vez humano, se alza desde algún punto del asentamiento, y la calma frágil del sur de Faerín se hace añicos.

—¡La bestia! —grita alguien—. ¡Ha regresado!

Vaerion ya está de pie cuando salto del lecho. Se está colocando la armadura con una destreza y una elegancia que no he visto nunca. Se mueve como si hubiera estado esperando este momento toda la vida.

—Armaos —me dice, seco—. Formación abierta. Proteged a la población.

Salimos a la noche en dirección al segundo grito. Los árboles del Kalden Kal arden en sombras agitadas por antorchas improvisadas. Su luz naranja se mezcla con la blanca de las piedras lunares. Faerís corren de un lado para otro. Las plataformas tiemblan.

Nos juntamos con Maevriel y los demás en el momento exacto en el que la empalizada salta por los aires. La madera estalla como si fuera papel mojado. La criatura emerge desde el otro lado, como una pesadilla arrancada de las entrañas del mundo.

—Por los dioses… —murmura Trash—. Es un Tharvexûn.

Un Devorasombras.

Es enorme, mucho más de lo que aparece en los libros sobre mitología. Su altura supera la de tres hombres. Su cuerpo se arrastra sobre cuatro extremidades potentes, cubiertas de escamas que brillan con un tono apagado. El lomo está surcado de espinas óseas que atraviesan la piel y despuntan hacia el cielo nocturno. Entre ellas emana un vapor verdoso que huele ácido.

Su cabeza es lo peor.

Un cráneo alargado, sin ojos visibles, con una boca vertical que se abre en dos mitades repletas de colmillos curvos, traslúcidos, como cristal sucio. A cada paso suyo, la tierra tiembla.

El Tharvexûn embiste contra los troncos de los árboles y plataformas enteras se vienen abajo. Gritos, cuerpos que se desploman desde las alturas. La bestia se adentra en Kalden Kal con una facilidad obscena y destroza hogares, derriba columnas, aplasta todo a su paso.

—¡Vamos! —ruge Vaerion y levanta la espada para que podamos verlo entre el caos que ha desatado la criatura—. ¡Kael y Eryndal por la izquierda! ¡Trash y Noérin, por la derecha! ¡Maevriel, conmigo!

El equipo se dispersa con una coordinación perfecta.

Yo corro detrás de Trash. Las hachas del faerí brillan al reflejo de las antorchas mientras se lanza contra una de las patas delanteras del monstruo, que está concentrado en destrozar una construcción de madera. Una especie de silo. No hace falta que nadie me diga lo que guardan dentro, la materia de su interior grita tan fuerte que apenas soy capaz de escuchar el estruendo exterior.

Trash blande las dos hachas y clava el filo entre dos escamas de la pata trasera. El Tharvexûn responde con un alarido y una coz que a punto está de alcanzarnos.

Vaerion se arrodilla para que Maevriel apoye el pie entre sus manos entrelazadas y la impulsa hacia la espalda de la bestia. Empuña sus dos espadas y trata de hundirlas entre los lomos del animal. Le cuesta un par de intentos y, cuando lo consigue, una nube de gas tóxico, verdoso, le impacta en la cara y se desploma. Kael llega a tiempo de sujetarla para que no se golpee contra el suelo.

Vaerion se cuela bajo la bestia, esquivando sus pisadas que podrían aplastarlo con facilidad, y hunde su espada en el pecho. El Tharvexûn emite un alarido que me atraviesa el pecho. Vuelve a cocear, pero esta vez Trash no corre tanta suerte. Habíamos iniciado un nuevo contraataque hacia las patas traseras y el impacto le da de lleno. Sale despedido mientras la criatura se da la vuelta y lo enfila con su cráneo alargado.

Ni siquiera lo pienso. Corro hacia él para protegerlo.

Me interpongo entre los dos y detengo el impacto con mi espada, pero la cabeza de la bestia es dura. La embestida me empuja varios metros hacia atrás, hasta golpearme la espalda con la madera de una plataforma. Ahora me he convertido en el objetivo de la criatura, que me mira con sus inexistentes ojos. Ruge y prepara el ataque.

Consigo incorporarme a pesar del dolor de la espalda, y me subo a la plataforma para guarnecerme. La sombra se cierne. El zarpazo alcanza la madera y parte en dos la plataforma. El vacío se abre bajo mis pies y caigo entre maderas rotas y hojas secas. El golpe es seco. Un chasquido de huesos me atraviesa el costado. No puedo evitar soltar un alarido.

Algo me aprisiona la pierna, pero la luz de las antorchas no llega hasta allí abajo. Estoy atrapada entre astillas y oscuridad, y siento el aliento de la criatura próximo a mí. Me busca.

Oigo a Vaerion gritar mi nombre, pero el caos a mi alrededor lo distorsiona. Me llega lejano, a un mundo de distancia.

La luz de las antorchas ilumina su armadura. Se lanza sobre la bestia con la espada por delante, como un proyectil afilado. Salta sobre su cuello y hunde el filo una y otra vez sobre el cuello del Tharvexûn. El gas verdoso sale a presión de su piel, pero no parece debilitarlo. Al contrario, se revuelve con ímpetu y logra hacer caer a Vaerion. Lo aprisiona contra el suelo con una de sus patas. Sus garras se clavan en el peto y empiezan a aplastarlo, a rasgarlo.

Vaerion gruñe de dolor. El aire se escapa de sus pulmones mientras su mano busca en el cinturón. Consigue agarrar el vial.

Materia.

Pero la criatura tiene una garra hundida en su brazo y no puede llevárselo a la boca.

Kael está asistiendo a Maevriel. Trash yace inconsciente tras la coz de la bestia y Eryndal, aunque ha llegado hasta nosotros, no consigue incomodar al Tharvexûn lo suficiente como para que se olvide de Vaerion.

—¡Lánzamelo! —grito desde mi prisión en la oscuridad.

Me mira. Sus ojos plateados se clavan en los míos y niega con la cabeza.

—No —dice, apretando los dientes—. Todavía no estás lista.

El Tharvexûn ruge. La presión sobre el pecho de Vaerion aumenta. Su rostro adquiere un tono azulado. Se asfixia.

—¡Nos matará! —insisto—. ¡Es la única manera!

Duda. Un segundo eterno. Percibo su lucha interna. Sabe, igual que yo, que si no me lanza ese vial, todos moriremos, pero, por alguna razón, se resiste a que vuelva a exponerme a los efectos de la materia.

Al final, arranca el vial de su cinturón y me lo lanza.

Vuela mal. La garra de la criatura no le da margen para la maniobra. Demasiado bajo. Va a caer.

Entonces, un chillido corta el aire.

Águila.

El ave desciende en picado, atrapa el frasco con las garras y gira sobre sí misma para dejármelo caer en las manos.

No me lo pienso. Abro el vial y me lo tomo entero. Sé que con algo menos de la mitad habría sido suficiente, pero no estoy pensando

solo en librarme del Tharvexûn. Lo hago por él. Por Akhir. Por volver a verlo, por volver a darle mi consuelo.

La materia restalla en mi sangre como un relámpago. El mundo se dilata, el dolor se desvanece, la realidad se vuelve maleable.

Empujo el calor hacia mis manos y las apoyo en el suelo. Lo proyecto hacia la tierra.

Las raíces de los árboles se alzan y reptan como serpientes hacia la criatura. Se enroscan en sus extremidades y lo atrapan. Da igual lo mucho que intenta resistirse o librarse de ellas con sus dientes afilados, consiguen inmovilizarlo y levantarlo del suelo.

Vaerion tose y vuelve a respirar entre jadeos.

El Tharvexûn ruge una última vez antes de rendirse, atrapado, derrotado.

Se hace el silencio.

Pero yo solo oigo ruido. La materia me golpea en los oídos y ese pulso tiñe mi vista de fogonazos rojos. Entonces, entre fuego y fuego, la presencia de Akhir se materializa frente a mí. Sigue encadenado, atado al suelo, y en su mirada hay un brillo de locura que no estaba antes. Quiero acercarme a él para hablarle, pero sigo atrapada por la mitad de la plataforma destrozada, y no puedo aproximarme.

Aún hay materia en mi sangre. Le pido a las raíces un último favor. Se entrelazan entre las tablas de la plataforma y la levantan.

Ignoro el dolor con el que grita todo mi cuerpo cuando me incorporo. Me arrastro hacia él. Sé que me estoy perdiendo, pero no me importa. Él se perdió antes por mí, se lo debo. Alargo la mano y, cuando estoy a punto de tocarlo, un brazo enorme me aferra de la cintura y me aparta de él.

—¡Nooo! —me desgarro la garganta, y el alma.

Su silueta se aleja. Sus ojos rojos derraman lágrimas de sangre.

Vaerion me carga sobre su espalda. Pataleo, grito, araño, golpeo con todas mis fuerzas, pero no sirve de nada. El Ancestral me lleva como si no fuera más que un saco de patatas. No le importa si sufro, si me separa de mi destino, si me rompe por dentro.

—Déjame… por favor —suplico con lágrimas en los ojos.

—No. —Su negativa es gutural, casi un bramido—. No dejaré que te pierdas así.

Intento invocar a las raíces de nuevo para que lo atrapen, pero el calor de la materia se está extinguiendo. El frío me invade con su agonía de temblores.

Me arrastra hasta la plataforma donde él ha pasado la noche. Me tira sobre la cama y se sienta a los pies, sujetándome los tobillos. Me encojo para tratar de entrar en calor. El frío me devora y no me deja pensar. Tiemblo con fuertes sacudidas que hacen que mi cuerpo dolorido se resienta.

Caigo en un duermevela plagado de sueños extraños, inconexos… Cada vez que despierto, Vaerion sigue a los pies de la cama. Me observa. Su rostro muestra una preocupación que no encaja en él. Y vuelvo a dormir…

Cuando por fin despierto con algo más de calma, sin que los temblores dominen mis movimientos, veo a Vaerion tendido en el suelo, a mi lado. Duerme con relativa tranquilidad. Alrededor hay un silencio extraño teniendo en cuenta que casi se destruye la ciudadela.

Me incorporo y lo observo. Lleva solo unas mallas puestas. El torso descubierto refleja varias decenas de tatuajes. Yo tendré uno nuevo en algún sitio, pero tengo el cuerpo tan dolorido que soy incapaz de identificar una molestia concreta.

Sobre el lado izquierdo, el apósito cubierto de sangre casi se ha desprendido. Debajo se intuye un tatuaje a la luz blanca de las piedras que salpican la plataforma.

Me acerco para verlo mejor y el corazón me da un vuelco en el pecho. Lo reconozco. Lo he visto antes, aunque no exactamente igual: una niña en una cama, pero en vez de una sombra de ojos dorados sujetando un cuchillo, hay un guerrero de ojos plateados extendiendo las manos en actitud sanadora.

Me llevo las manos a la boca para reprimir un grito. El mundo gira y se me echa encima. La evidencia me golpea con una violencia que me deja sin aire.

Mis ojos encuentran los de Vaerion. Se ha despertado. Enseguida comprende lo que ha ocurrido y, aunque intenta volver a cubrirse el

tatuaje, es demasiado tarde. Ya lo he visto.

—Fuiste tú… —susurro—. Tú lanzaste mi conjuro de sanación.

Se gira en el suelo y me da la espalda.

—¿Por qué nadie me lo dijo? —pregunto.

—¿Por qué querrías saberlo? —Su voz ha perdido toda arrogancia. Parece triste, melancólica.

—Porque si alguien está pagando un precio por mantenerme con vida, creo que es justo que lo sepa.

Se incorpora y se sienta sobre la madera de la plataforma. Nuestros ojos quedan casi a la misma altura. Siento que el corazón se desboca en mi pecho por el efecto de esa mirada plateada. Sus brazos se apoyan a ambos lados de mis muslos y su calor se derrama por mi piel. Mi mente evoca mil maneras de que ese calor penetre en mí, y de mil maneras siento la culpa bullir en mi sangre por permitirme esos pensamientos.

—Cada vez que sufres, mi pecho sangra. —Sus ojos no se despegan de los míos—. Pero con gusto pago el precio de que seas mi único perpetuo.

El mundo se detiene y comprendo de golpe que algunas marcas no nacieron para cerrarse. Se formaron para quedarse.

13. Lo que Faerín esconde

No esperamos a las celebraciones.

La líder de Kalden Kal insiste en que nos quedemos para que seamos honrados por nuestra gesta. Me mira a mí cuando su boca se deshace en halagos y agradecimientos. Sin embargo, Vaerion no está interesado en ese tipo de exaltaciones del ego, y prefiere iniciar el regreso a Calendra en cuanto amanece.

El viaje de regreso se me antoja mucho más corto que el de la ida. Águila va posado en la parte posterior de la silla, con la cabeza erguida, como si fuese consciente de su victoria. Maevriel cabalga a mi lado y trata de entablar conversación, pero aún me resiento del consumo de materia y no me encuentro demasiado lúcida. Además, la confesión de Vaerion sigue latiendo en mis oídos.

A pesar de todo eso, hay una pregunta que me ronda la cabeza.

—¿Por qué el Tharvexûn atacaba el silo de materia?

—¿Cómo? —La pregunta pilla desprevenida a Maevriel, que comentaba en ese momento algo sobre los vinos del sur.

—El ataque del Tharvexûn —aclaro—. Fue directo al silo de materia del Kalden Kal. Me pregunto por qué.

Se instala un silencio tenso en el grupo y presiento que he tocado un tema sensible. Todavía no sé el motivo, pero el ataque de la criatura a Kalden Kal, la desesperación por alcanzar la materia, no es algo casual.

Nadie responde a mi pregunta, y el resto del camino transcurre en silencio. Un silencio incómodo en el que las palabras de Vaerion resuenan con fuerza.

"*…con gusto pago el precio de que seas mi único perpetuo*."

Comprendo el error que he cometido al dar las cosas por sentado. Shaelira es la experta en lanzar conjuros, asumí que habría sido ella la que se había encargado de sanarme después del ataque de Akhir, la que había condenado al hijo de Lord Andric y Lady Myrla. Sin embargo, el que lleva mi tatuaje en el pecho es Vaerion. Es él quien carga con el precio de que yo siga viviendo.

Me pregunto qué implicaciones tiene esto, el hecho de que Vaerion sangre cada vez que yo sufro. ¿Ese es el motivo por el que no quiere prestarme su ejército? ¿Por el que pelea para echarme de Faerín y que regrese a la tranquilidad de Lirien?

No me da tiempo a pensar más. El claro de Calendra se abre ante nosotros.

El rumor de nuestra victoria nos ha precedido y la ciudad de las plataformas imposibles ya nos espera.

Hay piedras de luz blanca dispersas por todo el claro. Lo iluminan con un halo fantasmal que me recuerda los funerales en Lirien, cuando cubren las antorchas con mamparas azules en señal de luto.

Nos reciben con collares de piedras y adornos para el pelo. Vaerion se aparta para que los honores se centren en nosotros. Yo no tengo ganas de celebraciones, pero no quiero despreciar sus halagos ni sus esfuerzos para que nos sintamos arropados.

Lërian me abraza y me palpa de arriba abajo para comprobar si sigo de una pieza.

—¿Muchas heridas? —me pregunta.

—La pierna quedó atrapada por una plataforma. Me duele al caminar.

A medida que los efectos de la materia han ido abandonando mi organismo, los hematomas de la batalla comienzan a molestar.

—Lo revisaremos después de la celebración. Ahora vamos a cenar.

Trash se sienta a mi lado, lo busca de forma deliberada. También cojea, pero camina sin ayuda. Se inclina hacia mí como si fuera a contarme una confidencia.

—No he tenido oportunidad de darte las gracias por salvarme la vida. —Es la primera vez que lo veo tan serio—. Fue muy valiente lo que hiciste.

—Hay quien diría que temerario… —respondo pensando la manera en la que Vaerion le daría la vuelta para restarle valor.

—La gente siempre va a decir muchas cosas. —Me aprieta una mano con una fuerza inesperada—. Lo importante es lo que sientas dentro de ti, que estés en paz con lo que haces.

Sus palabras me dejan pensando. Calan hondo. Y descubro con inquietud que estoy lejos de encontrarme en paz con el camino que he elegido. Hay una cuestión que sigue colgando sobre mí como el filo de una guillotina: *¿Necesitas salvarlo a él o a ti?*

Me temo que hasta que no responda a esa pregunta, las dudas y la culpa me impedirán recorrer el camino en paz.

Trash no ha terminado, su mano sigue estrechando la mía con fuerza. Baja la voz hasta convertirla en un leve susurro.

—El Tharvexûn buscaba la materia de Kalden Kal porque ya no la encuentra en el bosque.

—¿Cómo? —La confidencia me pilla desprevenida.

—No hay alimento para Faerín, y el bosque está dejando de producirla.

—No entiendo lo que quieres decir.

Pero Trash suelta mi mano y se endereza. Maevriel se ha sentado frente a nosotros y nos mira con gesto desconfiado.

—¿Algo interesante por aquí? —Entrecierra los ojos, como si así pudiera leernos mejor.

—Le decía a Noérin lo afortunada que es por estar bajo el cuidado de esa sanadora —inventa Trash con perfecta naturalidad—. La escuela de Lúm Vairë es la mejor de todo Faerín.

—Le estoy muy agradecida —le sigo la corriente—. Solo pienso en terminar la cena para que pueda echarle un vistazo a mi pierna.

Maevriel asiente y sonríe. Quizás se lo haya creído o quizás no, pero no vuelve a mencionar nada durante toda la celebración.

Acepto bebida, aunque apenas pruebo la comida. Mi sangre sigue inquieta y mi estómago no acepta otra cosa que no sea materia. El hambre que despierta tarda en desaparecer, y es selectiva y voraz.

Cuando levanto la vista de la mesa y mis ojos se pierden en la espesura del bosque, tras el resplandor de las piedras de luz, la imagen de Akhir vuelve a mis retinas. Sus ojos demasiado rojos, demasiado opacos… algo ha empeorado, estoy segura. Necesito volver a consumir materia, acercarme a él y averiguar qué sucede.

Todos me advierten sobre el peligro de hacerlo. Yo misma me doy cuenta de que el riesgo de perderme, de volverme una adicta es elevado, pero ¿cómo puedo renunciar a la posibilidad de tenerlo tan cerca, de tocarlo, de calmarlo? Lo único que tengo que lograr es un equilibrio. Encontrar el punto en el que consumir materia sin dejarme arrastrar, sin que sea la materia la que me consuma a mí. ¿Acaso puede ser tan difícil? Entiendo que Shaelira y Vaerion lo han logrado, ¿por qué no puedo hacerlo yo?

Vaerion pasa por delante de mí y se detiene un segundo. Supongo que se pregunta qué significa mi mirada perdida. Su gesto de preocupación es una señal de que adivina mis pretensiones. El Ancestral no se mantiene al margen esta vez. Se mueve entre los suyos, habla, escucha, agradece… pero siempre su mirada vuelve a buscar la mía y, cuando la encuentra, su brillo se apaga un poco.

Shaelira aparece un poco después, como siempre, para que nadie le robe su protagonismo. Sin embargo, no luce como otras veces. Su rostro está más pálido de lo habitual. Dos faerís la acompañan, uno a cada lado, y ella apoya la mano en el hombro de uno de ellos como si lo necesitara para caminar.

Se acerca a nuestra mesa, donde aguardamos las Espadas de Vaerion.

—Una vez más —dice—, Faerín está en deuda con vosotros.

Su voz tiembla.

Quiere dar un paso más hacia nosotros… pero se tambalea. Los dos faerís la sujetan antes de que caiga al suelo.

Kael se levanta para ayudarles, pero es Vaerion quien les aparta a todos para acercarse a ella, para sostenerla.

—No, hermana —dice en voz baja—. Resiste.

Shaelira no responde. Su respiración es superficial y un hilo de sangre se descuelga de su labio pálido.

—Que los curanderos se dirijan a sus aposentos —ordena Vaerion.

El Ancestral la levanta entre sus brazos. Se la ve frágil, como una princesa de cristal que duerme. Su rostro está sereno y, en su debilidad, luce más hermoso que nunca.

Vaerion se la lleva hacia la zona donde se encuentran sus plataformas.

La celebración se apaga con rapidez, como un fuego al que alguien arroja agua de golpe. No hay pánico. La retirada es ordenada, casi automática, como si esto hubiera ocurrido antes. Como si todos supieran lo que significa. Y eso me inquieta más que el colapso de la Ancestral.

Lërian y yo nos retiramos a nuestra plataforma, en lo alto del bosque.

Aunque lo único que quiero es dormir, ella se empeña en echarle un vistazo a mi pierna. Lo cierto es que no puedo caminar sin cojear, así que acabo cediendo. Me quito las mallas y dejo que Lërian extienda sus potingues untuosos sobre la piel. Descubro el tatuaje del conjunto que detuvo al Tharvexûn: una raíz enroscada alrededor de mi tobillo.

—¿No te parece que todos han actuado con demasiada… normalidad? —le pregunto.

Lërian encoje los hombros y evita mirarme.

—Tú también sabes lo que ocurre, ¿verdad?

Ella evita responder. Sigue ocupada en masajear el hematoma para drenar la sangre acumulada.

—Vamos, Lërian, dime qué está pasando.

El sonido de unas botas pesadas irrumpe en la plataforma. Vaerion está en la entrada. Viste una camisa blanca de lino y unas mallas negras que marcan su masculinidad y toda la potencia de sus

piernas. Lleva un cinturón de cuero viejo sobre las caderas, del que pende la funda de una daga. El pelo, rubio, recogido en una coleta alta que deja a la vista los laterales rapados y los tatuajes que ascienden desde el cuello.

Se fija en mis piernas desnudas y, aunque soy consciente de su lucha interna, no puede evitar que sus ojos se enciendan con algo que no quiero nombrar.

—Vístete, Noérin —me dice, acostumbrado a dar órdenes—. Y acompáñame.

Me espera a los pies de la escalera de rodea el tronco del árbol. Desde allí, parte una pasarela que asciende hasta la otra parte del claro. Camino a su lado sin decir nada. Él tampoco abre la boca. Lo único que oigo es el sonido de su respiración pausada y el latido agitado de mi corazón, bombeando en el pecho.

La pasarela nos conduce lejos del claro, hasta una plataforma elevada desde la que se ve el bosque como un mar de hojas inmóvil.

—No deberías haberla visto así —dice al fin,

—¿Por qué, Vaerion? —pregunto, más brusca de lo que pretendía —. ¿Qué está ocurriendo? ¿Qué es lo que me estáis ocultando?

Vaerion se gira despacio. En su gesto no hay enfado, no hay soberbia. Hay cansancio… y tristeza.

—Hay un motivo por el que he rechazado desde el principio tu presencia en este bosque, por el que me he negado a prestarte mi ejército.

El silencio que sigue es espeso. Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración.

—Explícamelo —exijo—. Ahora. Porque he puesto mi vida en juego muchas veces desde que he llegado y me merezco una respuesta.

Durante unos segundos, pienso que se negará; que mis exigencias son algo a lo que no está acostumbrado y que volverá a levantar un muro inaccesible frente a él.

Pero no lo hace.

—Apenas queda materia —confiesa, y el eco de su voz se pierde en el océano de hojas.

—No es cierto. —Otra vez esa historia—. He visto el cargamento que hemos llevado a Kalden Kal…

—Está tan mezclada que hay que consumir puñados enteros para que surta efecto —me interrumpe—. Con lo que tenemos, es imposible que nadie abra un camino en las Montañas Rocosas y menos aún que lo use como defensa en las Tierras Baldías.

Niego con la cabeza. Las consecuencias de lo que está diciendo se escapan a mi entendimiento.

—¿Qué… qué me quieres decir?

—Que por mucho ejército que te preste, Genoveva, no vas a poder entrar.

Siento que me falta el aire. Me agarro a la barandilla para olvidarme del equilibrio y centrarme en la respiración. Aun así, el oxígeno no me llega. Me ahogo.

Vaerion se echa una mano al pecho y la levanta cubierta de sangre. En su rostro se dibuja un gesto de dolor.

—Pero, ¿dónde está materia? Faerín la fabrica. Eso se ha dicho siempre. —Mi cabeza se aferra a cualquier esperanza, y la esperanza me dice ahora mismo que no puede ser, que se han equivocado en algo—. Debe de estar en algún lado. Quizás no la estáis buscando en el lugar adecuado.

Ahora es Vaerion quien niega mientras la sangre forma un reguero carmesí sobre su camisa de lino.

—Faerín no la fabrica porque ya no le estamos alimentando.

Entrecierro los ojos. Habla demasiado críptico, no le sigo.

Vaerion suspira con resignación y me tiende la mano.

—Ven, te enseñaré el alimento del bosque.

Tomo la mano que me ofrece y el calor de su latido me envuelve. El encaje de nuestros dedos es perfecto. Suave, delicado. No tira de mí, acompaña mi movimiento. Disfruto del efímero instante en el que la culpa aún no ha aflorado. Después, resurge el picotazo en la nuca, la angustia por la ausencia de Akhir… y le suelto la mano.

Descendemos por el otro lado de la plataforma. La oscuridad y la humedad se acrecientan.

Vaerion toma una de las antorchas apoyadas en un lateral de la pasarela y la enciende con un conjuro menor.

Continuamos descendiendo y el aire se impregna de un olor desagradable. Dulzón, nauseabundo. El único lugar que huele así es

el campo de batalla después de la contienda.

—¿Dónde me llevas? —no puedo por menos que preguntar.

—A la boca de la bestia.

La pasarela termina y pisamos el suelo del bosque. Es abrupto, lleno de raíces y ramas quebradizas. Avanzamos unos metros más hasta que Vaerion se detiene y levanta la antorcha por encima de su cabeza para ampliar el arco de luz.

Cuando tomo consciencia de lo que hay a mi alrededor, del suelo que piso. Me llevo las manos a la boca para reprimir un grito.

No hay raíces ni ramas en el suelo. Son huesos. Tibias, fémures, costillas, calaveras… pero lo peor de todo es el tamaño de esos huesos. Son pequeños. Son restos de niños.

—¿Qué es este infierno?

Una náusea brutal agita mi estómago. Necesito vomitar, pero el impacto de lo que estoy viendo anula toda reacción física.

—El precio de vivir eternamente —le oigo decir.

Me giro hacia él y toda mi furia estalla. Le agarro de la camisa.

—Deja las frases en clave para tus súbditos, Vaerion. No olvides que soy tu reina —le digo con los dientes apretados—. Dime de una vez que está pasando aquí.

Me agarra las muñecas, no para que le suelte, sino para apoyarse en ellas.

—Una vez al año, Shaelira ejecuta un conjuro perpetuo de sanación sobre todos los habitantes de Faerín —dice al fin—. Con él, cura enfermedades, detiene el deterioro de los cuerpos, nos repara. Así, llevamos siglos burlando a la muerte. Por eso no verás ancianos entre nuestra gente.

Ya lo había visto, pero estaba demasiado centrada en mi objetivo para detenerme a pensarlo demasiado.

—Le exige mucho —continúa el Ancestral—. Durante meses, la deja vacía. No puede conjurar, apenas si logra sostenerse. Por eso fui yo quien lanzó el conjuro para sanarte. Ella acababa de pasar por una sanación grupal. Sin embargo, a los pocos meses, Shaelira recupera su vitalidad, porque el precio del conjuro perpetuo lo pagan otros.

Extiende la mano y señala los huesos.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente. Siento un rechazo físico, visceral. Doy un paso atrás, como si alejarme me fuera a librar del impacto emocional.

—No —digo, como si negarlo fuera suficiente para evitar una atrocidad que lleva siglos perpetrándose.

—Las mujeres embarazadas durante el conjuro de sanación traen al mundo niños marcados por Faerín: enfermos, frágiles, desfigurados…

Entonces me fijo, sin poder evitarlo, en algunas de las calaveras. Presentan las mismas deformaciones que ya he visto en el hijo de Myrla… en el niño que sufrió las consecuencias de mi conjuro de sanación.

La evidencia me golpea y me doblo por la mitad. La sensación de asfixia regresa, esta vez con más intensidad.

Vaerion gime al sentir el pulso en su tatuaje. La sangre ya gotea en el suelo.

—Esos niños se abandonan aquí y Faerín los devora. —Cada palabra que sale de la boca de Vaerion es peor que la anterior. Quiero decirle que pare, pero no tengo fuerzas—. Es así como la materia vuelve a la materia. El ciclo se cierra y el sacrificio de esos niños es lo que hace que Faerín siga produciendo materia.

—Pero ¿nadie se rebela? ¿Nadie ve que esto es una barbarie?

—Todos los saben —sentencia Vaerion—. Y todos lo aceptan.

—No te excluyas, Vaerion —le escupo—. Tú también formas parte de esto.

—Que forme parte de ello no significa que lo justifique.

Me llevo una mano al vientre sin darme cuenta, como si algo dentro de mí se hubiera roto.

—No —niego, con la voz rota—. ¿Cómo podéis aceptar algo así?

—Lo aceptan porque creen que es necesario.

—¿Necesario para qué?

—Para que Faerín siga siendo eterno.

El suelo a nuestro alrededor cruje. Los huesos se resienten, chillan en mis oídos.

—Esto no es un equilibrio, Vaerion —digo—, es un sacrificio.

Él no discute.

—Es supervivencia —aclara—, y eso es lo que materia exige siempre.

La imagen de Akhir, encadenado, enloquecido, irrumpe en mi mente. La necesidad que se alimenta de sí misma. La materia dándome lo que necesito para que la siga necesitando… Supervivencia. Empiezo a tomar conciencia de que la posibilidad de perder es real. Si la materia ha logrado convencer a toda una civilización de que tiene que perdurar por encima de la vida de niños inocentes, entonces yo no tengo ninguna posibilidad frente a ella.

—Y, entonces, ¿cuál es el problema? —pregunto regresando al punto de partida—. ¿Por qué Faerín ya no genera materia?

Vaerion baja la antorcha para que la oscuridad devore el infierno que nos rodea. La luz índice en su rostro y lo llena de sombras afiladas.

—Hemos vivido demasiado tiempo, Noérin. Los vientres de nuestras mujeres ya no alumbran vida nueva. No hay alimento para el bosque.

Dentro del horror que he escuchado, una parte de mí siente alivio al saber que los sacrificios han cesado, que ya no habrá más niños frágiles y enfermos abandonados en ese bosque infernal.

—Ahora, comenzamos a enfermar a pasos de gigante —sentencia Vaerion—. Comenzaremos a morir. Por eso eres tan importante para mí, Genoveva. Eres mi único perpetuo, lo único que quedará de mí cuando me haya ido.

La frase queda flotando en la oscuridad. Rodeada de aquel horror, no la siento como una promesa, sino como una carga.

14.
Líneas rojas

Regreso a la plataforma con el estómago revuelto y el cuerpo entumecido por el frío de aquella tumba innombrable. El bosque duerme, pero ya no trae paz consigo. Las siluetas de los árboles se me antojan mazos de sentencias crueles y abominables.

Lërian está sentada en el borde de su lecho, de espaldas, con las piedras de luz brillando a su lado. El halo blanco dibuja sombras suaves en los límites de la plataforma. Todavía tiene las manos manchadas de ungüento, como si esperara que hubiera regresado enseguida.

No dice nada cuando entro. Y yo tampoco.

Me apoyo en la barandilla de cuerda de la plataforma. Se tensa y cruje bajo mi peso. Me quito la camisa y las mallas despacio. Cada gesto cuesta más de lo normal. Me siento vieja. Cansada. Vacía.

—No creí que tardarías tanto en regresar —dice al fin, sin girarse.

—Vaerion me ha llevado abajo —le digo, y deduzco que sabe a lo que me refiero cuando veo cómo tensa la espalda.

Se queda inmóvil. No se vuelve, no pregunta a qué me refiero.

—No debería haberte llevado allí —responde al cabo de unos segundos—. Nadie que no sea de Faerín comprenderá jamás el significado de esos huesos.

Suelto una risa seca, sin humor.

—¿Quién puede comprender una aberración como esa?

Se gira por fin. Sus ojos marrones se clavan en los míos con una mezcla de dolor y firmeza que me desconcierta.

—Yo fui el último bebé sano en nacer en Faerín. —Las lágrimas asoman en sus ojos—. El bosque no me quiso porque mi sangre estaba mezclada, y a día de hoy sigo dando gracias a Mae por ello. Lo que me mancha para el resto de faerís, es la marca que me salvó la vida.

—Y, aun así, secundas esta práctica. —Las palabras se arrastran por mi garganta impregnadas de un asco visceral, una repulsión que no logro ni quiero evitar.

Se levanta despacio y se limpia las manos en un paño que tenía sujeto entre las piernas.

—Es un sacrificio necesario.

La frase me golpea con más fuerza que cualquier insulto.

—No te atrevas a justificarlo…

—Es que es así —insiste, con la voz quebrada, pero firme—. Un sacrificio terrible, injusto, inhumano… pero necesario.

La miro como si no la reconociera, como si alguien hubiera cambiado a la mujer que me curó las heridas, que me ofreció su hombro para apoyarme, por una extraña que me cuenta un discurso aprendido y mil veces ensayado.

—Nada que necesite matar niños para perdurar merece existir —digo despacio, marcando cada sílaba.

—¿Crees que el mundo ahí fuera es mejor? —replica—. ¿Crees que allí no mueren niños cada día para que otros vivan más cómodos? ¿Para que los reinos sigan comerciando, guerreando, expandiéndose?

—No justifiques una barbarie con otra.

Da un paso hacia mí. Sus ojos siguen brillando, húmedos.

—La materia es la base de todo, Noérin, de la vida, del movimiento, de la sanación, del cambio. Sin ella, el mundo se detiene, enferma, muere. ¿Crees que habríamos sobrevivido sin materia cuando tu padre puso cerco a nuestras fronteras? La materia fue la que hizo germinar la tierra para que no nos muriéramos de hambre. No. Faerín no decidió ser el corazón que bombea esa sustancia, le tocó. Alguien tenía que asumir el precio.

—No era "alguien" —escupo—. Eran niños.

Cada vez que lo recuerdo, se me revuelve el estómago.

—Eran hijos que no sobrevivirían fuera de Faerín —dice con dureza —. Marcados, condenados desde el primer aliento.

—Condenados por el afán de perpetuidad, de ser inmortales.

Lërian aprieta los labios. Su barbilla tiembla.

—¿Crees que no duele? —pregunta—. ¿Que no lloramos cada uno de ellos? Pero alguien tiene que cargar con la culpa para que el mundo siga girando.

—¿Tan malo sería un mundo sin materia?

—Habría más muerte, más oscuridad…

—Eso es lo que os habéis contado para poder dormir.

El silencio que sigue es espeso. Irrespirable.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta al fin.

La respuesta surge sin que tenga que pensarla. No puede ser de otra manera.

—Marcharme.

Sus ojos se abren de asombro.

—No puedes…

—No quiero vuestra ayuda, ni vuestro ejército, ni vuestra materia. No quiero ser parte de esta locura.

—Sin Faerín no llegarás a las Tierras Baldías.

Estoy a punto de responder que, entonces, fracasaré. Pero la realidad de lo que significa esa frase me golpea con tal violencia que hace tambalearse al mundo. Tomo consciencia de que prescindir de Faerín implica condenar a Akhir a la locura y a la desesperación, implica renunciar a mi cruzada para sacarlo de aquel infierno, y algo en mi interior se rompe. Pero, ¿cómo podría seguir mirándome en el espejo si aceptara la ayuda de unos asesinos de niños? ¿Cómo

podría seguir defendiendo mis principios si los he ahogado en la sangre de inocentes?

¿Hasta qué punto estoy dispuesta a hacer arder mi alma por sacar a Akhir del tormento en el que yace?

No me da tiempo a responder. En la entrada de la plataforma una de las asistentes de Shaelira hace su aparición.

—La Ancestral quiere veros —dice a media voz.

—No —respondo sin adornos. Lo último que quiero tener ahora es una charla con ella, con la impulsora de toda esta locura.

—Ella os lo ruega… —insiste su asistente—, puede que sea una de sus últimas peticiones.

La gravedad de la situación me desarma. No había pensado que su deterioro pudiera ser tan rápido.

Resoplo, tensa.

—Cinco minutos.

La plataforma de Shaelira huele a hierbas amargas y a sudor frío. Hay cuencos con agua oscura en el suelo, paños manchados de sangre reseca… pero los frascos de materia siguen sin usar. Me sorprende que nadie los haya usado para tratar de sanarla. A la hora de la verdad, Faerín no responde.

Ella está recostada en el lecho con un gesto cansado. Su piel luce cetrina y parece consumida. Su aspecto ha desmejorado a pasos agigantados.

Vaerion está a su lado, y le sujeta la mano con un cariño reverencial.

Cuando irrumpo sobre la madera blanca de la plataforma, Shaelira alza sus ojos cansados para mirarme.

—Ahórrame el discurso donde tratas de justificarlo —escupo a modo de saludo.

Cierra los ojos un instante y, cuando los abre, brillan con lágrimas de plata.

—Solo quiero pedirte perdón —dice, y su voz apenas logra elevar un murmullo. Su pecho sube y baja con esfuerzo—. Viniste aquí por una causa noble y nosotros la hemos corrompido con nuestra ambición.

El reconocimiento de su culpa me desarma. No venía preparada para una conversación de este tipo. En mi interior solo hay reproches y rabia, así que me quedo callada, sin nada que decir.

—Vamos a tener el final que nos merecemos: dolor, enfermedad, sufrimiento… Nada vive para siempre, es la moraleja de esta historia.

—¿Me has hecho llamar para darme lecciones? —La rabia pugna por salir.

Shaelira abre un poco más los ojos y solo veo miedo en ellos. La muerte se cierne sobre ella después de siglos burlándola y no sabe lo que esperar.

—Te he llamado porque viniste a nosotros buscando ayuda y no quiero que te marches de aquí sin ella. Te dije que compartía tu causa y no mentía —tose con violencia y las sábanas se manchan de sangre. Vaerion se inclina para limpiar la que ha quedado en la comisura de sus labios—. El linaje de Aethryon.

Pestañeo dos veces seguidas. No estoy segura de haberla entendido bien.

—Pero, dijiste…

—Eso fue antes de verte conjurar —me interrumpe—. Entonces recordé una antigua profecía: *Cuando la reina camine hacia el ocaso, la sangre primera despertará con ella. Aethryon no volverá como linaje, sino como devorador de oscuridad.*

—¿Qué quiere decir? —Siento que mi pulso se acelera ante una nueva posibilidad.

—Camina hacia el occidente, Arvëna —susurra—. Donde el bosque muere y el mar comienza. Hay rumores, siempre los ha habido. Hablan de una mujer que conjura sin consumir… Búscala.

El corazón me late con fuerza. Si hay una mínima posibilidad de encontrar ese poder, tengo que aferrarme a ella.

No tengo nada más que hacer allí. Si está esperando que le dé las gracias, es que no me conoce lo suficiente. Me giro sobre mis talones y abandono la nívea plataforma. Sé que no volveré a verla y, donde creí que sentiría alguna especie de vacío, lo que encuentro es solo alivio por dejar aquel lugar que me ha dado mucho y me lo ha quitado todo.

Apenas he atravesado los arbustos blancos que dan privacidad a la plataforma de la Ancestral cuando la voz de Vaerion me detiene.

—No puedes ir sola.

Su figura eclipsa la escasa luz de las piedras brillantes. Sus ojos plateados están clavados en mí.

—Te acompañaré.

—No —respondo al instante—. Esto ya no te incumbe.

—Te equivocas —dice—. Todo lo tuyo me incumbe.

Baja de la plataforma y se acerca a mí hasta que su calor me rodea.

—¿Te crees que te debo algo por haberme salvado la vida? —Le planto cara elevando la barbilla sobre su pecho—. Yo no pedí que me sanaras, no pedí que un niño indefenso pagara el precio de que yo siga viviendo.

Vaerion frunce el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—¡De qué voy a estar hablando, Vaerion! —me enfurezco ante su gesto impostado de desconcierto—. Del hijo de Lady Myrla, del niño que nació enfermo para que Faerín se cobrara el precio de mi sanación.

—¡No! —Vaerion me agarra de los hombros y su rostro se acerca más al mío—. ¿Quién te contó esa mentira? La enfermedad de ese niño no tiene nada que ver contigo…

—Pero Lord Andric, su padre, me dijo…

—Mintió. —Las vetas plateadas de sus ojos parecen brillar con luz propia, encendidas por una energía incontenible—. Durante años, Lady Myrla participó en nuestras ceremonias de sanación, por eso su hijo nació enfermo.

Mi corazón late tan fuerte que creo que voy a vomitarlo. La angustia que lleva meses apretándome el pecho, desde que Lord Andric me contó aquella historia, se disuelve en forma de lágrimas que arrasan mis mejillas.

—Por favor… dime que es verdad…

Vaerion limpia mis lágrimas con el dorso de su mano.

—Es verdad, Genoveva. Nadie más que yo paga el precio de tu sanación. —Inclina su cabeza hasta que su frente se apoya en la mía

—. Se lo exigí a Faerín y el bosque me lo concedió.

Lloro toda la ansiedad, toda la culpa que arrastraba. Me vacío mientras Vaerion enjuga mis lágrimas con sus manos.

—Tú eres mi redención, Genoveva. Déjame acompañarte.

15.
Donde el mundo comienza a inclinarse

Partimos al amanecer.

El primer rayo de luz perfora las copas de los árboles cuando me coloco la espada corta de Camila en el cinturón y cargo mis escasas pertenencias en la grupa de Lux.

No hay ningún tipo de despedida. La ciudad de las plataformas rinde un luto silencioso por la enfermedad de una de sus líderes. Shaelira muere, y no puede haber nada más importante que requiera la atención de Calendra en este momento. Ni siquiera la partida de otro de sus líderes.

Durante los primeros pasos de Lux, siento el impulso casi físico de volver la cabeza, de buscar una última vez la brillante imagen de las plataformas imposibles que desafiaban la gravedad, pero me obligo a no hacerlo.

Calendra ya no conserva para mí el resplandor ni la magia que atisbé el primer día que la vi.

Según avanzamos hacia el oeste, el aire se vuelve más frío, y siento que la vibración de la materia se apaga. Nos alejamos del Corazón de la Tierra y de su origen. Sé que Vaerion guarda viales en

su cinturón, pero no me dará acceso a ellos a no ser que nuestra vida esté en juego.

La necesidad de ver a Akhir lucha contra mis principios y contra todo lo que sé acerca de la creación de la materia. De buena gana consumiría para acercarme a él, pero no podría evitar que las voces de cientos de niños me estallaran en la cabeza. Una tristeza profunda, oscura, me acompaña desde que salí del osario. Es como si parte del sufrimiento de ese lugar se hubiera quedado adherido a mi piel, a la suela de mis botas, y calara dentro de mí para enturbiarlo todo, para que el mundo se me antoje más cruel y desolador de lo que en realidad es.

Lux avanza con paso firme, acostumbrado a terrenos difíciles. Siento el movimiento de sus músculos bajo la montura y me aferro a esa cadencia constante para no pensar demasiado: avanzar, un paso tras otro, sin pretensiones, sin promesas.

Águila sobrevuela nuestro camino en círculos amplios, silenciosos. A ratos desaparece entre las copas de los árboles y vuelve a surgir más adelante, como si explorara el terreno por nosotros, para comprobar que más adelante no nos aguarda el fin del mundo. Desciende de tanto en tanto, y se posa en la parte trasera de la silla. Su peso leve y el roce de sus plumas me reconfortan y me hacen creer que aun el destino tiene un plan para mí.

Vaerion cabalga a mi lado. No hemos hablado desde que dejamos Calendra.

El silencio entre nosotros no es incómodo, pero tampoco es agradable. Está cargado de todo lo que no hemos dicho: sentimientos, tensión, culpa, deseo contenido… de la herida abierta que compartimos sin haberla nombrado del todo.

Él mantiene la mirada al frente, atento al terreno, al bosque, a cualquier amenaza. Yo lo observo de reojo, con una mezcla de curiosidad y recelo.

Lo veo distinto lejos de Calendra, separado de sus Espadas.

Entre su gente, Vaerion se muestra sólido, arrogante, inamovible, como si estuviera en disposición de la verdad absoluta y su palabra fuera ley. Aquí, lejos de ese cetro de poder, se me antoja más

humano, menos Ancestral. Como si cada paso hacia occidente le despojara de una capa de divinidad.

No nos detenemos a comer, pero no es algo que me importe. Tengo el estómago cerrado desde la última vez que consumí materia en Kalden Kal y no consigo recuperar el hambre de comida.

El bosque a nuestro alrededor cambia despacio, y no de forma agradable.

Los árboles se vuelven más nudosos, con troncos retorcidos que parecen haber crecido luchando contra algo invisible. Las hojas son más grandes e impiden pasar la claridad. Los insectos de luz regresan para alumbrar nuestros pasos en aquel ambiente mortecino.

El suelo se endurece bajo los cascos de Lux.

Empiezo a ser consciente de una ausencia.

No hay tirón en la sangre, no hay hambre. La materia ya no me llama.

Aunque la sensación debería tranquilizarme, me inquieta. Durante semanas, su presencia fue un murmullo constante, una tentación, una amenaza. Ahora el ruido se ha ido y el silencio es tan absoluto que duele, y no sé si agradecer la paz o temer ese vacío.

Pienso en Akhir. En la locura que he visto empezar a filtrarse entre las grietas de su resistencia.

Si aquí la materia se apaga… ¿perderé la conexión con las Tierras Baldías? ¿No podré volver a verlo? ¿Ni siquiera a soñar con él?

La idea me aprieta en el pecho con una fuerza insoportable.

Cuando los insectos de luz empiezan a mermar su brillo, Vaerion se detiene en un claro estrecho, protegido por árboles de troncos anchos y copas bajas. El suelo está cubierto de hojas secas y musgo oscuro. El olor a humedad y a tierra mojada lo impregna todo.

—Tenemos que descansar —dice.

Lux resopla al detenerse y Águila desciende y se posa en una rama baja, vigilante, con la cabeza ladeada.

Vaerion se desata el cinturón y lo apoya en el tronco de un árbol. Extrae de una pequeña bolsa un vial y extiende un poco del

contenido sobre la palma de su mano. Después pasa la lengua y cierra los ojos mientras su organismo lo procesa.

El Ancestral levanta las manos y comienza a trazar líneas invisibles en el aire. El bosque responde con una docilidad asombrosa: las ramas cercanas se doblan, las hojas se agrupan, la madera del suelo se eleva y se ensambla con una precisión maravillosa.

En pocos minutos, una cabaña improvisada toma forma: paredes bajas, un techo inclinado cubierto de hojas prensadas y una pequeña abertura como entrada. No es bonita, pero es sólida y promete resguardarnos del frío y de los animales salvajes.

—Haces que parezca fácil —murmuro mientras admiro los detalles de la construcción.

Vaerion me mira de reojo mientras termina de ajustar algunas ramas. Vuelve a mostrar esa superioridad que tanto me molesta.

—No lo es —responde—. Solo parece fácil cuando has empleado siglos en aprender a consumir materia sin dejarte arrastrar.

Pone mucho énfasis en la palabra *siglos*. Quiere que me quede claro que no es mi caso.

Dentro, el suelo está cubierto con una capa gruesa de hojas secas que él coloca con cuidado. Un lecho compartido. Inevitable.

Me quedo quieta, observando cómo se esmera en que la capa de hojas quede bien repartida por toda la superficie de la cabaña.

—¿A ti… la materia no te hace daño? —me atrevo a preguntar al fin—. El hambre, la llamada… la trampa para que consumas más y te dejes arrastrar.

Vaerion se endereza despacio. Sus ojos plateados absorben la escasa luz que penetra en la cabaña.

—Claro que sí —responde como si fuera algo evidente—, pero he conseguido enseñar a mi cuerpo a no responder; a mi mente, a no escuchar; y a mi sangre, a ignorar la tentación de su llamada.

Da un paso hacia mí, que estoy obstaculizando la salida.

—Aunque, últimamente… cuesta más.

Se queda mirándome, en silencio. No hace falta que diga el resto.

La materia me empuja hacia ti. Tú eres su promesa.

Vaerion me sobrepasa antes de que pueda responder y sale de la cabaña. Se acerca a la silla de su caballo y abre uno de los zurrones

que lleva atados a la montura. Saca un paquete envuelto en tela y lo abre. En su interior hay pan de centeno, algo de carne curada y algunos vegetales y hierbas que no reconozco.

Coge también un pequeño cazo y lo llena de agua de una cantimplora. Amontona ramas y hojas secas y enciende un pequeño fuego con un pedernal.

—¿Quieres que te ayude con algo? —pregunto, sintiéndome un poco inútil.

—Corta la carne.

Él parte las hierbas y las verduras y las va echando al cazo según empieza a hervir el agua. Yo parto la carne con la espada corta y se la paso para que él la introduzca en el orden que considere. Trabajamos en silencio, escuchando el crepitar del fuego y el borbotear del agua.

Mientras termina de cocinarse, cojo una manta y me la echo encima de los hombros. La temperatura ha descendido y la humedad comienza a sentirse bajo la ropa. Cuando me paso una mano por el pelo, la levanto cubierta de agua. El rocío lo está empapando. Ya tiene la misma longitud de siempre, gracias a las pócimas de Maireen. Si ella me viera ahora… ¿qué pensaría de todo esto? La conversación que mantuvimos ocurrió tan solo hace unas semanas, pero se me antoja a una vida de distancia.

Me desenredo el pelo con los dedos y me ato una trenza, que enrosco alrededor de la cabeza. Trato de evitar que la humedad penetre más abajo, que me cale la piel.

Vaerion me observa en silencio, detrás de la cortina de vaho que sale del caldo hirviendo. Su rostro es inexpresivo, y soy incapaz de adivinar lo que pasa por su cabeza; pero en su mirada reconozco un anhelo reprimido que ya he visto antes… en unos ojos dorados.

Cuando el aroma del caldo inunda el claro con el regusto sabroso de la carne y las verduras, Vaerion vierte el contenido del cazo en dos cuencos y me ofrece uno.

Comemos sin hablar demasiado. Le agradezco que haya cocinado y él emite sonido que bien podría haber sido el mugido de un animal.

Como con avidez. El alimento cae en mi estómago vacío y, aunque lo agradezco, no me reconforta. A mi pesadumbre interior se suma

el frío del ambiente, que se cuela poco a poco entre las capas de ropa.

Cuando nuestros cuencos se vacían, Vaerion saca un nuevo recipiente de metal y sirve un líquido oscuro en ellos.

—Bebe. —Él nunca pregunta, sus palabras siempre suenan a órdenes—. Te ayudará a entrar en calor.

El alcohol quema al bajar y me arranca una mueca de dolor.

—Sabe a fuego —digo, alejando el cuenco de mí.

Vaerion niega con la cabeza y lo empuja de nuevo contra mí.

—La temperatura aún bajará más. Bebe y entra en calor.

A regañadientes, vacío el cuenco. El alcohol no solo me calienta el cuerpo, también suelta mi lengua. Me atrevo a preguntar cosas que, de otro modo, habrían permanecido calladas.

—¿Por qué decidiste curarme? —digo, mientras observo cómo el fuego se consume—. ¿Por qué asumiste el precio de la sanación?

Vaerion no responde de inmediato. Se sirve otro cuenco de licor y da un par de tragos antes de levantar la vista de nuevo hacia mí.

—Nunca compartí demasiado la ambición de los Ancestrales por la inmortalidad, pero supongo que me dejé llevar por la causa común. Me convencieron de que era necesario perdurar para asegurar el equilibrio de los bosques y el reparto equitativo de la materia. Además, Shaelira enfermó enseguida, si no hubiéramos empezado con las ceremonias de sanación, la habría perdido antes de los quince.

No quiero que justifique nada. No voy a hacer el esfuerzo de ponerme en su lugar.

—Eso no responde a mi pregunta —le apremio para que vaya al grano.

Él lo entiende. Baja la vista mientras el líquido oscuro da vueltas en su cuenco.

—Cuando tu padre te trajo ante nosotros, te vi tan pequeña, tan indefensa… hacía siglos que no veía un niño, y tu fragilidad me sobrecogió. Fue como si, de pronto, cayera sobre mí el peso del horror que estábamos perpetrando, y sentí que tenía que sanarte para empezar a pagar el precio de nuestro pecado.

—Creo que te está saliendo barato —me atrevo a decir. Sin duda, el alcohol es osado.

—¿De verdad lo crees? —Se lleva una mano al pecho, a su tatuaje que sangra, y al instante me arrepiento de mis palabras—. Sufres mucho para ser una reina.

—No concibo gobernar sin tomar decisiones dolorosas, ¿tú sí?

Sonríe con una mezcla de sarcasmo y pesadumbre. También cansancio.

—De verdad vuestra lengua es tan afilada como vuestra espada.

Siento que el rubor enciende mis mejillas y el efecto del alcohol en mi organismo lo amplifica.

Observo cómo apura el cuenco mientras el fuego se apaga y el bosque se sumerge en una oscuridad espesa. Apenas quedan insectos de luz en el aire.

La oscuridad me da cobijo y me ayuda a preguntar más profundo.

—¿Cómo es… sufrir lo que yo sufro? ¿Es solo dolor físico?

Tarda unos instantes en responder. Puedo ver su silueta recortada en la penumbra. Está tenso. Sus músculos se contraen alrededor del cuello y de los hombros.

—Ojalá —murmura al fin—. Puedo sentir cómo lo anheláis, cómo sufrís su ausencia… y ese sentimiento me vuelve loco.

Entiendo que me he excedido, que no debí indagar tanto, y ahora me arrepiento de saber demasiado, de estar tan cerca de él.

Entramos en la cabaña. El espacio es mínimo.

Vaerion se quita la armadura ligera y la deja en la entrada. Yo no me desvisto. Tengo demasiado frío.

Nos tumbamos de espaldas bajo una manta, con apenas un palmo entre ambos. Puedo oír su respiración, sentir el calor de su cuerpo sin tocarlo.

Sin embargo, a pesar de las hojas, el suelo transmite un frío húmedo, helado.

Empiezo a temblar.

Al principio, intento disimularlo. Aprieto los dientes, me encojo sobre mí misma, pero al cabo de un rato, los temblores se vuelven imposibles de sujetar.

Vaerion se gira.

—Acércate —susurra con ese tono habitual de dar órdenes.

—No hace falta. Estoy bien…

—No lo estás.

Su mano roza mi antebrazo. Es solo un contacto leve, pero mi cuerpo reacciona como si hubieran encendido una hoguera bajo mi piel.

El picotazo en la nuca aparece al instante. La culpa por Akhir, la sensación de estar traicionándolo.

—No estás haciendo nada malo —Vaerion me lee como si estuviera dentro de mi cabeza—. Solo te doy calor para que no mueras de hipotermia.

Se acerca despacio, como si temiera espantar a un cervatillo asustado, hasta que siento su pecho acomodarse junto a mi espalda. Su calor es inmediato, envolvente. Su brazo rodea mi cintura, sin apretar, para que pueda salir en cualquier momento. Su respiración se ajusta a la mía. Su mano busca la mía y nuestros dedos se entrelazan.

No debería ser así de perfecto. No deberían encajar así.

Y, sin embargo, callamos y fingimos que solo somos dos cuerpos resistiendo el frío.

—Lo siento —murmuro—, por ponerte en esta situación.

Vaerion apoya la frente en mi nuca y aspira con fuerza. La piel se me eriza.

—No deseo estar en otro lugar.

Su aliento me roza la piel. El calor se acumula y la tensión se vuelve casi insoportable.

El picotazo insiste. La culpa se mezcla con el deseo y no sé cual de los dos es más fuerte.

Me cuesta que el sueño acuda, pero cuando llega, lo hace sin sueños, sin visiones, sin cadenas.

Marchamos durante dos días más… con sus noches. Noches que se convierten en una evidencia silenciosa de que somos algo más que dos personas compartiendo un camino.

Al tercer día, el rugido del mar empieza a resonar entre los troncos de los árboles. Nos acercamos a la costa.

Los árboles se interrumpen de golpe. El bosque termina sin previo aviso, no se agota poco a poco ni se transforma en matorral bajo, simplemente se detiene para dar paso a una playa de arena fina. Hacía semanas que no veía el cielo abierto, y me impresiona su extensión, su azul intenso. Amenaza tormenta, al fondo, donde el horizonte se fusiona con el mar, unas nubes oscuras arrojan relámpagos al océano.

Puede que, para Vaerion, sea la primera vez que abandona el bosque en siglos. Le cuesta dar el paso que deja atrás la frontera de árboles.

—No es necesario que sigas —le digo, consciente de su turbación —. Te agradezco la ayuda hasta aquí.

Él ignora mi comentario y señala a lo lejos, siguiendo la línea de la costa.

Al seguir la dirección de su dedo, veo una columna de humo que procede de una chimenea. Hay una pequeña casa en un promontorio elevado en la costa. A su alrededor hay un extenso jardín verde y flores lilas, las mismas que he visto adornar cientos de veces las calles de Lirien. Nadie que no sepa conjurar habría sido capaz de levantar un oasis así en mitad de aquel lugar.

Y aquí no hay acceso a la materia.

16.
La sangre recuerda

El mar Cáusico se extiende ante nosotros, gris, vasto. Las olas rompen en la playa con violencia. El aire huele a sal y a tormenta.

Lux relincha con inquietud y baja un poco la cabeza, incómodo al abandonar la protección del bosque. Águila chilla en lo alto y describe un círculo amplio sobre nuestras cabezas antes de posarse en una roca cercana. Sus ojos lo observan todo. Ninguno de los dos ha dado un paso atrás desde que empezamos a atravesar el bosque, pero ahora percibo en ellos la misma duda que acompaña los pasos de Vaerion, la misma inquietud que a mí me invade.

La ausencia de materia es tan absoluta que me resulta casi violenta. Durante semanas fue una presencia constante, una presión bajo la piel. Ahora, en cambio, mi interior está en silencio.

Debería sentir alivio, pero solo puedo pensar en la ausencia de Akhir.

La casa, sobre el promontorio rocoso, se encuentra a salvo de las mareas y el oleaje furioso. No es grande ni imponente, pero parece sólida. Sus muros son de piedra clara, erosionada por el viento y la

arena. Las tejas son oscuras, irregulares, colocadas sin mucha experiencia. La chimenea expulsa un hilo de humo pálido que se eleva recto antes de deshacerse en el aire salino.

En realidad, lo que llama la atención no es la casa, es el jardín.

El suelo en varios metros a la redonda está cubierto con una alfombra de césped verde, mullido. No tiene la exuberancia del interior de Faerín, donde todo parece brillar, alimentado con abundancia. Aquí las plantas crecen un poco más torcidas, desiguales, con arbustos que no florecen, palmeras que no terminan de despuntar hacia el cielo… Aun así, es imposible que haya germinado un jardín así, en esta arena de playa, de forma natural.

Y, sin embargo, aquí no hay materia.

Descendemos del caballo y avanzamos a pie. La arena cruje bajo nuestras botas. El viento arrastra granos de tierra que se cuelan entre los dobleces de la ropa y me arañan la piel. El mar ruge a lo lejos, grave, constante. El rugido de la naturaleza haciéndose notar.

Estamos a unos metros de la casa cuando la puerta se abre.

Una mujer sale despacio, secándose las manos en un paño de algodón sucio.

No hay sorpresa, no hay alarma. Solo un gesto de extrañeza y curiosidad.

Viste ropa sencilla, de tonos apagados, y lleva el cabello canoso recogido en una trenza gruesa que cae sobre su hombro izquierdo. Las arrugas se ramifican alrededor de sus ojos y su boca. La piel es morena, curtida por el sol, y su postura es algo encorvada, no en vano tiene el aspecto de haber sobrepasado los setenta.

Se queda inmóvil mientras nos observa de arriba abajo. Durante un instante eterno, incluso el mar parece haber detenido su bravura.

Entonces sus ojos se cruzan con los míos y una sensación familiar me recorre la espalda. Es calidez, es hogar.

—¿Nos conocemos? —pregunto, incapaz de controlar esa sensación.

Ella no responde de inmediato. Da un paso hacia nosotros, y luego otro. Se detiene frente a mí, tan cerca que puedo contar las profundas líneas de expresión que surcan su rostro.

—Me temo que no. —Su voz está rota, seca. No la usa muy a menudo.

—Buscamos a alguien que conjura sin usar materia —interviene Vaerion sin perder el tiempo—. ¿Puede ayudarnos?

La mujer gira la cabeza hacia él y su mirada cambia. Se vuelve distante, sin interés.

—¿Qué interés puede tener un Ancestral en la conjuración sin materia? —pregunta.

Una racha de viento, proveniente del mar, nos sacude con fuerza. Mi pelo se encabrita y se enreda entre las zarzas de la diadema.

—No vengo por mí —responde, tenso—. Estoy aquí por ella.

La mujer lo mira, condescendiente.

—Puede que estés aquí por ella —dice—, pero también por ti.

Miro a Vaerion, que inclina la cabeza de manera casi imperceptible. Es la primera vez que lo veo callar, asumir una verdad que señalan otros. Aquí fuera, su autoridad ya no vale. Su humanidad me atrae más de lo que estoy dispuesta a reconocer.

La mujer se da la vuelta y camina hacia la casa.

—Entra, niña —dice por encima del hombro—. Hablaremos.

Vacilo. Miro a Vaerion, pero él asiente, aunque sus músculos sigan tensos.

—Si te sientes en peligro, llámame.

Toma las riendas de Lux y de su caballo y se aparta a un lado del camino de entrada. Agradezco que me dé mi espacio, que me permita luchar esta batalla a mi modo.

Cruzo el umbral sin saber lo que me voy a encontrar ni qué esperar, y esa ausencia de expectativas hace que todo sea más fácil.

El interior de la casa huele a sal, a hierbas secas y a especias. Hay estanterías repletas de frascos, pero ninguno contiene polvos blancos que se asemejen a la materia. Por lo demás, el mobiliario es escaso y sencillo: una mesa, algunas sillas, un camastro, una despensa…

—Siéntate. —Señala una de las sillas junto a la mesa.

Obedezco. No he visto nada peligroso a mi alrededor, nada que me haya hecho saltar las alarmas o que me inste a permanecer alerta.

Coge una tetera de metal de un hornillo y sirve una infusión humeante en dos tazas. Me ofrece una. El líquido es amargo, pero reconforta el ánimo. Por alguna extraña razón, siento calma en aquel lugar. Las heridas abiertas de mi alma duelen menos entre aquellas paredes.

—Vienes rota, niña. —Se sienta frente a mí mientras da pequeños sorbos de su infusión—. Descubriste el pecado de Faerín.

No pregunta, lo da por hecho; así que no me molesto en asentir.

—¿Por qué buscas la Primera Sangre?

Dudo antes de responder. No conozco a aquella mujer y, sin embargo, estoy a punto de abrirme y contarle la locura que me he propuesto alcanzar. Pensándolo en frío, es un despropósito, pero ¿qué otra alternativa tengo? Si no le cuento la verdad, no comprenderá cuánto necesito la ayuda de alguien que pueda conjurar sin usar la materia.

—Necesito abrir un camino en las Montañas Rocosas y sacar a alguien de las Tierras Baldías. Y no queda materia suficiente en el continente para poder hacerlo.

Por primera vez, veo sorpresa en sus ojos. Chaquea la lengua como si mis palabras le hubieran quemado la garganta.

—Eres consciente del peligro que eso entraña, ¿verdad?

Asiento.

—Sé que abrir una vereda en las montañas es un camino de doble sentido, que implica poner en riesgo a todo el continente…

—No me refiero a eso —me interrumpe, negando con la cabeza—. Me refiero a lo peligroso que sería conjurar sin materia algo que requiere tanto poder. ¿Crees que el Señor Oscuro no lo ha intentado ya usando materia?

Pienso en lo que dice y tiene razón. Si el Señor Oscuro, en una tierra que rebosa materia, no ha conseguido abrir ya una puerta. ¿Cómo podría hacerlo yo? ¿Una mortal cualquiera?

La mujer sigue hablando.

—El conjuro perpetuo que mantiene esa barrera intacta es, probablemente, el más poderoso que se ha lanzado jamás en el continente. ¿De dónde sacará la sangre tanta fuerza para detener ese perpetuo sin materia?

Entrecierro los ojos. No entiendo lo que quiere decir.

Ella vuelve a exhibir su postura condescendiente con una sonrisa que me resulta molesta.

Fuera, una racha de viento agita las contraventanas, que golpean sobre la piedra con un ruido seco. Me sobresalto.

—¿Cómo crees que se puede conjurar sin materia?

Me encojo de hombros. Si hemos atravesado el bosque hasta llegar allí, es precisamente porque lo desconocemos.

—Solo el linaje de Aethryon posee una sangre con la fuerza suficiente para conjurar sin necesidad de catalizador, pero, aun así, la sangre necesita removerse, hervir, bullir para transformar esa energía en conjuros. ¿Quieres saber cómo se logra eso?

Asiento con el pulso acelerado.

—Con un recuerdo, un sentimiento, una voluntad tan poderosa como el conjuro que se pretende lanzar. ¿Quién puede albergar en su interior un sentimiento tan poderoso que pueda detener ese perpetuo? Alcanzar una emoción así, y expulsarla al conjurar, solo puede quebrar por dentro; dejarte tan rota y vacía que ya no haya manera de levantarse.

El sol desciende hacia el horizonte y su luz naranja se cuela por la ventana, dibujando una franja alargada sobre la mesa. Una línea luminosa que nos separa.

Trago saliva antes de hacer la pregunta que necesito.

—¿Tú podrías lograr una emoción así?

—¿Yo? —Abre mucho los ojos y estalla en una carcajada desagradable—. Niña, yo no desciendo del linaje de los Aethryon y, aunque lo hiciera, no me vaciaría así por una causa suicida.

Miro fuera, extrañada. Al jardín, al promontorio que se alza de manera tan estratégica sobre el mar, a las palmeras. Si eso no es obra de un conjuro, entonces no he aprendido nada de lo que he visto en Faerín.

—¿Y todo eso? —Señalo fuera con la cabeza.

Ella vuelve a sonreír, esta vez con picardía.

—Una vez, hace mucho tiempo, estuve casada con un descendiente de Aethryon, Genoveva —dice—. Aprendí a sintetizar su sangre y la consumo como si fuera materia…

—¿Y yo? ¿Podría usarla? —pregunto con una vaga esperanza de que quiera compartirla conmigo.

—¡Oh, tú no la necesitas…! —responde de manera enigmática.

Y entonces caigo en la cuenta de que me ha llamado por mi nombre y aún no le he dicho quién soy.

—¿Cómo sabes mi nombre?

La mujer se levanta y se inclina sobre la mesa hasta sobrepasar la línea de luz. Su rostro queda a un palmo del mío. El gesto que dibuja me resulta inquietante.

—Esa diadema que llevas —dice—, es mía.

El mar está helado.

No lo parece desde el promontorio, donde diviso cómo la espuma lame la arena con una suavidad engañosa; pero cuando desciendo hasta la orilla y hundo los pies desnudos en el agua, el frío me muerde la piel y araña hasta los huesos. La sensación es salvaje, brutal. Me limpia por dentro, arrastra la tensión y el cansancio como si nunca me hubieran dañado.

La brisa marina me azota el rostro y me empapa los mechones sueltos del cabello. Sabe a sal, a tormenta próxima, a electricidad suspendida en el aire. El cielo se oscurece por capas, se apaga. En el horizonte, las nubes se amontonan unas sobre otras, densas, cargadas de lluvia y relámpagos. El perfil de las nubes se recorta con tonos ocres.

Anochece.

Me quedo quieta, dejando que el frío ascienda por mis piernas, que me entumezca, que silencie el deseo, la culpa… que me haga olvidar la tensión constante de existir entre dos fuegos.

Detrás de mí, sobre el promontorio, la casa permanece en silencio. Eldara no ha vuelto a salir desde que pronunció aquellas palabras que aún resuenan en mi cabeza como un eco imposible de silenciar.

Esa diadema es mía.

Mi abuela.

Hace mucho tiempo, estuve casada con un descendiente de Aethryon, ha dicho, refiriéndose a mi abuelo Harval.

Cierro los ojos un instante mientras dejo que las consecuencias de la revelación calen en mí.

El rugido del mar es profundo, antiguo. Me recuerda que solo soy un punto en la inmensidad, pero ahora ese punto es la puerta a algo tan grande que no cabe en la inmensidad.

—Deberías tener cuidado con el oleaje.

La voz llega por mi espalda, cálida, firme. No me sobresalto, intuía que él seguiría allí.

—Demasiadas cosas que temer —respondo sin girarme.

Oigo el roce de las botas sobre la arena húmeda. Vaerion se detiene a mi lado, su mano roza la mía de manera involuntaria, pero su electricidad me traspasa, me agita el pecho. Abro la boca y dejo escapar una exhalación muda.

Me vuelvo hacia él. La luz mortecina del ocaso perfila su rostro con sombras duras. El viento agita los mechones claros que se le escapan de la coleta. Parece una figura antigua tallada por la intemperie y la guerra.

—Deberías irte —le digo.

Una curva mínima, casi imperceptible, se dibuja en su boca.

—No suelo marcharme cuando está sucediendo algo importante.

—Esto no te incumbe —replico sin acritud. No quiero obligarle a estar allí cuando su hermana se apaga en el interior del bosque.

—Me vas a permitir que eso lo decida yo. —Se gira para mirarme —. Y decido que me incumbe.

Su presencia es tan poderosa que inunda la playa, retumba en mi interior.

Hago una pausa antes de empezar a hablar. El silencio que se abre entre nosotros no es incómodo. Es denso.

—Hablé con ella —digo al fin—. Se llama Eldara, y es… es mi abuela.

Lo noto en su respiración, en cómo su cuerpo se tensa apenas un instante antes de volver a esa quietud controlada que lo define. Ha entendido lo que esto significa mucho más rápido que yo.

—¿Lo sabías? —le pregunto.

—No —responde con sinceridad—, pero no me sorprende.

—¿Por qué?

—Te he visto conjurar. —Vuelve la vista hacia el mar—. El conjuro que nos libró del Tharvexûn… alguien habilidoso en el arte de conjurar habría tardado meses en conseguir algo tan medido, tan… adecuado. Tú lo conseguiste en dos días.

Yo también me giro hacia el mar. Las primeras gotas de lluvia empiezan a caer, dispersas, tímidas.

—Ella no es quien desciende de Aethryon —le explico—, pero estuvo casada con alguien que sí lo hizo. Harval, mi abuelo. Ella aprendió a sintetizar su sangre y a usarla como sustituto de la materia. Todo este jardín, la casa, este oasis imposible… no es fruto de una conjuración sin catalizadores. No hay materia, pero hay sangre.

Siento que el estómago se me encoge al decirlo en voz alta. Sangre convertida en herramienta. Sangre de mi abuelo. Mi sangre, al fin y al cabo.

—El resultado es el mismo —dice Vaerion, despacio—. Aethryon corre por tus venas.

Asiento mientras intuyo la preocupación detrás del tono grave de su voz.

—Ella puede ayudarme —susurro—, aunque no como imaginábamos. Ahora todo depende de mí, de la capacidad que tenga para… descender, para explorar mis emociones hasta encontrar la más poderosa, la que sea capaz de despertar mi sangre y hacer fluir el poder fuera de mí.

Me giro hacia él.

—No será fácil, Vaerion, ni rápido ni indoloro. Ni para mí, ni para quien esté cerca.

La lluvia empieza a caer con más fuerza y a formar pequeños regueros en la playa que mueren en la espuma marina.

—Sé que cuanto más cerca estás —añado—, más sufres. Me he dado cuenta de que tu tatuaje solo sangra cuando estoy demasiado cerca. No puedo permitirme que te quedes.

No responde de inmediato. Da un paso hacia mí y se queda muy cerca, pero sin tocarme.

—Esa decisión no es tuya —dice con calma.

—Solo intento protegerte.

Una risa baja, rota, se escapa de su garganta.

—Llevo siglos protegiendo a otros —responde—. No necesito que me salves de esto. No quiero…

—Vaerion… —Más que un susurro es una réplica.

—Genoveva. —Pronuncia mi nombre y la piel se revela contra mí; me delata la huella de su voz en cada vello erizado—. He pasado los últimos años de mi vida sintiéndote.

Las palabras caen entre nosotros como un relámpago silencioso. Al fondo, el naranja del ocaso da paso a un añil apagado.

—No había un rostro —continúa—, ni una voz… pero había ímpetu, coraje, fortaleza. Llevo admirando tu fuerza desde que Aldemar te trajo a Faerín y te vi por primera vez, aferrándote a la vida de una manera que escapaba a toda lógica.

Mi corazón golpea con violencia. Sus ojos recorren los míos sin apartarse, y veo crecer la pasión a medida que avanza su discurso.

—No voy a apartarme —concluye— ahora que por fin te tengo tan cerca.

La tormenta ruge a lo lejos. El mar se encrespa, furioso.

—No puedo corresponderte —digo, al borde del temblor—. No como a él…

—Lo sé. —No hay rabia en su voz, ni siquiera tristeza, solo una aceptación que me rompe más que cualquier reproche—. Sé lo que sientes por él. Noto cómo te rompe su ausencia. No hay engaño entre nosotros, Genoveva, puedes estar tranquila.

Aprieto los puños.

—Entonces, no te quedes —le suplico—. No me añadas tu sufrimiento al mío.

—Yo puedo ayudarte, Genoveva.

—¿Cómo?

Se acerca más para consumir la mínima distancia que nos separaba. Ahora sí su cuerpo contacta con el mío, su calor me invade. Su corpulencia es un muro contra el viento y la lluvia.

—Ese sentimiento que buscas… —murmura—. Esa emoción que sea capaz de hacer arder tu sangre… es compartida.

Dejo de luchar contra mi cuerpo y me permito disfrutar de su cercanía, de sentirme arropada, protegida.

—Puedo ayudarte a encontrarla —insiste—, a sostenerte cuando te desgarre por dentro… porque yo también lo sentiré, pero estaré al otro lado.

Promete todo y no exige nada. Su generosidad queda suspendida entre nosotros, desnuda, irrevocable.

—No quiero hacerte esto —digo con un hilo de voz.

—Tú no me haces nada —responde—. Fue el destino el que eligió ponerte en mi camino y estableció las reglas de este juego.

La lluvia cae ahora con fuerza. El mar ruge. El cielo, oscuro, estalla con un relámpago blanco.

Vaerion inclina la frente hasta apoyarla sobre la mía. No cruza ninguna línea, pero el gesto es más íntimo que cualquier caricia.

—No te abandonaré —susurra contra el rugido del oleaje—, aunque nunca me mires como yo te miro. Sé que no he nacido para ser tu destino, Genoveva, solo soy el precio a pagar para que alcances el tuyo.

17. Contención

Eldara no nos conduce hacia la casa.

Eso es lo primero que me sorprende. Lo cierto es que la construcción no es demasiado grande, pero creí que albergaría algún rincón en el que pudiéramos acomodarnos. En lugar de eso, nos guía, rodeando el promontorio, por un estrecho sendero en la arena endurecida que no alcanza la marea. Hay algunos arbustos bajos, con bayas rojas que parecen peligrosas.

La luz del ocaso se ha desvanecido por completo y el cielo es ahora una bóveda oscura, atravesada por nubes que fluyen veloces. El viento marino trae olor a sal y algas, pero aquí, más cerca de nuevo del bosque, se mezcla con el perfume ácido de la savia.

—Podéis quedaros aquí —señala más adelante.

El sendero desciende suavemente hasta una hondonada natural, protegida del viento. En el centro, se alza una especie de gruta. Se trata de una roca enorme, curvada hacia dentro, que forma una

bóveda amplia. No hay marcas de herramientas ni cortes artificiales, y me pregunto si aquella construcción será obra de la sangre de Aethryon o simplemente se trata de un curioso regalo de la naturaleza.

En el interior, el suelo está cubierto por una capa gruesa de musgo seco, que acolcha la rigidez de la tierra, y varias pieles de animales grandes dispersas por toda la superficie. Al fondo, se ha aprovechado una pequeña oquedad en la roca para encender un fuego que crepita con brasas naranjas e ilumina de forma tenue la bóveda.

—No os preocupéis por los animales salvajes —dice Eldara—. En todos mis años viviendo aquí, jamás vi nada más grande que una tortuga.

Vaerion observa el lugar con cautela. Da un paso dentro y el sonido de sus botas reverbera grave sobre la piedra.

—Esta construcción, ¿es segura? —pregunta.

—Lleva siglos en pie —responde Eldara con sequedad—. Mucho antes de que tú aprendieras a blandir una espada.

Vaerion se vuelve hacia ella y sus ojos plateados brillan con orgullo herido.

—Te molesta mi presencia aquí, ¿no es cierto?

—¡Qué perspicaz! —responde la mujer con sorna.

Siento que la tensión se vuelve palpable. Me adelanto un paso para intervenir, pero mi abuela levanta la mano, silenciosa. Sus ojos no se apartan de Vaerion.

—Llevo toda mi vida huyendo de los *guardianes*, Ancestral. Evitando a los hombres que creen que su presencia es indispensable. No necesitamos que vigiles sus noches como un perro obediente.

La comparación cae como un cuchillo sobre Vaerion. Sin embargo, él no se inmuta. No eleva la voz.

—No me quedo para vigilarla —la corrige, manteniendo su porte digno—. Me quedo porque ella me ha permitido acompañarla.

Eldara sonríe, pero no hay humor en el gesto.

—Permitido… —repite—. Qué palabra tan curiosa para proceder de un hombre que se ha pasado la vida dando órdenes sin obedecer

ninguna.

Se acerca a él hasta quedar a apenas un palmo. Son dos fuerzas antiguas midiéndose sin tocarse.

—Si decides quedarte —añade—, será bajo mis normas. Que te quede claro: aquí no eres líder, no eres guardián. Eres… prescindible.

Vaerion le sostiene la mirada.

—Las únicas órdenes que seguiré serán las de mi reina.

Un cosquilleo me recorre el pecho.

Eldara lo observa un segundo más, evaluando la intención real de sus palabras. Finalmente, resopla.

—Bien. —Se gira hacia mí—. Dormiréis aquí. Hay espacio suficiente para los dos.

Señala el interior de la gruta y, al fijarme mejor, me doy cuenta de que las pieles están colocadas formando una especie de lechos, separados por una distancia prudente, pero no excesiva. El fuego los baña con una calidez constante que los aísla del frío exterior.

—Mañana empezaremos —dice antes de marcharse—. Esta noche descansad.

Sin añadir nada más, se aleja por el sendero y su figura se pierde bajo la sombra alargada del promontorio.

El silencio que deja es profundo.

Vaerion y yo permanecemos de pie unos instantes antes de decidirnos a descender por el sendero y entrar en la gruta. Dentro, solo se escucha el crepitar del fuego y el murmullo lejano del mar que se cuela por la abertura de la roca.

—Tiene razón en algo —digo por fin.

Vaerion me mira.

—¿En llamarme perro obediente?

Por primera vez en semanas, rio con una carcajada limpia. Me sienta bien. Es agradable olvidarse de la carga, aunque solo sea por un instante.

—No, me refiero a lo de dar órdenes —aclaro—. Sueles hacerlo siempre.

Asiente despacio.

—Lo sé, pero ya es tarde para cambiar.

Se quita el cinturón y lo deja apoyado sobre la pared de roca. Luego se desabrocha el peto ligero y la camisa y también los coloca en el suelo. La luz del fuego acaricia los tatuajes que recorren sus brazos y pecho. Sombras y líneas que cuentan historias que no conozco.

Yo hago lo mismo. Me despojo de las mallas húmedas y del jubón. El calor del fuego me envuelve al instante. Es agradable, casi embriagador después de los días de frío constante durmiendo en mitad del bosque. Me quedo con la ropa interior sencilla que llevo desde que partí de Lirien, hace una vida de distancia. No está pensada para ser vista y… sin embargo, no siento vergüenza.

No es la primera vez que dormimos tan cerca, pero sí la primera que no necesitamos toda la ropa puesta para combatir el frío.

Vaerion se queda solo con unas mallas finas. Su cuerpo, marcado y fuerte, parece más real aún bajo la luz cálida. No me mira de inmediato, hay respeto en ese gesto, pero cuando lo hace, puedo leer todo su deseo contenido en aquella mirada.

Me meto en el lecho y me cubro con las mantas. El musgo seco cede bajo mi peso, mullido y tibio. El fuego proyecta sombras danzantes en el techo de roca.

Vaerion se tumba en el lecho contiguo.

Durante unos segundos, ninguno habla.

Siento el calor, el silencio, la cercanía. Y, bajo todo eso, la culpa por esta intimidad tan asentada vuelve a picar, suave y persistente.

Vaerion gira la cabeza hacia mí. El fuego se refleja en sus ojos.

—Echo de menos tu calor, Genoveva —susurra.

—Lo sé.

Es mi manera de decir que yo también, pero que esto es lo correcto. Por mí, por él, por los dos.

Se acomoda de lado y apoya un brazo bajo la cabeza.

Sus vetas plateadas son lo último que veo antes de cerrar los ojos.

El fuego crepita. El mar ruge a lo lejos.

Y por primera vez en mucho tiempo, el sueño llega sin lucha.

Me despierto con un sobresalto. Tengo la sensación de que he escuchado mi nombre. Alguien me llamaba desde algún rincón en el

interior de la gruta.

Me incorporo y miro alrededor. Solo hay oscuridad y el golpeteo rítmico de mi corazón contra las costillas. Además de una sensación agónica clavada en el centro del pecho. El fuego se ha consumido hasta quedar en brasas rojas, y la bóveda de roca respira sombras lentas. El mar ruge a lo lejos, más violento que antes. La tormenta parece haber avanzado durante la noche.

Akhir.

No lo veo, no me hace falta. Lo siento. Aunque no es como otras veces. Algo va mal. Tengo la sensación de que su dolor ha aumentado de golpe y grita mi nombre desde el otro lado de esta extraña barrera que nos separa.

Me llevo una mano al pecho y cierro los ojos con fuerza.

—Resiste… —susurro sin voz.

Intento buscar dentro de mí algún resquicio de materia que me ayude a acercarme a él. Me concentro en recorrer mi sangre. Respiro despacio y desciendo hasta ese nivel de consciencia en el que siento mi sangre arder.

Pero no hay nada.

Solo frío y un vacío cruel.

La ausencia de materia es absoluta. No queda ni un residuo, ni una chispa que me permita acortar la distancia entre ambos mundos. Estoy sola en mi cuerpo, y esa certeza me llena de una angustia primitiva, animal.

Me giro despacio sobre el lecho de pieles, procurando no hacer ruido. Vaerion sigue dormido en el lecho contiguo, de espaldas. Su respiración es profunda, regular. El resplandor apagado del fuego dibuja líneas suaves sobre su espalda desnuda. Por un instante, la imagen me ancla al presente, a la playa en la que nos encontramos, a quién soy… y lo que no debo hacer.

Pero el recuerdo de Akhir vuelve a clavarme la punzada en la nuca.

No puedo ignorarlo.

Mis ojos se deslizan, casi sin querer, hacia la entrada de la gruta. Allí, apoyado contra la roca, descansa el cinturón de Vaerion. Reconozco su forma incluso en la penumbra. El cuero oscuro, las

hebillas gastadas… Y sé, con una certeza que me eriza la piel, que el vial todavía está ahí.

Materia.

El pensamiento me atraviesa como un relámpago.

No. No debo.

Me obligo a apartar la mirada. Aprieto los dedos contra las pieles bajo mi cuerpo. Me digo que no debo hacerlo, que la materia es traicionera y puede estar provocándome esta incertidumbre y desasosiego para empujarme a consumir.

¿De verdad puede hacer eso?

No puedo seguir cediendo a esta necesidad que amenaza con devorar todo lo demás.

Sin embargo, la inquietud no cede. Al contrario, crece. Se transforma en imágenes fugaces: cadenas candentes, ojos cubiertos con hebras rojas, gritos de sufrimiento… No sé si son recuerdos, temores o simples trampas de la materia aliada con mi mente, pero me desarman igual.

¿Y si es verdad? ¿Y si Akhir no resiste y me está llamando desesperado?

La culpa se mezcla con el miedo. Si se está perdiendo y yo no he hecho nada por tratar de ayudarlo, no me lo perdonaré jamás.

Solo un poco, me digo.

Solo verlo, quiero asegurarme de que sigue resistiendo.

Me incorporo con mucho cuidado. El musgo seco amortigua el movimiento y el sonido. Me deslizo fuera del lecho y dejo que el aire frío de la gruta me erice la piel. Avanzo descalza. Cada paso medido, consciente de cada sonido.

Vaerion no se mueve.

Me detengo un instante, observándolo. Su pecho se mueve con una cadencia pausada, la tranquilidad de alguien que confía. La imagen me hace dudar.

—Perdóname —digo en silencio—. En esto, soy débil.

Extiendo la mano hacia el cinturón.

Mis dedos rozan el cuero.

Y, en el mismo instante en el que distingo el vial, una mano grande se cierne alrededor de mi brazo con una firmeza inapelable.

El mundo se contrae y ahogo un grito.

La presión es fuerte, caliente, viva. Tiro hacia atrás por instinto, pero Vaerion se pone en pie con un movimiento fluido y me arrastra contra él. La sorpresa me roba el aliento.

—No —gruñe en voz baja, grave, todavía velada por el sueño—. Ni se te ocurra.

—Suéltame —susurro, más súplica que orden.

Forcejeo, pero él es más fuerte. Mucho más. Me da un empujón y tropiezo contra el borde del lecho. Caigo de espaldas sobre las pieles y me golpeo la espalda. Vaerion se coloca encima. Su cuerpo me cubre, una rodilla encajada entre las mías, una mano aprisionando mi brazo, la otra apoyada junto a mi cabeza.

La cercanía es brutal.

Su calor me envuelve. Su respiración se acelera al ritmo de la mía. El aire entre nuestros cuerpos se reduce, se carga de electricidad. El gesto podría ser el de un amante si no fuera por la tensión enfurecida que lo atraviesa todo.

—Recuérdalo, Genoveva. La materia es engañosa.

—No lo entiendes —respondo, girando el brazo para liberarme de su mano—. Algo va mal de verdad. Lo siento.

—No, solo es la materia llamándote.

Intento incorporarme, pero él me mantiene contra el lecho de musgo y pieles. Mis piernas se mueven, buscan espacio y, sin querer rozan su muslo. La ropa es escasa. Piel contra piel. El contacto arranca un jadeo breve de su garganta.

Nos quedamos quietos un segundo.

Demasiado cerca.

—Apártate —digo, y mi voz traiciona la agitación que me recorre.

—No —responde—. No mientras sigas pensando en consumir.

Me retuerzo bajo él, impulsada por la frustración, el miedo, la culpa… y el deseo que se enciende en mí pese a todo. Mi respiración se vuelve irregular. Siento su cuerpo reaccionar al mío, inevitable, traicionero. La evidencia presiona contra mi muslo, dura, inconfundible, y el reconocimiento me golpea con una oleada de calor.

Vaerion se tensa al darse cuenta.

—Maldita sea… —murmura, cerrando los ojos un instante.

Su agarre se afloja apenas lo suficiente para que pueda mover mi brazo. Aprovecho para soltarme y empujarle el pecho, pero no consigo apartarlo. Él resiste y se acerca más para controlarme, jadeando ahora, la piel caliente, los músculos tensos como cuerdas a punto de romperse.

Nuestros rostros quedan a un suspiro de distancia.

Puedo sentir su aliento, contar las pestañas claras que enmarcan sus ojos plateados, velados ahora por un deseo incontenible. Su mirada desciende a mis labios y se detiene ahí un segundo eterno.

El mundo desaparece.

No hay gruta, no hay mar, no hay Akhir ni materia ni culpa. Solo este espacio mínimo donde todo podría destruirse si damos un paso más.

—No lo hagas, Vaerion —susurro.

Soy consciente de que si rompe la distancia que separa nuestros labios, no seré capaz de rechazarle. Y entonces, todo se complicará mucho más de lo que es ahora.

—Déjame ir.

Un músculo late en su mandíbula. El deseo es evidente, tenso, contenido a duras penas. Su cuerpo ha respondido con una traición física que no puede ocultar, y eso lo enfurece consigo mismo.

Entonces, al fin, se aparta de golpe.

Rueda hacia un lado y se incorpora, dándome la espalda. Se pasa una mano por el rostro y respira hondo, como si acabara de escapar de la bestia más salvaje con la que se hubiera enfrentado nunca.

Yo me quedo un instante más tumbada, jadeando. Sintiendo su ausencia como un grito mudo que me parte el alma.

No puedo más. Me levanto de un salto, con el corazón desbocado y el cuerpo ardiendo por un fuego que arde sin apagarse. Cruzo la gruta sin mirar atrás y salgo a la noche abierta.

La lluvia me golpea el rostro al instante. Corro hacia la playa, descalza, sin sentir el frío de la arena ni el agua helada que vuelve a morderme los pies. La punzada de culpa en la nuca es tan intensa que casi me dobla.

Akhir.

Vaerion.

La materia.

Todo se mezcla.

Me detengo en el borde del mar, sin aliento, con el pecho en llamas y el corazón dividido en dos direcciones opuestas.

Detrás de mí, la gruta permanece en silencio.

Y sé, con una certeza amarga, que nada volverá a ser sencillo a partir de esta noche.

18. El amor

El amanecer en este lugar no se parece al de Faerín.

Aquí no hay copas de enramado frondoso filtrando la luz. En este rincón apartado del mundo, el cielo se abre sin pudor y la claridad llega con una violencia hermosa: un filo pálido que rasga la línea del mar y tiñe de plata el oleaje. Las rocas despiertan con un brillo húmedo. El aire es frío y arrastra un regusto a sal, algas y tierra mojada.

Me incorporo despacio sobre el lecho de pieles.

El fuego de la noche se ha apagado. Quedan apenas dos brasas ahogadas bajo la ceniza gris, como dos ojos que han llorado hasta vaciarse. La bóveda de la gruta respira en silencio, todo está en calma. Excepto mi cuerpo, que se resiente en lugares muy concretos: la espalda, las muñecas… Mi piel recuerda el forcejeo de la madrugada.

Y la culpa, puntual, me aguijonea la nuca.

Akhir.

Su ausencia llega como una presión que crece en el pecho. Durante semanas, a pesar de la dependencia, la materia me concedía algo: una visión, un roce, una respiración… Ahora no tengo nada, solo un mal presentimiento que no sé si es real o solo un espejismo tramposo de la materia.

Me giro hacia el lecho contiguo.

Está vacío.

Las pieles, arrugadas por el cuerpo de Vaerion, están frías. Su cinturón ya no está apoyado en la roca, ni la armadura ligera, ni la camisa.

Primero siento alivio de no tener que enfrentarme de nuevo a su mirada, pero después llega el recuerdo amargo de su respiración pegada a la mía, el segundo en el que sus labios casi rozan los míos, del momento exacto en el que se apartó, luchando contra su propio deseo, para no complicar las cosas.

Ya no estaba en la gruta cuando volví de la playa y no está ahora.

Me pregunto si se habrá marchado y me digo que sería lo mejor. Me lo repito para convencerme: mejor que no esté, mejor para mí, mejor para él, mejor para Akhir.

Pero mi cuerpo es un traidor dócil y, por un instante, lo echa de menos. Y ese vacío me recuerda por lo que estoy allí, que no puedo permitirme fallar.

Me visto en silencio, con movimientos rápidos. La ropa huele a humo y a sal. Me calzo las botas y me recojo el pelo en un moño trenzado. No quiero que nada me moleste ni me desvíe de lo único que hoy requiere mi atención.

Al salir de la gruta, el aire me golpea la cara con una mano helada.

El cielo ya es azul pálido. La tormenta de anoche se ha marchado mar adentro; y solo quedan nubes deshilachadas en el horizonte. Jirones de una tela desgarrada. La playa está húmeda, el mar escupe espuma blanca sobre la arena con una insistencia perpetua.

Subo el sendero que conduce al centro del promontorio. Mis botas se hunden un poco en la tierra compacta. La casa de Eldara aparece en la cima de la roca y, a su alrededor, sigue intacto el jardín: ese oasis improbable donde el verde sobrevive, aunque todo lo demás sea piedra y sal.

Hay un huerto al fondo.

Lo reconozco por las hileras de tierra levantada, las estacas clavadas para guiar tallos y por las redes que protegen algunas plantas tiernas del viento. Todo parece hecho a mano, sin trampas de materia ni sangre sintetizada.

Eldara está agachada entre las hileras de tierra, arrancando malas hierbas con unos guantes sucios y desgastados.

El sol incide en su trenza canosa y la convierte en una cuerda de plata. Lleva un vestido viejo, manchado de tierra, y una capa corta sobre los hombros para protegerse del rocío. Su espalda se encorva, pero sus movimientos conservan cierta fortaleza, la de alguien que ha sobrevivido a la soledad y el aislamiento.

No se vuelve cuando me acerco.

—¿Has descansado? —pregunta, como si fuera lo más importante.

—Lo he intentado.

¿Cómo hacerlo si para mí dormir se ha convertido en un suplicio? Cada minuto que cierro los ojos es un minuto más que sigo alejada de él, que sigue sufriendo tormento y enloqueciendo.

Eldara arranca una raíz gruesa y la deja a un lado. Solo entonces se endereza un poco y me mira de arriba abajo, quizás valorando cuánta verdad hay en mi intento de descanso.

—¿Él no ha pasado por aquí? —pregunto, sin poder reprimirlo.

Eldara arquea una ceja.

—¿El Ancestral?

No digo su nombre. No quiero pensarlo y que vuelva a tornarse más real su recuerdo.

—Se fue a medianoche —prosigue, indiferente—. Sobrepasó el límite del bosque. Supongo que se siente más cómodo rodeado de árboles.

Hay algo en su tono… que no es exactamente desprecio, sino más bien una vieja costumbre de no esperar nada de ellos.

Me muerdo el interior de la mejilla para reprimir las ganas de preguntar, pero no consigo quedarme callada.

—Mi padre nunca habló de ti —suelto sin contemplaciones—. Tu memoria fue vetada en palacio y el estudio de la Alquimia prohibido. ¿Por qué, abuela? ¿Qué fue lo que ocurrió?

Ella me observa un segundo largo y, para mi sorpresa, una sombra de sonrisa le estira la comisura de los labios.

—Cuando una mujer es fuerte y audaz —dice— y lucha contra lo que haga falta por alcanzar sus objetivos, a menudo se la tacha de loca o se la declara enemiga.

Se limpia las manos en el vestido y señala la tierra del huerto.

—Ven. Descalza.

—¿Descalza?

—¿Quieres sentir o quieres pensar? —me corta—. La sangre no obedece a la cabeza, obedece a las sensaciones del cuerpo.

Resoplo, pero obedezco. Me quito las botas y las dejo a un lado. La tierra está fría y húmeda. El barro se mete entre mis dedos. Al principio me remueve el estómago, pero después… hay algo en esa sensación que me ancla. Tierra real. Vida real. Un lugar donde las cosas crecen porque alguien las cuida, no porque un bosque exija huesos para fabricar polvo blanco.

Eldara se coloca frente a mí. Va descalza también. Pone las dos manos sobre mis hombros.

—Escucha, niña —dice—, como ya te dije ayer, no despertarás a tu sangre a base de técnica. Lo que estás buscando es una puerta que no se abre con voluntad ni con disciplina. Se abre con una emoción.

Lo dice como si fuera algo evidente, algo sencillo.

—¿Y si no tengo…? —empiezo.

Eldara chasquea la lengua.

—Claro que tienes, lo que pasa es que llevas toda la vida escondiéndolas para que no las usen contra ti. Es lo que te enseñaron.

Levanta la mano derecha de mi hombro y me señala el pecho con un dedo.

—Tienes que concentrarte en lo que hay aquí, no en la cabeza.

Su dedo no llega a tocarme, pero siento que mi pecho se enciende como si lo hubiera hundido en él.

—Cierra los ojos —ordena.

Lo hago. El mundo se apaga y me quedo con el sonido del mar, con el canto agudo de un pájaro que no veo, con mi propia respiración.

—Ahora —dice Eldara—, tienes que buscar lo que hayas escondido, lo que hayas enterrado bajo capas de deber, de corona, de falsa fortaleza. Eso que tratas de reprimir, son las emociones más poderosas.

Trago saliva.

—No sé si lo entiendo.

—Claro que lo entiendes, solo que te da miedo.

Su voz baja, se vuelve casi íntima, pero no suave.

—Recorre tu mente como si fuera una casa vacía. Abre puertas. Algunas estarán cerradas con llave, otras tendrán polvo, y otras… querrán morderte.

El pulso se me acelera.

—Y cuando, detrás de alguna de esas puertas, encuentre una emoción que te haga temblar —continúa—, no huyas, quédate, aunque duela.

—¿Y si duele tanto que me quiebra?

—Si no te quiebra, no vale —sentencia—. Lo importante es que puedas recomponer luego los pedazos.

Tomo aire.

Inspiro. Expiro. Trato de seguir sus instrucciones.

Al principio solo encuentro ruido: imágenes sueltas, fragmentos del camino vivido. El bosque de Faerín. El osario. El Tharvexûn abriendo la empalizada como si fuera papel. Vaerion sobre mí, conteniéndome. La espuma del mar. Su frente sobre la mía.

No. No.

Me obligo a apartar lo que me distrae.

Busco… profundo.

Una puerta cruje dentro de mí y el mundo gira y cambia.

Estoy otra vez en Lirien. El aire está impregnado del olor a cera derretida y al incienso de los braseros. Hay rododendros en las ventanas. Me llega un sonido: un golpe, un jadeo, mi propio grito ahogado. Después la imagen se forma como una pintura todavía humedecida.

Akhir.

No el Akhir encadenado, no el de los ojos rojos. Este Akhir aún no sabe que va a perderlo todo por mí, aunque lo haya intuido desde siempre.

Yo estoy herida. El dolor físico me recorre como si la herida se acabara de abrir. La sangre me empapa, la vida se me escurre. El mundo se inclina y yo caigo.

Y él está ahí para renunciar a su cordura por salvarme la vida.

Me coge en brazos y se empapa con mi sangre. Su olor me llena la garganta: humo, cenizas, calor antiguo.

—Ya desafié al infierno por ti una vez, y lo seguiré haciendo mientras me queden fuerzas.

Podría haberme dejado morir, podría haberme arrebatado el alma como le había ordenado el Señor Oscuro, podría haber regresado sin grietas, sin hambre, sin dolor… pero no lo hace. Elige salvarme… a costa de sí mismo.

El recuerdo es tan intenso que me quema la garganta.

Abro la boca y aspiro, pero el aire no llega. Me tiemblan las manos y siento una lágrima bajar por mi mejilla.

—Ahí —dice la voz de Eldara, muy lejos—. Quédate ahí.

No quiero, duele demasiado recordar su sacrificio. Mi pecho agoniza bajo la presión de un puño que no afloja.

Pero decido quedarme dentro de su abrazo, de su sacrificio, de su amor.

Porque es amor, aunque me haya negado a pronunciarlo como si fuera un pecado, aunque me haya dicho mil veces que el amor es una debilidad, aunque me aterre que sea la emoción más fuerte que albergo.

El amor arde.

Y, de pronto, algo se enciende en mi sangre.

No es el calor de la materia, pero se le parece. Sin embargo, nace de un lugar más profundo y puro. Es un fuego que no pide, solo da.

Eldara me agarra de la muñeca, firme.

—No lo pierdas —la oigo decir—. Úsalo.

Abro los ojos y veo que señala una de las hileras del huerto, donde la tierra está más seca.

—Hazlo germinar.

Miro la tierra. Es solo eso, tierra. Solo estamos ella y yo… y ese amor que me desgarra.

Empujo el aire con los dedos, sin tocar la tierra. Me concentro en los brazos de Akhir mientras me sostenían, en su pecho, en su sacrificio…

—Vamos —susurro.

No sé a quién se lo digo. A la tierra. A mi sangre. A él…

Siento el fuego subir por mis brazos e instalarse en las manos. No duele, pero pesa como si hubiera algo vivo agitándose bajo mis dedos.

Entonces, la tierra se mueve.

Al principio creo que lo imagino: una vibración leve, un temblor; pero no. La superficie se agrieta como si alguien empujara desde dentro sin prisa. Una punta verde asoma, frágil, y se estira hacia la luz.

Un tallo.

Una hoja pequeña que se abre como un párpado.

El brote crece rápido. Dos hojas más. Un tallo que se fortalece. Una flor amarilla que se abre temblando. Y, al final, como un regalo ridículo y precioso al mismo tiempo, aparece un calabacín pequeño, verde, brillante.

Me llevo una mano a la boca. La risa me sale rota, incrédula. Siento lágrimas calientes surcar mis mejillas.

—Lo he… lo he logrado.

Mi pecho se expande con una alegría que me desborda y siento que el mundo no pesa tanto. Akhir está un poco más cerca.

Miro a Eldara buscando… no sé, aprobación, un gesto de orgullo, algo que me hable de esperanza. Sin embargo, mi abuela mira el calabacín con la misma expresión con la que miraría una piedra.

—Bien —dice.

Solo eso.

—¿Bien? —El tono de mi voz refleja incredulidad—. ¡He conjurado sin materia!

Eldara me sostiene la mirada, implacable.

—Has hecho crecer un calabacín.

El entusiasmo muere tan rápido como ha llegado, igual que un pájaro al que le rompen un ala.

—¿Y no es increíble? —insisto, porque necesito que lo sea.

—No. Es pequeño —me corta—. Y tú te estás preparando para algo enorme. Colosal.

Se inclina hacia el brote y lo corta para ponerlo en mi mano. Casi son del mismo tamaño.

—Quieres abrir las Montañas Rocosas —dice—. Quieres neutralizar un perpetuo que lleva siglos consumiendo la vida de un Ancestral… ¿y pretendes conseguirlo con un calabacín del tamaño de tu mano?

Mi garganta se seca.

—Entonces… ¿no sirve?

—Sirve para saber que puedes hacerlo —concede—, pero si esa emoción solo te ha dado ese calabacín, no vale para tu propósito.

Se incorpora y abre los brazos para abarcar el huerto entero.

—Una emoción poderosa habría llenado todo esto —dice—, de frutos, de flores, de vida, de exceso… de una maldita abundancia obscena.

Sus palabras me golpean como una bofetada y toda mi euforia se esfuma de un plumazo.

Siento el fuego de mi sangre apagarse un poco, como una vela que duda.

—Yo… —susurro—. Y lo sentí de verdad. Creí que era poderoso.

—No es suficiente. Ni se le acerca.

Agarra una piedra pequeña del borde del huerto y la lanza hacia la playa. La piedra rebota en la arena y desaparece.

—Mira el mar.

Me vuelvo. El oleaje golpea con fuerza contra las rocas del promontorio. El agua se arremolina, furiosa. No hay calma en él. Nunca la hay y nunca la habrá.

—Detenlo a él —me dice.

Me quedo helada.

—¿Qué?

—Detén el oleaje —repite—. Para siempre; que el mar se quede quieto, que contenga el aliento.

Retrocedo asustada.

—No puedo. Es imposible.

—¿Crees que abrir un paso en las Montañas Rocosas va a ser más sencillo?

Me giro hacia ella, desesperada.

—¿Y si no tengo esa emoción? —pregunto, y en mi voz se abre un miedo antiguo. El que siempre ha estado ahí, el de no ser suficiente

—. ¿Y si no hay nada en mí lo bastante poderoso para… para hacer algo así?

Eldara no suaviza la mirada, no endulza la respuesta.

—Entonces, fracasarás —dice, sencilla, absoluta.

El silencio que sigue es vasto.

El mar ruge como si se riera.

Yo me quedo de pie, descalza en la tierra, con el pecho aún dolorido por el abrazo de Akhir… y con la certeza de que el amor que llevo dentro, por sí solo, quizá no alcance para abrir una montaña.

19. La rabia

Desciendo hasta la playa cuando el sol ya ha terminado de elevarse y la luz se vuelve blanca, despiadada.

La marea está alta. Las olas rompen con fuerza sobre la orilla y arrastran unas algas negras que opacan la superficie. No hay belleza en este mar: es oscuro, aterrador, destructivo.

Me detengo en la orilla. Todavía no me he calzado y llevo las botas en las manos.

La arena aún conserva el frío de la noche. Se cuela entre mis dedos cuando avanzo hacia el mar. El primer contacto con el agua me arranca un siseo involuntario. Está helada, mucho más de lo que recordaba de la noche anterior. Me muerde los tobillos, sube con cada ola y retrocede como si quisiera arrastrarme con ella.

Pienso, con un destello de ironía amarga, que quizá Eldara ha elegido bien su prueba: pocas cosas habrá más arrogantes que pretender detener el mar… y deshacer el perpetuo de un Ancestral está entre ellas.

Cierro los ojos.

Respiro.

Me obligo a recordar sus palabras: *No lo pierdas. Úsalo.*

Busco dentro de mí, en el mismo lugar que en el huerto. Esa estancia interior donde el recuerdo de Akhir dolía como una herida

abierta. Me aferro a esa sensación con cuidado, como quien sostiene una llama con las manos desnudas.

Amor, me digo sin pronunciarlo.

El abrazo. Mi sangre. Su decisión.

Siento de nuevo que algo se enciende en mi pecho con una firmeza casi dolorosa. El calor desciende por mis brazos y se instala en las palmas de mis manos.

Las extiendo hacia el mar.

—Detente —susurro, como si una orden pudiera acrecentar un poder que no es suficiente.

No ocurre nada.

El mar ruge igual. Las olas siguen llegando, rompiendo, reclamando la orilla con la misma insistencia de siempre. El agua me golpea las espinillas con más fuerza y me obliga a abrir los ojos para no perder el equilibrio.

El fuego en mi interior titubea.

Aprieto los dientes y vuelvo a intentarlo. Me concentro más, me sumerjo en lo más profundo del recuerdo y exprimo el sentimiento hasta que su intensidad me corta la respiración.

—Vamos…

El mar no responde.

Una ola más grande rompe frente a mí y me empapa las piernas hasta la cintura. El frío es un latigazo que me devuelve al presente con brutalidad.

Grito.

¿Qué esperaba?

El amor no basta. No para esto, no contra algo tan abismal y oscuro.

La oscuridad empieza a treparme por las entrañas. Es una sensación conocida, pero no por eso menos corrosiva. La he sentido demasiadas veces: en el trono; frente a los consejeros que no me escuchaban; en los pasillos del castillo, rodeada de sonrisas falsas; en Faerín, cuando comprendí que la magia que había de ayudarme se alimentaba de huesos pequeños…

Cada uno de esos recuerdos cae en un foso que llena de forma veloz, y algo se mueve.

No es el fuego cálido del recuerdo de Akhir, es otra cosa más áspera, más afilada. Siento que el calor cambia de naturaleza, que se transforma en un nudo grueso y duro bajo el esternón.

Fijo la vista en el horizonte.

Aspiro y me abro, me dejo fluir… sin reprimir nada.

La rabia llega sin pedir permiso y explota como una olla a presión que llevara demasiado tiempo cerrada.

Veo de nuevo el osario. Escucho otra vez los cuchicheos de la corte. Recuerdo la mirada lasciva de Rhogar al mirar a Camila… Recuerdo el instante exacto en el que descubrí el cuerpo de Ceryán desangrándose en la nieve.

Y, sobre todo, me sobrecoge la náusea. La sensación de que siempre hay una mentira detrás de todo, de que se ofrece una causa noble envuelta en flores y luz cuando debajo solo hay horror y muerte.

La rabia asciende como un animal despertando.

Me tiembla todo el cuerpo.

—No teníais derecho —digo en voz alta, con los dientes apretados —. Yo no tenía derecho.

El mar rompe otra vez, pero esta vez no retrocedo.

Dejo que la ira me atraviese. No la contengo, no trato de apartarla. La acepto con todas sus aristas: la indignación, el asco, el desprecio, la furia porque todas aquellas acciones nacen de actos de cobardía.

Y mi sangre responde con un latido violento, irregular, que golpea contra mis costillas desde dentro. Mis palmas arden y mis dedos se agitan sin que pueda controlarlo.

Doy un paso más dentro del agua.

La marea me golpea con fuerza, pero sigo avanzando hasta que el mar me llega a la cintura. El frío ya no importa, solo esta emoción que me consume y me sostiene al mismo tiempo.

—Detente —gruño.

Lanzo las manos hacia adelante, con fuerza y determinación, como si quisiera empujar un muro invisible. El aire explota con un rugido, se pliega sobre sí mismo.

Sin embargo, el mar no se detiene, las olas no desaparecen. No lo he conseguido; pero, a unos metros de mí, percibo que la superficie

del agua se ondula de una forma distinta, en contra de la marea. Durante un latido, el mar duda.

Un estremecimiento recorre la superficie, breve, contenido.

Me quedo inmóvil, con el corazón desbocado.

—Lo he… —susurro, sin atreverme a terminar la frase.

La siguiente ola rompe con fuerza renovada. El mar se ha ofendido por mi atrevimiento. El agua me golpea en el pecho y me obliga a dar un paso atrás… pero ya es tarde. Lo he sentido.

La rabia ha tocado algo. No lo he dominado, no lo he frenado… pero lo he rozado.

La evidencia me atraviesa con una mezcla de vértigo y terror: no es amor lo que necesita mi sangre, es rabia.

Furia pura, desnuda, sin redención.

Me doy la vuelta y camino para salir del agua. Mis piernas tiemblan, no sé si por el frío, por el esfuerzo o por lo que acabo de comprender. Me dejo caer sobre la arena húmeda y me apoyo sobre los codos para no desplomarme del todo.

Respiro con dificultad.

El mar sigue ahí, inmenso, indomable.

Y yo… yo sigo siendo pequeña frente a él, pero ya no soy insignificante.

Miro mis manos, enrojecidas, temblorosas.

Con amor he hecho brotar vida de la tierra muerta; con rabia he logrado hacer temblar el mar.

No puedo detenerme ahora. Un minuto para respirar y regreso al mar. Tengo que profundizar en esta rabia, aumentarla hasta dejarme consumir. Solo así lograré un impulso tan grande como para detener el oleaje, para abrir un camino en las Montañas.

La tarde se diluye sin que me dé cuenta.

El sol avanza lento pero implacable, y yo sigo ahí, frente al mar, repitiendo el mismo gesto una y otra vez, hasta que los brazos me pesan como si llevara piedras atadas a los huesos. El agua salada me ha calado la ropa, la piel, la voluntad. El frío ha dejado de ser una molestia concreta para convertirse en un estado: un entumecimiento constante que ya no distingo del cansancio.

No pienso.

O, mejor dicho, no me permito pensar en nada que no sean recuerdos agrios, rabiosos.

Respiro.

Empujo.

Una y otra vez.

La rabia aparece y se disipa. Regresa, se transforma, se vuelve más áspera, más fatigada. Ya no es la furia limpia del inicio, sino una mezcla confusa de frustración y agotamiento. Cada vez que creo rozar algo, un cambio en la espuma, un movimiento extraño en la superficie, el mar me devuelve su indiferencia con una ola más fuerte, más pesada.

Caigo de rodillas en la arena. Respiro. Toso. Me incorporo y vuelvo a entrar en el agua.

El tiempo deja de tener sentido.

Cuando el sol empieza a descender, mi cuerpo ya no responde como debería. No consigo dar un paso. Estoy agarrotada, entumecida. Mi garganta está seca de respirar el aire salino, de gritar hasta quedarme sin aliento.

Siento su presencia antes de que su sombra me alcance.

—Vas a desmayarte —dice, a mi espalda.

Su voz no tiene el tono autoritario habitual. Hay un matiz de preocupación bien marcado.

Me giro despacio. Está a unos metros de mí, descalzo también, con los bajos de las mallas mojados por el mar. En las manos sostiene un plato de madera con comida: pan, fruta, un pedazo de carne… El olor de la comida me golpea de repente y hace rugir mi estómago. Me doy cuenta de que no he comido en todo el día.

—No tengo hambre —respondo, brusca. No necesito que nadie me cuide.

Vaerion no se mueve.

—Eso no debería decidirlo tu orgullo.

Sigo sin acordarme de que puede sentir todo lo que pasa por mi cabeza. Su frase me irrita sin pretenderlo. Llevo todo el día concentrada en sacar la rabia de mí… solo soy furia en este momento.

—Déjame, Vaerion —le espeto—. No tengo tiempo para estos juegos.

Él avanza un paso y me tiende el plato, todavía a una distancia prudente, como si se lo ofreciera a un animal herido que podría morder si se acercara demasiado.

—Come —insiste—, y luego sigue hasta desfallecer si es lo que deseas.

Lo ignoro.

Vuelvo la vista al mar y alzo las manos otra vez. Hay una nueva furia renovada por Vaerion, ha encendido una mecha… pero, ni aun así logro nada. La frustración sorda me atenaza, el cansancio me nubla la vista.

Y el mar rompe, impasible.

—Genoveva —dice, y esta vez mi nombre suena como una súplica a media voz—. Basta por hoy.

Me giro hacia él con los ojos encendidos.

—¿Basta? —escupo—. ¿Crees que puedo permitirme parar?

—Creo que estás usando la emoción equivocada.

Sus palabras me enfurecen aún más. No le he pedido consejo, no quiero que se meta en esto. Es demasiado personal, es mío, íntimo.

—Yo tampoco pedí sentirte así, Genoveva, pero ya no puedo hacer nada. Me desbordas… me bloqueas la voluntad.

Doy un paso hacia él, el agua goteando de mi ropa.

—¿Y crees que eso te da derecho a decirme qué emoción usar?

Vaerion me observa un segundo largo. Sus ojos plateados no albergan reproche, solo un respeto profundo, tan antiguo como él.

—Si me he quedado a tu lado, es porque quiero ayudarte —dice al fin.

El silencio se estira entre nosotros, roto solo por el mar y el ulular del viento.

—Necesitas una emoción que no sea pasajera —continúa—. La rabia explota y se agota. Se consume demasiado rápido. No puedes construir un conjuro perpetuo con una base tan efímera.

Aprieto los puños.

—¿Y qué propones? —pregunto con ironía—. Que me dé por vencida.

Él niega despacio.

—Propongo que sigas explorando y busques algo que duela más, que persista cuando cierras los ojos…

La frase me eriza la piel.

—Hay un sentimiento —añade— que no se diluye… que no necesitas buscarlo porque vive clavado en tu cuerpo, en tu nuca…

Sé la respuesta antes de que la pronuncie.

—La culpa —dice.

La palabra cae entre nosotros como una piedra arrojada a un estanque. No provoca olas visibles, pero se arrastra hasta el fondo.

—No —respondo demasiado rápido—. Ese no es el camino.

Vaerion deja el plato sobre la arena y se acerca un paso más.

—¿No? —pregunta—. ¿No sientes como te araña cada vez que piensas en él? ¿Cada vez que deseas que yo rompa la distancia que ambos nos esforzamos por mantener?

Mi respiración se vuelve irregular.

—No te atrevas…

—La culpa duele tanto que te muerde en la nuca, Genoveva —prosigue, ignorando mi advertencia—. Te aprieta en el pecho, te impide dormir. Es constante, profunda… y no se agota. Al contrario, arraiga y crece con el tiempo.

La rabia que brota ahora de mí no es la misma que he estado usando contra el mar. Es más personal, más peligrosa.

—¿Y qué se supone que quieres que haga con eso? —le pregunto.

Vaerion me mira con una intensidad que me paraliza. Me obliga a quedarme quieta.

—Déjala crecer.

El viento sopla con más fuerza, levanta arena.

—Habla claro —le exijo.

Vaerion duda por primera vez. Cuando vuelve a hablar, su voz es más baja, más tensa.

—Sabes tan bien como yo qué la alimenta.

El momento se vuelve insoportable.

—No —digo, asustada de que exista siquiera esa posibilidad—. No voy a hacer eso.

—Genoveva…

—No —repito más fuerte—. No me envenenes con esas ideas, Vaerion. Qué conveniente para ti, ¿no? Qué fácil para lograr lo que llevas persiguiendo desde que entré en Faerín…

—¿Conveniente? —Su voz se vuelve de piedra—. ¿Para quién? ¿O es que crees que después de probar lo que puedes darme no voy a morir cada segundo que no lo tenga? No, Genoveva, no es mi deseo lo que está en juego —replica, y ahora sí hay rabia en él—. Es tu objetivo.

Le doy la espalda. No quiero seguir escuchándole. No quiero siquiera plantearme la existencia de esa posibilidad.

—Vete —le digo.

—Genoveva…

—He dicho que te vayas —Mi voz tiembla, pero no cedo—. No tienes derecho a decidir por dónde debo romperme para conseguir lo que quiero.

Se produce un instante de silencio en el que lo escucho suspirar, pero no me vuelvo hacia él. No quiero ver el gesto plasmado en su rostro porque temo ser débil.

—Muy bien —le escucho decir—, pero al menos come. Hazlo por él, o mañana no podrás ni mantenerte en pie.

Luego se gira y se aleja por la playa, sin volver la vista atrás.

No me importa. No puedo dejar que me afecte.

Vuelvo a intentarlo.

Rabia.

Culpa.

Frustración.

Pero sigue siendo nada.

Cuando el cielo se oscurece por completo y la luna empieza a reflejarse en la superficie agitada, apenas puedo mantenerme erguida. El cansancio no me permite continuar.

Regreso a la gruta arrastrando los pies. Exhausta, derrotada.

El fuego está encendido, pero el lugar se encuentra vacío.

El lecho de Vaerion está intacto. Me siento en el mío y me hundo.

Él no vuelve.

Y mientras el mar ruge a lo lejos, comprendo que pasaré la noche sola. El silencio y la soledad serán solo míos.

Con todas sus dudas.
Con toda su culpa.

20. Culpa

El tercer amanecer me encuentra en el mismo lugar.

Descalza. Empapada. Con la arena pegada a la piel y los músculos convertidos en un amasijo de dolores sordos.

El mar no ha cambiado. Sigue ahí, vasto, indiferente, moviéndose con esa cadencia eterna que me recuerda, una y otra vez, que estoy muy lejos de alcanzar la meta que me propongo.

Tres días.

Tres días sin lograr nada más allá que leves turbaciones en la superficie del agua.

Al principio conté las horas. Luego dejé de hacerlo. Ahora solo existe el gesto repetido: cerrar los ojos, respirar hondo, buscar dentro, empujar. Una y otra vez, hasta que la mente se vacía y solo queda una pulsación agotada que no sabe ya de dónde nace.

He probado con todo lo que alguna vez me removió por dentro.

Con el recuerdo de Akhir.

Con el amor.

Con la rabia.

Con la decepción.

Con la tristeza.

Y nada hace efecto. Ninguna emoción es tan poderosa como para lograr lo que me propongo.

Vuelvo a enfadarme, como cada mañana. La rabia surge rápida, caliente, eficaz durante unos instantes. Las olas se agitan un poco más de lo normal, la superficie del agua se tensa, pero enseguida se disuelve.

No he vuelto a ver a Vaerion desde nuestra discusión en la playa. Puede que se haya marchado, pero no tengo fuerzas suficientes para tratar de averiguar cómo me siento ante esa posibilidad.

Escucho pasos a mi espalda, pero no me giro. Sé que no es él.

—No es ninguna de esas —dice la voz de Eldara—. Ninguna de esas emociones es suficiente.

La mujer se detiene a unos pasos de mí. Su silueta se recorta contra el cielo encapotado, el viento agita su trenza canosa.

—Trato de amplificarlas —respondo si fuerza.

Ella suelta una risa breve, sin humor.

—No puedes convertir un grano en una playa, niña.

Me giro despacio. Tengo los labios partidos, la piel enrojecida por el sol y el salitre, los ojos cansados y hundidos.

—Ya me lo explicaste, ¿no es cierto? —digo—. Necesito otra emoción mucho más fuerte.

Eldara está observando el mar.

—No —dice—. Necesitas una emoción más profunda.

Se sienta en la arena sin importarle mancharse el vestido.

—Las emociones positivas son hermosas —continúa—, pero débiles. Las emociones negativas las eclipsan con facilidad, las destierran. Algo que se eclipsa así no abre montañas ni detiene mareas.

Aprieto los dientes.

—La rabia tampoco sirve —replico—. Explota y desaparece.

—Exacto —asiente—. La ira es una chispa. Brilla, quema… y se apaga. No sostendrá un conjuro perpetuo.

Guarda silencio un instante antes de continuar.

—Necesitas algo que haga poso, que cale muy dentro y perdure pese a todo lo que ocurra alrededor. Algo que, cuanto más tiempo pase, más duela. Algo que no se resuelva, que no tenga salida.

No lo especifica, pero no hace falta. Sé a lo que se está refiriendo.

El recuerdo de Vaerion vuelve con una nitidez incómoda. Sus palabras. La manera en la que me dijo lo mismo… y cómo yo reaccioné.

Siento una presión extraña en el pecho.

Eldara se vuelve hacia mí con una mirada afilada.

—La oscuridad a menudo no se puede combatir con luz —dice—, sino con una oscuridad aún mayor.

La idea me atraviesa con una mezcla incómoda de resistencia y aceptación. Recuerdo su tono aquella tarde. No había triunfo, ni satisfacción… solo amargura.

Y yo lo eché.

El sentimiento se asienta, lento. No quema como la rabia, no consuela como el amor. Solo pesa, se instala, aprieta.

Y, de pronto, el mar vibra.

Es un estremecimiento sutil, pero profundo. Como si algo muy grande se hubiera removido bajo la superficie. Un pez enorme. Aunque que yo sé que no se trata de un animal.

Mi pulso se acelera.

—Lo has visto, ¿verdad? —susurra Eldara.

Asiento sin atreverme a hablar.

Tomo aire y lo sujeto mientras cierro los ojos.

Dejo de empujar. Dejo de buscar y remover recuerdos. Simplemente… siento.

La culpa se abre paso con una claridad dolorosa. Culpa por Vaerion, por haberlo juzgado, por haberlo expulsado de esa manera tan fría cuando, quizá, solo intentaba ayudarme.

La emoción no estalla. Me hunde en ella.

El mar vuelve a temblar. Esta vez, una franja de agua se tensa frente a mí, como si algo invisible la sujetara desde dentro. No se detiene por completo, pero vacila.

Expulso el aire de golpe.

—Lo tienes —dice Eldara a mi lado.

Profundizo. Comprendo toda su complejidad.

Empieza a llover.

Al principio son gotas dispersas, tímidas. Luego, una cortina constante que empapa mi cabello, mi ropa, mi piel. El frío cala, pero no me muevo.

Las olas se deforman, torpes.

No me detengo.

Vuelvo a cerrar los ojos y aprieto esa emoción hasta que duele de verdad, hasta que el recuerdo de Vaerion alejándose por la playa me arde en el estómago, hasta que la culpa se vuelve casi insoportable.

Y entonces lo entiendo de golpe.

No es suficiente.

La culpa está ahí, pero sola no basta, necesita ser amplificada. Necesita un detonante. Y el nombre que más me duele no es el de Vaerion.

Abro los ojos, jadeando. La lluvia cae con fuerza, el cielo es una masa negra sin estrellas.

Eldara ya no está.

Me quedo un momento más frente al mar, empapada y exhausta, pero con la certeza clara y brutal de que sé lo que debo hacer.

Doy media vuelta y abandono la playa.

Me interno en la noche, dejando atrás el rugido del agua, y me dirijo hacia el límite del bosque oscuro, donde sé, con una intuición que no admite dudas, que Vaerion sigue ahí.

Esperándome.

El bosque me recibe calada hasta los huesos.

El jubón y las mallas se me pegan al cuerpo como una segunda piel, incómoda, fría. Avanzo sin detenerme, guiada por una intuición que me sorprende. No pienso. No dudo… Si lo hiciera, aunque solo fuera un segundo, no seguiría adelante.

La cabaña aparece entre los árboles como una grieta de luz.

Es pequeña, sobria. Ha utilizado la materia justa para levantarla. Desde el interior se filtra el resplandor tibio de un fuego. Calor. Refugio. Tentación.

Empujo la puerta.

El olor a madera, resina y humo me llena los pulmones.

Vaerion se incorpora al instante.

No hay sorpresa en su rostro, solo tensión. Parece que me haya estado esperando y supiera exactamente por lo que estoy allí.

Me observa de pie, con los músculos tensos y la mandíbula apretada. El fuego dibuja sombras en su pecho descubierto, en los potentes músculos de sus brazos. El apósito sobre mi tatuaje está cubierto de sangre fresca. Puede que no haya dejado de sangrar desde que estamos cerca.

No dice nada, y yo tampoco.

El silencio entre nosotros está cargado de tensión. El agua gotea de mi cabello, resbala por mi cuello y se cuela por la línea de mi clavícula. Tomo aire, pero lo suelto rápido. No puedo sostenerlo. Mi corazón palpita demasiado rápido. Jadeo.

Doy un paso. Él no retrocede. Doy otro.

El ambiente se vuelve eléctrico. Me tiembla todo el cuerpo, no sé si de frío o por la certeza de lo que estoy a punto de hacer.

No he venido a disculparme. He venido a dejarme arrastrar.

Cuando estoy lo bastante cerca, Vaerion alza las manos hacia mi rostro… pero las detiene a un palmo de él, como si aún me concediera una última oportunidad para pensármelo mejor, para huir.

No la tomo.

Apoyo las manos en su torso desnudo y el contacto es demoledor. Calor. Solidez. Su respiración se quiebra al sentirme.

—Te prometo que… —empieza a susurrar.

—No me prometas nada —le interrumpo con la respiración ahogada por el deseo—, solo ámame de tal manera que mañana la culpa me devore.

Aferra mi rostro entre sus manos y su boca encuentra la mía con una ferocidad que duele, como si pretendiera recuperar cada segundo de contención pasado. El beso es profundo, cargado de todo lo que llevamos negándonos desde hace demasiado tiempo.

Me hundo en su cuerpo como si el mundo se hubiera reducido a este instante.

A este error.

Sus manos se cuelan por debajo de mi ropa empapada. Recorren mi espalda, dibujan la línea de mi cintura, suben voraces hacia mis

pechos y los envuelven con avidez. Dejo escapar un gemido y me dejo llevar.

La ropa cae sin que apenas me dé cuenta. Húmeda, olvidada. Mi piel contra su piel es un choque silencioso que me hace arquear la espalda; buscarlo, necesitarlo. Vaerion me cubre con todo su cuerpo. El encaje es perfecto.

El fuego crepita.

La lluvia golpea en el techo.

El mar no se escucha dentro del bosque.

Me guía hacia el lecho sin prisa, y me tumbo con la espalda apoyada en la cama de hojas. Vaerion se coloca encima y se inclina sobre mi cuello para acariciarlo con sus labios.

Cada gesto es una elección, una renuncia consciente a la distancia que hemos defendido durante tanto tiempo.

Su aliento recorre mi clavícula, mis pechos erizados, mi cintura, la línea de mi sexo. Lo hace despacio, queriendo memorizar cada centímetro de mi cuerpo. Cuando por fin me penetra y el movimiento de nuestros cuerpos se acompasa, primero despacio, salvaje y hambriento al final, la culpa llega… puntual, feroz, devastadora.

Akhir y el momento exacto en el que eligió condenarse para salvarme. Su mirada sabiendo que ese sacrificio no tendría redención. *Ya desafié al infierno por ti una vez…* El peso de ese recuerdo me atraviesa el pecho como una hoja afilada. Estoy traicionándolo. He cedido al deseo cuando él sigue encadenado, perdiéndose por mi culpa.

La culpa.

Lloro sin darme cuenta.

Vaerion se detiene y me besa, sabiendo que va a ser la última vez que se permita hacerlo, que ese beso es una despedida. Luego apoya la frente contra la mía y respira el mismo aire roto. Sus dedos se entrelazan con los míos sobre mi cabeza y me sostienen, porque él entiende exactamente de dónde nace mi quiebra. Lo está sintiendo al mismo tiempo que yo.

Me aferro a él mientras la culpa se enrosca en mi nuca como una corona de espinas, mientras mi cuerpo arde y mi conciencia sangra.

Cuando todo se calma, cuando el temblor cede y solo quedan las brasas bajo las cenizas, me quedo quieta, con la respiración aún agitada.

El recuerdo de Akhir no se va. La culpa cala y se asienta, porque he fallado al único que lo perdió todo por salvarme.

Y, mientras el bosque duerme a nuestro alrededor, comprendo que, al fin, tengo en mis manos la emoción que puede detener el mar… aunque me haya costado el alma alcanzarla.

21. La sangre heredada

El amanecer aún no ha llegado cuando regreso a la playa.

No puedo dormir con la culpa tan voraz gritando dentro de mí. Y sé que Vaerion tampoco lo ha conseguido. Lo escucho removerse y dar vueltas sobre el lecho de hojas. Aun así, no dice nada cuando me levanto y me visto para bajar a la orilla.

El cielo es una cúpula de plomo y ceniza, sin estrellas ni luna. El mundo parece haberse apagado conmigo. El mar ruge bajo esa oscuridad con una cadencia más lenta, más profunda. La marea está alta. Siempre lo está cuando vengo, como si me esperara.

El mar no me teme. No todavía.

Mi cuerpo recuerda la noche en el bosque con una claridad que me duele. El peso de Vaerion sobre mí. El calor. La entrega. Y, por debajo de todo, esa otra presencia que no se fue en ningún momento.

Akhir.

La culpa no es un estallido. No es como la rabia, que irrumpe y arrasa. No es como el amor, que quema y eleva.

La culpa es un sedimento. Se deposita capa a capa, lentamente, y cuanto más tiempo pasa, más peso adquiere. No necesita ser invocada: vive en mí. En la nuca. En el pecho. En cada decisión que

tomo sabiendo que no estoy dispuesta a pagar el precio… y aun así pago.

Respiro hondo.

No busco recuerdos al azar. La culpa no se encuentra en ellos, es emoción pura. Por eso es tan potente.

Siento primero el nombre de Akhir como una herida antigua que nunca cerró. Su mirada cuando eligió perderlo todo por mí. Su sacrificio sin promesa de redención. El infierno aceptado como destino.

Después, la imagen de mi cuerpo buscando otro calor mientras él sigue encadenado.

Y duele.

El mar golpea con fuerza y una ola me empapa hasta las rodillas. El frío es un latigazo, pero no retrocedo. Dejo que la culpa se hunda más, que se enrosque, que me apriete desde dentro como un anillo de hierro.

He fallado.

He fallado al Heraldo que me salvó y me he fallado a mí misma. A mis principios.

El horizonte empieza a aclararse con una franja pálida, enfermiza. No es luz todavía. El mar se agita frente a mí, arrogante, eterno.

Alzo las manos.

La culpa asciende por mis brazos como un veneno lento, pesado, insoportable. Mis dedos se curvan por el peso. El aire se vuelve denso, espeso, como si se negara a moverse. El sonido del mar cambia. No se detiene… pero vacila.

Aprieto los dientes.

No pienso en detener el oleaje. Pienso en cargar con todo lo que me mortifica, lo que hace crecer la culpa: cada mirada que me enciende el pecho, cada roce buscado de cuerpos, cada vez que su nombre muere en mis labios cuando desearía gritarlo al viento.

La culpa se clava y no me deja respirar.

Grito con todas mis fuerzas, me desgarro por dentro… me parto. Y entonces, el mar responde con desconcierto.

La marea se tensa como si se tratase de una superficie elástica. El agua deja de avanzar. Las olas se congelan a medio gesto,

deformadas, antinaturales, como si alguien hubiera arrancado el tiempo de cuajo.

El rugido se apaga.

La marea se detiene.

Pero, donde debería sentir euforia, algo se rompe dentro de mí.

Me quedo vacía.

La culpa se ha ido… o peor: se ha quedado sin resistencia. Ha arrasado con todo lo demás. Mi sangre deja de arder. Mis piernas ceden. El mundo se inclina.

La última imagen que veo es el mar inmóvil, humillado, detenido ante mí como una bestia obligada a arrodillarse.

Después, nada.

Caigo sobre la arena fría sin sentir el golpe.

Y mientras la primera luz del amanecer roza el horizonte, mi cuerpo se apaga, vacío, exhausto…

Despierto envuelta en luz.

No es el amanecer filtrándose por una ventana, ni el fuego de una chimenea. Es algo más blanco, más limpio, casi cruel. Me atraviesa los párpados cerrados y me obliga a entreabrirlos con un esfuerzo que me parece descomunal.

El mundo no responde como debería.

No siento el peso de mi cuerpo. No siento mis manos. Solo una debilidad abrumadora, como si alguien hubiera drenado algo más que mis fuerzas.

—No deberías moverte —dice una voz—. Estás muy débil.

La reconozco antes de enfocar la vista.

Eldara.

Intento girar la cabeza, pero apenas lo consigo. El interior de la cabaña se dibuja poco a poco: las vigas de madera, el techo bajo, las paredes cubiertas de símbolos que ahora brillan con esa luz antinatural que me quema los ojos.

—Lo lograste —continúa, y hay algo en su tono que me descoloca —. Debo admitir que no lo esperaba.

Parpadeo. Trato de hablar, pero la garganta se me cierra.

—Detuviste la marea —dice—. No creo que nadie haya conseguido nada parecido antes.

Siento una presión extraña en el pecho. Es… confusión.

—Deberías descansar —añade—. Has hecho algo enorme.

La luz procede de detrás de ella. De algo suspendido en el aire, fuera de mi campo de visión. Intento enfocar mejor, pero el esfuerzo me parte en dos. La cabeza me cruje de dolor.

Algo no encaja.

Mi cuerpo está demasiado quieto.

Intento mover los dedos.

No responden.

El pánico llega despacio, como una marea inversa.

Bajo la mirada.

Y entonces lo veo. La luz artificial, creada por conjuro, detrás de la cabeza de Eldara, para alumbrar con exactitud los cables finos, translúcidos, que están insertados en mis brazos, en mis muslos, en el costado. Agujas clavadas en mis venas. Pequeños conductos por los que fluye algo oscuro, espeso.

Mi sangre.

Un gemido ahogado se me escapa de los labios.

—Tranquila —dice Eldara, con una calma que ya no me parece amable—. Si te agitas, solo empeorará.

Intento incorporarme por puro instinto y el dolor me atraviesa como un relámpago. Algo me sujeta las muñecas. Cuerdas. Nudos firmes. Ensayados.

Estoy atada.

—¿Qué…? —mi voz sale rota—. ¿Qué estás haciendo?

Eldara suspira, casi con cansancio.

—Te estás despertando demasiado rápido —murmura—. Supuse que el agotamiento te tendría inconsciente más tiempo.

El miedo me muerde el estómago.

—¿Qué significa todo esto?

Ella me observa en silencio durante unos segundos. Luego, con una serenidad que hiela la sangre, decide dejar de fingir.

—De verdad creí que no lo conseguirías y que el Ancestral se marcharía pasadas unas semanas… hubiera sido más fácil sin él

rondando por aquí —confiesa—, pero supongo que ya da igual. No puedo permitir que te marches y te lleves tu don…

Parpadeo. Estoy desorientada… me cuenta entender sus palabras.

—Nunca aprendí a sintetizar la sangre de Harval —dice al fin.

Mi cerebro se bloquea.

—¿Qué…?

—La robé —continúa—. Toda.

Mi respiración se vuelve errática.

—Lo asesiné —añade, sin énfasis—. Era la única forma de conservarla.

La miro, incapaz de comprender del todo.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Tenía sueños grandes, Genoveva, pero ni tu abuelo ni tu padre los comprendieron. Me apartaron de la materia… me dijeron que me estaba consumiendo, como si hubieran entendido alguna vez lo que eso significaba.

Hago un esfuerzo por tratar de soltarme, pero el agarre es fuerte. Empiezo a ponerme nerviosa y a dejar que el miedo me domine. Me estoy desangrando, noto que las fuerzas me abandonan. No sé cuánto tiempo más podré sostener la conciencia.

—Entonces fue por eso por lo que te exiliaron… —comprendo al fin — por lo que mi padre nunca me habló de ti.

Eldara compone una mueca de desagrado.

—Un desagradecido —escupe—. Yo lo convertí en un rey poderoso y él me asestó un cuchillo por la espalda. Así que tuve que llevarme toda la sangre del Harval para poder seguir conjurando.

—Conjurar ¿el qué?

Eldara ríe con amargura.

—Mi vida, niña. Mi independencia. Tú persigues al hombre que amas, yo fui vendida a aquel que más le convino a mi familia. Conjurar ha sido siempre mi salida, mi ventana a la libertad. ¿Cómo iba a renunciar a eso? Así que me la llevé toda y con ella he mantenido este oasis durante todos estos años… pero me estaba quedando sin ella —prosigue— y entonces llegaste tú.

Sonríe.

No hay ternura en ese gesto. Solo el hambre de una adicción desmedida.

—La sangre de Aethryon viva, joven, poderosa —dice—. Has sido… un regalo.

El terror me paraliza.

—No puedes… —susurro—. Soy tu nieta.

—Eso es irrelevante —responde con frialdad—. La sangre siempre ha sido lo único que importa.

Entiendo que no voy a razonar con ella, que las palabras no van a sacarme de allí. Entonces trato de conjurar para liberarme de las ataduras.

Cierro los ojos, busco dentro… y no encuentro nada.

Solo vacío.

—No te esfuerces —dice Eldara, como si pudiera presentir mi intento—. Después de lo que has hecho, tu sangre necesitará días para volver a responder. Has gastado algo que no se recupera tan deprisa.

Trago saliva.

—Vaerion… —digo—. ¿Dónde está Vaerion?

Ella ríe de nuevo, una risa breve y seca.

—¿Crees que el Ancestral podría salvarte? Dime, niña, ¿cuándo tiempo imaginas que sobrevivirías en un mundo sin materia, en el que la única fuente para conjurar está en tu sangre? Te has convertido en una valiosa mercancía…

Un frío glacial me atenaza las entrañas. Imagino hordas de adictos ansiosos, capaces de cualquier cosa por consumir un poco más. Y yo frente a ellos, frente a la pura y vasta desesperación… No habría lugar en el mundo, por recóndito que fuera, en el que pudiera ocultarme.

—Tu perro guardián sigue en el bosque —continúa—. Lamiéndose las heridas. No te molestes, no puede oírte desde aquí.

La miro, y pese al miedo, algo en mí encuentra valor y seguridad.

—No necesito que me oiga —digo despacio—. Me basta con que me sienta.

Eldara frunce el ceño por primera vez. No ha entendido lo que quiero decir, pero por la sombra que veo agitarse al otro lado de la

puerta, comprendo que tengo razón.

No hay explosión ni estruendo. Solo una presión súbita, brutal, como si el bosque entero hubiera contenido el aliento y lo soltara de golpe.

La puerta se abre y Vaerion entra veloz, sin decir nada. No pregunta. Sus ojos plateados entienden lo que sucede con solo una mirada. El movimiento es rápido, letal. Un destello de acero. Un solo golpe.

Eldara cae sin comprender siquiera que ha sido derrotada.

El silencio posterior es absoluto. Observo su cuerpo convulsionar en el suelo mientras la sangre forma un charco a su alrededor. Siento vértigo al pensar que aquella mujer era mi abuela. Esa sangre que ahora mancha el suelo también corre por mis venas.

Vaerion corre hacia mí. Rompe las cuerdas y arranca los conductos con un cuidado desesperado. Sus manos tiemblan y, ese gesto de preocupación tan humano, tan alejado de su entereza inquebrantable, me calienta el cuerpo adormecido.

—Estoy aquí —dice, y su voz se quiebra apenas—. Te tengo.

Me ayuda a incorporarme. El mundo gira y siento que me mareo.

—Genoveva… —susurra.

Levanto la mano con dificultad y rozo su mejilla.

Sus ojos plateados recorren mi rostro con avidez. Tratan de asegurarse de que estoy bien. Sin embargo, se detienen con un gesto de preocupación.

—Tu pelo… —dice.

Entonces siento el frío en la sien. Un mechón ha perdido el color. Blanco. Inerte, como si el tiempo lo hubiera tocado y se hubiera acelerado.

Entiendo antes de que nadie lo diga.

El precio.

No solo he detenido el mar, he entregado algo más.

Vitalidad. Años. Vida.

Me apoyo contra Vaerion, demasiado débil para sostenerme sola.

—Abrir montañas… —murmuro—. Detener mareas…

Él me estrecha con cuidado, como si temiera romperme.

—Tiene un coste —termina por mí.

Cierro los ojos, a la vez que comprendo que este nuevo poder no solo consume sangre… también tiempo.

22. Hacia el sur

Cabalgamos hacia el sur por límite occidental de Faerín.

Durante los primeros días, no tengo fuerzas suficientes para mantenerme erguida sobre la montura. Mi cuerpo es solo un amasijo de carne que no responde órdenes.

Dentro de mí hay un agujero que todavía no sabe cómo llenarse.

Cada sacudida del terreno me atraviesa y me hace consciente de mi cansancio profundo. No se parece al agotamiento físico que he conocido hasta ahora, sino a algo que respira más dentro, más cercano a la pérdida.

Vaerion me lleva en brazos.

Me acomoda delante de él con una naturalidad que me descoloca, como si esta forma de cercanía hubiera existido siempre entre nosotros.

Lux avanza detrás, atado con una cuerda larga y firme, obediente. El caballo resopla de vez en cuando, pero no protesta. Parece entender que ahora necesito otro apoyo diferente al suyo.

Siento el pecho de Vaerion amplio y sólido a mi espalda. Su respiración es constante, profunda. Un ritmo que alimenta el mío cuando el mareo y la debilidad amenazan con vencerme. Me

sostiene con un brazo cruzado sobre mi vientre, fuerte pero cuidadoso, sin apretar ni invadir. El otro brazo guía a su caballo con una soltura que delata siglos de experiencia.

Su calor se filtra a través de la ropa y me envuelve poco a poco.

Apoyo la cabeza contra su pecho y me abandono al momento.

En sus brazos no hay urgencia, no hay exigencias. Solo sostén.

Cierro los ojos muchas veces durante el trayecto. No para dormir del todo, sino para dejar que el vaivén del caballo me arrulle. El mundo se vuelve una sucesión de sonidos amortiguados mientras mi cuerpo va reponiendo su energía: crujido de ramas bajo los cascos, el roce del metal de la armadura de Vaerion, el susurro del viento entre los árboles.

El paisaje cambia despacio, aunque apenas me dé tiempo a percibirlo.

El bosque se aclara poco a poco y los árboles se vuelven más densos, menos bajos. La humedad del aire disminuye. La costa queda a nuestra derecha, olvidada, como el recuerdo del mar inmóvil que se me antoja ya parte de un sueño. Ahora la tierra parece más firme, más áspera.

Y yo me siento protegida, a salvo y en calma.

Pese a todo, la culpa no ha desaparecido. Es un murmullo constante, una presencia que se acomoda conmigo entre los pliegues del cansancio. La noto en la nuca, como siempre; en el pecho, cuando respiro demasiado hondo; en el mechón de pelo blanco que a veces asoma en el límite de mi visión.

Lo toco sin darme cuenta. Ese hilo de pelo sin color es mucho más áspero que el resto de mi cabello. Está ahí para recordarme que he conseguido lo que necesitaba. Sí, pero no gratis.

Cada vez que respiro el olor de Vaerion, acomodada en su pecho, la culpa se asienta un poco más. No es por él, sino por lo que supuso permitirme buscar refugio en unos brazos cuando mi conciencia sabía que estaba fallando a alguien que muere condenado por mí.

Akhir.

Su nombre no abandona mi pensamiento, camina a mi lado sin disolverse. Siempre constante, incluso cuando cierro los ojos y el

cansancio me vence.

Vaerion no habla mientras cabalgamos y yo tampoco. Avanzamos así durante horas que se confunden, días que se mezclan unos en otros. A veces despierto en mitad de una llanura, otras bajo palmeras altas que señalan la proximidad de las tierras septentrionales.

El tiempo pierde definición. Solo existe el avance constante hacia el sur.

Una tarde, mientras los caballos trotan por una extensión infinita de tierra yerma y el sol empieza a inclinar su luz dorada, Vaerion rompe el silencio.

—Lo siento —dice, sin mirarme.

Siento su voz retumbar en su pecho. Tiene un cariz de vulnerabilidad que no le había escuchado nunca.

Abro los ojos.

—Siento haber sido el catalizador de algo tan… desgarrador —continúa—. Ojalá hubiera existido otra manera.

El caballo sigue avanzando sin importarle lo que tiene que decir.

—Ojalá no hubiera estado yo en el fondo de ese abismo —añade—. Si hubiera podido cargar yo con esta culpa por ti…

No termina la frase.

Aprieto los dedos contra su antebrazo. No para pedirle que se detenga, sino para que sepa que lo escucho, que sus palabras me remueven.

—No fuiste tú —respondo al cabo de un rato—. Fue mi decisión.

—Pero yo fui el medio.

Hay algo en su tono que me duele. Puedo percibir su sufrimiento acoplado al mío.

—No me arrepiento —le digo para tratar de menguar su dolor, aunque en el fondo sé que es mentira. Sin arrepentimiento no habría culpa—. Si no lo hubiéramos hecho, el mar seguiría avanzando y yo seguiría sin poder rescatar a nadie.

Vaerion inclina un poco la cabeza y apoya la barbilla cerca de mi sien. Su respiración roza mis mejillas.

—Aun así —murmura—desearía que el precio no hubiera sido tuyo.

No respondo. En realidad, el precio es de ambos, porque él sufre cada aguijonazo de culpa conmigo.

Cuando por fin recupero fuerzas suficientes para cabalgar sola, montamos un campamento al caer la noche. El fuego es pequeño y discreto, para no llamar la atención de los lobos y carroñeros que vagan por las estepas del sur.

El cielo se abre sobre nosotros, limpio por fin, salpicado de estrellas.

Cenamos despacio algo que Vaerion ha cocinado. Por suerte, pudimos saquear la despensa de Eldara antes de marcharnos de allí. Enterramos su cuerpo en la playa y colocamos un ramo de flores blancas de su jardín sobre el túmulo. Espero que la diosa Mae tenga a bien encontrarla y sepa entender y perdonar las motivaciones de su pecado.

El silencio entre ambos no es incómodo, pero tengo preguntas que hacer.

—Vaerion —digo al fin—. ¿Por qué avanzamos hacia el sur?

Él no levanta la vista del cuenco. Come con avidez.

—Porque allí está lo único que te falta para alcanzar tu objetivo —dice—. Mi ejército.

Entrecierro los ojos. Confusa.

—¿Tu ejército?

Asiente mientras su cuenco se vacía.

A mi espalda, Águila lanza un chillido. También quiere probar la cena. Agarro el pedazo de carne más crudo y se lo lanzo. Lo pilla al vuelo con una agilidad maravillosa.

Termina de comer y, solo entonces, extiende las manos hacia el fuego y centra su atención en mí.

—Mi ejército aguarda en la puerta del sur desde hace años.

Su revelación me sorprende y me pilla desprevenida.

—¿Por qué? —quiero saber.

—Fue un trato que sellamos con tu padre —responde—. Me permitió conservar mi propio ejército, ajeno a las órdenes reales, a cambio de que mantuviéramos vigilada la frontera sur.

—Pero ¿por qué? —insisto—. ¿Acaso las Montañas Rocosas no son suficiente barrera?

—Lo han sido, pero ¿por cuánto tiempo? Cuando el Señor Oscuro descubra que la materia, a este lado de las montañas, se está agotando, duplicará sus esfuerzos para derribar la barrera. Con toda la materia que queda en el continente en sus manos… —niega despacio—, la cuestión no es si conseguirá abrirse camino. Es cuándo lo hará.

Siento un nudo en el estómago. Dejo el cuenco a un lado. Apenas he probado la cena, pero la angustia me impide seguir comiendo.

Vaerion sigue hablando.

—¿Y cuánto tiempo crees que tardaría en arrasar el continente si lo consigue? —Me mira fijamente. Las vetas plateadas de sus ojos refulgen bajo el brillo incandescente de las llamas.

No respondo. No es necesario.

Comienza a aflojarse el peto y el cinturón y a ponerse cómodo sobre el suelo de tierra. Allí, en la llanura, no son necesarias cabañas que nos protejan del frío y la humedad. Dormimos a la intemperie bajo el cálido abrazo del cielo estrellado y el resplandor del fuego para ahuyentar a las bestias.

—El ejército que necesitas ya está en la frontera —afirma—, y llevan demasiado tiempo inactivos. Creo que se alegrarán de saber que pasamos a la ofensiva.

Sonríe. Disfruta de la promesa de la batalla. No en vano tiene alma de guerrero.

El viento mueve las llamas y el fuego cruje entre nosotros.

Me llevo la mano a la sien, al mechón blanco.

—Espero no defraudarles —susurro.

Imito a Vaerion y me tumbo sobre las pieles para tratar de descansar. Hasta ahora he dormido sin pretenderlo. Mi cuerpo seguía exhausto, pero esta noche es distinta. Por primera vez desde la playa, estoy despierta dentro de mí.

Siento cada músculo, cada pulso, cada latido. El peso exacto de mi cuerpo sobre cada grano de tierra.

Cierro los ojos… pero el sueño no llega.

Un nuevo pensamiento voraz me asalta: las Tierras Baldías.

La palabra renace en mi mente con una forma nueva, tangible. Ya no es un concepto abstracto ni una promesa de futuro, sino un lugar con piel y forma en el que voy a entrar. Un territorio donde la luz apenas llega, donde la materia está corrompida, donde los Heraldos gobiernan como extensiones del Señor Oscuro.

Allí dentro solo hay horrores. Deformidades. Criaturas que ni podemos concebir en nuestros sueños más oscuros.

Pienso en la posibilidad real de no regresar, de caer en alguna batalla, de que mi nombre se quede suspendido en la memoria de otros mientras mi cuerpo se pierde en una tierra que no devuelve lo que toma.

Y, entonces, llegan ellas como un golpe bajo.

Mi madre.

Mi hermana.

Y la posibilidad de no volver a verlas, de no despedirme.

El aire se me atasca en la garganta.

La idea de morir no me aterra tanto como la de desaparecer sin regresar con ellas, sin poder decirles que hice lo que pude, que todo este despropósito tuvo un sentido.

Una lágrima se desliza y se pierde en mi pelo.

El miedo es silencioso y se instala despacio, como la culpa.

Y Vaerion lo siente igual que yo.

Noto que su respiración se agita y después escucho el roce leve de su cuerpo al levantarse. No dice nada, simplemente se tumba a mi lado para ofrecerme consuelo.

Su contacto me envuelve. Me rodea con un brazo firme, seguro, como si supiera exactamente cuánta presión necesito para sentirme segura, respaldada.

Entrelazamos las piernas.

Mi espalda se encaja contra su pecho.

No me pregunta en qué pienso ni intenta ahuyentar el miedo con palabras. Simplemente se mantiene ahí, respirando conmigo, ofreciéndome su presencia.

Y yo no me aparto.

Sé que debería hacerlo, sé que aceptar este refugio no me libera, sino que añade peso a la culpa que ya llevo dentro. Sé que mañana,

cuando vuelva a pensar en Akhir, este momento también dolerá. Pero no lo rechazo.

Cierro los dedos sobre la mano de Vaerion y me anclo a él como si fuera mi último bote salvavidas.

Su respiración se profundiza. Su cuerpo responde al mío con una cercanía íntima, protectora, sin exigencia. No hay urgencia ni deseo que reclame más, solo calor compartido.

Y aun así… duele.

Lloro en silencio.

Las lágrimas brotan sin permiso y empapan la piel de su brazo. No intento detenerlas. Dejo que caigan, una tras otra, mientras me permito disfrutar de esta calma prestada.

Porque es real.

Y porque es efímera.

Vaerion aprieta un poco más su abrazo. Comprende que no lloro por él, sino por Akhir, encadenado más allá de las montañas, por la guerra que nos espera, por la posibilidad de no volver a ver el cielo así, abierto y limpio…

Disfruto del momento… y lo lloro al mismo tiempo.

Sé que mañana la culpa será más profunda y, aun así, mi cuerpo se aferra a él como si fuera hogar.

Cierro los ojos al fin. No para huir del miedo, sino para memorizar este instante.

Por si no regreso.

23. Las Montañas Rocosas

No se trata de una frontera marcada por muros ni por estandartes, sino que es más una sensación física. El aire huele distinto. El viento azota caliente en el rostro.

Las Montañas Rocosas emergen ante nosotros al amanecer.

Más que alzarse, son una amenaza.

En la vida he visto violencia igual a la que desprende su piedra negra, la sucesión de picos afilados que se clavan en el cielo como colmillos gigantes. No existe la armonía en ellas, no hay atisbo de belleza salvaje. Cargan con una presencia que oprime el pecho, que angustia.

Algunas cumbres están rodeadas de nubes bajas que se mueven despacio. Otras aparecen desnudas, cortadas a cuchillo, con cicatrices de derrumbes antiguos y nuevos.

Un escalofrío me recorre la espalda.

Al tenerlas delante, entiendo por qué nadie ha sido capaz de cruzarlas.

Pienso en la titánica tarea de tener que abrir una grieta en aquella coraza de roca negra y el miedo a fracasar me atenaza la espina

dorsal.

Lux se detiene sin que le haya dado la orden y resopla con nerviosismo. Agita la cola, incómodo.

—Son impresionantes —murmuro.

Vaerion asiente a mi lado.

—Shaelira consiguió un imposible. —Su voz se tiñe de tristeza y melancolía, y sus ojos se pierden en la inmensidad de las montañas.

Percibo que algo ha cambiado en él. Ya no es solo el Ancestral que lleva siendo mi hombro y mi apoyo durante todo el viaje. Su porte se ha erguido, ha ganado rigidez. Nos estamos adentrando en territorio enemigo y el guerrero despierta.

Vislumbro un camino de grava suelta que serpentea entre colinas con pequeños matorrales y desciende hasta una llanura árida a los pies de una pared vertical de roca.

En la llanura hay centenares de construcciones que no pertenecen a la naturaleza.

Un campamento. Filas de tiendas de cuero y lona gruesa dispuestas a la sombra de la gran cadena montañosa con una precisión geométrica. También distingo empalizadas bajas y algunas torres de vigilancia erigidas con troncos de madera.

Hay hogueras apagadas a esa hora tan temprana, pero ya se percibe actividad.

Desde la altura, veo soldados entrenando en silencio, otros revisan armas, otros simplemente conversan en pequeños grupos mientras toman bebidas que les activen después del sueño.

—Son… muchos —susurro sin querer.

Vaerion sonríe.

—Más de quince mil hombres.

En silencio, maldigo el trato que hizo mi padre con él para cederle la voluntad de todos esos hombres. Si hubiera dispuesto de ellos hace unos meses, cuando Gorath atacó la frontera norte, no habría necesitado ofrecer a mi hermana a Roghar… no habría tenido que invocar a Akhir… y no sé si esto último me resulta un alivio o una decepción.

Un temor me atraviesa como un relámpago y me atenaza la médula.

—¿Son leales?

Vaerion gira su caballo hacia mí, extrañado.

—Los más leales. ¿Qué pregunta es esa?

Pienso en la amenaza de Eldara, en la posibilidad de convertirme en una mercancía valiosa con la que alguien pudiera lucrarse. Cuando la materia se agote, mi sangre alcanzará precios desorbitados, será un lujo al alcance de los más ricos. Quien me posea, quien pueda exprimirme, se convertiría en el ser más poderoso del continente.

Solo ocultar mi herencia, mi linaje, puede mantenerme a salvo, pero estoy a punto de exponerme ante quince mil hombres. Quince mil posibilidades de que puedan delatarme, de que cualquiera de ellos decida volver la espalda a la razón y se convierta en mi captor.

—¿Qué te ocurre, Genoveva? Puedo sentir tu incertidumbre.

Agito la cabeza. No quiero nuevos fantasmas que me distraigan de mi objetivo. Expresar mis miedos en alto los vuelve más reales.

—Vamos.

Espoleo a Lux y descendemos por el sendero de grava.

En cuanto irrumpimos en el campamento, la actividad se detiene. Los soldados se alzan al paso de Vaerion y se llevan dos dedos al pecho a modo de saludo y como muestra de respeto.

Desmontamos. Yo todavía siento el cansancio en las piernas, pero soy capaz de mantener la compostura. No puedo mostrar fragilidad ahora.

El suelo es duro, polvoriento. Huele a metal, a sudor y a cuero desgastado. A guerra contenida.

Se acerca un soldado a coger las riendas de nuestros caballos.

—Avisad al capitán —ordena Vaerion.

—Estoy aquí.

Un hombre emerge desde el interior del campamento. Camina con paso firme. Es alto, aunque no tanto como Vaerion. Luce hombros anchos y el cabello oscuro recogido en una trenza corta. Lleva una armadura ligera, funcional, sin adornos innecesarios, arañada con marcas de uso real. No parece joven, pero su cuerpo conserva la musculatura de alguien que no ha dejado de luchar.

Se detiene frente a Vaerion y ambos se observan durante un instante que se me antoja largo.

—Llegas tarde —dice.

Vaerion curva apenas la comisura de los labios.

—Y tú sigues vivo —responde—. Eso te convierte en un pésimo profeta, Gerald.

El capitán suelta una carcajada breve, áspera, y apoya el puño contra el pecho de Vaerion con familiaridad.

—Pensé que el mundo se acabaría antes de verte regresar.

—Las cosas han cambiado —dice el Ancestral.

Gerald entonces repara en mí.

Su mirada se convierte en pura evaluación, aunque no me resulta hostil. Me observa con curiosidad. Primero el mechón blanco en mi sien, luego mi porte noble pese al cansancio, después la diadema que Lërian moldeó como una corona…

—Eres la hija de Aldemar —concluye. Y después devuelve la mirada a Vaerion—. La que salvaste.

—Soy Genoveva, de la casa Velaryan. —No quiero que nadie se refiera a mí con otra referencia que no sea mi propio nombre.

La curiosidad de Gerald da paso a un gesto más reverencial. Parece que acabara de comprender que se encuentra frente a su reina.

—Capitán Gerald, al mando del ejército de los bosques —se presenta—. ¿Qué clase de extraño honor os ha traído hasta este aciago lugar?

Vaerion se adelanta.

—Ella tiene el poder que estábamos esperando.

El campamento va despertando despacio, como una bestia enorme que se estira tras una vigilia interminable.

Camino entre las tiendas junto al capitán Gerald mientras el sol comienza a elevarse detrás de las Montañas Rocosas. La luz no llega limpia hasta aquí; se filtra rota, tamizada por las nubes bajas y por la sombra perpetua de la barrera de piedra. Se respira una especie de calma tensa en toda la llanura.

—Llevamos demasiado tiempo asentados —dice Gerald, como si leyera mis pensamientos—. Un ejército que espera se oxida.

Asiento en silencio.

A nuestro alrededor, los regimientos empiezan a cobrar forma. Los hombres se mueven como una maquinaria bien organizada. El sonido seco del metal resuena entre las tiendas.

—Primera y tercera cohorte —explica el capitán—. Especialistas en combate cuerpo a cuerpo. Son la primera línea del frente, el primer batallón que arremete contra el enemigo.

El capitán sigue guiándome por el campamento, mostrándome el potencial y las fortalezas de su ejército, que ahora es mío, tal y como me prometió Vaerion.

Un grupo de arqueros entrena más adelante, disparando hacia dianas colocadas contra la pared de roca. Cada flecha que falla en el blanco se paga con una repetición inmediata. La disciplina es férrea.

Pasada la última línea de tiendas, el terreno se abre en una explanada donde los caballos relinchan inquietos. Son animales grandes, fuertes, con crines trenzadas y las sillas preparadas para combatir en cualquier momento. Algunos jinetes los cepillan con gentileza y esmero.

—Nuestra caballería —dice Gerald—. No son especialmente rápidos, pero su corpulencia los hace imparables.

No digo nada. Asiento en silencio para que mi voz no delate el sentimiento abrumador que me invade al observar la disciplina de aquel ejército. Llevan años ahí apostados y siguen manteniendo la rigurosidad, la presteza, el entrenamiento. No puedo más que admirar su compromiso y envidiar el liderazgo de quien ha sido capaz de conseguirlo.

Caminamos hasta una estructura distinta al resto.

No es una tienda como las demás, tiene apariencia de silo.

Ya he visto otro como ese antes, atacado por un Tharvexûn.

La madera está reforzada con bandas de metal oscuro y símbolos grabados con Alquimia de Trazos. Sé lo suficiente para entender su propósito: contención, sellado, control.

Gerald se detiene frente a él.

—Aquí guardamos casi toda la que queda —dice—. El último bastión de materia.

Casi no puedo escucharle. La sangre me golpea en los oídos y el corazón me late tan fuerte que parece querer empujarme al interior del silo.

—Hemos racionado cada uso —continúa desde el fondo de un abismo—. Curaciones críticas, refuerzos puntuales de las tiendas… Guardamos las reservas para cuando la guerra comience.

La sensación urgente de que Akhir me necesita vuelve a despertar en mi interior. Me apremia, me empuja a abrir la puerta de aquella estructura y a tragar puñados de materia.

Cierro los ojos un instante y trato de reponerme.

Coloco una mano sobre el hombro del capitán para que me sirva de referencia al mundo real.

—Vámonos, por favor —le pido.

Si dice algo más, no le escucho. Tengo el grito desgarrador de Akhir clavado en el fondo de mi conciencia.

24. Los cuatro sellos

La tienda de mando es amplia.

Cuatro mástiles gruesos la sostienen por los extremos y telas pesadas le confieren privacidad y amortiguan los sonidos del exterior. En el centro hay una mesa robusta de madera oscura, marcada por cortes de dagas, pegotes de cera y manchas de origen desconocido. Alrededor, varios hombres y mujeres aguardan nuestra llegada.

Vaerion está entre ellos, pero se mantiene apartado.

Se apoya en uno de los mástiles con los brazos cruzados y la expresión serena pero alerta. Cuando me ve entrar, algo en su postura se relaja. Es mínimo, pero lo suficiente para que yo lo note.

Gerald se aclara la garganta.

—Ellos son los líderes de cada batallón y regimiento —me señala—. Ella es Genoveva, soberana del Oeste, y ahora estamos bajo sus órdenes.

No hay sorpresa en sus rostros ni gestos de rechazo o negativa. Sé que su lealtad se debe a Vaerion, pero si él está conmigo y confía en mi mando, su ejército también lo hará.

Veo que sus ojos están puestos en mí. Esperan que diga algo, pero no estoy muy segura de qué.

Me adelanto. Mi mechón plateado cae sobre mi frente y me recuerda quién soy ahora, en quién me he convertido: una descendiente de Aethryon; y qué he sido siempre: una superviviente.

—Aguardáis aquí desde hace años con una entereza y una disciplina que son dignas de admirar —digo, con la voz clara y limpia —, pero el tiempo de la contención ha terminado. No solo estoy aquí para comandar el ejército, he venido para abrir una vía en las Montañas y dar paso al tiempo de las espadas y las flechas.

Ahora sí percibo un cambio en las miradas, el resurgir de un brillo que parecía apagado.

—Bien —Gerald toma el relevo—, pongamos las cartas sobre la mesa.

Agarra uno de los mapas enrollados a un lado de la mesa y lo extiende hasta ocupar toda la superficie. El dibujo es reciente, pues la tinta en algunos puntos todavía no se ha secado. Reconozco la silueta de la frontera sur del continente, pero, donde hasta ahora siempre se había pintado una mancha oscura, ahora hay trazos, líneas, caminos…

Hay un mapa de las Tierras Baldías.

—¿Esto es…? —pregunto sin dar crédito.

Gerald asiente.

—Llevamos semanas recibiendo información desde el interior.

Frunzo el ceño.

—Pensaba que la barrera no se podía atravesar.

—Y no se puede. —Niega con la cabeza—. Sueños.

Mi expresión pasa de la extrañeza a la incredulidad.

—¿Cómo? —pregunto, incapaz de comprender.

Una mujer de cabello rapado da un paso al frente. Tiene los ojos muy claros y pequeños pendientes de aro colgando de orejas y nariz.

—Los hemos tenido varios de nosotros —dice—. A la vez. Los mismos detalles. Las mismas visiones.

—Creemos —interviene otro de los líderes con ropa de montar— que proceden de un Heraldo del Señor Oscuro.

Gerald asiente y señala el mapa.

—Uno de ellos nos ha trazado el mapa.

—Pero ¿por qué ayudaría? —pregunto—. ¿Qué pretende conseguir traicionando a su amo?

—No lo sabemos —responde Gerald—, pero la información es demasiado precisa para ignorarla.

Desliza el dedo sobre el mapa, pero yo aún no estoy preparada para prestarle atención. Una posibilidad hace que mi corazón lata desbocado. ¿Y si se trata de Akhir? Él solo era un Heraldo, pero ¿y si esta gente se equivoca y no es un Senescal el que no está filtrando la información? ¿Y si Akhir, desde las Llanuras Abismales, ha encontrado la manera de comunicarse, de ayudarme a llegar hasta él?

La sola posibilidad hace que la esperanza resurja con fuerza en mí y vuele alto.

Concentro la vista en el mapa y en lo que Gerald está señalando.

Cuatro marcas señaladas con claridad. Cuatro puntos sellados con símbolos distintos que forman cuatro círculos concéntricos alrededor de un punto final. Un castillo negro, dibujado como una espina clavada en el corazón de las Tierras Baldías.

—Lo interpretamos como cuatro puertas —dice—. Cuatro sellos que hay que romper para llegar al Castillo Negro.

Las palabras adquieren una consistencia pesada que enturbia el aire.

—Cada sello —continúa— está custodiado por un senescal.

—¿Senescal? —pregunto—. Desconocía que hubiera categorías más allá de los Heraldos.

Es Vaerion quien interviene.

—Los Heraldos son sus ejecutores —dice—, pero el Señor Oscuro no gobierna solo. Tiene cuatro senescales que son sus manos derechas. Cada uno custodia una parte diferente de su dominio.

—Eso es. Y cada senescal —añade la mujer de los pendientes— debe ser derrotado antes de poder cruzar.

Miro el mapa.

Los sellos.

Las murallas circulares.

—Entonces no será una guerra abierta —digo, despacio—. Es un pasaje.

Gerald me observa con atención.

—No sería tan osado, Alteza. Lo único cierto es que marchamos contra cuatro pilares, pero cada uno de esos pilares podría aguardar con un ejército.

Cierro los dedos sobre el borde de la mesa. La tensión me asciende por los brazos, se me instala en el pecho.

Cuatro sellos.

Cuatro guardianes.

Un castillo.

Y yo como única llave para acceder a ese reino de pesadilla.

Levanto la vista.

—Cuatro guerras, entonces.

Nadie sonríe.

Pero todos asienten.

La tienda que me han asignado no tiene nada de especial. Huele a cuero y a cera derretida. Hay una armadura nueva en un rincón, lista para ser lucida. Me llama la atención el yelmo. Es la primera vez que veo uno así. Ha sido moldeado imitando la cabeza de un águila. Me gusta mucho. Cuando me lo ponga, será como hacer un tributo a mi querida compañera de viaje.

He pasado el día entero revisando mapas, escuchando informes y tomando decisiones que podrían arrastrar a hombres a la muerte; pero este es el precio de liderar. Ahora todo está dispuesto. Mañana, al amanecer, me plantaré frente a las Montañas Rocosas y trataré de hacer lo imposible una vez más.

Me siento en el lecho mullido con algodón y mantas militares. El cansancio no se parece al agotamiento físico de otros días: es una tensión que no se afloja, un nudo que no entiende de descanso.

¿Y si fracaso?

La pregunta no llega como un grito, sino como un susurro persistente que se cuela entre los pensamientos. ¿Y si mi sangre ya

no responde? ¿Y si el precio que pagué fue en vano? ¿Y si mañana, delante de todo un ejército, descubro lo que llevo temiendo desde que heredé la corona?

¿Y si no soy suficiente?

Cierro los ojos, pero no consigo silenciar el miedo. Me atrapa, doblega mi cuerpo, me estruja contra el lecho… agita mi respiración.

La lona de la tienda se mueve apenas cuando alguien entra.

No necesito abrir los ojos para saber que es Vaerion.

Mi cuerpo lo reconoce antes que mi mente.

Pese a la sensación que atenaza mis músculos, me incorporo y abro al fin los ojos, despacio. Lo encuentro de pie, serio, con esa calma tensa que se adopta cuando uno se prepara para la guerra.

—Todo está listo —dice en voz baja—. Los regimientos estarán preparados antes del alba.

Asiento, pero no me muevo.

Vaerion da un paso más hacia mí. Sabe que algo va mal.

—¿Qué ocurre? ¿De qué tienes tanto miedo?

Trago saliva. Durante semanas he sostenido pactos, sacrificios horribles, decisiones dolorosas, pero decir esto en voz alta me parece casi una rendición.

—De fallar —admito al fin—. De no poder abrir la grieta. De que todo esto dependa de mí y yo no esté a la altura.

Vaerion no responde de inmediato. Se arrodilla frente a mí, a la altura justa para que no tenga que levantar la mirada ni sentirme observada desde arriba. Ese gesto, sencillo y deliberado, me afloja algo por dentro.

—Has detenido el mar —dice—. Has sobrevivido a lo que habría quebrado a cualquiera. No porque tu sangre sea especial, Genoveva, sino porque tu osadía no conoce límites.

Niego con la cabeza, pero él no admite dudas.

—Has recorrido un camino imposible solo por amor —continúa—, y aun sabiendo que no me pertenece, ojalá pudiera recoger, aunque solo fuera por un instante, las migajas de un amor así.

Sus palabras no borran el miedo, pero lo vuelven… transitable.

Vaerion se incorpora despacio.

—Deberías descansar —añade—. Mañana…

—Quédate —lo interrumpo.

La palabra sale antes de que pueda medirla.

Vaerion se detiene. Durante un segundo, creo que va a decir que no, que es imprudente, que no puede sostenerlo más, pero cuando vuelve a mirarme, comprendo que detendría el mundo solo por pasar una noche más a mi lado.

—No quiero dormir sola —añado—. No esta noche.

Vaerion asiente.

Se quita el peto con cuidado, deja la espada apoyada contra el mástil de la tienda y se tumba a mi lado. Apoyo la cabeza en su pecho y dejo que el latido de su corazón bajo mi mejilla me arrulle. Comprendo, con una calma que me sorprende, que ya no es solo deseo lo que me empuja hacia él.

Hay algo más, algo que se ha instalado sin permiso, en silencio y sin que me dé cuenta. Una confianza peligrosa. Un afecto que echa raíces donde no debería. Me descubro pensando que, si mañana muero, este sería el único lugar en el que hoy querría estar.

Ese pensamiento me atraviesa como una advertencia dulce y devastadora.

Me quedo despierta un rato más, memorizando su calor, su olor y la forma exacta en la que su cuerpo encaja con el mío.

25. La grieta del mundo

Las Montañas Rocosas no parecen reales cuando me planto ante ellas.

No son solo piedras.

Son un desafío a las leyes de la naturaleza.

Su perfil es abrupto, dentado… imposible. El conjuro perpetuo late en la roca con un pulso perceptible, constante. Lo siento bajo los pies, en la piel, en la sangre.

El conjuro de Shaelira.

Antiguo. Voraz. Consciente.

El ejército guarda silencio a mi espalda. Miles de hombres y mujeres contenidos en una quietud expectante. No hay gritos de guerra ni estandartes al viento. Solo expectación… y miedo. Saben que lo que está a punto de suceder no tiene precedentes.

Vaerion se sitúa a mi lado.

Su presencia es firme. Está ahí para ofrecerme el mundo si necesito apoyarme.

Busco dentro de mí esa emoción que ahora reconozco con una claridad brutal. La culpa vive en mí como una herida que nunca cicatriza. La dejo ascender. La impulso con los últimos recuerdos de

la intimidad con Vaerion, con ese sentimiento que enraíza y que todavía no me atrevo a nombrar…

Siento cómo mi sangre responde de inmediato, más rápido que nunca. Se calienta y se vuelve más densa… le cuesta moverse, como si cada gota hubiera adquirido conciencia del precio que estoy dispuesta a pagar.

Alzo las manos y dejo que la culpa por ese amor imposible se derrame, me atraviese y me vacíe.

Me rasgue.

Y la barrera responde al instante. La roca vibra y un murmullo profundo recorre la montaña de lado a lado, como un animal herido.

Aprieto los dientes.

—Ábrete —grito.

Pero el conjuro perpetuo se resiste.

Siento la presión de siglos empujando contra mí. La montaña no es solo piedra, es voluntad. Es poder acumulado durante generaciones.

Mis piernas tiemblan, pero la roca… cede.

Una grieta aparece.

Primero es apenas un espejismo. Un trazo oscuro recorriendo la ladera como una delgada cicatriz. El ejército, a mi espalda, deja escapar una exhalación.

Lo estoy consiguiendo.

Me concentro más.

La grieta se ensancha, se prolonga. El sonido es ensordecedor: piedra quebrándose, el lamento profundo de la naturaleza obligada a despertar. El conjuro se retuerce, lucha, intenta volver a cerrar la barrera.

Y entonces… lo siento.

El vacío.

La culpa sigue ahí, pero mi sangre ya la ha consumido toda. Los dos conjuros perpetuos luchan, pero las fuerzas están igualadas.

La grieta se detiene.

Tiembla.

Y empieza a cerrarse.

—No… —gimo, jadeando.

Mis temores empiezan a hacerse realidad. La evidencia de no ser suficiente me aplasta. La emoción sigue viva, pero estoy demasiado vacía para sostener algo tan inmenso.

La montaña ruge y la barrera se recompone.

Estoy a punto de perderlo todo, de que todo el sacrificio realizado no haya servido para nada. Y entonces, como en un destello, la imagen acude nítida a mi mente: el silo. La materia me llama como una tentación prohibida.

El linaje de Aethryon por sí solo ha sido suficiente para detener el mar, pero esto es luchar contra otro perpetuo para abrir el mundo en dos. Esto exige más, un sacrificio mayor. No sé qué pasará si se combinan ambas fuerzas, linaje y materia, pero ¿qué otra alternativa me queda? ¿Qué puede ser peor que este fracaso que se cierne sobre mí?

Giro la cabeza con las manos aún en alto.

Vaerion me está mirando.

Sé que adivina lo que está pasando por mi mente y, por su gesto, entiendo que no va a detenerme esta vez. Sabe que es la única vía.

Me lanza su vial y lo agarro al vuelo. Lo consumo entero.

Siento que la materia arrasa en mi interior, viva, ansiosa. Reconociéndome.

El efecto es inmediato.

Mis venas se encienden como si transportaran fuego líquido y noto que algo se rompe dentro de mí para siempre.

Grito.

Un lamento que nace de la tierra, del aire, del cielo mismo.

Alzo las manos una última vez… y el poder es indescriptible.

La culpa y la materia se unen para desatar un conjuro que parte en dos la montaña. La roca se abre con violencia, cortada por un cuchillo de los dioses. El paso se rasga de lado a lado. Un corredor abierto entre dos paredes de acantilado.

Las Montañas Rocosas se han abierto.

El conjuro perpetuo de Shaelira muere para dar paso a otro más poderoso.

El ejército ruge detrás de mí, pero yo no lo escucho.

Todo se vuelve blanco. El tiempo se precipita sobre mí de golpe.

Mis piernas ceden y caigo.

Lo último que siento antes de perder el conocimiento es el silencio de la montaña abierta y el calor infernal que se escapa del corredor que acabo de abrir.

26. El nombre que detiene la espada

Despierto dos días después.

El dolor ha cambiado de forma. Ya no es un vacío que araña las entrañas, ahora es una especie de resaca profunda y densa, que lastra mi cuerpo y me hace pesar el doble. Me cuesta abrir los ojos. La luz entra a trompicones, difusa, dorada.

Estoy en una tienda de nuevo.

El mono de la materia ha pasado.

—No te muevas.

La voz es grave, cercana, conocida. Vaerion.

Parpadeo.

Lo veo sentado a mi lado, con la espalda apoyada en un arcón y la empuñadura de su espada entre las rodillas. Tiene ojeras profundas, la barba rubia de varios días y una rigidez en los hombros que solo aparece cuando has pasado demasiado tiempo en vela.

—No he dormido —dice, como si leyera la pregunta en mi rostro.

Intento incorporarme, pero él me detiene con una mano firme sobre el hombro.

—La grieta sigue abierta —continúa—. Las Montañas no se han cerrado y el ejército mantiene a raya a toda criatura que, de momento, se ha atrevido a atravesarla. Puedes descansar un poco más.

Exhalo y el cabello cae sobre mi frente.

Blanco.

Todo blanco.

Levanto las manos para acercármelo a la cara y las veo cubiertas de tatuajes. Toda mi piel es un mapa de trazos de tinta.

—El esfuerzo ha sido… indescriptible.

Toma mi mano entre las suyas y se la lleva a los labios. Un leve roce que me remueve por dentro.

—Hay algo más —añade—. El Heraldo.

Mi corazón se acelera.

—¿El que nos ha estado ayudando?

Vaerion asiente.

—Fue el primero en atravesar la grieta —dice—. Ha insistido en hablar contigo en cuanto despertaras. Algo sobre una profecía y el Señor Oscuro.

Se levanta y se dirige a la entrada de la tienda.

—Está aquí.

Vaerion aparta la tela de la entrada y una figura cruza el umbral envuelta en una armadura oscura. Mi pulso se descontrola porque reconozco esa armadura. Él la llevaba.

El yelmo es liso, sin rostro.

—Reina del Oeste —dice con una voz profunda, ahogada por el yelmo—. Has conseguido abrir un camino, tal y como Él vaticinó.

—¿Quién eres? Descúbrete —le exijo.

El Heraldo inclina apenas la cabeza y se deshace del casco que ocultaba su identidad. Un rostro moreno aparece debajo. Los ojos dorados que caracterizan a todos los súbditos del Señor Oscuro, sin rastro de hebras de sangre.

—Mi nombre es Méntor —se presenta—. Y acudo a vos para solicitar un sitio en vuestro ejército.

La decepción apenas me deja aire para responder. En mi fuero interno, deseaba que otro rostro apareciera debajo del yelmo. Sabía que era imposible, puesto que Akhir estará consumiéndose en las Llanuras Abisales, castigado por su desobediencia, pero aun así, la esperanza seguía volando…

—¿Por qué? —Es lo único que atino a preguntar.

—Porque sé reconocer al vencedor antes de que lo sea.

En realidad, poco me importan sus motivos… solo tengo una pregunta que hacerle. Lo único que de verdad me interesa saber.

—¿Dónde está Akhir?

Él me mira extrañado. Esos ojos dorados que tanto dolor me producen porque tantos recuerdos me traen…

Toma aire para responder, pero no llega a hacerlo. Un grito atraviesa el campamento.

—¡Un ejército atraviesa la grieta!

La tienda se sacude con el estruendo de una explosión lejana. El suelo tiembla. Los gritos se suceden. El sonido inconfundible del acero chocando entre sí.

Vaerion me lanza la espada y el yelmo con la forma de águila.

—En pie.

Sabe que, si no lucho, no tengo posibilidades de sobrevivir.

Salimos de la tienda. Heraldo. Ancestral. Y reina.

El amanecer tiñe de rojo la luz.

Desde la grieta en las Montañas Rocosas emerge una horda imposible: criaturas retorcidas, con miembros de más, pliegues imposibles, bocas arrugadas, dientes afilados… Bestias de carne y sombra, comandadas por una figura alta, armada con una espada cuya hoja, enorme, desafía a toda lógica.

La armadura negra, igual que la de todos los Heraldos.

Nuestro ejército está respondiendo: arqueros, caballería, conjuros… el choque es brutal. El aire se llena de gritos, de sangre, de polvo…

Vaerion y yo avanzamos juntos, espalda contra espalda.

Nos internamos en la batalla junto a la infantería. Nos movemos acompasados, como si lleváramos toda la vida luchando así. Me cubre sin mirarme. Yo anticipo sus giros y sus embestidas contra aquellas criaturas infernales. Somos una sola voluntad abriéndose paso entre el caos.

El suelo se vuelve resbaladizo bajo nuestras botas por la sangre que gotea de nuestras espadas.

Una criatura me empuja, pero aguanto en pie. Giro la muñeca y le atravieso el cráneo. Otra me derriba, pero Vaerion la decapita antes de que pueda tocarme.

—¡A la derecha! —grita.

Ruedo. Me incorporo. Clavo el filo.

Doy un paso atrás y entonces me golpeo con un muro. Una sombra que no había percibido.

Me giro y me topo con los ojos dorados debajo de un yelmo que no refleja la luz. Hay violencia, impasividad, desprecio por la vida en aquella mirada.

El Heraldo.

Ataca sin previo aviso.

Su fuerza es descomunal. Bloqueo, pero el golpe me recorre el brazo hasta el hombro y tengo que retroceder para conseguir reponerme. Me alejo de Vaerion. El Heraldo vuelve a embestir con la parte plana de la espada. Choca contra mi peto y el impacto me lanza contra el suelo.

Mi yelmo sale despedido.

Me preparo para conjurar. Todavía no me he repuesto del todo, pero creo que podría extraer algo que me sacase de esta situación. El Heraldo alza su espada sobre mí y me giro hacia él para tratar de bloquear el impacto.

Entonces el mundo se detiene.

La hoja tiembla en lo alto.

—¿Genoveva? —pregunta. Susurra. Ruega.

Pronuncia mi nombre como si le hubiera desgarrado la garganta.

Baja la espada y sus manos tiemblan cuando se lleva los dedos al yelmo.

El metal cae al suelo con un ruido que se propaga dentro de mí.

Akhir me mira desde debajo de la armadura del enemigo.

Sus ojos son dorados otra vez, y no entiendo por qué. Arden de furia, de dolor y de algo mucho más oscuro.

Está vivo.

Y está al frente de la horda que acaba de cruzar las Montañas Rocosas para atacarnos.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, con la voz rota.

A nuestro alrededor la batalla continúa mientras mi corazón late descontrolado.

Sé, con una claridad devastadora, que una guerra sin cuartel acaba de comenzar, y aquel por quien mi corazón lleva eones latiendo lucha en el bando contrario.

Gracias querido/a lector/a por haber llegado hasta aquí. Espero que hayas disfrutado de la lectura y que este final no te moleste mucho, sino que te deje con ganas de más.

La tercera parte de esta trilogía lleva por nombre Un Reino Oscuro y saldrá a la venta a finales de Marzo de 2026.

Hasta entonces, puedes seguirme en mi Instagram @elavaldecan_autora para enterarte de todas las novedades, ver un poco de fan art y conocerme un poco más. Estaré encantada de hablar contigo y saber qué te está pareciendo la historia.

Por último y, de nuevo, gracias.